EX LIBRIS
260.01
C818
SOCIETATIS
VERBI DIVINI
Techny, Ill.

ENSAYO

SOBRE

EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO

Y EL SOCIALISMO.

ENSAYO

SOBRE

EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO

Y EL SOCIALISMO,

CONSIDERADO EN SUS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES.

POR

DON JUAN DONOSO CORTÉS,

MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

WITHDRAWN

TERCERA EDICION.

MADRID, 1880.
LIBRERÍA CATÓLICA INTERNACIONAL
20—*Arenal*—20.

23 | 7419

MADRID, 1880.—Imp. de los Sres. Lezcano y C.ª
Santísima Trinidad, 5.

CUATRO PALABRAS DEL EDITOR.

Al publicarse por primera vez este libro, levantáronse acerca de él polémicas ruidosas, cuyos móviles y fundamentos no hay para qué mencionar aquí, pues el lector las verá menudamente explicadas en las notas y apéndices que enriquecen la presente edicion.

Las notas que van señaladas con un asterisco, pertenecen á los editores de la traduccion italiana publicada en Foligno (Estados Pontificios), el año 1852; y todas las demás son reproduccion íntegra de las que ilustran el texto de la traduccion francesa publicada en París el año 1858. Unas y otras completan cuanto es necesario para conocer la historia de aquellas polémicas, como tambien para leer con mayor provecho la obra misma de Donoso á que se refieren.

En cuanto á la obra, lo único que á nosotros nos ocurre notar, es triste. Veinte y cinco años han pasado desde su segunda edicion española (1854), hasta la presente. Mejor éxito nos prometimos para una obra que todo el orbe católico estima en tanto, y que tan señalado lugar ocupa entre las numerosas de nuestro tiempo, dignas de recordar al mundo la gloriosa fecundidad de la antigua católica España. Esperemos hoy para esta produccion de nuestro ilustre compatriota suceso más próspero, que entre tantos vaticinios ya realizados de aquel insigne pensador, abone los contenidos en el siguiente trozo de la carta que nos escribió, fecha el 10 de Junio de 1851, recien publicado el Ensayo:

«Querido mio, nos decia: He recibido la de usted del 6, y por ella veo que ha sucedido ahí (en Madrid) con mi libro, lo mismo que yo predije, y que usted y todos mis amigos debieron prever. El caso se reduce á lo siguiente: Usted encuentra á uno en la calle, y le dice: *Usted es muy feo.*—Pregunta: ¿Ese uno le dará á usted las gracias, y le dirá que es bonito? Locura sería pensarlo. Pues bien, aplique usted el cuento; yo me encuentro á los liberales, y les digo: *Son*

ustedes muy feos. ¿Cómo diablos quiere usted que me lo sufran, y que me den las gracias encima?

»Esto, sin embargo, como usted ve, no prueba nada sino que yo he puesto el dedo en donde debia ponerle. Sin embargo, debo confesar que mi libro ha salido á luz fuera de tiempo: ha salido *ántes* y debia haber salido *despues del diluvio.* En el diluvio se ahogarán todos, ménos yo; es decir, las doctrinas de todos, ménos las mias. Mi gran época no ha llegado, pero va á llegar. Ya verá usted qué naufragio y cómo todos los náufragos buscan refugio en mi puerto: aunque bien pudiera suceder (cosas como esas se han visto) que ni áun así le quisieran, prefiriendo el mar salado. Cada uno tiene su gusto, y sobre gustos no hay nada escrito.

»Pero vea usted lo que son las cosas. Mientras que con mi libro pasa ahí lo que pasa, aquí, donde acaba de publicarse traducido, *ha hecho explosion...* Los extraños me vengan así de los propios. Y en esto confieso que me he llevado chasco: yo creí que aquí como ahí, todos serían contra mí, porque yo soy contra todos: no ha sido así, y debe consistir esto en que por aquí han pasado ya algunas olas del *diluvio,* mientras que por España no ha pasado ninguna. La letra con sangre entra.»—(Obras de D. Juan Donoso Cortés, etc., t. V, págs. 144-145.)

¿Habrá entrado ya con bastante sangre la letra en España para que se entienda bien y se estime debidamente el libro de Donoso? Quizás sí, quizás no. En todo caso, nosotros le reproducimos creyendo que hoy su publicacion ¡es] tan oportuna como no lo ha sido jamás para despertar á mucho dormido y aleccionar á mucho despierto.

Aquí está muy patente la íntima raiz de todas las dolencias que padecemos; aquí el pronóstico de las que nos amenazan, designadas con profética intuicion hasta con su propio nombre; y aquí tambien el único remedio curativo de las primeras y preservativo de las segundas. Oiga quien tuviere oidos:

«Todas las doctrinas racionalistas van á parar forzosamente al »nihilismo; y ninguna cosa hay más natural y más lógica, si bien se »mira, sino que no habiendo sino la nada fuera de Dios, los que se »separan de Dios, vayan á parar á la nada... El catolicismo es á la »manera de aquellos formidables cilindros por donde no pasa la »parte sin que despues pase el todo... Por ahí pasa todo, ménos la »nada: es necesario, pues, ó afirmar la nada, ó pasar con todas las ne-

»gaciones y con todas las afirmaciones, con toda el alma y con todo »el cuerpo por ese cilindro.» (Cap. V, lib. III, págs. 334-336.)

La obra entera de Donoso es una demostracion teórica de estos asertos: cuanto el mundo ha visto desde que esa obra se publicó, y sobre todo, cuanto hoy está viendo, es su demostracion práctica. Llegada es la hora de que todo el mundo abrace el tremendo dilema de lo porvenir inmediato: ó totalmente en el regazo maternal de la Iglesia católica, ó en la sima del nihilismo.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO EN TODA GRAN CUESTION POLÍTICA VA ENVUELTA SIEMPRE UNA GRAN CUESTION TEOLÓGICA.

Mr. Proudhon ha escrito, en sus *Confesiones de un revolucionario,* estas notables palabras: «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.» Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas (1).

(1) Enseña la fé y la razon lo demuestra que Dios contiene todas las cosas, que está en todo, y todo está en El. Los enemigos de la Iglesia, ya herejes, ya incrédulos, han desconocido siempre, desfigurado ó negado formalmente esta verdad; y hoy mismo se ven aparecer con nuevas formas antiguos errores.

Así como los maniqueos negaban que Dios tiene poder sobre las cosas visi-

Todas ellas estuvieron antes de que fueran, y están despues de creadas, en el entendimiento divino; porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con

---

bles y corporales dependientes, segun ellos, del principio del mal; así quieren los modernos sofistas emancipar de Dios la razon humana y el *libre pensamiento*, atribuyéndole una soberanía é independencia que les niega la Iglesia de Dios al enseñar que en el hombre como en todas las demás criaturas está el Señor *por potencia*, es decir: que todas ellas y el hombre mismo están sujetas al divino poder.

Sin negar formalmente la soberanía de Dios sobre las criaturas, conténtase el comun de los libre-pensadores con afirmar, como los impíos cuyas palabras se conservan en el libro de Job (XXII, 14): «Que Dios se pasea por el cielo y no se cuida de nosotros.» Contra estos enseña la Iglesia que está Dios *por presencia* en el hombre y en los demás séres, por cuanto nada hay oculto á sus divinos ojos. A todas partes se extiende la Providencia divina, que gobierna las cosas, no solo en general, sino á cada una particularmente, de modo que no hay accion, ni palabra, ni pensamiento humano que á sus miradas se oculte, y de que el hombre no tenga que responder en el dia en que será juzgado.

Habian inventado antiguos herejes un sistema segun el cual Dios, despues de crear cierto número de seres privilegiados, les habia confiado la mision de crear los demás. Renovado este error, bien que con forma ménos grosera, pretenden ciertos filósofos modernos que, una vez creados, no necesitan los seres de la divina conservacion para continuar existiendo. Dicen que Dios los crió, pero que no los conserva, sin conocer el absurdo de que una cosa exista sin la accion de la causa que la produjo. Contra ellos enseña la Iglesia que Dios está en todas las cosas *por esencia*, es decir, dando y conservando el sér á todas las criaturas, y por consiguiente al hombre.

La causa está en el efecto cuando lo produce, y el agente está en su accion mientras esta dura. Dios es por su esencia el Ser mismo; es pues la causa de todos los séres: ser en todo lo que es, es por consiguiente el efecto propio de la accion de Dios; así como quemar es el efecto propio del fuego en todo cuanto se quema; mientras una cosa arde, allí está el fuego; así tambien mientras una cosa es, en ella está Dios, pues la criatura no puede recibir el ser sino por efecto de la causa que se lo dá, esto es, de Dios.

La fórmula católica: «*Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia*,» excluye además de los errores que acabamos de exponer, todos los sistemas panteistas. La *potencia* implica distincion entre Dios, dueño soberano, y los seres á El sometidos; igualmente la *presencia*, pues si estamos bajo la mano de Dios y presentes ante sus ojos, claro es que no somos Dios. Estando por último

que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares. En él están juntamente la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas, y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los séres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetacion; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteismo, que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas (1).

Dios en nosotros por *esencia* dándonos el sér, El no es, en verdad, el ser ó la sustancia que nos está dando, ó sea la creacion; y así como la obra no es el artista, así entre la sustancia creadora y la creada hay distincion verdadera.

(1) La verdad que recuerda aquí Donoso es la que Santo Tomás expone en los siguientes términos:

«El ejemplar (el modelo, tipo ó prototipo) es lo mismo que la idea.» «Pero las ideas son, segun San Agustin, las formas primeras ó razones estables de las cosas; formas que no han sido creadas, sino que permanecen inmutables en la divina inteligencia.» Dios es pues la primera causa ejemplar de todas las cosas. Esto se ve con evidencia considerando que para ejecutar cualquier obra, es menester copiar un modelo, ya sea este un objeto real, ya sea únicamente el mero concepto formado por el artista. Es así que nada se hace en la naturaleza, sino bajo determinadas formas, cuya determinacion necesariamente tiene por causa la divina sabiduría que ha concebido el órden del mundo, órden fundado precisamente en esta determinacion por la cual las cosas se distinguen unas de otras; luego no podemos hallar las razones ó tipos de las cosas que llamamos *ideas* fuera de la sabiduría divina. Luego habremos de decir que existen en el divino entendimiento. Multiplícanse estas formas en los objetos que ellas revisten; pero ellas no son en realidad sino la esencia misma de Dios, que comunica diversamente su semejan-

Esto sirve para explicar por qué causa al compás mismo con que se disminuye la fé, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, ve cnnegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razon la religion ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas: *Omnis humanæ societatis fundamentum convellit qui religionem convellit*, dice Platon en el libro 10 de sus leyes. Segun Jenofonte (sobre Sócrates): «Las ciudades y naciones más piadosas han sido siempre las más duraderas y más sabias.» Plutarco afirma (contra Colotés), «que es cosa más fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses.» Rousseau, en el *Contrato Social*, libro 4.°, capítulo 8.°, observa «que jamás se fundó Estado ninguno sin que la religion le sirviese de fundamento.» Voltaire dice, *Tratado de la tolerancia*, capítulo 20, «que allí donde hay una sociedad, la religion es de todo punto necesaria.» Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía más necesario que en los otros, en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el más grande, cabalmente porque fué el más religioso. Como César hubiera pronunciado un dia en pleno Senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Caton y Ciceron se levantaron de sus sillas, para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una

---

za á los diversos séres. Así las criaturas que no pueden gozar el privilegio de ser semejantes á Dios en naturaleza, como lo es por ejemplo un hombre á otro, son semejanza suya en cuanto cada una de ellas reproduce una razon ó forma ejemplar que está en El, así como por ejemplo, una casa material reproduce el ideal del arquitecto que la edifica. (I. q., XLIV, 3.)

palabra funesta á la República. Cuéntase de Fabricio, capitan romano, que como oyese al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables: «Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra con la República.»

La disminucion de la fé, que produce la disminucion de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no les niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, ménos luminoso que inflamado, en la prolongacion de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios, y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diria que su iluminacion procede de la explosion súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, más bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilatada suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les da ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde: la primera empero no es grande, sino á la manera del abismo; mientras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo: en la primera habita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razon, para aquellas sociedades que abandonan el culto aus-

tero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.

Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo (1). Si lo es, no hay nada fuera de

---

(1) Santo Tomás en la *Summa* (I. q. 1.) hace resaltar admirablemente esta preeminencia de la Teología. Hé aquí en sustancia la doctrina del Doctor Angélico:

Varias ciencias pueden estar juntamente subordinadas á una superior que abrace las diversas materias que son objeto de las inferiores, reduciendo á unidad los varios objetos parciales y considerándolos de un modo más general y desde un punto de vista más elevado. Así como la física, por ejemplo, abraza los objetos de la mecánica, acústica, etc., así la teología abraza los de todas las ciencias, pues todos ellos están subordinados al que lo es de esta, ó sea de Dios, primer principio y fin último de todas las cosas.

Propio de la sabiduría es ordenar los conocimientos y juzgar rectamente de las cosas. Pero el órden consiste en la subordinacion de lo inferior á lo superior, y no se puede juzgar bien de las cosas primeras si bien no se conocen antes las segundas, y por esto, en cualquier órden de ciencias ó artes, aquel es reputado por más sabio ó más artista, que posée la ciencia ó arte más elevada entre las de su género; así en el arte de construir no se da el nombre de arquitecto á los que llevan ó colocan los materiales, etc. Entendido esto, fácil es conocer que las demás ciencias son á la teología lo que á la arquitectura son las artes de carpintero y albañil; preparan los materiales para que ella contruya el edificio. Y no siendo

esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmacion, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa, ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La teología, pues, considerada en su acepcion más general, es el asunto perpétuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpétuo de las especulaciones humanas. Toda palabra que sale de los labios del hombre, es una afirmacion de la divinidad, hasta aquella que la maldice ó que la niega. El que revolviéndose contra Dios exclama frenético diciendo: «te aborrezco, tú no existes,» expone un sistema completo de teología; de la misma manera que el que levanta á él el corazon contrito, y le dice: «Señor, hiere á tu siervo que te adora.» El primero arroja á su rostro una blasfemia; el segundo pone á sus pies una

---

este edificio más que el plan divino del mundo, nada hay en él que no tenga lugar en este estudio. Por otra parte, una ciencia que no abrace este plan todo entero, es una ciencia parcial que no toma en cuenta la razon última de las cosas; no ménos evidente es que únicamente la teología tiene el secreto de este plan divino, pues enseña no solamente lo que de Dios y del mundo se puede saber con las luces naturales, sino tambien lo que se puede saber tan solo por la revelacion. La teología es pues la que nos comunica el verdadero conocimiento de la primera causa de cuanto es y del fin último á que todo está ordenado, conocimiento sin el cual no hay verdadera ciencia, pues sin la teología todo quedaria sin explicacion y seria del todo inexplicable.

oracion: ambos empero le afirman, aunque cada cual á su manera, porque ambos pronuncian su nombre incomunicable.

En la manera de pronunciar ese nombre está la solucion de los más temerosos enigmas: la vocacion de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la historia, los levantamientos y las caidas de los imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones, y hasta su varia fortuna.

Allí donde Dios es la infinita sustancia (1), el hombre,

---

(1) Aquí el autor habla del panteismo oriental. El que quiera tener una idea de este absurdo sistema religioso, que niega la sustancia de las cosas creadas, y segun el cual todo, exceptuando la sustancia infinita, no es más que mera apariencia é ilusion, lea la obra de Maret, titulada *Ensayo sobre el Panteismo* en las sociedades modernas, especialmente el cap. 4.°, en que trata del *Panteismo filosófico-Filosofia vedanta;* y por lo que respecta á los efectos históricos de este sistema, vea el cap. 5.°, núm. 3, en que se habla del Yoguismo de las Indias, una de las aplicaciones mas exageradas del error religioso dominante en aquellas regiones. Hé aquí un rasgo tan triste como curioso, que por via de muestra extractamos de la citada obra.—«El Yogui, dice, es un solitario que con la mira de alcanzar la union más perfecta con el sér infinito, se segrega de la sociedad humana, abandona todos los cuidados de la vida, se despoja de toda actividad, de todo pensamiento concreto, y se absorbe enteramente en la muda contemplacion del *yo infinito*. Las selvas, los yermos de la India y las cercanías de los lugares sagrados están poblados por centenares de hombres tan maravillosos, que suelen estar á veces años enteros clavados en tierra en una sola postura, sin mover pie ni mano. El poeta Kalidas nos describe en el poema de la Sacontala á uno de estos célebres fanáticos: léese allí que preguntado el conductor del carro de Indra por el rey Dushmanta dónde se encuentra el retiro del solitario á quien va buscando, le responde aquel: penetra en ese bosque sagrado, y hallarás á un piadoso Yogui con espesa y crespa cabellera, que está inmóvil con los ojos fijos en el disco del sol: míralo, y verás su cuerpo medio cubierto por la arcilla que en él van dejando las ramas que brotan á su alrededor: una piel de serpiente, que le rodea la cintura, le sirve de cíngulo sacerdotal: enlázanse á su cuello plantas nudosas, de follaje espeso, y en sus hombros y cabeza han hecho nido las aves.»—Segun Schlegel, esta descripcion no debe tomarse por una hipérbole de poeta, ó por un ca-

entregado á una contemplacion silenciosa, dá la muerte á sus sentidos, y pasa la vida como un sueño, acariciado por brisas olorosas y enervantes. El adorador de la infinita sustancia está condenado á una esclavitud perpétua y á una indolencia infinita: el desierto tendrá para él algo de divino sobre la ciudad, porque es más silencioso, más solitario y más grande; y sin embargo no le adorará como á su dios, porque el desierto no es infinito: el Océano seria su única divinidad, porque lo abarca todo, si no tuviera extrañas turbulencias y ruidos extraños: el sol, que todo lo alumbra, seria digno de su culto, si no abrazara con su vista su disco resplandeciente: el cielo seria su señor, si no hubiera lumbreras; y la noche, si no tuviera rumores: su dios es todas estas cosas juntas: inmensidad, oscuridad, inmovilidad, silencio. Allí se levantarán á lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetacion poderosa, imperios colosales y bárbaros, que caerán con estrépito en un dia, abrumados por la inmensa pesadumbre de otros más gigantescos y colosales, sin dejar rastro en la memoria de los hombres, ni de su caida ni de su levantamiento: los ejércitos estarán sin disciplina, como los indivíduos sin inteligencia: el ejército será, ante todas cosas y principalmente, muchedumbre: la guerra tendrá ménos por objeto averiguar cuál es la nacion más heróica, que cuál es el imperio más populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siéndolo de la fuerza. Como se vé, la teología y la historia indostánica son una cosa misma.

Volviendo los ojos al Occidente, se vé, como tendida á sus puertas, una region que da entrada á un nuevo mundo,

---

pricho imaginario, pues son muchos, dice, los testigos oculares que deponen de su exactitud, y que la narran en términos muy semejantes. En esta condicion del ser completamente absorto, y en este estado de aberracion mental hace consistir el panteismo índico el ideal de la perfeccion humana. *

en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí, y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil; la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y rebosaba por todos los espacios: la gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterma paz reposa en el dios del Oriente: todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusion y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que la unidad religiosa: aquí es un imperio cada ciudad, mientras que allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un rey: á una república de dioses otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso: los hombres tendrán un no sé qué de heróico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano: los dioses darán á los hombres la comprension de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios: habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo; la vida no será bella á sus ojos, sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda, sino en cuanto le siga el olvido: sensual hasta en la médula de sus huesos, no verá en la vida sino los placeres; y tendrá la muerte por dichosa, si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante; falto de respeto á la divinidad, carecerá de gravedad en sus designios, de fijeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una region llena de

sombras, ó como un mundo poblado de estátuas: el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efímera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duracion, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega, y la historia griega, y el temperamento griego son una misma cosa.

Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenian de dioses eran griegos, por lo que tenian de etruscos eran orientales; por lo que tenian de griegos eran muchos; por lo que tenian de orientales eran austeros y sombríos. En política como en religion, Roma es á un mismo tiempo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo, y un imperio como el de Ciro. Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos caras dos semblantes; el uno es el símbolo de la duracion oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega á los confines del mundo; y tan agigantada su duracion, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vias á Aquel que habia de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías, y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas despues de otras, se ven desamparadas de sus dioses; los dioses, unos despues de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es, la muchedumbre y la fuerza; y la legitimidad del Occidente, esto es, la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla, y nada le resiste; todo lo tritura, y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo

algo de diferente y algo de comun con todas las teologías, Roma tiene algo que la es propio, y mucho que la es comun con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria: tiene de Esparta, la severidad; de Atenas, la cultura; de Ménfis, la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tésis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis, y el romano imperio no significa otra cosa sino que la tésis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y á confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el órden político y social, sino porque lo es tambien en el órden religioso. En los pueblos orientales como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia.

La grandeza romana no podia bajar del Capitolio sino por los mismos medios que la habian servido para subir á su cumbre. Nadie podia asentar su planta en Roma, sino con el permiso de sus dioses: nadie podia escalar el Capitolio, sino derrocando antes á *Júpiter Optimo Máximo*. Los antiguos, que tenian una noticia confusa de la fuerza vital que reside en el sistema religioso, creian que ninguna ciudad podia ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Seguíase de aquí, en todas las guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo y de raza á raza, una contienda espiritual y religiosa, que seguia los mismos pasos que la material y política. Los sitiados, al mismo tiempo que resistian con el hierro, volvian los ojos á sus dioses para que no los dejaran en mísero abandono. Los sitiadores, á su vez, los conjuraban al abandono de la ciudad con misteriosas imprecaciones. Desventurada la ciudad en donde resonaba tremenda aquella voz que decia: «Vuestros dioses se

van; vuestros dioses os abandonan.» El pueblo de Israel no podia ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor; y no podia vencer cuando las derribaba hácia el suelo: Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas las edades, con diferentes fórmulas y de diferente manera, la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la religion y la virtud de las plegarias.

Roma sucumbió, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó, porque acabó su teología. De esta manera, la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana.

Roma habia dado al mundo sus césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habian dividido entre sí el grande imperio de las cosas humanas y divinas. El sol, que habia visto levantarse y caer agigantados imperios, no habia visto ninguno, desde el dia de su creacion, de tan augusta majestad y de tan extraña grandeza. Todas las gentes habian recibido su yugo; hasta las mas ásperas y agrestes habian doblado sus cervices: el mundo habia depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

Por aquel tiempo nació, en humilde establo, de padres humildes, un niño prodigioso, en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres, habia brillado una nueva estrella en el cielo; que apenas nacido, habia sido adorado de pastores y de reyes; que espíritus angélicos habian hablado á los hombres y habian cruzado por los aires; que su nombre incomunicable y misterioso habia sido pronunciado en el principio del mundo; que los patriarcas habian aguardado su venida; que los profetas habian anunciado su reino, y que hasta las Sibilas habian cantado sus victorias. Estos extraños rumores habian llegado hasta los oidos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron sin embargo muy pronto, cuando vie-

ron que los dias y las noches proseguian como siempre en perpétua rotacion, y que el sol seguia iluminando como antes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales: el César es inmortal, y los rumores que oimos, fueron rumores de gente asustadiza y ociosa. Y así pasaron treinta años: contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar, en nuevos y más extraños rumores, un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se habia hecho hombre: al decir de las gentes, al recibir en su cabeza las aguas del Jordan, habia venido sobre él un espíritu en figura de paloma, se habian rasgado los cielos, y habia resonado una voz clamando en las alturas: «Este es mi hijo muy querido.» Entre tanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante de los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar: «Haced penitencia;» y señalando con el dedo al niño hecho hombre, daba este testimonio de él: «Este es el cordero de Dios, que quita los pecados de mundo.»—Que en todo esto habia una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *espíritus fuertes* de aquella edad no ofrecia ningun género de duda. El pueblo judío, decian, fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvia sus ojos oscurecidos con el llanto hácia su abandonado templo y hácia su patria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por sus profetas, le habia redimido del cautiverio, y le habia devuelto á un tiempo mismo su templo y su patria: no era pues cosa extraña, sino antes muy natural, que aguardara una nueva redencion y un nuevo libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

Si no hubiera habido más que esto, *las gentes despreocu-*

padas y entendidas de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razon humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas; porque sucedió que Jesus (este era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina, y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas, y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande, que aconsejó á los pobres la paciencia, y escarneciéndolos despues, celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en ménos, les dijo: «Sed misericordiosos (1).» Condenó la fornicacion y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdeñó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios; y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo, que se llamó el señor de las tierras, de los mares y de los cielos; y fué tan consumado en las artes de la hipocresía, que lavó los piés á unos pobres pescadores. A pesar de su austeridad estudiada, dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta, y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su alma recibió el don de los milagros (2). Las turbas le seguian, y le adoraban las muchedumbres.

---

(1) En las frases que siguen, en que se continúa narrando sucintamente los principales hechos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, expone el autor con mayor amplitud el maligno y calumnioso lenguaje que usaban los hipócritas y los impíos de aquel tiempo para contar las obras del Hombre-Dios. *

(2) *Pharisæi autem dicebant: in principe dœmoniorum ejicit dæmones.* S. Mateo, c. 9, v. 34.—Véase ademas S. Lucas, cap. 11, v. 15, y S. Marcos, cap. 3, v. 3, 4, 22.

Como se ve, á pesar de su buena voluntad, no podian permanecer por más tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales, responsables como eran, por razon de sus oficios, de la majestad de la religion y de la paz del Imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo, fué el aviso que tuvieron de que, por una parte, una grande multitud de gentes habia estado á punto de proclamar á Jesus rey de los judíos, y por otra, se habia llamado á sí mismo Hijo de Dios, y habia intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

El que tales cosas habia dicho, y el que tales obras habia obrado, era necesario que muriera *por el pueblo*. Faltaba solo justificar estos cargos, y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos, como fuese preguntado sobre el particular, dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos, diciéndoles: «Dad á Dios lo que es Dios, y al César lo que es del César;» que fué tanto como decir: «Os dejo vuestro César, y os quito vuestro Júpiter.» Preguntado por Pilatos y por el gran sacerdote, ratificó su dicho, afirmando de sí, que era el Hijo de Dios; pero que no era de este mundo su reino. Entonces dijo Caifás: «este hombre es culpable y debe morir;» y Pilatos al revés: «dejad libre á este hombre, porque es inocente.»

Caifás, gran sacerdote, miraba la cuestion bajo el punto de vista religioso; Pilatos, hombre lego, miraba la cuestion bajo el punto de vista político. Pilatos no podia comprender qué tenia que ver el estado con la religion, César con Júpiter, la política con la teología; Caifás, por el contrario, pensaba que una nueva religion trastornaria el Estado, que un nuevo Dios destronaria al César, y que la cuestion política iba envuelta en la cuestion teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás, y en sus roncos bramidos llamaba á Pilatos enemigo de Tiberio. La cuestion quedó en este estado por entonces.

Pilatos, tipo inmortal de los jueces corrompidos, sacrificó el Justo al miedo, y entregó á Jesus á las furias populares, y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la cruz, lleno de vilipendios y ludibrios: allí se levantaron contra él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sabios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los adúlteros y los fornicadores. El Hijo espiró en la cruz pidiendo por sus verdugos, y encomendando su espíritu á su Padre.

Todo entró por un momento en reposo; pero despues viéronse cosas que aun no habian visto los ojos de los hombres: la abominacion de la desolacion en el templo; las matronas de Sion maldiciendo su fecundidad; los sepulcros hendidos, Jerusalem sin gente, sus muros por el suelo, su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin césares y sin dioses; las ciudades despobladas, y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer, vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordan: «haced penitencia,» y á la voz de aquel otro que dijo: «el que quiera ser perfecto, que deje todas las cosas, que tome su cruz y me siga;» y los reyes adorando la cruz, y la cruz levantada en todas partes.

¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan grande desolacion, y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.

CAPITULO II.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA TEOLOGÍA CATÓLICA.

Esa nueva teología se llama el Catolicismo. El Catolicismo es un sistema de civilizacion completo; tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. El incrédulo cae en éxtasis á vista de su inconcebible extravagancia, y el creyente á vista de tan extraña grandeza. Si hay alguno por ventura que, al mirarle, pasa de largo y se sonrie, las gentes, más asombradas aun de tan estúpida indiferencia que de aquella grandeza colosal y de aquella extravagancia inconcebible, alzan la voz y exclaman: Dejemos pasar al insensato.

La humanidad entera ha cursado por espacio de diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores; y al cabo de tanto aprender, y al cabo de tanto cursar, hoy dia es, y aun no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia. Allí aprende cómo y cuándo han de acabar, y cuándo y cómo han tenido principio las cosas y los tiempos; allí se le descubren secretos maravillosos que estuvieron siempre escondidos á las especulaciones de los filósofos gen-

tiles y al entendimiento de sus sabios; allí se le revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de las cosas humanas, la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres, el término adonde van, el punto de donde vienen, el misterio de su peregrinacion y el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte. Los niños amamantados á sus fecundísimos pechos saben hoy más que Aristóteles y Platon, luminares de Atenas. Y sin embargo, los doctores que tales cosas enseñan, y que á tales alturas alcanzan, son humildes. Solo al mundo católico le ha sido dado ofrecer un espectáculo en la tierra, reservado antes á los ángeles del cielo: el espectáculo de la ciencia derribada por la humildad ante el acatamiento divino.

Llámase esta teología *católica*, porque es universal; y lo es en todos los sentidos y bajo todos los aspectos: es universal, porque abarca todas las verdades; lo es, porque abarca todo lo que todas las verdades contienen; lo es, porque por su naturaleza está destinada á dilatarse por todos los espacios, y á prolongarse por todos los tiempos; lo es en su Dios, y lo es en sus dogmas.

Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el índico; *múltiple* en su persona, á la manera del pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) (1) que le sirven, es *muchedumbre* (2), á la manera de

---

(1) Así efectivamente se apellida más de una vez en nuestros libros sagrados á las criaturas, como por ejemplo en este pasaje: *Ego dixi:* Dii *estis, et filii Excelsi omnes* (Ps. LXXXI, 6;—Joan. X, 34).

(2) Como sustancias inmateriales que son los ángeles, su *muchedumbre* excede en efecto á la de todas las cosas materiales, segun así nos lo enseña San Dionisio (*Coel., Hier.*, XIII) en el pasaje siguiente: «Las bienaventuradas falanges de es-

los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita é impalpable, eterno reposo, y autor de todo movimiento; es inteligencia suprema, voluntad soberana; es continente, no contenido. El es el que lo sacó todo de la nada, y el que mantiene cada cosa en su sér; el que gobierna las cosas angélicas, las cosas humanas y las cosas infernales. Es misericordiosísimo, justísimo, amorosísimo, fortísimo, potentísimo, simplicísimo, secretísimo, hermosísimo, sapientísimo. El oriente conoce su voz, el occidente le obedece, el mediodía le reverencia, el setentrion le acata. Su palabra hinche la creacion, los astros velan su faz, los serafines reflejan su luz en sus alas encendidas, los cielos le sirven de trono, y la redondez de la tierra está colgada de su mano. Cuando los tiempos fueron cumplidos, el Dios católico mostró su faz; esto bastó para que todos los ídolos fabricados por los hombres cayeran derribados por el suelo. No podia ser de otra manera, si se atiende á que las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y á que los dioses de las naciones no eran otra cosa sino la deificacion de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero, del Dios bíblico (1).

»píritus celestes son harto más numerosas de cuanto en su pobre y estrecha ca»bida pueden comprender nuestros números materiales.» (S. Thom. *Summ. theol.* q. VI, 3).

(1) Todo este párrafo es el primer pasaje sobre quien descarga su atrabiliaria crítica el Sr. Gaduel. «En verdad, dice, no se sabe qué pensar de tan raros y ex»travagantes símiles, ni si es posible acumular en menos palabras mayor número »de despropósitos. Y no se diga que de ningun modo están en la mente del autor »errores tan groseros; pues esta seria de todos modos floja disculpa, dado que »evidentemente se hallan en su manera de expresarse. Vivimos en un siglo de tal »frivolidad, que no parece sino que impunemente se le puede endosar todo lo que »se quiera; pero yo, por mi parte, no creeré nunca indiferente, ni aun en este si»glo, el expresarse con tanta inexactitud cuando se habla de Dios y se escribe »para el público.

»No, el Dios vivo no es *uno en su sustancia, como el indio;* porque nada hay

El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que habia de creer, los morales lo que habia de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron á levantarse á lo alto en alas de la oracion, esa escala de Jacob de piedras abrillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito.

»menos semejante á la unidad del verdadero Dios que la unidad panteística. No, »el Dios vivo no es *vario en sus atributos, á la manera de los dioses griegos;* pues »en los dioses griegos habia una diversidad real y verdadera, mientras que los »atributos del verdadero Dios no son diversos sino con una diversidad virtual, re»lativa á sus defectos y á nuestra manera de concebirlos, pero no con una diver»sidad sustancial, siendo como es un principio en teología que los atributos divi»nos son todos idénticos á la esencia, é idénticos entre sí.—«Cuando al hablar de »de Dios, dice San Fulgencio *(Resp. ad Ferrand, interrog.* 2), nombramos la di»vinidad, la grandeza, la bondad, el poder, no debemos ciertamente entender bajo »estos nombres divinos cosas diversas, sino una sola y misma cosa, á saber, la »esencia y la naturaleza divina.»—No, el Dios vivo no es *muchedumbre, á la ma»nera de los dioses romanos, por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven;* »pues, por ventura, los ángeles santos que sirven al verdadero Dios ¿tienen algo »comun á la muchedumbre de los dioses romanos, ni hay razon alguna que pue»da autorizar á un católico para llamar *muchedumbre* al Dios verdadero?—No, »el Dios vivo no es sustancia *indefinida*, sino *infinita*. ¿Cree por ventura el Sr. Do»noso que lo infinito y lo indefinido son una misma cosa? Semejantes extravagan»cias de expresion no pueden servir más que para confundir el lenguaje, cuando »no lleguen á confundir aún las ideas.»

Por lo tocante al penúltimo párrafo preinserto, el señor Gaduel podia haberse enterado de que el texto español dice *sustancia infinita* y no *indefinida*, como por error de imprenta decia la primera edicion francesa, y segun lo corrigió con recto criterio y buena fé la traduccion italiana publicada en Folligno; pero entonces el crítico francés no habria podido pedantear atribuyendo á Donoso el dislate mazorral de confundir las nociones de *infinito* y de *indefinido*.

En todo lo demás, sus censuras se apoyan en una miserable tergiversacion del sentido genuino de las locuciones comparativas *como* y *á la manera de*. Segun este extraño modo de interpretar que gasta el señor Gaduel, cuando quiera

Por el Catolicismo entró el órden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas. El mundo moral encontró en el dia de la Redencion las leyes que habia perdido en el dia de la prevaricacion y del pecado. El dogma católico fué el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado caótico, vió claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores, y conoció la bienaventuranza de la paz perdida, á la luz de esos tres divinos criterios.

El órden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, criador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia, y las gobernó por sus vicarios. S. Pablo dice, en su *Epístola á los romanos,* cap. 13: *Non est potestas nisi á Deo;* y Salomon, en los *Proverbios,* cap. 8, vers. 15: *Per*

---

que se diga, por ejemplo, que el hombre es *espíritu como el ángel* y *cuerpo como el bruto*, equivale á decir que el hombre es, por una parte *espíritu puro*, y por otra *mero animal*. Con este modo de entender las palabras, ha podido el crítico explayar su vena suponiendo que para el señor Donoso el Dios verdadero es *idéntico* al *Dios-todo* de los indios, y á los *dioses múltiples* de los griegos y los romanos. Pero el señor Donoso ni pensó, ni dijo semejante enormidad, sino que dijo precisamente lo contrario, al afirmar la *unidad* de la esencia divina, con lo cual excluye la *pluralidad* de dioses, y al mencionar la innumerable *muchedumbre* de espíritus angélicos, realmente distintos, con lo cual excluye la unidad panteística. Por consiguiente los *errores groseros* que la grosería del crítico supone en la mente y en el lenguaje del señor Donoso, no están sino en el antojo del crítico mismo. Y si por algun lado pudo á este parecer oscuro el lenguaje de Donoso en los pasajes incriminados, bastábale cotejarlos con aquel otro, por ejemplo, donde Donoso expone tan claramente su idea diciendo: «Las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y los dioses de »las naciones no eran otra cosa sino la deificacion de alguna de las propiedades »esenciales del Dios verdadero.» (Cap. II, final del párrafo quinto.) ¿Es leal, cuando á un escritor se le tacha por cualquier proposicion ambigua, ocultar que en la misma página donde esa proposicion se encuentra, hay otra que la explica con toda claridad y precision?

me Reges regnant, et conditores legum justa decernunt. La autoridad de sus vicarios fué santa, cabalmente por lo que tuvo de ajena, es decir, de divina. La idea de la autoridad es de orígen católico. Los antiguos gobernadores de las gentes pusieron su soberanía sobre fundamentos humanos; gobernaron para sí, y gobernaron por la fuerza. Los gobernadores católicos, teniéndose en nada á sí propios, no fueron otra cosa sino ministros de Dios y servidores de los pueblos. Cuando el hombre llegó á ser hijo de Dios, luego al punto dejó de ser esclavo del hombre. Nada hay á un tiempo mismo más respetable, más solemne y más augusto que las palabras que la Iglesia ponia en los oidos de los príncipes cristianos al tiempo de su consagracion: «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, y para que podais fortificar al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvacion. Tomad el cetro como la regla de la equidad divina que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended por aquí á amar la justicia y á aborrecer la iniquidad» (1). Estas palabras guar-

---

(1) Estas palabras son un resúmen de las instrucciones que da el prelado al rey en la ceremonia de la consagracion, segun se puede ver leyendo la fórmula que para esta ceremonia designa el Pontifical romano: «*De benedictione et coronatione regis.*» Hé aquí algunos trozos:

«*El rey electo se acerca al Metropolitano, y arrodillado delante de él, hace,* »*descubierta la cabeza, esta profesion diciendo:*

»Yo N. por la gracia de Dios, futuro rey N., profeso y prometo delante de »Dios y al pueblo sometido á mí, que en cuanto pueda y sepa, humildemente »contando con la misericordia divina, guardaré y cumpliré la ley, justicia y paz, »como mejor pueda hallar en el consejo de mis fieles.»

«*El Metropolitano recibe de uno de los ministros la espada que estaba sobre el* »*altar, y desnuda la pone en manos del rey, diciendo:*

»Recibe la espada tomada del altar, y por nuestras manos consagradas, »aunque indignas, con la autoridad y en nombre de los santos apóstoles, á »tí régiamente concedida, y por medio de nuestra bendicion, para defender la »Iglesia de Dios, divinamente ordenada: acuérdate de que el salmista profetizó

daban una consonancia perfecta con la idea de la autoridad legítima, revelada al mundo por nuestro Señor Jesucristo. *Scitis quia hi, qui videntur principari gentibus, dominantur eis: et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister: et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* (Marc., cap. 10, vers. 42, 43, 44, 45.)

Todos ganaron con esta revolucion dichosa: los pueblos y sus gobernadores; los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque

---

»diciendo: «*Cíñete al lado tu espada*, oh rey *potentísimo*», para que ejerciendo en »ella y con ella la fuerza de la equidad, destruyas la mole de la iniquidad, y á la »santa Iglesia de Dios y sus fieles defiendas y protejas; y no ménos execres y »combatas á los malos cristianos que á los enemigos de nuestra religion; á las »viudas y huérfanos ayudes y defiendas con clemencia; lo desolado restaures, lo »restaurado conserves; vengues las injusticias, confirmes lo bien dispuesto; para »que esto haciendo, glorioso con el triunfo de las virtudes, y observador egregio »de la justicia, llegues á reinar eternamente con el Salvador del mundo.»

«*El Metropolitano da el cetro al rey que sigue arrodillado, diciéndole:*

»Recibe la vara de la justicia y de la verdad, para que entiendas que debes »mostrarte benigno y favorecer á los piadosos, aterrar á los réprobos, guiar á los »errantes, dar la mano á los caidos, humillar á los soberbios, ensalzar á los hu»mildes, para que te abra la puerta Jesucristo nuestro Señor, que dice de sí »mismo: «*Yo soy la puerta; si alguno entrare por mí, se salvará*»; esa es la llave »de David y el cetro de la casa de Israel, que abre y nadie cierra, que cierra y »nadie abre. Y sea tu guía el que saca de la cárcel al cautivo sentado en las ti»nieblas y en sombras de muerte, y en todo merezcas seguir á Aquel de quien el »profeta David canta: «*El trono tuyo, oh Dios,* permanece *por los siglos de los »siglos; el cetro de tu reino es cetro de rectitud,*» é imitándole ames la justicia y »aborrezcas la iniquidad.»

de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida. Empero si todos ganaron, no ganaron todos igualmente, como quiera que los príncipes, en el hecho mismo de gobernar en nombre de Dios, representaban á la humanidad bajo el punto de vista de su impotencia para constituir una autoridad legítima por sí sola y en su nombre propio; mientras que los pueblos, en el hecho mismo de no obedecer en el príncipe sino á su Dios, eran los representantes de la más alta y gloriosa de las prerogativas humanas, la que consiste en no sujetarse sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para explicar, por una parte, la singular modestia con que resplandecen en la historia los príncipes dichosos, á quienes los hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por otra, la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz y de consuelo y de misericordia se habia levantado en el mundo, y habia resonado hondamente en la conciencia humana; y esa voz habia enseñado á las gentes, que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes. El Catolicismo, divinizando la autoridad, santificó la obediencia; y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus manifestaciones más tremendas, en el espíritu de dominacion y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica: el despotismo y las revoluciones. Rousseau, que tuvo algunas veces súbitas y grandes iluminaciones, ha escrito estas notables palabras: «Los gobiernos modernos son deudores indudablemente al Cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad, y por otra, de que sean más grandes los intervalos entre las revoluciones. Ni se ha extendido á esto solo su influencia;

porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho más humanos: para convencerse de ello no hay más que compararlos con los gobiernos antiguos.» (*Emile*, libro 4.°) Y Montesquieu ha dicho: «No cabe duda sino que el Cristianismo ha creado entre nosotros el derecho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que respetamos en la guerra, cuyos beneficios no agradecerá nunca suficientemente el género humano.» *(Esprit des lois*, lib. 29, cap. 3.°)

El mismo Dios, que es autor y gobernador de la sociedad política, es autor y gobernador de la sociedad doméstica. En lo más escondido, en lo más alto, en lo más sereno y luminoso de los cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el prodigio de los prodigios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay más que un Dios, trino en las personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre; pero no es Padre: es Dios como el Hijo; pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo: es Dios como el Padre; pero no es Padre: el Padre es Dios como el Hijo; pero no es Hijo: es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu Santo es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, potencia suma, perfecta sabiduría. Allí la unidad, dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tésis, es antítesis y es síntesis; y es tésis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo,

es variedad; porque es variedad, es familia (1). En su esencia están, de una manera inenarrable é incomprensible, las leyes de la creacion y los ejemplares de todas las cosas. Todo ha sido hecho á su imágen: por eso la creacion es una y va-

---

(1) Con la palabra *variedad* quiere designar aquí Donoso la pluralidad de las personas divinas, segun se deduce del contexto y de la frase «*La unidad dilatándose,* etc.,» esto es, las procesiones inmanentes por las cuales el Hijo es eternamente engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede tambien eternamente de ambos, segun acaba de decir el autor en una de sus anteriores frases. Las frases de Donoso implican que las procesiones provienen de la esencia; en el sentido de que la esencia es el principio por el cual el Padre enjendra, y el Padre y el Hijo producen por espiracion al Espíritu Santo, segun lo enseña Santo Tomás. *(Suma Theol.* I., q. XLI, 5.)

El presbítero señor Gaduel dice *(Ami de la Religion,* n. del 4 de Enero de 1854): «¡Dios inmutable, que se *condensa* despues de haberse *dilatado!*»—«¡El Padre *tésis,* el Hijo *antitesis,* el Espíritu Santo *sintesis!*»—¡Qué lenguaje!»

No es lícito atribuir á un autor más que lo que él haya dicho; y Donoso Cortés no dice que el Padre es *tésis,* el Hijo *antitesis* y el Espíritu Santo *sintesis;* dice que Dios es *tésis,* y *tésis* SOBERANA; es decir, que es la soberana unidad; que Dios es *antitesis,* y *antitesis* PERFECTA, es decir, que si bien tiene la unidad de esencia, tiene tambien pluralidad de personas, que estas personas son distintas, y que esta distincion es real y perfecta; en fin, que Dios es *sintesis* y *sintesis* INFINITA, es decir, que en Dios la unidad de esencia y la trinidad de personas, lejos de ser términos contradictorios, se suponen y conciertan recíprocamente. ¿En qué es, pues, escandaloso este lenguaje?

Tampoco dice el autor que «*Dios inmutable se condensa despues de haberse dilatado,* sino todo lo contrario, pues habla de *dilatacion* y *condensacion* ETERNAS en que es imposible suponer *antes* ni *despues,* ni género alguno de sucesion. No trataremos de defender las expresiones *dilatarse* y *condensarse;* pero sí decimos que por el contexto se entiende que el autor las toma en sentido metafórico, y que con la palabra *eternamente* las corrige y excluye de Dios toda idea de mudanza.

La expresion «*diversidad divina*» es, segun el señor Gaduel, de muy mal estilo teológico; tiene razon, y por eso mismo no la tiene en añadir que «se puede decir *diversidad de las personas divinas,* pero no diversidad divina;» segun la *Civitta Cattolica* le ha echado en cara.

Hé aquí lo que sobre la palabra *diversidad* y otras que hay que evitar hablando de la Trinidad Santísima, dice Santo Tomás:

«Cuando hablamos de la Santísima Trinidad, hay que huir de dos errores

ria. La palabra *universo*, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno.

El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios; y no solamente á su imágen, sino tambien á su semejanza; por eso

---

»opuestos, y caminar con precaucion entre ambos: uno es el de Arrio, que afir»ma la trinidad de sustancias con la trinidad de personas; y otro el de Sabelio, »que afirma la unidad de personas con la unidad de esencia.»

«Para no incurrir en el error de Arrio, es menester que al hablar de Dios nos »guardemos de usar los vocablos *diversidad* y *diferencia*, por temor de alterar el »concepto de la unidad de esencia, bien que para expresar el de la oposicion re»lativa, podemos emplear la palabra *distincion*. Por eso, cuando en cualquier »escrito ortodoxo hallemos las palabras *diversidad* ó *diferencia* de las Personas, »debemos entender *distincion*. Del propio modo, si se quiere no alterar el con»cepto de la simplicísima esencia divina, debemos guardarnos de usar las voces »*separacion* y *division*, las cuales significan distribucion de un todo en diversas »partes. Así tambien para no alterar el concepto de la igualdad entre las perso»nas divinas, debemos evitar la palabra *disparidad*; y por último, para no alte»rar el concepto de la semejanza entre las mismas personas, no podemos decir »de ninguna que sea *desemejante* y *extraña* á la otra; porque, como dice San »Ambrosio *(De Fide,* lib. II), *entre el Padre y el Hijo nada hay que sea desemejante, pues en ellos hay una misma y sola divinidad:* á lo cual añade San Hila»rio, que *en Dios nada hay separable (De Trinitate,* VII).

»En cuanto al error de Sabelio, para no incurrir en él, debemos abstenernos »de emplear la palabra *singular*, por ser opuesta al concepto de la *comunicabili»dad* de la esencia divina. Porque como dice San Hilario en su mismo citado li»bro: *llamar Dios singular al Padre* y al *Hijo, es un sacrilegio.* Por la misma »razon no debemos tampoco usar la palabra *único* si no queremos adulterar el »concepto de la pluralidad de personas, pues como dice tambien San Hilario »*en Dios no cabe la singularidad, ni el sentido que implica la palabra* UNICO. De»cimos ciertamente Hijo único, por cuanto en efecto Dios no tiene vários; pero »está mal dicho Dios único, por cuanto la divinidad es comun á varias personas. »Tampoco debemos usar la palabra *confundido* por no tergiversar el órden de pro»cesion de las personas divinas, pues como dice San Ambrosio: *Lo que es uno, no »es confuso, así como tampoco es múltiple lo que no contiene diferencia alguna.* »Evítese tambien, por último, la palabra *solitario*, como opuesta al concepto de »la union entre las personas divinas; porque como dice San Hilario (IV *De Tri»nit.): el Dios á quien adorar debemos, no es un Dios solitario, ni un Dios en »quien se halle diversidad alguna.*» *(Sum. Theol.* I, q. XXXI, 2.)

el hombre es uno en la esencia y trino en las personas. Eva procede de Adan, Abel es engendrado por Adan y por Eva, y Abel y Eva y Adan son una misma cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adan es el hombre padre, Eva es el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adan; pero no es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser padre.

Todos estos nombres son nombres divinos, como son divinas las funciones significadas por ellos. La idea de la paternidad, fundamento de la familia, no ha podido caber en el entendimiento humano. Entre el padre y el hijo no hay ninguna de aquellas diferencias fundamentales que presentan una base bastante ancha para asentar en ella un derecho. La prioridad es un hecho y nada más; la fuerza es un hecho y nada más; la prioridad y la fuerza no pueden constituir por sí mismas el derecho de la paternidad, aunque pueden dar orígen á otro hecho, el hecho de la servidumbre. El nombre propio del padre, supuesto este hecho, es el de *señor*, como el nombre del hijo es el de *esclavo*. Y esta verdad que nos dicta la razon, está confirmada por la historia: en los pueblos olvidados de las grandes tradiciones bíblicas, la paternidad no ha sido nunca sino el nombre propio de la tiranía doméstica. Si hubiera existido un pueblo, olvidado, por una parte, de esas grandes tradiciones, y apartado por otra del culto de la fuerza material, en ese pueblo los padres y los hijos hubieran sido y se hubieran llamado hermanos. La paternidad viene de Dios (1), y solo de Dios puede venir en el nombre y en la esencia. Si Dios hu-

---

(1) Flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur. (*Eph.*, III, 14-15.)

biera permitido el olvido completo de las tradiciones paradisiacas, el género humano, con la institucion, hubiera perdido hasta su nombre.

La familia, divina en su institucion, divina en su esencia, ha seguido en todas partes las vicisitudes de la civilizacion católica: y esto es tan cierto, que la pureza ó la corrupcion de la primera es siempre síntoma infalible de la pureza ó de la corrupcion de la segunda: así como la historia de las varias vicisitudes y trastornos de la segunda es la historia de los trastornos y de las vicisitudes por que va pasando la primera.

En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse; de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los cláustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el hogar á los piés del padre y de la madre, los habitantes de los cláustros, hijos más rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos piés de otro Padre mejor, y el sacratísimo manto de otra Madre más tierna. Cuando la civilizacion católica va de vencida, y entra en un período decadente, luego al punto la familia decae, su constitucion se vicia, sus elementos se descomponen, y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo; mientras que una familiaridad sacrílega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces, envilecida y profanada, se dispersa, y va á perderse en los clubs y en los casinos.

La historia de la familia puede encerrarse en pocos renglones. La familia divina, ejemplar y modelo de la familia humana, es eterna en todos sus individuos. La familia humana espiritual, que despues de la divina es la más perfecta de todas, dura en todos sus individuos lo que dura el tiem-

po: la familia humana natural, entre el padre y la madre, dura lo que dura la vida, y entre el padre y los hijos, largos años. La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos algunos meses: la familia artificial de los clubs dura un dia, la del casino un instante. La duracion es aquí, como en otras muchas cosas, la medida de las perfecciones. Entre la familia divina y la humana de los cláustros, hay la misma proporcion que entre el tiempo y la eternidad; entre la espiritual de los cláustros, la más perfecta, y la sensual de los clubs, la más imperfecta de todas las humanas, hay la misma proporcion que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.

CAPITULO III.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Constituidos, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo mismo santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo; que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna para los que tienen hambre, sabiduría para los ignorantes, para los extraviados camino; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos, y para los pobres llena de amor y de misericordias; una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar á todas con imperio, y

sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo; una autoridad fundada directamente por Dios, y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas; que fuera á un tiempo mismo siempre nueva y siempre antigua, duracion y progreso, y á quien asistiera Dios con especial asistencia.

Esa autoridad altísima, infalible, fundada para la eternidad, y en quien se agrada Dios eternamente, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, cuerpo místico del Señor, esposa dichosa del Verbo, que enseña al mundo lo que aprende de boca del Espíritu Santo: que puesta como en una region media entre la tierra y el cielo, cambia plegarias por dones, y ofrece perpétuamente al Padre, por la salvacion del mundo, la Sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpétuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando despues en su perfecto reposo, dejarla expuesta á las injurias del tiempo, vano asunto de las disputas del hombre. Por esa razon ideó eternamente su Iglesia, que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos, hermosísima y perfectísima, con aquella alta perfeccion y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino. Desde entonces ella es, para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde, nuestro primer orígen y nuestro último fin, en qué consiste la salvacion, y en qué la condenacion del hombre; y ella sola lo sabe: ella gobierna las almas, y ella sola las gobierna: ella ilumina los entendimientos, y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad, y ella sola la endereza: ella purifica y enciende los afectos, y ella sola los enciende y los purifica: ella mueve los corazones, y sola los mueve con la gracia del Espíritu

Santo. En ella no cabe ni pecado, ni error, ni flaqueza; su túnica no tiene mancha; para ella las tribulaciones son triunfos, los huracanes y las brisas la llevan al puerto.

Todo en ella es espiritual, sobrenatural y milagroso: es espiritual, porque su gobierno es de las inteligencias, y porque las armas con que se defiende y con que mata, son espirituales; es sobrenatural, porque todo lo ordena á un fin sobrenatural, y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres; es milagrosa, porque todos los grandes misterios se ordenan á su milagrosa institucion, y porque su existencia, su duracion, sus conquistas son un milagro perpétuo. El Padre envía al Hijo á la tierra, el Hijo envía sus apóstoles al mundo, y el Espíritu Santo á sus apóstoles; de esta manera, en la plenitud como en el principio de los tiempos, en la institucion de la Iglesia como en la creacion universal, intervienen á la vez el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oidos, y luego al punto es conturbada la tierra: un fuego desusado arde en las venas del mundo; un torbellino saca de quicio á las naciones, arrebata á las gentes, trastorna los imperios, confunde las razas; el género humano suda sangre bajo la presion divina; y de toda esa sangre, y de toda esa confusion de razas, de naciones y de gentes, y de esos torbellinos impetuosos, y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra, el mundo sale radiante y renovado, puesto á los piés de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Esa mística ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el scita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del oriente y del occidente, los que vienen de la banda del septentrion y de las partes del mediodia. Suyo

es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el imperio universal y el universal sacerdocio; tiene por ciudadanos á reyes y emperadores; sus héroes son los mártires y los santos. Su invencible milicia se compone de aquellos varones fortísimos que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos concilios. Cuando sus pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia puesta en el mundo sin fundamentos humanos, despues de haberle sacado de un abismo de corrupcion, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se rebelan contra su imperio, y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y ella rinde á sus piés al paganismo. Emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea solo por su santa libertad, y el mundo la da el imperio.

Bajo su imperio fecundísimo han florecido las ciencias, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vegetacion todas las grandes instituciones domésticas, políticas y sociales. Ella no ha tenido anatemas sino para los hombres impíos, para los pueblos rebeldes y para los reyes tiranos. Ha defendido la libertad, contra los reyes que aspiraron á convertir la autoridad en tiranía; y la autoridad, contra los pueblos que aspiraron á una emancipacion absoluta; y contra todos, los derechos de Dios y la inviolabilidad de sus santos mandamientos. No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error á que no haya dicho anatema. La libertad, en la verdad, ha sido para ella santa; y en el error,

como el error mismo, abominable; á sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razon ha ido á buscarle, y á perseguirle, y á extirparle en lo más recóndito del entendimiento humano. Y esa perpétua ilegitimidad, y esa desnudez perpétua del error, así como ha sido un dogma religioso, ha sido tambien un dogma político, proclamado en todos tiempos por todas las potestades del mundo. Todas han puesto fuera de discusion el principio en que descansan; todas han llamado error, y han despojado de toda legitimidad y de todo derecho al principio que le sirve de contraste. Todas se han declarado infalibles á sí propias en esa calificacion suprema; y si no han condenado todos los errores políticos, no consiste esto en que la conciencia del género humano reconozca la legitimidad de ningun error, sino en que no ha reconocido nunca en las potestades humanas el privilegio de la infalibilidad en la calificacion de los errores.

De esa impotencia radical de las potestades humanas para designar los errores, ha nacido el principio de la libertad de discusion, fundamento de las constituciones modernas. Ese principio no supone en la sociedad, como pudiera parecer á primera vista, una imparcialidad incomprensible y culpable entre la verdad y el error; se funda en otras dos suposiciones, de las cuales la una es verdadera, y la otra falsa: se funda por una parte, en que no son infalibles los gobiernos, lo cual es una cosa evidente; se funda, por otra, en la infabilidad de la discusion, lo cual es falso á todas luces. La infalibilidad no puede resultar de la discusion, si no está antes en los que discuten; no puede estar en los que discuten, si no está al mismo tiempo en los que gobiernan: si la infalibilidad es un atributo de la naturaleza humana, está en los primeros y en los segundos; si no está en la naturaleza humana, ni está en los segundos, ni está en los primeros: ó todos son falibles, ó son infalibles todos. La cuestion, pues, consiste en averiguar si la naturaleza humana es fali-

ble ó infalible; la cual se resuelve forzosamente en esta otra, conviene á saber: si la naturaleza del hombre es sana, ó está caida y enferma.

En el primer caso, la infalibilidad, atributo esencial del entendimiento sano, es el primero y el más grande de todos sus atributos; de cuyo principio se siguen naturalmente las siguientes consecuencias: Si el entendimiento del hombre es infalible porque es sano, no puede errar porque es infalible; si no puede errar porque es infalible, la verdad está en todos los hombres, ahora se los considere juntos, ahora se los considere aislados; si la verdad está en todos los hombres aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones han de ser forzosamente idénticas; si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son idénticas, la discusion es inconcebible y absurda.

En el segundo caso, la falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: Si el entendimiento del hombre es falible porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se los considere juntos, ahora se los considere aislados; si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradiccion en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas; si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusion es absurda é inconcebible (1).

---

(1) Para hacer una aplicacion debida de estos argumentos del autor, conviene tener presente no tanto la historia del paganismo antiguo, como la de este otro paganismo reproducido en nuestros tiempos en aquellas sociedades y en aquellos

Solo el Catolicismo ha dado una solucion satisfactoria y legítima, como todas sus soluciones, á este problema temeroso. El Catolicismo enseña lo siguiente: El hombre viene de Dios, el pecado del hombre; la ignorancia y el error,

---

individuos no penetrados por la saludable influencia de la Iglesia. El estrago causado por la prevaricacion del primer hombre es tan profundo, que ha inducido á algunos herejes, especialmente los modernos, á proclamar como estinguido el libre albedrío, declarando por consiguiente muerta tambien la razon, que es uno de sus elementos integrales. Los católicos, empero, entre los cuales ocupa el Señor Donoso tan distinguido lugar, no han incurrido nunca en estas erróneas exageraciones anatematizadas por la Iglesia; por más que al ver con espanto los terribles efectos de la humana flaqueza, y juzgando con tanta razon más necesario hoy que nunca el tenerlos en cuenta, haya querido el ilustre escritor trazarnos con su elocuente pluma este cuadro de ellos, tan digno de ser admirado. *

Además, para no errar acerca de este pasaje de Donoso, adviértase que habla de la discusion en cuanto versa sobre verdades religiosas y morales, de que depende el mantenimiento del órden legítimo en el hombre, en la familia y en la sociedad; y que tiene lugar entre hombres separados de la Iglesia, privados por lo tanto de las luces que ella sola puede comunicar, y que no reconocen más autoridad que la de su propia razon; segun se deduce del texto, y en especial de las siguientes palabras: «El dia en que la sociedad, poniendo en olvido sus deci»siones doctrinales (las de la Iglesia), ha preguntado qué cosa es la verdad, qué »cosa es el error, á la prensa, á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas; en »ese dia el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la »sociedad ha entrado en la region de las sombras y ha caido bajo el imperio de »las ficciones.» Y más adelante: «La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha sal»vado el mundo del cáos. La intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestion »la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa; »verdades todas primitivas y santas, que no están sujetas á discusion, porque son »el fundamento de todas las discusiones.»

La razon del hombre caido no es falible en todas las cosas, pues como dice Santo Tomás: «*Es infalible en el conocimiento de los primeros principios y de sus inmediatas consecuencias;*» y esto basta para que el humano raciocinio tenga un fundamento sólido sobre que construir el edificio de la ciencia en todos los órdenes de cosas en que las pasiones no le turban. Esto mismo basta para que pueda demostrar con certeza las grandes verdades del órden natural, como la existencia de Dios, la espiritualidad de nuestra alma, el libre albedrío, etc., y conducir á la fé al hombre mediante el auxilio de la divina gracia. Pero esto no bastaria para conducirle á la fé si faltara este auxilio, y como en las presentes condiciones

como el dolor y la muerte, del pecado; la falibilidad, de la ignorancia: de la falibilidad, lo absurdo de las discusiones. Pero añade despues: El hombre fué redimido; lo cual, si no significa que por el acto de la redencion, y sin ningun esfuerzo suyo, salió de la esclavitud del pecado, significa á lo ménos, que por la redencion adquirió la potestad de romper esas cadenas, y de convertir la ignorancia, el error, el do-

---

de la humanidad, la fé es necesaria al hombre, á la familia y á la sociedad, tampoco basta para encontrar lo que llama Donoso «*la verdad política, la verdad doméstica y la verdad social.*» Tampoco bastaria, por último, la razon sola aún en el órden puramente natural, pues ella, segun el Angélico Doctor, no puede comunicar la verdad sino á pocos, y á fuerza de mucho tiempo, y mezclada con muchos errores. «*Ad ea etiam quae de Deo ratione humana investigari possunt,* »*necessarium fuit hominem instrui revelatione divina; quia veritas de Deo per* »*rationem investigata, paucis et per longum tempus, et cum admixtione multorum* »*errorum hominibus proveniret.*» (*Sum. Theol.* p. I. q. I. art. I.—Véase tambien la *Summa contra gentes*, donde se explica la misma doctrina.) Donoso Cortés no dice nada más que el Doctor Angélico; afirma como él la falibilidad humana, y deduce tambien que los hombres necesitan el auxilio divino.

Oigamos ahora al presbítero señor Gaduel (*Ami de la Religion*, n. del 8 de Enero 1853.) «Así, dice despues de citar la última frase del trozo que examina»mos, *el hombre caido no puede estar nunca cierto de la verdad; y esta incerti*»*dumbre está de una manera esencial en todos los hombres.* ¿No ve el señor Do»noso que esto es la negacion radical de toda natural certeza?»

Donoso Cortés no podia ver esto, atendiendo que no habla aquí de los primeros principios, que siendo por sí mismos evidentes, obligan al asentimiento de la inteligencia, y sobre los cuales no discuten los hombres, ni aún de las mismas verdades religiosas universalmente admitidas, y que están fuera de toda controversia; sino únicamente de aquellas verdades necesarias al hombre para conformar su vida individual, doméstica, política, social y religiosa, con las divinas leyes; verdades que *la intolerancia doctrinal de la Iglesia ha puesto fuera de cuestion, mientras la sociedad moderna pide su definicion á la prensa, á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas.*

«¿No hay, por ventura, medio, pregunta el señor Gaduel, entre la fé y el escepticismo?»

En efecto, entre la fé y el escepticismo hay infinito número de grados; pero lógicamente hay que optar por la una ó por el otro. La verdad de la fé está establecida por todas las pruebas que se pueden aducir con la razon humana; negar

lor y la muerte en medios de su santificacion, con el buen uso de su libertad, ennoblecida y restaurada. Para este fin instituyó Dios su Iglesia inmortal, impecable é infalible. La Iglesia representa la naturaleza humana sin pecado, tal como salió de las manos de Dios, llena de justicia original y de gracia santificante: por eso es infalible, y por eso no está sujeta á la muerte. Dios la ha puesto en la tierra para que el hombre, ayudado de la gracia, que á nadie se niega, pueda hacerse digno de que se le aplique la sangre derramada por él en el Calvario, sujetándose libremente á sus divinas inspiraciones. Con la fé vencerá su ignorancia, con su paciencia el dolor, y con su resignacion la muerte: la muerte, el dolor y la ignorancia no existen sino para ser vencidas por la fé, por la resignacion y por la paciencia.

---

esta verdad es negar el valor de esas pruebas, negar la razon misma y áun toda certeza.

«El hombre es falible en muchas cosas; luego no puede estar cierto de ninguna. ¡Qué lógica!»

Este ridículo razonamiento es invencion del señor Gaduel; sea esto dicho sin negarle el derecho de que desde las alturas de su génio tenga lástima de la lógica de Donoso.

«Lamennais y varios de sus discípulos sostuvieron que cada hombre de por sí »es falible, pero que el género humano tomado en conjunto es infalible. El ilus»tre señor Donoso, era muy perspicaz para no ver una grosera contradiccion en »semejante sistema, y que sin una promesa particular de infalibilidad, que cier»tamente no se ha hecho á cada hombre, claro es que si cada hombre es falible, »tambien lo será el género humano. Por lo cual el señor Donoso se decide con »resolucion completa sobre este punto, diciendo que la *incertidumbre*—conse»cuencia, segun él de la falibilidad humana,—*está*, dice, *de una manera esencial »en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aisla»dos*. La única dificultad que esto ofrece es que no se puede de este modo expli»car cómo entra la fé en el espíritu humano. Y si, segun sus precedentes, está »para la fé cerrada la puerta de la razon individual, y con esto queda la de la »razon general tambien cerrada, ¿qué resta sino que éntre la fé como pueda, »*januis clausis*, milagrosamente?»

¿Quién no admirará la conveniencia de esta aplicacion de la Sagrada Escri-

Síguese de aquí que solo la Iglesia tiene el derecho de afirmar y de negar; y que no hay derecho fuera de ella para afirmar lo que ella niega, para negar lo que ella afirma. El dia en que la sociedad, poniendo en olvido sus decisiones doctrinales, ha preguntado qué cosa es la verdad, qué cosa es el error, á la prensa y á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas, en ese dia el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la sociedad ha entrado en la region de las sombras, y ha caido bajo el imperio de las ficciones. Sintiendo por una parte en sí misma una necesidad imperiosa de someterse á la verdad, y de sustraerse al error; y siéndola imposible por otra averiguar qué cosa es el error y qué cosa es la verdad, ha formado un catálogo de verdades convencionales y arbitrarias, y otro de soñados errores, y ha dicho: adoraré las primeras y condenaré los segundos; ignorando, tan grande es su ceguedad, que adorando á las unas y condenando á los otros, ni

---

tura? El señor Gaduel se figura, segun parece, que la fé entra en el entendimiento *por la puerta de la razon*, y sin ningun auxilio sobrenatural, como cualquier doctrina filosófica. Parece que olvida que la fé es un don de Dios, y no una conquista de nuestro espíritu; y que en el órden sobrenatural nada podemos sino con la gracia y por la gracia. Sin duda que la razon no permanece inactiva; ayudada de la revelacion y de la gracia, conduce á la fé; pero este auxilio le es indispensable. Pero en la hipótesis que discute Donoso en este capítulo, se trata de hombres que quieren, desentendiéndose de la revelacion y de la Iglesia, encontrar por sí mismos, y por la mera discusion, el medio de discernir la verdad del error en todo aquello que es necesario al hombre, á la familia y á la sociedad; y á ellos se dirige Donoso cuando les dice que están en contradiccion los unos con los otros, y que todos pueden errar, pues siendo todos falibles, no puede la discusion darles la infalibilidad que no está en ellos; diríjanse, pues, á la Iglesia, y con ella podrán lo que sin ella no pueden.—De que el hombre tenga ojos y pueda, hasta cierto punto, andar en tinieblas, no deducirá el señor Gaduel que no necesite la luz del sol: Donoso no niega que se vea con la razon, ni tampoco desconoce las pálidas luces que en la noche del pecado la iluminan; sino afirma que le es necesaria la luz del dia.

condena ni adora nada; ó que si condena y si adora algo, se adora y se condena á sí misma.

La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado el mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestion la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa: verdades primitivas y santas, que no están sujetas á discusion, porque son el fundamento de todas las discusiones; verdades que no pueden ponerse en duda un momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile, perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razon humana. Eso sirve para explicar por qué, mientras que la sociedad emancipada de la Iglesia no ha hecho otra cosa sino perder el tiempo en disputas efímeras y estériles, que teniendo su punto de partida en un absoluto excepticismo, no pueden dar por resultado sino un excepticismo completo, la Iglesia, y la Iglesia sola, ha tenido el santo privilegio de las discusiones fructuosas y fecundas. La teoría cartesiana, segun la cual la verdad sale de la duda, como Minerva de la cabeza de Júpiter, es contraria á aquella ley divina que preside al mismo tiempo á la generacion de los cuerpos y á la de las ideas, en virtud de la cual los contrarios excluyen perpétuamente á sus contrarios, y los semejantes engendran siempre á sus semejantes. En virtud de esta ley, la duda sale perpétuamente de la duda, y el excepticismo del excepticismo, como la verdad de la fé, y de la verdad la ciencia.

A la comprension profunda de esta ley de la generacion intelectual de las ideas se deben las maravillas de la civilizacion católica. A esa portentosa civilizacion se debe todo lo que admiramos y todo lo que vemos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan á los filósofos modernos y á los filósofos antiguos: sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen á los

de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de San Agustin, es áun hoy dia el libro más profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado á los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus concilios, dejando aparte la divina inspiracion, son el monumento más acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría á las romanas y á las feudales. ¿Quién vence en ciencia á Santo Tomas, en genio á S. Agustin, en majestad á Bossuet, en fuerza á S. Pablo? ¿Quién es más poeta que Dante? ¿Quién iguala á Shakespeare? ¿Quién aventaja á Calderon? ¿Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiracion y vida? Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estátuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas á la vista de una catedral, y al ver tanta majestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo grandioso, de lo griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto (1).

---

(1) El escritor *racionalista* Welte, muy celebrado tambien y no católico, se

Si se pasa de las ciencias, de las letras y de las artes, al estudio de las instituciones que la Iglesia vivificó con su soplo, alimentó con su sustancia, mantuvo con su espíritu y abasteció con su ciencia, este nuevo espectáculo no ofrecerá menores maravillas y portentos. El Catolicismo, que todo lo refiere y todo lo ordena á Dios, y que refiriéndolo y ordenándolo á Dios todo, convierte la suprema libertad en elemento constitutivo del órden supremo, y la infinita variedad en elemento constitutivo de la unidad infinita, es por su naturaleza la religion de las asociaciones vigorosas, unidas todas entre sí por afinidades simpáticas. En el Catolicismo el hombre no está solo nunca: para encontrar un hombre entregado á un aislamiento solitario y sombrío, personificacion suprema del egoismo y del orgullo, es necesario salir de los confines católicos. En el inmenso círculo que describen esos confines inmensos, los hombres viven agrupados entre sí; y se agrupan, obedeciendo al impulso de sus más nobles atracciones. Los grupos mismos entran los unos en los otros, y todos en uno más universal y comprensivo, dentro del cual se mueven anchamente, obedeciendo á la ley de una soberana armonía. El hijo nace y vive en la asociacion domésti-

---

expresaba en estos términos en 1850 (Weber den Munster zu Strasbourg) hablando de la catedral de Strasburgo. «He visto la catedral de Strasburgo, he visto *este milagro del mundo cristiano*, esta obra concebida con tan extraordinario atrevimiento y con tan ardiente fé, este monumento de una edad que ya no existe *(no existe para los protestantes, se entiende)*, y á su vista *he sentido el alma sojuzgada por un poder desconocido*, absorto como estaba en la contemplacion, y anegado en un mar de delicias. Allí está patente la *potencia del génio humano*, cuando la fé lo fortifica y lo alumbra: este monumento vivirá mientras haya hombres capaces de *recoger* su espíritu, y mientras dure el amor hácia *aquel Espíritu-Santo*, que solo ha *podido inspirarlo*. Aquella masa que allí se lévanta tan magnífica, *trasporta las almas á las más excelsas regiones*, comunicándoles aquella libertad de espíritu, aquella grandeza de ánimo que han presidido á su construccion. Tan cierto es que todo lo verdaderamente grande *nos levanta al cielo;* y que cuanto nos levanta al cielo, *canta la gloria de Dios.* »

ca, ese fundamento divino de las asociaciones humanas. Las familias se agrupan entre sí de una manera conforme á la ley de su orígen, y agrupadas de esta manera, forman aquellos grupos superiores que llevan el nombre de clases; las diferentes clases se consagran á diferentes funciones: unas cultivan las artes de la paz, otras las artes de la guerra; unas conquistan la gloria, otras administran la justicia, y otras acrecientan la industria. Dentro de estos grupos naturales se forman otros espontáneos, compuestos de los que buscan la gloria por una misma senda, de los que se consagran á una misma industria, de los que profesan un mismo oficio; y todos estos grupos, ordenados en sus clases, y todas las clases jerárquicamente ordenadas entre sí, constituyen el Estado, asociacion ancha, en la que todas las otras se mueven con anchura.

Esto bajo el punto de vista social. Bajo el punto de vista político, las familias se asocian en grupos diferentes: cada grupo de familias constituye un municipio; cada municipio es la participacion en comun de las familias que le forman del derecho de rendir culto á su Dios, de administrarse á sí propias, de dar pan á los que viven y sepultura á los muertos. Por eso cada municipio tiene un templo, símbolo de su unidad religiosa; y una casa municipal, símbolo de su unidad administrativa; y un territorio, símbolo de su unidad jurisdiccional y civil; y un cementerio, símbolo de su derecho de sepultura. Todas estas diferentes unidades constituyen la unidad municipal, la cual tiene tambien su símbolo en el derecho de levantar sus armas y de desplegar su bandera. De la variedad de los municipios se forma la unidad nacional, la cual á su vez se simboliza en un trono, y se personifica en un rey. Sobre todas estas magníficas asociaciones, está la de todas las naciones católicas con sus príncipes cristianos, fraternalmente agrupados en el seno de la Iglesia. Esta perfectísima y suprema asociacion es unidad en

su cabeza, y variedad en sus miembros: es variedad en los fieles derramados por el mundo, y unidad en la cátedra santa que resplandece en Roma, cercada de divinos resplandores. Esa cátedra eminente es el centro de la humanidad, representada, en lo que tiene de varia, por los concilios generales, y en lo que tiene de una, por el que es en la tierra padre comun de los fieles y vicario de Jesucristo.

Esa es variedad suprema, unidad suma y sociedad perfectísima. Todos los elementos que braman alterados y en desórden en las sociedades humanas, se mueven en esta concertadamente. El Pontífice es rey á un mismo tiempo por derecho divino y por derecho humano: el derecho divino resplandece principalmente en la institucion; el derecho humano se manifiesta principalmente en la designacion de la persona; y la persona designada para Pontífice por los hombres, es instituido Pontífice por Dios. Así como reune la sancion humana y la divina, junta en uno tambien las ventajas de las monarquías electivas y las de las hereditarias; de las unas tiene la popularidad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las primeras, la monarquía pontifical está limitada por todas partes; á semejanza de las segundas, las limitaciones que tiene no la vienen de fuera, sino de dentro, ni de la ajena voluntad, sino de la propia: el fundamento de sus limitaciones está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humildad, y en su prudencia infinita. ¿Qué monarquía es esta en la que el rey, siendo elegido, es venerado, y en la que, pudiendo ser reyes todos, está en pié eternamente, sin que sean parte para derribarla por tierra ni las guerras domésticas ni las discordias civiles? ¿Qué monarquía es esta en la que el rey elige á los electores que luego eligen al rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién no ve aquí un alto y escondido misterio: la unidad engendrando perpétuamente la variedad, y la variedad constituyendo su unidad perpétua-

mente? ¿Quién no ve aquí representada la universal confluencia de todas las cosas? Y ¿quién no advierte que esa extraña monarquía es la representacion de aquel que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es divinidad y humanidad, unidad y variedad juntas en uno? La ley oculta que preside á la generacion de lo uno y de lo vario, debe de ser la más alta, la más universal, la más excelente y la más misteriosa de todas, como quiera que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas como las divinas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisibles: siendo una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones: todo lo que existe parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las cosas que existen, la manifiesta de diferente manera: de una manera está en Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la familia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las partes del todo: aquí es un misterio invisible é incomprensible, y allí, sin dejar de ser un misterio, es un fenómeno visible y un hecho palpable (1).

---

(1) Partiendo del principio de que la creacion, ya en conjunto, ya en todas sus partes lleva impreso el sello del Creador, busca Donoso Cortés en todas partes señales de la Santísima Trinidad: por esto dice que así como en Dios hay unidad de esencia y pluralidad de personas, así hay en el universo unidad y variedad; y así como en Dios, la pluralidad de personas no destruye la unidad de esencia, así la variedad del universo no destruye su unidad. Descendiendo despues á aplicaciones particulares, encontraba doquiera la *unidad* y la *variedad*, y en su union armónica la condicion misma de la existencia de las criaturas, y del mantenimiento del órden y de la vida. Esta doctrina, fundamental para él, la recuerda ó supone frecuentemente, no sólo en esta obra, sino en sus otros escritos, como sus *Estudios histórico-filosóficos*, por ejemplo, (§. 2. *La Creacion*, t. II, p. 447), y su respuesta al señor príncipe Alberto de Broglie (§. 3. *El Parlamentarismo*, *ibid.*, p. 256.) De este principio deducia tambien sus teorías sociales y políticas, mostrando que tambien en la sociedad humana el órden y estabilidad nacen de la coexistencia de la unidad y la variedad; unidad de poder, variedad de fuerzas jerárquicas procedentes de un solo poder, y reducidas á la unidad

Al lado del rey, cuyo oficio es reinar con una soberanía independiente, y gobernar con un imperio absoluto, está un senado perpétuo, compuesto de príncipes que tienen de Dios el principado. Y este senado perpétuo y divino es un senado

---

por la subordinacion al poder de que proceden. Allí donde esta doble ley sea respetada, allí habrá órden, y libertad; órden porque todo viene de la unidad y se reduce á ella, y libertad, pues las diversas fuerzas sociales conservan su vida propia, su accion y movimiento; mientras que donde ella es desconocida, ó hay anarquía por la destruccion de la unidad del poder, ó despotismo por la destruccion de las diversas fuerzas sociales. El fecundo principio de donde habia sacado Donoso Cortés el de que «el sello de Dios se halla en la creacion entera» se lo habia dado la teología católica. «Dios, dice Santo Tomás, ha dado el sér á »las cosas para comunicar su bondad á las criaturas y representarla por ellas. »(Bondad aquí significa excelencia, perfeccion.) Y como una criatura sola no la »habria podido representar suficientemente, ha producido criaturas múltiples y »diversas, para que unas á otras se suplan en la representacion de la bondad di»vina, porque la bondad (que en Dios es una y simple) es múltiple y dividida »entre las criaturas... El ejemplar primero, la esencia divina no está, pues, per»fectamente representada por una sola criatura, y por esto puede serlo por varias »Pero siendo las ideas ejemplares de las cosas, á la pluralidad de estas corres»ponde en el entendimiento divino la pluralidad de ideas.» (*Sum. Theol.* I. q. XLVII, 1.)

Así el mundo es una representacion imperfecta de la perfeccion divina, de la esencia misma de Dios, y las cosas que están en el mundo son reproducciones imperfectas de ejemplares eternos, de las ideas que están en Dios. Más: todo sér representa en cierto modo á la Trinidad Santísima.

«Todo efecto representa su causa de alguna manera, pero la manera con que »la representan los distintos objetos, no es la misma. Ciertos objetos no la re»producen sino como causa, sin reproducir su forma; así representa, v. g., el »humo al fuego, y á esta manera de representacion se llama *vestigio*. Este mues»tra, en efecto, que lo que lo dejó ha pasado, pero no dice lo que es. Otros efec»tos representan su causa por una semejanza de su forma; así representa el fuego »al fuego que le ha encendido, ó un retrato á su original; esta última manera de »semejanza se denomina *imágen*. Pero las procesiones de las personas divinas se »cumplen segun los actos de la inteligencia y de la voluntad, pues el Hijo proce»de como verbo, y el Espíritu Santo como amor. Por esto en las criaturas racio»nales dotadas de inteligencia y voluntad se halla la Trinidad representada como »en *imágen*, pues hay en ellas un verbo concebido, y un amor procedente; y en »las demás criaturas, cualesquiera que sean, hay algo que descubre el *vestigio*

gobernante; y siendo gobernante, lo es de tal manera, que ni entorpece ni disminuye ni eclipsa la potestad suprema del monarca. La Iglesia es la sola monarquía que ha conservado intacta la plenitud de su derecho, estando perpétuamente en contacto con una oligarquía potentísima; y es la única

---

»de su causa, que son las divinas personas. Toda criatura, en efecto, subsiste en »su sér, tiene una forma que determina su especie y relaciones que á otros »séres la coordinan. Como sustancia creada, representa la causa y el principio, y »de esta suerte la persona del Padre, principio sin principio; como forma cons»tituida en su especie, representa al Verbo, como la forma de la obra la concep»cion del artista. Ligada por sus relaciones con otros séres, representa al Espí»ritu Santo, en cuanto es amor, porque el órden que resulta de las relaciones »entre los séres, viene de la voluntad del Criador. Por esto nos dice San Agustin »(*De Trinit.*, lib. VI): *Que en cada criatura se encuentra un vestigio de la Trini»dad en cuanto cada criatura es un sér uno, una forma especifica, y tiende á cierto »órden.* Esto mismo significan aquellas tres palabras del libro de la Sabidu»ría (XI), el *número*, el *peso* y la *medida*, porque se aplican respectivamente: la »*medida* á la sustancia limitada por sus principios, el *número* á la especie, y el »*peso* al órden. Lo mismo expresa San Agustin en otro lugar (*Lib. de Natura bo»ni.* c. III) con esta fórmula: el *modo*, la *especie*, y el *órden;* y por esta otra (*Lib. »quaest.* q. 18): *Lo que constituye, lo que distingue* y *lo que coordina*, porque »cada cosa es constituida en su ser por la sustancia, distinguida por su forma, y »debidamente colocada por el órden; fácil es, por lo demás, reducir á estas fór»mulas lo que se puede decir semejante á esto...

»Objétase á esto que, no representando el efecto y no siendo la causa de las »criaturas las relaciones que distinguen las personas, sino la esencia que les es »comun; no pueden las criaturas representar la trinidad de personas, sino la »unidad de esencia. A esto respondemos que las procesiones de las personas son »tambien, segun en otra parte probamos, la causa y la razon de la creacion.» (*Summ. Theol.* I, q. XLV, 7.)

Bien meditada la doctrina contenida en este texto, parécenos claro que toda la de Donoso es una aplicacion de ella. Todo sér, en el mero hecho de representar á las tres personas divinas, representa por ende la pluralidad de personas y la unidad de esencia á ellas comun. Y lo que puede aquí decirse de cada sér en particular, cabe igualmente decirlo del conjunto de los séres, considerados como un todo uno y ordenado por Dios. Es por tanto cierto que en todas partes y en todas las cosas hay unidad y pluralidad; mejor dicho, unidad en la pluralidad, y pluralidad en la unidad; realizándose así una como representacion del misterio de los misterios, y una ley universal, cuya razon y causa está en ese misterio mismo.

oligarquía que, puesta en contacto con un monarca absoluto, no ha estallado en rebeliones y turbulencias. De la misma manera que en pos del rey van los príncipes, en pos de los príncipes vienen los sacerdotes, encargados de un ministerio santísimo. En esta sociedad prodigiosa todas las cosas suceden al revés de como pasan en todas las asociaciones humanas. En estas la distancia puesta entre los que están al pie y los que están en la cumbre de la gerarquía social es tan grande, que los primeros se sienten tentados del espíritu de rebelion, y los segundos caen en la tentacion de la tiranía.

En la Iglesia las cosas están ordenadas de tal modo, que ni es posible la tiranía ni son posibles las rebeliones. Aquí la dignidad del súbdito es tan grande, que la del prelado está en lo que tiene de comun con el súbdito, más bien que en lo especial que tiene como prelado. La mayor dignidad de los obispos no está en ser príncipes, ni la del pontífice en ser rey; está en que pontífices y obispos son, como sus súbditos, sacerdotes. Su prerogativa altísima é incomunicable no está en la gobernacion; está en la potestad de hacer al Hijo de Dios esclavo de su voz, en ofrecer el Hijo al Padre en sacrificio incruento por los delitos del mundo, en ser los canales por donde se comunica la gracia, y en el supremo é incomunicable derecho de remitir y de retener los pecados. La más alta dignidad está en lo que son todos los dignatarios, más bien que en lo que son algunos. No está en el apostolado ni en el pontificado, está en el sacerdocio (1).

---

(1) Además de la maravillosa gerarquía de *jurisdiccion*, que por varias gradaciones junta todas las partes del ministerio católico en una sola cabeza y en un centro comun, existe tambien en la Iglesia de Jesucristo la gerarquía de *órden*, segun la cual los obispos no solo se distinguen de los sacerdotes, sino que, por divina institucion, tienen la preeminencia sobre ellos. Esta verdad católica que se desprende de varios pasajes de este capítulo, en nada rebaja la exactitud con que el autor observa aquí el poder comun á obispos y sacerdotes de ofrecer el santo sacrificio, como tambien el de atar y desatar; supremas y augustas potestades que

Considerada aisladamente la dignidad pontifical, la Iglesia parece una monarquía absoluta. Considerada en sí su constitucion apostólica, parece una oligarquía potentísima. Considerada por una parte la dignidad comun á prelados y sacerdotes, y por otra el hondo abismo que hay entre el sacerdocio y el pueblo, parece una inmensa aristocracia. Cuando se ponen los ojos en la inmensa muchedumbre de los fieles derramados por el mundo, y se ve que el sacerdocio y el apostolado y el pontificado están á su servicio; que nada se ordena en esta sociedad prodigiosa para los crecimientos de los que mandan, sino para la salvacion de los que obedecen; cuando se considera el dogma consolador de la igualdad esencial de las almas; cuando se recuerda que el Salvador del género humano padeció las afrentas de la cruz por todos y por cada uno de los hombres; cuando se proclama el principio de que el buen pastor debe morir por sus ovejas; cuando se reflexiona que el término de la accion de todos los diferentes ministerios está en la congregacion de los fieles, la Iglesia parece una democracia inmensa, en la gloriosa acepcion de esta palabra; ó por lo ménos, una sociedad instituida para

---

tienen sin duda un altísimo y nobilísimo orígen; en cuya inmensidad y esplendor queda la atencion tan embargada y tan absorto el espíritu, que apenas puede por un momento discernir la preeminencia de un órden sobre el otro.— Conviene notar aquí cómo el autor, tan perfectamente versado en la ciencia católica, no usa la palabra *potestad*, sino *dignidad*.

Por lo demás, aquí el autor se limita á consignar dos hechos, á saber: 1.°, que la más sublime de todas las potestades conferidas al hombre, es la de que baje á sus manos Dios; 2.°, que esta potestad, lejos de ser en la Iglesia prerogativa singular del Papa y de los obispos, está conferida indistintamente á todo sacerdote: de donde se sigue que la más excelsa de las potestades es cabalmente y en realidad pertenencia de todos. Lejos de anularse por esto las distinciones y prerogativas en cuya virtud los obispos son realmente superiores á los presbíteros, tanto en la gerarquía de órden como en la de jurisdiccion, confírmase por lo dicho, pues cabalmente lo dicho supone que esas distinciones y prerogativas especiales de los obispos, bien que les confieran autoridad y preeminencia gerárquica, son en sí ménos sublimes que la prerogativa otorgada en comun á todo sacerdote.

un fin esencialmente popular y democrático. Y lo más singular del caso es que la Iglesia es todo lo que parece. En las otras sociedades esas varias formas de gobierno son incompatibles entre sí, ó si por acaso se juntan en uno, no se juntan jamás sin que pierdan muchas de sus propiedades esenciales. La monarquía no puede vivir juntamente con la oligarquía y con la ariotocracia, sin que la primera pierda lo que naturalmente tiene de absoluta, y estas lo que tienen de potentes. La monarquía, la oligarquía y la aristocracia no pueden vivir con la democracia, sin que esta pierda lo que tiene de absorbente y de exclusiva, como la aristocracia lo que tiene de potente, la oligarquía lo que tiene de invasora, y la monarquía lo que tiene de absoluta; viniendo á convertirse en definitiva su mútua union en su mútuo aniquilamiento. Solo en la Iglesia, sociedad sobrenatural, caben todos estos gobiernos combinados armónicamente entre sí, sin perder nada de su pureza original ni de su grandeza primitiva. Esta pacífica combinacion de fuerzas que son entre sí contrarias, y de gobiernos cuya única ley, humanamente hablando, es la guerra, es el espectáculo más bello en los anales del mundo. Si el gobierno de la Iglesia pudiera ser definido, podria definírsele diciendo: que es una inmensa aristocracia, dirigida por un poder oligárquico, puesto en la mano de un rey absoluto, el cual tiene por oficio darse perpétuamente en holocausto por la salvacion del pueblo. Esta definicion seria el prodigio de las definiciones, de la misma manera que la cosa en ella definida es el prodigio más grande de la historia.

Resumiendo en breves palabras cuanto va dicho hasta aquí, podemos afirmar sin temor de ser desmentidos por los hechos, que el Catolicismo ha puesto en órden y en concierto todas las cosas humanas. Ese órden y ese concierto, relativamente al hombre, significan que por el Catolicismo el cuerpo ha quedado sujeto á la voluntad, la voluntad al

entendimiento, el entendimiento á la razon, la razon á la fé, y todo á la caridad, la cual tiene la virtud de trasformar al hombre en Dios, purificado con un amor infinito. Relativamente á la familia, significan que por el Catolicismo han llegado á constituirse definitivamente las tres personas domésticas, juntas en uno con dichosísima lazada. Relativamente á los gobiernos, significan que por el Catolicismo han sido santificadas la autoridad y la obediencia, y condenadas para siempre la tiranía y las revoluciones. Relativamente á la sociedad, significan que por el Catolicismo tuvo fin la guerra de las castas, y principió la concertada armonía de todos los grupos sociales; que el espíritu de asociaciones fecundas sucedió al espíritu de egoismo y de aislamiento, y el imperio del amor al imperio del orgullo. Relativamente á las ciencias, á las letras y á las artes, significan que por el Catolicismo ha entrado el hombre en posesion de la verdad y de la belleza, del verdadero Dios y de sus divinos resplandores. Resulta, por último, de cuanto llevamos dicho hasta aquí, que con el Catolicismo apareció en el mundo una sociedad sobrenatural, excelentísima, perfectísima, fundada por Dios, conservada por Dios, asistida por Dios; que tiene en depósito perpétuamente su eterna palabra; que abastece al mundo del pan de la vida; que ni puede engañarse ni puede engañarnos; que enseña á los hombres las lecciones que aprende de su divino Maestro; que es perfecto trasunto de las divinas perfecciones, sublime ejemplar y acabado modelo de las sociedades humanas.

En los siguientes capítulos se demostrará cumplidamente que ni el Cristianismo, ni la Iglesia Católica, que es su expresion absoluta, han podido obrar tan grandes cosas, tan altos prodigios y tan maravillosas mudanzas, sin una accion sobrenatural y constante por parte de Dios, el cual gobierna sobrenaturalmente á la sociedad con su providencia, y al hombre con su gracia.

CAPITULO IV.

EL CATOLICISMO ES AMOR.

Entre la Iglesia Católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas.

Para el mundo pagano la sociedad y la ciudad eran una cosa misma. Para el romano la sociedad era Roma; para el ateniense, Atenas. Fuera de Atenas y de Roma no habia más que gentes bárbaras é incultas, por su naturaleza agrestes é insociables. El Cristianismo reveló al hombre la sociedad humana; y como si esto no fuera bastante, le reveló otra sociedad mucho más grande y excelente, á quien no puso en su inmensidad ni términos ni remates. De ella son ciudadanos los santos que triunfan en el cielo, los justos que padecen en el purgatorio, y los cristianos que combaten en la tierra.

Léanse atentamente una por una todas las páginas de la historia; y despues de haberlas leido, y despues de haberlas

meditado todas, se verá con asombro que esa concepcion gigantesca viene sola, y que viene sin aviso, sin antecedente ninguno; que viene como una revelacion sobrenatural, comunicada al hombre sobrenaturalmente. El mundo la recibió de un golpe, y no la vió venir; como quiera que cuando la vió, ya era venida. La vió con una sola iluminacion y con una simple mirada. ¿Quién sino Dios, que es amor, podia haber enseñado á los que combaten aquí, que están en comunion con los que padecen en el purgatorio, y con los que triunfan en el cielo? ¿Quién, sino Dios, pudo unir con amorosa lazada á los muertos y á los vivientes, á los justos, á los santos y á los pecadores? ¿Quién, sino Dios, pudo poner puentes en esos inmensos océanos?

La ley de la unidad y de la variedad, esa ley por excelencia, que es á un mismo tiempo humana y divina, sin la cual nada se explica, y con la cual se explica todo, se nos muestra aquí en una de sus más portentosas manifestaciones. La variedad está en el cielo, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. La variedad está en el paraiso, porque Adan y Eva son dos personas díferentes; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque Adan y Eva son la naturaleza humana, y la naturaleza humana es una (1). La va-

(1) Acusa el Sr. Gaduel al Sr. Donoso, diciendo que éste enseña que hay tres dioses: cualquiera diria que aquel buen señor bromeaba; pero nada de eso, habla muy formalmente. «Este es un enorme error», exclama casi con espanto. ¡Y tan enorme! decimos nosotros, si se hubiera cometido. En seguida trata el señor Gaduel de cómo este error se llama el triteismo, y tomando, para explicarlo mejor, las palabras de Witasse, cita este pasaje descriptivo: «Los triteistas, »queriendo definir la naturaleza divina como la humana, decian que en las tres »personas no habia sino una sola naturaleza, genéricamente comun, pero nu»méricamente distinta en cada una de ellas, si bien, como observa Nicéforo, se

riedad está en nuestro Señor Jesucristo, porque en él concurren por una parte la naturaleza divina, y por otra la naturaleza corpórea y la espiritual en la naturaleza humana; y la naturaleza corpórea, y la espiritual y la divina van á

»esforzaban todo lo posible para no llegar á decir que habia tres dioses ó tres »divinidades.»

Una vez invocado este texto de Witasse, gracias hay que dar al Sr. Gaduel, porque haciendo justicia á la buena fé y á las intenciones ortodoxas del ilustre publicista español, viene en resúmen á acusarle de que profesa el triteismo, poco más ó ménos como el *Villano* de Molière hablaba la prosa, sin saberlo: pues que el Sr. Donoso «al querer explicar la Trinidad de las personas, no advierte »que destruye la unidad de la esencia.» Y cuenta que el error no está aquí solamente en las expresiones, pues el crítico asegura bajo su palabra que tambien está en el entendimiento del autor del Ensayo: «Es un enorme error, no sospe»chado siquiera por el Sr. Donoso, pues que lo reproduce en dos ocasiones, y »con más insistencia todavía en la segunda que en la primera.» Y más adelante: «El fondo de las ideas es aquí demasiado grave para detenerse en lo raro del »estilo, y en la dolorosa extravagancia de semejantes expresiones.» Despues viene citada por el Sr. Gaduel la comparacion triteista «empleada con tan marcada »complacencia por el Sr. Donoso.» Detrás de estas citas, como rematando el proceso, vienen Witasse y Nicéforo.

Con verdad sea dicho, tambien nosotros por nuestra parte hacemos justicia á la buena fé y á las intenciones del Sr. Gaduel: de seguro no ha querido dar á entender que el Sr. Donoso, *si bien se esfuerza todo lo posible por no llegar á decir que hay tres dioses ó tres divinidades*, no crea realmente en la unidad de Dios; pero no es ménos cierto que con intencion ó sin ella el Sr. Gaduel viene en resúmen á aplicar al Sr. Donoso aquella observacion de Nicéforo acerca de los triteistas, y que semejante odiosa insinuacion salta á los ojos del lector, aunque el Sr. Gaduel no lo pretenda.

Por consiguiente, la acusacion, tal como resulta, puede formularse así: El Sr. Donoso Cortés da de la naturaleza divina la misma idea que dan los triteistas; y la misma tambien que dan los *maniqueos*, pues que éstos, segun Witasse, «no reconocian en la naturaleza divina más que una simple unidad genérica, »á la manera que existe en los hombres, los cuales todos tienen una misma na»turaleza humana.»

Véase ahora, despues de todas estas acusaciones, y de todas estas citas para probarlas, en qué términos confiesa el Sr. Donoso el augusto misterio de la Santísima Trinidad:

«En lo más escondido, en lo más alto, en lo más sereno y luminoso de los

perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, que es una sola persona. La variedad por último está en la Iglesia, que combate en la tierra, y padece en el purgatorio, y triunfa en el cielo; y esa variedad va á perderse, sin confun-

---

»cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese »tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el prodigio de los pro»digios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: »uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su »Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Es»píritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene »plural, porque no hay más que un Dios, trino en las personas y uno en la »esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre; pero no es Padre: es Dios »como el Hijo; pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo; pero »no es Espíritu Santo: es Dios como el Padre; pero no es Padre. El Padre es »Dios como el Hijo; pero no es Hijo: es Dios como el Espíritu Santo; pero no es »Espíritu Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu San»to es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, potencia »suma, perfecta sabiduría.»

Estas palabras se leen en el capítulo 2.° del libro 1.° del Ensayo (página 27.) ¿Por qué se desentiende de ellas el Sr. Gaduel, y sin citarlas ni tenerlas en cuenta para nada, da un escape á la página 30 para encontrar el triteismo? ¿Temió quizás que aquellas palabras justificaran en demasia la buena fé y las rectas intenciones del Sr. Donoso? Pero veamos cuál viene á ser en resúmen el fundamento del Sr. Gaduel para acusar al Sr. Donoso de haber cometido un groserísimo error, precisamente en el momento mismo que acaba de negarlo en los términos más explícitos y formales. Todo el fundamento se reduce á una comparacion empleada por el Sr. Donoso y no *para explicar la trinidad de las personas divinas*, como supone el Sr. Gaduel, sino al contrario para poner de relieve otro dogma muy combatido por la incredulidad moderna, á saber, la unidad de la raza humana.

En sus *Elevaciones* sobre el misterio de la Santísima Trinidad observa Bossuet: «que aun en las cosas naturales la unidad es un principio de multiplicidad »en sí misma; y que la unidad y la multiplicidad no son tan incompatibles como »vulgarmente se piensa.» Pues bien, el Sr. Donoso al estudiar esta ley en varias manifestaciones, empieza, como Bossuet, por encontrarla en Dios, «en cuya esen»cia, dice, están de una manera inenarrable é incomprensible las leyes de la »creacion y los ejemplares de todas las cosas. Todo ha sido hecho á su imágen: »por eso la creacion es una y varia. La palabra universo, tanto quiere decir »como unidad y variedad juntas en uno.» E inmediatamente despues de estas

dirse, en nuestro Señor Jesucristo, cabeza única de la Iglesia universal, el cual, considerado como Hijo único del Padre, es, como el Padre, el símbolo de la variedad de las personas en la unidad de la esencia; así como en calidad de

---

palabras, que el Sr. Gaduel tiene tambien muy buen cuidado de pasar en silencio, viene la comparacion que tanto le escandaliza:

«El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios; y no solamente á su »imágen, sino tambien á su semejanza; por eso el hombre es uno en la esencia »y trino en las personas. Eva procede de Adan, Abel es engendrado por Adan y »por Eva, y Abel y Eva y Adan son una misma cosa: son el hombre, son la na»turaleza humana. Adan es el hombre padre, Eva es el hombre mujer, Abel es »el hombre hijo. Eva es hombre como Adan; pero no es padre: es hombre como »Abel; pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, »sin ser mujer. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser »padre.» (Pág. 29 y 30.)

Esto es cuanto tiene por conveniente citar el Sr. Gaduel, porque era cuanto hacia á su propósito, y de ninguna manera le convenia dejar ver á los lectores que el Sr. Donoso no presenta esta comparacion para explicar ni para probar cosa ninguna, sino como una pura y simple comparacion para hacer resaltar el hecho de cómo la familia humana se eleva ó se deprime, segun que obedece á la direccion de la Iglesia ó se rebela contra ella, como quiera que cuando obedece, se asemeja más al modelo divino, y cuando se rebela, se diferencia y aparta de él más y más. Tampoco le convenia al Sr. Gaduel citar estas otras palabras del Sr. Donoso, y eso que no andaban lejos de las arriba citadas, como que están en la página 32. «Entre la familia divina y la humana... hay la misma propor»cion que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.»

En otro pasaje consigna el Sr. Donoso que el cristianismo ha revelado al hombre una sociedad más grande y excelente que la sociedad natural, una sociedad que no tiene ni límites ni término, que «tiene por ciudadanos á los santos »que triunfan en el cielo, á los justos que padecen en el purgatorio, y á los cris»tianos que combaten en la tierra», y añade:

«¿Quién sino Dios, que es amor, podia haber enseñado á los que combaten »aquí que están en comunion con los que padecen en el purgatorio, y con los »que triunfan en el cielo? ¿Quién sino Dios, pudo unir con amorosa lazada á »los muertos y á los vivientes, á los justos, á los santos y á los pecadores? »¿Quién, sino Dios, pudo poner puentes en esos inmensos océanos?

»La ley de la unidad y de la variedad, esa ley por excelencia, que es á un »mismo tiempo humana y divina, sin la cual nada se explica, y con la cual se »explica todo, se nos muestra aquí en una de sus más poderosas manifestaciones.

Dios hombre, es el símbolo de la variedad de las esencias en la unidad de la persona; siendo considerado á un tiempo mismo, como Dios hombre y como hijo de Dios, el símbolo perfecto de todas las variedades posibles y de la unidad infinita.

»La variedad está en el Cielo, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres »personas; y esta variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque »el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. »*La variedad está en el paraiso, porque Adan y Eva son dos personas diferentes;* »*y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad; porque Adan y* »*Eva son la naturaleza humana; y la naturaleza humana es una.* La variedad »está en nuestro Señor Jesucristo, porque en él concurren, por una parte, la na»turaleza divina, y por otra, la naturaleza corpórea y la espiritual, en la natura»leza humana; y la naturaleza corpórea y la espiritual y la divina van á perder»se, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, que es una sola persona. La »variedad por último está en la Iglesia, que combate en la tierra, y padece en el »purgatorio, y triunfa en el cielo; y esa variedad va á perderse sin confundirse »en nuestro Señor Jesucristo, cabeza única de la Iglesia universal, el cual, con«siderado como Hijo único del Padre, es, como el Padre, el símbolo de la va»riedad de las personas, en la unidad de la esencia: así como en calidad de Dios »hombre, es el símbolo de la variedad de las esencias, en la unidad de la per»sona; siendo considerado á un tiempo mismo, como Dios hombre y como hijo »de Dios, el símbolo perfecto de todas las variedades posibles y de la unidad »infinita.»

«Y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, de don»de toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre siem»pre idéntica á sí misma en todas sus manifestaciones, de aquí es que una mis»ma es siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario. La »variedad de la Trinidad divina es una por el amor; la variedad humana, com»puesta del Padre, de la Madre y del Hijo, se hace una por el amor. La varie»dad de la naturaleza humana y de la divina se hacen una en nuestro Señor »Jesucristo por la encarnacion del Verbo en las entrañas de la Vírgen, misterio »de amor; la variedad de la Iglesia que combate, de la que padece y de la que »triunfa, se hace una en nuestro Señor Jesucristo por las oraciones de los cris»tianos que triunfan, las cuales bajan convertidas en benéfico rocío sobre los »cristianos que combaten, y por las oraciones de los cristianos que combaten, las »cuales bajan como una lluvia fecundísima sobre los cristianos que padecen; y »la oracion perfecta es el éxtasis del amor. Dios es caridad; el que está en cari»dad, está en Dios y Dios en él.» (Pág. 56 y 64.)

Y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre siempre idéntica á sí misma en todas sus manifestaciones, de aquí es que una misma es

---

El Sr. Gaduel, sin duda por ahorrar molestias á sus lectores, suprime de la cita anterior, toda la parte en que evidentemente aparece que lejos de pensar el Sr. Donoso en la absurda y bestial blasfemia de establecer entre Dios y el hombre una identidad verdadera y absoluta, lo que hace es pura y simplemente poner á la vista las diversas manifestaciones de una ley universal en sus órdenes diversos.

Tomando tambien el Sr. Gaduel por fundamento las líneas de la cita anterior, que dejamos subrayadas, argumenta del siguiente modo: «Si el Padre, el Hijo y »el Espíritu Santo son una sola naturaleza divina, á la manera que Adan, Eva »y Abel son una sola naturaleza humana, entonces hay tres dioses.» ¡Bueno! Con que es decir que cuando Bossuet, comentando la palabra divina *Hagamos al hombre*, dice:—«Dios quiso hacer alguna cosa que fuera viviente como él, inte»ligente como él, santa como él, dichosa como él;» quiso decir el grande orador cristiano que en Dios no hay otra vida, ni otra inteligencia, ni otra santidad, ni otra dicha, diversas de las que hay en el hombre. Y cuando el mismo Bossuet, al hallar en la criatura racional una imágen de la Trinidad Santísima, añade:—«Semejante al Padre, tiene el sér; semejante al Hijo, tiene la inteligencia; seme»jante al Espíritu Santo, tiene el amor; semejante, en fin, al Padre, al Hijo y al »Espíritu Santo, tiene en su sér, en su inteligencia y en su amor una misma bea»titud y una misma vida,» será menester que el Sr. Gaduel argumentado contra Bossuet por estas palabras, como argumenta contra el Sr. Donoso por aquellas otras, diga así: «Si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres, á la manera »que el sér, la inteligencia y el amor en el alma humana, entonces no hay Tri»nidad.» ¿Ignora el Sr. Gaduel lo que en todas las lenguas significa esa frase adverbial *á la manera que*? Y eso que ni aun esta frase ha usado el Sr. Donoso, pues él no dice que la humanidad sea una, *á la manera que* Dios es uno; sino que dice: No hay más que un solo Dios; y como quiera que el hombre ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios, tampoco hay más que una naturaleza humana.—En términos que sin duda han parecido sobrado claros al Sr. Gaduel para guardarse muy bien de reproducirlos, dice el Sr. Donoso en el pasaje arriba citado, que *Dios no tiene plural; porque no hay más que un Dios*; y por otra parte, el Sr. Gaduel le hará el honor de concederle que cree en la pluralidad de los hombres. Por último, en el instante mismo que acaba el Sr. Donoso de explicar cómo la naturaleza humana no es sino una imágen de la unidad divina, imágen que el autor encuentra en todos los órdenes de la creacion, bien

siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario. La variedad de la Trinidad divina es una por el amor; la variedad humana, compuesta del Padre, de la Madre y del Hijo, se hace una por el amor. La variedad de la

---

que en varios grados, al Sr. Gaduel se le antoja llamar *idéntico* á lo que el Señor Donoso no llama sino *semejante*, *identidad* á lo que el Sr. Donoso presenta como *imágen*. ¡Viva la buena fé del Sr. Gaduel!

El capítulo 3.°, que sigue al que vamos citando, contiene otra prueba del oportunísimo y autorizado sistema que el Sr. Donoso se propone: habla de la Iglesia, y en ella tambien halla, si bien en grado más excelso, aquella unidad, imágen de la unidad divina, que ya antes deja manifestada en la humanidad:

«Todos los elementos, dice, que braman alterados y en desórden en las so»ciedades humanas, se mueven en esta (en la Iglesia) concertadamente. El pon»tífice es rey á un mismo tiempo por derecho divino y por derecho humano: el »derecho divino resplandece principalmente en la institucion; el derecho humano »se manifiesta principalmente en la designacion de la persona; y la persona de»signada para pontífice por los hombres, es instituida pontífice por Dios. Así »como reune la sancion humana y la divina, junta en uno tambien las ventajas »de las monarquías electivas y las de las hereditarias. De las unas tiene la popu»laridad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las prime»ras, la monarquía pontifical está limitada por todas partes; á semejanza de las »segundas, las limitaciones que tiene no la vienen de fuera, sino de dentro, ni »de la agena voluntad, sino de la propia. El fundamento de sus limitaciones »está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humildad, y en su prudencia in»finita. ¿Qué monarquía es esta en la que el rey, siendo elegido, es venerado, »y en la que, pudiendo ser reyes todos, está en pié eternamente, sin que sean »parte para derribarla por tierra ni las guerras domésticas ni las discordias ci»viles? ¿Qué monarquía es esta en la que el rey elige á los electores que luego »eligen al rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién no vé aquí un alto »y escondido misterio: la unidad engendrando perpétuamente la variedad, y la »variedad constituyendo su unidad perpétuamente? ¿Quién no vé aquí repre»sentada la universal confluencia de todas las cosas? Y ¿quién no advierte »que esa extraña monarquía es la representacion de aquel que, siendo verdadero »Dios y verdadero hombre, es divinidad y humanidad, unidad y variedad jun»tas en uno? La ley oculta que preside á la generacion de lo uno y de lo vario »debe ser la más alta, la más universal, la más excelente y la más misteriosa de »todas, como quiera que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas »como las divinas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisi»sibles. Siendo una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones: todo lo

naturaleza humana y de la divina se hacen una en nuestro Señor Jesucristo por la encarnacion del Verbo en las entrañas de la Vírgen, misterio de amor; la variedad de la Iglesia que combate, de la que padece y de la que triunfa, se hace una

---

»que existe, parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las co»sas que existen, la manifiesta de diferente manera. De una manera está en »Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la fami»lia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las partes del »todo: aquí es un misterio invisible é incomprensible, y allí sin dejar de ser un »misterio, es un fenómeno visible y un hecho palpable.»

Despues de leer esto, dígasenos si hay manera de no ver con claridad absoluta el pensamiento del Sr. Donoso, y si al oirle decir en términos tan expresos como lo dice, que la unidad no está en la familia de la misma manera que en Dios, es posible atribuirle la doctrina de que la unidad está en Dios y en el hombre, absoluta é idénticamente, de la misma manera.

—Todo eso está muy bien, nos replicará el Sr. Gaduel, pero al fin y al cabo no deja de ser verdad «que la comparacion empleada con tan marcada complacen»cia por el Sr. Donoso, es falsa de todo punto y hasta el más alto grado...» «Esta »comparacion es pura y simplemente el triteismo.»—Enhorabuena: nosotros replicaremos eternamente al Sr. Gaduel que es absurdo buscar en una comparacion la expresion de la doctrina profesada por el que la emplea; sobre todo, cuando el lado falso que pudieran ofrecer los términos de la comparacion, se halla formal, explícita y evidentemente contradicho y excluido por todo lo que la precede y todo lo que la sigue.

Por lo demás, ¿qué dirá el Sr. Gaduel, cuando sepa que esa comparacion que tanto le choca, empleada por el Sr. Donoso, no es del Sr. Donoso, sino de San Gregorio Nacianceno? ¿Será capaz tambien el Sr. Gaduel de llamar triteista á San Gregorio? Juzgue el buen crítico por las palabras de este insigne filósofo y glorioso doctor:

«¿Qué era Adan? pregunta. Un cuerpo formado por la mano de Dios. ¿Y Eva? Un fragmento sacado de aquel cuerpo. ¿Y Seth? El hijo de Adan y Eva. Pero Adan, Eva y Seth, ¿no son diversos? Sin duda, lo son; pero son tambien de una misma esencia. Queda por tanto sentado que cosas diversas pueden tener una esencia comun. Pero cuenta que yo no digo esto para atribuir á la divinidad cosas que no convienen sino á la naturaleza corpórea, como son la formacion, la division, y otras semejantes: no vayan, pues, los ergotistas á buscarme maliciosamente en esto una ocasion para combatirme: lo digo únicamente para contemplar en las cosas corpóreas, como en una representacion, aquellas otras cosas que no pueden ser percibidas sino por la inteligencia pura. Yo sé bien que

en nuestro Señor Jesucristo por las oraciones de los cristianos que triunfan, las cuales bajan convertidas en benéfico rocío sobre los cristianos que combaten, y por las oraciones de los cristianos que combaten, las cuales bajan como una lluvia fecundísima sobre los cristianos que padecen; y la oracion perfecta es el éxtasis del amor. «Dios es caridad; el que está en caridad, está en Dios y Dios en él (1).» Si Dios es caridad, la caridad es la infinita unidad, porque Dios es la unidad infinita; si el que está en caridad está en Dios y Dios en él, Dios puede bajar hasta el hombre por la caridad, y el hombre puede remontarse por la caridad hasta Dios: y todo esto, sin confundirse; de tal manera, que ni Dios hecho hombre pierde su naturaleza divina, ni el hombre hecho Dios pierde su naturaleza humana, siendo el hombre siempre hombre, aunque sea Dios; y Dios siempre Dios, aunque sea hombre: y todo esto por medios exclusivamente

---

es imposible el que ninguna imágen, ni semejanza ninguna reproduzcan plena y perfectamente la realidad de la cosa representada. Pero ¿qué quereis probar con todo eso? se me preguntará. Es muy sencillo. ¿La segunda persona no es Hijo? ¿La tercera no es otra cosa distinta, aunque ambas vengan del Padre? Pues bien, digo yo ahora: Eva y Seth, ¿no vienen los dos de Adan? ¿No es Eva una parte sacada del cuerpo de Adan? ¿No es Seth su hijo? Y con todo, nadie puede negar que los dos no son sino uno, porque los dos son hombres. Dejaos, pues, de combatir contra el Espíritu Santo, y no digais ya más que ha sido engendrado como el Hijo, ó que no le es consustancial, pues tanto valdria decir que no es Dios. Dejaos, pues, de combatir; porque con una comparacion, sacada de las cosas humanas, os hemos demostrado que nuestra doctrina nada tiene de imposible.» (*Orat.* 31, pár. XI.)

Supongamos ahora que uno de aquellos *ergotistas*, cuya *malicia* temia tanto San Gregorio Nacianceno, le hubiera flechado este argumento. «Si el Padre, el »Hijo y el Espíritu Santo son una sola naturaleza divina, á la manera que Adan, »Eva y Seth son una sola naturaleza humana, entonces hay tres dioses»—¿qué respuesta hubiera podido dar el santo doctor, que no pueda el Sr. Donoso dar al Sr. Gaduel? *

(1) Deus charitas est: et qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. (I Joan., IV, 16.)

sobrenaturales, es decir, por medios exclusivamente divinos.

Las gentes tuvieron noticia de este dogma supremo, como la tuvieron más ó ménos cabal, más ó ménos cumplida, de todos los dogmas católicos. En todas las zonas, en todos los tiempos, y entre todas las razas humanas, se ha conservado una fé inmortal en una trasformacion futura, tan radical y soberana, que juntaria en uno para siempre al Creador y su criatura, á la naturaleza humana y á la divina. Ya en la era paradisiaca, el enemigo del género humano habló á nuestros primeros padres de ser dioses (1). Despues de la prevaricacion y la caida, los hombres llevaron esta tradicion prodigiosa hasta los últimos remates del mundo: no hay erudito que no la encuentre en el fondo de todas las teologías, por poco que ahonde en ellas. La diferencia entre el dogma purísimo conservado en la teología católica, y el dogma alterado por las tradiciones humanas, está en la manera de llegar á esa trasformacion suprema, y de alcanzar ese fin soberano. El ángel de las tinieblas no engañó á nuestros primeros padres cuando afirmó que llegarian á ser á manera de dioses; el engaño estuvo en ocultarles el camino sobrenatural del amor, y en abrirles el camino natural de la desobediencia. El error de las teologías paganas no está en afirmar que la divinidad y la humanidad se juntarán en uno; está en que los paganos vinieron á considerar como cuasi de todo punto idénticas la naturaleza divina y la naturaleza humana, mientras que el Catolicismo, considerán-las como esencialmente distintas, va á la unidad por la deificacion sobrenatural del hombre. Aquella supersticion pagana está patente en los honores deíficos tributados á la tierra en calidad de madre inmortal y fecunda de sus dioses, y á

(1) Dixit autem serpens ad mulierem... et eritis sicut Dii, sciente, bonum et malum. (Gen. III, 5.)

varias de las criaturas, que confundieron con los dioses mismos. Por último, la diferencia entre el panteismo y el Catolicismo, no está en que el uno afirme y el otro niegue la deificacion del hombre; está en que el panteismo sostiene que el hombre es Dios por su naturaleza, mientras que el Cristianismo afirma que puede llegar á serlo sobrenaturalmente por la gracia: está en que el panteismo enseña que el hombre, parte del conjunto que es Dios, es absorbido completamente por el conjunto de que forma parte; mientras que el Catolicismo enseña que el hombre, aun despues de deificado, es decir, despues de penetrado por la sustancia divina, conserva todavía la individualidad inviolable de su propia sustancia. El respeto de Dios hácia la individualidad humana, ó lo que es lo mismo, hácia la libertad del hombre, que es la que constituye su individualidad absoluta é inviolable, es tal, segun el dogma católico, que ha dividido con ella el imperio de todas las sociedades, gobernadas á un mismo tiempo por la libertad del hombre y por el consejo divino (1).

El amor es fecundísimo de suyo; porque es fecundísimo, engendra todas las cosas varias, sin romper su propia unidad; y porque es amor, resuelve en su unidad, sin confundirlas, todas las cosas varias. El amor es, pues, infinita variedad y unidad infinita: él es la única ley, el precepto sumo, el solo camino, el último fin. El Catolicismo es amor, porque Dios es amor: solo el que ama es católico, y solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y divinas.

---

(1) Tu autem Dominator virtuti, cum tranquillitate judicas, et cum magna reverentia disponis nos. (Sap. XII, 18.)

CAPITULO V (1).

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO NO HA TRIUNFADO DEL MUNDO POR LA SANTIDAD DE SU DOCTRINA, NI POR LAS PROFECÍAS Y MILAGROS, SINO Á PESAR DE TODAS ESTAS COSAS.

El Padre es amor, y envió al Hijo por amor; el Hijo es amor, y envió al Espíritu Santo por amor; el Espíritu Santo es amor, é infunde perpétuamente en la Iglesia su amor. La Iglesia es amor, y abrasará al mundo en amor. Los que esto ignoran ó los que esto han olvidado, ignorarán perpétuamente cuál es la causa sobrenatural y secreta de los fenómenos patentes y naturales, cuál es la causa invisible de todo

---

(1) Este capítulo y el siguiente son dos partes de uña sola y misma demostracion, que prueba que la gracia, la accion sobrenatural del Espíritu Santo en las almas, es la sola causa que pueda explicar el triunfo de Jesucristo, la creacion y el mantenimiento de su Iglesia en el mundo. Donoso Cortés no dice que las otras causas, tales como la verdad, santidad y belleza de la doctrina, las profecías, los milagros, etc., no sean con ella y por ella poderosos medios de conversion; dice que sin la gracia, no solamente son ineficaces, sino que tambien pueden ser obs-

lo visible, cuál es el vínculo que sujeta lo temporal á lo eterno, cuál es el resorte secretísimo de los movimientos del alma; de qué manera obra el Espíritu Santo en el hombre, en la sociedad la providencia, Dios en la historia.

«táculos. Esta doctrina escandaliza singularmente al Sr. Gaduel. Hé aquí cómo habla de ella (*L'Ami de la Religion*, n. del 22 de Enero de 1853):

«Si el Sr. Donoso se hubiera limitado á decir que nuestro Señor Jesucristo no »triunfó del mundo *solamente* por la verdad de su doctrina, por las profecías y »milagros, no hubiera expresado más que una comun verdad cristiana. Todo el »mundo sabe, en efecto, y es cosa incuestionable é incuestionada que no bastan»do, como no basta, la razon para producir la fé, ni la doctrina más verdadera y »santa, ni los milagros más evidentes, ni las profecías más ciertas y más rigoro»samente cumplidas hubieran bastado, sin los auxilios de la gracia interior, para »convertir al mundo. Pero el Sr. Donoso va más allá, porque dice que nuestro »Señor Jesucristo ha triunfado *á pesar* de la santidad y verdad de su doctrina, »*á pesar* de las profecías y *á pesar* de los milagros: lo cual significa que todas »estas cosas no solamente no eran medios suficientes y auxiliares, sino que eran »verdaderos obstáculos.»

»La cosa es rara; pero es de todo punto consecuente, si es cierto, como en »otra parte afirma el Sr. Donoso, que despues de la prevaricacion, el género hu»mano *está condenado á ver las cosas del revés.*

»Y no se crea que esta maravillosa asercion, respecto á los motivos de credi»bilidad de nuestra fé, es una paradoja que, como tantas otras, se le escapa al »Sr. Donoso en el calor de la improvisacion; nada de eso: es una paradoja muy »pensada, es toda una tésis, es nada ménos que el título de un capítulo todo en»tero consagrado á probar esa misma inaudita tésis. Y por si acaso no era bas»tante bien comprendida por su simple enunciacion, la vuelve á tomar el Sr. Do»noso con mayor insistencia para explicarla más y más.»

«¡Es cosa rara!» dice el Sr. Gaduel. Lo que es raro, es que un sacerdote, antiguo profesor de teología, no haya reconocido la pura doctrina de San Pablo. Sí, la verdad de la doctrina, las profecías, los milagros, que para las almas dóciles á los impulsos de la gracia, son gracias y medios *que les ayudan*, son para las rebeldes obstáculos y *medios de perdicion*. Esto es lo que demuestra admirablemente Bossuet en su primer sermon de Pentecostés, sobre las palabras: *Littera occidit, spiritus autem vivificat*, del cual citaremos un trozo:

«¿No veis ahora, más claro que la luz del sol, que no solamente los precep»tos del Decálogo, sino, como consecuencia infalible, todas las enseñanzas de la »ley, y aun toda la doctrina del Evangelio, si no impetramos al espíritu de la »gracia, no son sino letra que mata, excitando la concupiscencia por la prohi-

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con su maravillosa doctrina. Si no hubiera sido otra cosa sino un hombre de doctrina maravillosa, el mundo le hubiera admirado un momento, y hubiera puesto en olvido despues junta-

---

»bicion, y colmando con la trasngresion el pecado? ¿Cuál es entonces la utilidad »de la ley? ¡Ah, hermanos mios! aquí es donde hemos de recoger los frutos de »las enseñanzas del Apóstol. No creamos que él haya querido comunicarnos una »doctrina tan delicada á manera de retórico. San Agustin entendió bien su pen»samiento cuando dijo: Ha querido mostrar al hombre, cuán grande es su impo»tencia y cuán deplorable su enfermedad, pues una ley tan santa y tan justa, se »le convertia en mortífero veneno para que conozcamos así que no nos basta »ser enseñados por Dios, si El mismo no nos ayuda á obedecerle: *non tantum* »*doctorem sibi esse necesarium, verum etiam adjutorem Deum.*»

Despues de un anatema general contra «esta tésis *inaudita*», el Sr. Gaduel va examinando una por una las diversas aserciones del Sr. Donoso en este capítulo, y hablando de las relativas á milagros se expresa de este modo:

«Es decir que entre los que vieron los milagros de Nuestro Señor, ó que los »oyeron contar á los que los habian visto, hubo unos que le llamaron Dios, esto »es, que creyeron en su divinidad, y que no solamente la creyeron, sino que la »confesaron. De aquí habria deducido cualquiera que los milagros presenciados »por aquellos hombres habian podido sin duda contribuir á convencer sus enten»dimientos y disponerlos á la fé: pero el Sr. Donoso razona de otra manera, pues »que se admira de que hubieran creido los que vieron, y no opina que creyeron »por los milagros que habian visto, sino á pesar de estos milagros; bastando, se»gun él, para probarlo así, el que otros que tambien habian visto los mismos »milagros, no habian creido.»

Cualquiera que no fuera el Sr. Gaduel, habria entendido que el Sr. Donoso no dice lo contrario. Los mismos milagros convertian á unos y hacian más culpable la incredulidad de otros. De aquí deduce el Sr. Donoso que una fuerza superior, la gracia, presente en los unos, y ausente de los otros, es por sí sola suficiente explicacion de contradictorios efectos. Los milagros sin la gracia, son piedra de escándalo; y con ella son medios de conversion. El Sr. Donoso no dice otra cosa.

A esto añade el Sr. Gaduel:

«Poseido de tan extraña idea, olvida el Sr. Donoso que cuando Jesucristo »realizaba aquella grande obra de establecer la Religion, sembraba ante sus »plantas los milagros, como en la creacion habia sembrado por el espacio los »mundos, siempre con el designio manifiesto de que lo que habia invisible en él, »es decir, su omnipotencia y su divinidad, apareciese de alguna manera visible-

mente á la doctrina y al hombre. Maravillosa y todo, como era su doctrina, no fué seguida sino de alguna gente popular, cayó en desprecio de la más granada entre el pueblo judío, y durante la vida del Maestro fué ignorada del género humano.

»mente en el espejo de las cosas visibles, como dice San Pablo, y así los hom»bres no tuvieron disculpa por no haber creido. *Invissibilia enim ipsius a creatu»ra mundi per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque »ejus virtus et divinitas, ita ut sint inexcusabiles (Paul. ad. rom. I*, 20.) Tambien »olvida el Sr. Donoso que á la misma Sabiduría eterna que hacia esos milagros, »parecieron ellos una prueba tan poderosa, que solo en vista de su resistencia á »creer en ella se decidió Nuestro Señor á condenar á los judíos incrédulos, se»gun se vé por aquellas palabras tan terminantes: *Si opera non fecissem coram »eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent; nunc autem et vide»runt, et oderunt me et Patrem meum.* ¿Diremos, pues, para dar la razon al »Sr. Donoso, que el Verbo de Dios se habia engañado, y que al querer probar »la verdad de la Religion que fundaba, tomó como medios los obstáculos »mismos?»

¿Dónde ha asentado Donoso que los milagros no son pruebas demostrativas, y que los hombres son excusables de no rendirse á su evidencia? Dice precisamente lo contrario; pero añade que el hombre tiene el triste privilegio de poder resistir á las pruebas más poderosas, y á lo que, como la gracia, tiene aún más fuerza que todas ellas, y de hacerse de este modo inexcusable.

El Sr. Gaduel hace sobre las *profecías* y *la verdad de la doctrina* las mismas observaciones que sobre los milagros: las profecías son pruebas sólidas, la verdad es demostrativa, los hombres son inexcusables si rechazan las profecías, la verdad, etc.—Así concluye:

«Despues, como si el Sr. Donoso hubiera probado de una manera inconcusa »su inconcebible tésis, acaba resumiendo todo su frívolo discurso con esta asom»brosa afirmacion y rotundez:—El Cristianismo, humanamente hablando, debia »sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque »era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elocuentísimos, »milagros portentosos y pruebas irrefragables.»—«Sin duda alguna, así debia ser, »si es cierto, como el Sr. Donoso afirma, que Dios, despues de la prevaricacion »del hombre, ha puesto entre la verdad y la razon humana una *repugnancia in»mortal* y una *repulsion invencible;* y que, por el contrario, entre la razon huma»na y lo *absurdo* hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo. Porque, »si la razon está absolutamente aniquilada en el hombre caido, y aniquilada por

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con sus milagros. De los mismos que le vieron mudar, con solo su querer, la naturaleza de las cosas, andar sobre las aguas, aquietar los mares, sosegar los vientos, mandar á la vida y á la muerte, unos le llamaron Dios, otros demonio, otros prestidigitador y hechicero.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo porque se hubieran cumplido en él las antiguas profecías. La sinagoga, que era su depositaria, no se convirtió, ni se convirtieron los doctores que se las sabian de memoria, ni se convirtieron las muchedumbres que las habian aprendido de los doctores.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con la verdad. La verdad esencial del Cristianismo estaba en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como quiera que

---

»decreto de Dios, preciso es convenir en que forzosamente han de desvanecerse »como el humo todas las pruebas que la religion presenta al entendimiento hu»mano: y que todo el edificio de la fé se viene inevitablemente abajo, cayendo »sobre las ruinas de la razon derribada.»

Tan lejos anda el Sr. Donoso de decir que «la razon está *absolutamente anonadada* en el hombre caido,» que reconoce en ella la terrible potencia de oponerse á la verdad conocida, áun de aborrecerla; y ciertamente que para combatir y para aborrecer es necesario existir. «La disminucion de la fé—dice el Sr. Dono»so en el capítulo I del Ensayo—la disminucion de la fé, que produce la dismi»nucion de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el ex»travío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, »Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las »condena al error, no á la muerte.»—No negará el presbítero Sr. Gaduel que los demonios tienen horror á la verdad; ¿pero afirmará por esto que esté anonadada su inteligencia? Este ódio á la verdad es fruto de su pecado, y forma parte del eterno castigo que Dios les impone. Tambien para los hombres, el ódio de la verdad es consecuencia de su pecado, y parte de su castigo. Y en el sentido de que viene de Dios este castigo, dice Donoso que «despues de la prevaricacion del »hombre, ha puesto Dios entre la verdad y la razon humana una *repugnancia* »*inmortal y una repulsion invencible*. Que esta repugnancia haga ineficaz para el espíritu que á ella se abandona el poder de las *pruebas de la religion*, es un

fué siempre una, eterna, idéntica á sí misma. Esa verdad que estuvo eternamente en el seno de Dios, fué revelada al hombre, infundida en su espíritu y depositada en la historia, desde que resonó en el mundo la primera palabra divina. Y, sin embargo, el Antiguo Testamento, así en lo que tenia de eterno y de esencial, como en lo que tenia de accesorio, de local y de contingente, en sus dogmas como en sus ritos, no salvó nunca las fronteras del pueblo predestinado. Ese mismo pueblo rompió muchas veces en grandes rebeldías, persiguió á sus profetas, escarneció á sus doctores, idolatró á la manera de los pueblos gentiles, hizo pactos nefandos con los espíritus infernales, se entregó en su cuerpo y en su alma á sangrientas y horribles supersticiones; y el dia en que la verdad tomó carne, la maldijo, la negó y la

---

hecho demasiado cierto, por desgracia, pero no de ningun modo se puede deducir de esto, que las pruebas en sí no sean invencibles, ni que el hombre que las rechaza, no sea culpable.

El Sr. Gaduel niega, contra lo que la historia toda afirma, la predileccion que la razon pervertida tiene al error y al mal; lea sino el magnífico sermon de Bossuet sobre el *ódio de los hombres á la verdad* (Serm. III, para el Domingo de Pasion) que comienza así: «Los hombres casi siempre injustos, lo son principalmente en que les sea odiosa la verdad, y en no poder sufrir sus resplandores,» ó el *sermon sobre la Iglesia* (Serm. para el Sábado de la semana de Quincuagésima), del cual citaremos un párrafo que expresa admirablemente la doctrina que expone en este capítulo el Sr. Donoso. «No es de extrañar que la Iglesia haya tenido »que padecer cuando apareció en la tierra, y que con todas sus fuerzas el mundo »la haya combatido; era imposible que así no fuera, y de ello os convencereis si »sabeis conocer lo que es el hombre. Digo, pues, que todos tenemos en el fondo »del corazon un principio de oposicion y repugnancia á todas las verdades divi»nas; de tal manera, que el hombre de por sí, no sólo no puede entenderlas, sino »que no pudiendo despues sufrirlas, y hallándose como en el último extremo, »siente en sí cierta violencia que casi le obliga á combatirlas. Este principio de »repugnancia llamado en la Sagrada Escritura: *infidelidad* (Luc. IX., 41, etc.), »y *espíritu de desconfianza* (Ephes. II, 2), y *espíritu de incredulidad* (Co»loss. III, 6), está en todos los hombres, y si no produce en nosotros todos sus »efectos, es la gracia de Dios quien se lo estorba.»

crucificó en el Calvario. Y mientras que la verdad, que estaba escondida en los antiguos símbolos, representada en las antiguas figuras, anunciada por los antiguos profetas, testificada con espantables prodigios y con milagros estupendos, fué puesta en una cruz, cuando vino por sí misma para explicar con su presencia el por qué de aquellos milagros estupendos y de aquellos prodigios espantables, para abonar todas las palabras proféticas, y para enseñar á las gentes lo que estaba representado en los antiguos símbolos y lo que estaba escondido en las antiguas figuras; el error se habia extendido libremente por el mundo, cuan ancho es, y habia cubierto todos los horizontes con sus sombras; y todo esto con una prodigiosa rapidez, y sin el auxilio de profetas, ni de símbolos, ni de figuras, ni de milagros. ¡Terrible leccion, memorable documento para los que creen en la fuerza recóndita y expansiva de la verdad, y en la radical impotencia del error para hacer por sí solo su camino por el mundo!

Si nuestro Señor Jesucristo venció al mundo, lo venció á pesar de ser la verdad, á pesar de ser el anunciado por los antiguos profetas, el representado en los antiguos símbolos, el contenido en las antiguas figuras; lo venció á pesar de sus prodigiosos milagros y de su doctrina maravillosa. Ninguna otra doctrina que no hubiera sido la evangélica, hubiera podido triunfar con ese inmenso aparato de testimonios clarísimos, de pruebas irrefragables y de argumentos invencibles. Si el mahometismo se derramó á manera de un diluvio por el continente africano, por el asiático y por el europeo, consistió esto en que caminó á la ligera, y en que llevaba en la punta de su espada todos sus milagros, todos sus argumentos y todos sus testimonios.

El hombre prevaricador y caido no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caido. Entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y

una repulsion invencible (1). La verdad tiene en sí los títulos de su soberanía, y no pide vénia para imponer su yugo; mientras que el hombre, desde que se rebeló contra su Dios, no consiente otra soberanía sino la suya propia, si no le piden antes su consentimiento y su vénia. Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego al punto comienza por negarla; y negarla es afirmarse á sí propio en calidad de soberano independiente. Si no puede negarla, entra en combate con ella, y combatiéndola combate por su soberanía. Si la vence la crucifica, si es vencido huye; huyendo cree huir de su servidumbre, y crucificándola cree crucificar á su tirano.

Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo; el pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razon humana. El hombre le acepta, cabalmente porque viene desnudo, porque careciendo de derechos no tiene pretensiones; su voluntad le acepta, porque es hijo de su entendimiento, y el entendimiento se complace en él porque es su propio hijo, su propio verbo; porque es testimonio vivo de su potencia creadora: en el acto de su creacion el hombre es á manera de Dios, y se llama Dios á sí propio. Y si es Dios á manera de Dios, para el hombre todo lo demás es ménos. ¿Qué importa que el otro sea el Dios de la verdad, si él es el Dios de lo absurdo? Por lo ménos será independiente, á manera de Dios; será soberano, á manera de Dios; adorando á su obra, se adorará á sí propio; magnificándola, será magnificador de sí mismo.

---

(1) Por lo que respecta á este pasaje, recuérdese lo que hemos advertido en nuestra anterior nota, págs. 38 y 39.

Vosotros los que aspirais á sojuzgar á las gentes, á dominar en las naciones y á ejercer un imperio sobre la raza humana, no os anuncieis como depositarios de verdades clarísimas y evidentes; y sobre todo no declareis vuestras pruebas, si las teneis, porque jamás el mundo os reconocerá por señores, antes se rebelará contra el yugo brutal de vuestra evidencia. Anunciad, por el contrario, que poseeis un argumento que echa por tierra una verdad matemática; que vais á demostrar que dos y dos no hacen cuatro, sino cinco; que Dios no existe, ó que el hombre es Dios; que el mundo ha sido esclavo hasta ahora de vergonzosas supersticiones; que la sabiduría de los siglos no es otra cosa sino pura ignorancia; que toda revelacion es una impostura; que todo gobierno es tiranía, y toda obediencia servidumbre; que lo hermoso es feo, que lo feo es hermosísimo; que el bien es mal, y el mal es bien; que el diablo es Dios, y que Dios es el diablo; que fuera de este mundo no hay infierno ni paraiso; que el mundo que habitamos es un infierno presente y un paraiso futuro; que la libertad, la igualdad y la fraternidad son dogmas incompatibles con la supersticion cristiana; que el robo es un derecho imprescriptible, y que la propiedad es un robo; que no hay órden sino en la anarquía, ni hay anarquía sin órden; y estad ciertos de que con este solo anuncio, el mundo maravillado de vuestra sabiduría, y fascinado por vuestra ciencia, pondrá á vuestras palabras un oido atento y reverente. Si al buen sentido, de que habeis dado larga muestra anunciando la demostracion de todas estas cosas, añadís despues el buen sentido de no demostrarlas de ninguna manera; ó si, como única demostracion de vuestras blasfemias y de vuestras afirmaciones, dais vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones mismas, entónces el género humano os pondrá sobre los cuernos de la luna; sobre todo, si poneis un cuidado exquisito en llamar la atencion de las gentes hácia vuestra buena fé, llevada hasta el

punto de presentaros desnudos como estais, sin haber acudido á las vanas supercherías de vanas razones, de vanos antecedentes históricos y de vanos milagros, dando así un público testimonio de vuestra fé en el triunfo de la verdad por sí sola: y si, por último, revolviendo á todas partes vuestros ojos, preguntais dónde están y qué se hicieron vuestros enemigos, entónces el mundo estático, atónito, proclamará á una voz vuestra magnanimidad, y vuestra grandeza, y vuestra victoria, y os apellidará píos, felices, triunfadores (1).

Yo no sé si hay algo, debajo del sol, más vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas (2).

En la escala de su degradacion y de su vileza, las muchedumbres engañadas por los sofistas y oprimidas por los tiranos son las más degradadas y las más viles; los sofistas vienen despues, y los tiranos que tienden su látigo sangriento sobre los unos y sobre las otras, son, si bien se mira, los

---

(1) ¿No es este irónico cuadro fiel representacion de lo que hemos visto en los años siguientes á la revolucion de 1848? El Sr. Gaduel no vé en él más que una deplorable exageracion que tiende á disculpar, como justificados por la impotencia de la razon, los extravíos que Donoso reprueba con tanta energía; como si el mismo Donoso no condenase como culpable y sin excusa la impotencia en que los enemigos de Dios se ponen voluntariamente, puesto que pueden salir de ella, y Dios les dá para este fin todos los auxilios que necesitan.

La traduccion italiana no piensa como el Sr. Gaduel, segun se deduce de la siguiente nota:

«En este pasaje compendia el autor en pocas líneas los principales absurdos y blasfemias de las escuelas heterodoxas, y especialmente de los socialistas. No há mucho tiempo se han podido oir y leer muchas de sus blasfemias y enseñanzas ridículas, y se ha podido tambien ver cómo era en efecto numerosa la ciega muchedumbre que las repetia en medio de aplausos y gritos de entusiasmo.»

(2) Esta proposicion indigna al Sr. Gaduel, por no reflexionar que: *debajo del sol* no hay nada *más vil y despreciable* que el pecado; y que *fuera de las vias católicas el género humano* está hundido en las tinieblas y en la corrupcion del pecado. Cuanto más excelente es la naturaleza del hombre, tanto es más horrible su degradacion: *Corruptio optimi pessima.*

ménos viles, los ménos degradados y los ménos despreciables. Los primeros idólatras salen apénas de la mano de Dios, cuando dan consigo en la de los tiranos babilónicos. El paganismo antiguo va rodando de abismo en abismo, de sofista en sofista y de tirano en tirano, hasta caer en la mano de Calígula, mónstruo horrendo y afrentoso con formas humanas, con ardores insensatos y con apetitos bestiales. El moderno comienza por adorarse á sí propio en una prostituta, para derribarse á los piés de Marat, el tirano cínico y sangriento; y á los de Robespierre, encarnacion suprema de la vanidad humana, con sus instintos inexorables y feroces. El novísimo va á caer en un abismo más hondo y más oscuro; tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.

CAPITULO VI.

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HA TRIUNFADO DEL MUNDO EXCLUSIVAMENTE POR MEDIOS SOBRENATURALES.

«Cuando esté puesto en el alto, es decir, en la cruz, traeré todas las cosas á mí: es decir, aseguraré mi dominacion y mi victoria sobre el mundo» (1). En estas palabras, solemnemente proféticas, descubrió el Señor á sus discípulos á un mismo tiempo lo poco que valian para la conversion del mundo las profecías que anunciaron su advenimiento, los milagros que publicaban su omnipotencia, la santidad de su doctrina, testimonio de su gloria, y lo poderoso que habia de ser para obrar este prodigio su inmensísimo amor revelado á la tierra en su crucificacion y en su muerte.

Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me: si allius venerit in nomine suo, illum accipietis. (Joann., cap. 5, versículo 43.) En estas palabras está anunciado el triunfo natural del error sobre la verdad, del mal sobre el bien. En

---

(1) Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum. (Joan., XII, 32).

ellas está el secreto del olvido en que tenian puesto á Dios todas las gentes, de la propagacion asombrosa de las supersticiones paganas, de las hondas tinieblas tendidas por el mundo; así como el anuncio de las futuras crecientes de los errores humanos, de la futura disminucion de la verdad entre los hombres, de las tribulaciones de la Iglesia, de las persecuciones de los justos, de las victorias de los sofistas, de la popularidad de los blasfemos. En aquellas palabras está como encerrada la historia, con todos los escándalos, con todas las herejías, con todas las revoluciones. En ellas se nos declara por qué, puesto entre Barrabás y Jesus el pueblo judío, condena á Jesus y escoge á Barrabás; por qué, puesto hoy el mundo entre la teología católica y la socialista, escoge la socialista y deja la católica; por qué las discusiones humanas van á parar á la negacion de lo evidente y á la proclamacion de lo absurdo. En esas palabras, verdaderamente maravillosas, está el secreto de todo lo que nuestros padres vieron, de todo lo que verán nuestros hijos, de todo lo que vemos nosotros. No: ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama (1): palabras profundísimas

---

(1) Nemo potest venire ad me, nisi Pater, qui misit me, traxerit eum. (Joan, VI, 44.) —Sobre este texto dice el Sr. Gaduel:

«En vano el Sr. Donoso dirá que *ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la »verdad, si su Padre no le llama.*» En vano alegará que estas «*palabras profundi»simas atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia ra»dical, invencible del género humano:* en vano, repito, dirá estas palabras, si las »dice en el sentido de que sin la gracia el hombre prevaricador y caido esté irre»misiblemente condenado á ver todas las cosas del revés; que sin el rayo excelso »de la revelacion sea radicalmente impotente la razon humana para conocer nin»guna verdad; que Dios haya puesto entre la verdad y nuestra razon una repul»sion invencible; que sea, en fin, necesario afirmar, como el Sr. Donoso afirma »con extraña fraseología, que *es necesario afirmar la nada, ó pasar con todas »sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda su alma y todo su cuerpo »por el cilindro de la fé.* Si es así, digo, como el Sr. Donoso entiende y presume »interpretar las divinas palabras de Nuestro Señor, nada más veremos los que

que atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible, del género humano.

Pero el Padre llamará, y le responderán las gentes: el Hijo será puesto en la cruz, y atraerá á sí todas las cosas: ahí está la promesa salvadora del triunfo sobrenatural de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal; promesa que será del todo cumplida al fin de los tiempos.

»solo aspiramos á ser sóbriamente sábios, sino un extraño y deplorable abuso del »texto sagrado.» (*Am. de la Religion*, 8 de Enero de 1858.)

En el sermon segundo para el Domingo de Pasion, *sobre el respeto debido á la verdad*, hace notar Bossuet que no se entiende cómo se pueda aborrecer «la verdad »por sí misma, y en sentido general; pues como el gran Santo Tomás observa »muy bien, lo que de este modo es vago y universal, no repugna jamás á nadie y »no puede ser objeto de aborrecimiento. Así que los hombres no son capaces de »aborrecer la verdad, sino en cuanto la consideran en algun caso asunto particu»lar, en que combate sus inclinaciones, ó contradice sus sentimientos.» Despues continúa el elocuente Obispo probando «que no podemos odiar la verdad en »cuanto ella reside en Dios, ó aparece en los demás hombres, ó la sentimos en »nosotros mismos.»

En el segundo sermon para el Domingo de Quincuagésima, *sobre la ley de Dios*, el mismo Bossuet. Despues de decir «¿qué es nuestra vida, sino »un contínuo extravío? Nuestras opiniones son otros tantos errores, y nues»tras vías no son sino ignorancia,» añade: «Y cierto, cuando de nuestras ignoran»cias hablo, no me quejo, cristianos, de que ignoremos cuál sea la extructura del »mundo, cuáles las influencias de los cuerpos celestes, cuál fuerza es la que en me»dio del éter tiene á la tierra suspendida, ni me quejo tampoco de que todas las »obras de la naturaleza sean para nosotros enigmas insolubles; no, pues aunque »estos conocimientos sean muy admirables, y dignísimos de ser inquiridos, no es »su carencia lo que hoy deploro. La causa de mi dolor tócaos más de cerca; »lloro nuestra desgracia, lloro porque aún lo que nos es propio, lo ignoramos; »porque ni el bien, ni el mal conocemos, y no sabemos cuál sea la verdadera »conducta que debe gobernar nuestra vida.»

Ya hemos advertido ántes que Donoso Cortés no habla en su libro de las primeras verdades abstractas, generales y vagas, que el hombre, segun Santo Tomás, es incapáz de aborrecer, y sobre las cuales no hay disputa, pues no ofenden ningun interés, ni pasion alguna. No se refiere tampoco á las demás verdades, que son objeto de las ciencias humanas, sino que, cuanto dice acerca de la razon en el hombre caido, y de su impotencia para alcanzar la verdad, y del ódio que

Pater meus usque modo operatur: et ego operor sicut Pater... sic et filius quos vult vivificat. (Joann., cap. 5, versículos 17, 21.) *Expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero mittam eum ad vos.* (Joann., cap. 16, vers. 7.)

---

la tiene, etc., se aplica únicamente á la verdad en cuanto «á lo que nos es propio» «y solamente por la cual podemos tener la «verdadera conducta que debe gobernar nuestra vida;» y aún en ese mismo órden, no dice que no podamos conocer tal ó tal verdad particular; dice solamente, que sin la gracia, sin la revelacion, sin la Iglesia, no podemos, en el estado en que la culpa nos deja, alcanzar la verdad; ó como él dice, «*la verdad religiosa*, *la verdad doméstica*, *la verdad política*, *la verdad social*,» es decir: el conjunto de creencias y leyes necesarias para gobernar nuestra vida individual, doméstica ó de familia, política, social, en el estado actual de la humanidad, estado que no es puramente natural, pues Dios ha querido llamarnos á la vida sobrenatural, imponiéndonos así necesidades y obligaciones que no podemos satisfacer con nuestras propias fuerzas. Con esta sola observacion, se vé bien cuánta injusticia encierran las acusaciones del Sr. Gaduel. Copiemos aún algun trozo del mismo sermon, *sobre la ley de Dios*, poco há citado, y cuyo autor no es en verdad *tradicionalista*, ni *pseudo-tradicionalista*; y se verá que Donoso Cortés no ha dicho jamás nada tan fuerte:

«Yo he nacido en una profunda ignorancia; y me hallé como peregrino en »este mundo, sin saber qué era necesario hacer; lo que aprender pueda, está mez»clado con tantas clases de errores, que mi alma quedaria suspensa en una con»tínua incertidumbre, si solo tuviera sus luces propias; y no obstante esta in»certidumbre, me he visto empeñado en un largo y peligroso viaje: el viaje de »mi vida, cuyos caminos son para mí casi desconocidos casi todos; y en el que »me es necesario caminar por mil extraviados senderos rodeados de precipicios; »famosos por la caida de tantas personas. ¿Qué haré yo, ciego de mí, si no hallo »por dicha mia un guia fiel que dirija mi alma y enderece mis pasos errantes é »inseguros? Esto es lo primero que necesito...

»De lejos me estás gritando, ¡oh Filosofía! que he de andar en este mundo »por un camino resbaladizo de peligros rodeado; yo lo confieso, lo reconoz»co y aún lo sé por experiencia. Tú me ofreces la mano para sostenerme y »guiarme; mas antes quiero saber si es segura, porque *si un ciego guia á otro* »*ciego, ambos caerán en el precipicio.* Mas ¿cómo podré fiarme de tí, pobre Fi»losofía?... Poned un hombre que ignore lo que debe hacer en el mundo, po»nedlo en medio de una asamblea de cuantos sábios han existido, ¿qué resolverá »este hombre, si despues de oir las conferencias de los sábios, espera que se pon»gan de acuerdo acerca de la resolucion que debe tomar? Antes se verá cesar

Las lenguas de todos los doctores, las plumas de todos los sabios no bastarian para explicar todo lo que esas palabras contienen. En ellas se declara la soberana virtud de la gracia, y la accion sobrenatural, invisible, permanente, del Espíritu Santo. Ahí está el sobrenaturalismo católico con su infinita fecundidad y con sus maravillas inenarrables; ahí está explicado, sobre todo, el triunfo de la cruz, que es el mayor y el más inconcebible de todos los portentos.

En efecto, el Cristianismo, humanamente hablando, debia sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables. Jamás el género humano dejó de rebelarse y de protestar contra todas esas cosas separadas; y no era probable, ni creible, ni imaginable siquiera, que dejara de rebelarse y de protestar contra todas ellas juntas; y de hecho estalló en blasfemias, y en protestas, y en rebeldías (1).

»la guerra entre el calor y el frio, que conformes á los filósofos sobre la verdad »de sus dogmas. *Nobis invicem videmur insanire.* Insensatos nos parecemos »unos á otros, decia San Gerónimo en otro tiempo. No, cristianos, yo no puedo »fiarme nunca de sola mi razon humana; tantas veces varía, tantas vacila, tantas »cae en el error, que abandonarse á ella como guía, es exponerse á un peligro »manifiesto.»

(1) Este pasaje subleva tambien al Sr. Gaduel, el cual se vé, sin embargo, obligado á reconocer que «ni la doctrina más verdadera y santa, ni los milagros más evi»dentes, ni las profecías más ciertas y más rigurosamente cumplidas, hubieran bas»tado sin los auxilios de la gracia interior, para convertir al mundo.» Luego, *humanamente hablando*, es decir, prescindiendo de la gracia, la conversion del mundo era imposible, y el *cristianismo debia necesariamente sucumbir*; y no obstante esto, ni las profecías habrian perdido su certidumbre, ni los milagros su evidencia, ni la doctrina su verdad. La verdad de la doctrina, la evidencia de los milagros, la certidumbre de las profecías, no habrian servido, en esta hipótesis, sino para hacer más culpables á los hombres, y redoblar el odio á la verdad que el pecado ha puesto en sus corazones, segun Bossuet, conforme con San Pablo y San Agustin, explica en los varios pasajes citados en las notas anteriores.

Empero el Justo subió á la cruz por amor, y derramó su sangre por amor, y dió su vida por amor: y ese amor infinito y esa preciosísima sangre merecieron al mundo la venida del Espíritu Santo. Entónces todas las cosas mudaron de faz, porque la razon fué vencida por la fé, y la naturaleza por la gracia.

¡Cuán admirable es Dios en sus obras, cuán maravilloso en sus designios, y cuán sublime en sus pensamientos! El hombre y la verdad andaban reñidos; el orgullo indomable del primero se compadecia mal con la evidencia un tanto insolente y brutal de la segunda. Dios templó la evidencia de la segunda poniéndola entre nubes trasparentes, y envió al primero la fé, y enviándosela, ajustó con él este pacto: Yo dividiré contigo el imperio; yo te diré lo que has de creer, y te daré fuerza para que lo creas, pero no oprimiré con el yugo de la evidencia tu voluntad soberana; te doy la mano para salvarte, pero te dejo derecho de perderte; obra conmigo tu salvacion, ó piérdete tú solo; no te quitaré lo que te dí, y el dia que te saqué de la nada, te dí el libre albedrío. Y este pacto, por la gracia de Dios, fué libremente aceptado por el hombre. De esta manera la oscuridad dogmática del Catolicismo salvó de un naufragio cierto á su evidencia histórica. La fé, más conforme que la evidencia con el entendimiento del hombre, salvó del naufragio á la razon humana. La verdad debia de ser propuesta por la fé, si habia de ser aceptada por el hombre, rebelde de suyo contra la tiranía de la evidencia.

Y el mismo espíritu que propone lo que se ha de creer, y nos da fuerza para que lo creamos, propone lo que es necesario obrar, y nos da el deseo de obrarlo, y obra con nosotros para que lo obremos. Tan grande es la miseria del hombre, tan honda su abyeccion, tan absoluta su ignorancia y tan radical su impotencia, que no puede por sí solo ni formar un buen propósito, ni trazar un gran designio, ni con-

cebir un gran deseo de cosa que agrade á Dios y que aproveche á la salvacion de su alma. Y por otro lado, es tan alta su dignidad, su naturaleza tan noble, su orígen tan excelso, su fin tan glorioso, que el mismo Dios piensa por su pensamiento, ve por sus ojos, anda con sus piés, y obra por sus manos. Él es el que le lleva para que ande, y el que le detiene para que no tropiece, y el que manda á sus ángeles que le asistan para que no caiga; y si por ventura cae, él le levanta por sí mismo; y puesto en pié, le hace que desee perseverar, y le hace que persevere. Por eso dice San Agustin: «Ninguno creemos que viene á la verdadera salud, si Dios no lo llama; y ninguno, despues de llamado, obra lo que conviene para esta misma salud, si él no lo ayuda.» Por eso dice el mismo Dios, en el evangelio de San Juan, capítulo 15, vers. 4 y 5: *Manete in me et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum á semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere.* El Apóstol, en su segunda epístola á los de Corinto, cap. 3, vers. 4 y 5, dice: *Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum, non quod sufficientes simus cogitare aliquid á nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* Esta misma impotencia radical del hombre en el negocio de su salvacion confesaba el santo Job cuando decia (cap. 14): «¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa súcia, sino vos, Señor?» y Moisés diciendo (Exod. c. 34): «Nadie por sí mismo puede ser inocente delante de tí.»—San Agustin, en el inimitable libro de *Las Confesiones*, volviéndose á Dios, le dice: «Señor, dadme gracia para hacer lo que vos mandais, y mandadme lo que mejor os parezca.» De manera, que así como Dios me declara lo que debo creer, y me da fuerzas para creerlo, del mismo modo me manda lo que debo obrar, y me da gracia para obrar aquello mismo que me ha ordenado.

¿Qué entendimiento habrá que conozca, qué lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera en que Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y cómo le lleva por el camino de la salvacion con mano á un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente? ¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confundirse y sin menoscabarse? Solo sé una cosa, Señor; que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sino olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silbo de viento delgado en lo suave, como aquilon en lo fuerte. Soy llevado por tí, como por el aquilon, y me muevo hácia tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras; pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tú te mueves en mí. Tú vienes á mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas á mi puerta y vuelves á llamar: sé que puedo no responderte, y perderme; sé que puedo responderte, y salvarme; pero sé que no podria responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta, y tuya y mia la respuesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro, y que cuando obro, merezco; pero que no merezco sino porque tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar; sé que cuando me premias porque merezco, y cuando merezco porque obro, me das tres gracias: la gracia del premio, con que galardonas; la gracia del merecer que me diste, con la cual galardonaste; la gracia que me diste de obrar con ayuda tuya. Sé que tú eres como la madre, y yo como el niño peque-

ñuelo en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le da la mano para que ande, y despues le da un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano. Sé que no escribo sino porque tú me has encendido en el deseo de escribir, y que no escribo sino lo que me enseñas ó lo que permites que escriba; creo que el que cree que mueve un miembro sin tí, ni te conoce ni es cristiano.

Yo pido perdon á mis lectores por haber entrado, siendo profano y lego como soy, por el camino recóndito y escabroso de la gracia. Todos reconocerán, sin embargo, á poco que reflexionen, que el entrar algun tanto por ese áspero camino, era una exigencia imperiosa del gravísimo asunto que vengo tratando en los últimos capítulos. Tratábase de averiguar cuál es la explicacion legítima del prodigio, siempre antiguo y siempre nuevo, de la accion poderosa que el Cristianismo ha ejercido y está ejerciendo en el mundo, para venir á parar despues en el misterio no menos estupendo y prodigioso de la virtud de trasformacion que ha mostrado en sí al ponerse en relacion y contacto con las sociedades humanas. El prodigio de su propagacion y de su triunfo no está en los testimonios históricos, ni en los anuncios proféticos, ni en la santidad de su doctrina; circunstancias todas que, en el estado á que fué reducido el hombre despues de la prevaricacion y de la culpa, han sido más propias para apartar de él á las gentes, que para llevarle triunfante y vencedor hasta los términos más apartados de la tierra. Los milagros no han sido tampoco parte para obrar este prodigio; porque si bien es cierto que, considerados en sí, son una cosa sobrenatural, considerados como una prueba exterior, son una prueba natural sujeta á las mismas condiciones que los otros testimonios humanos. La propagacion y el triunfo del Cristianismo es un hecho sobrenatural, como quiera que se ha propagado y ha triunfado á pesar de llevar en sí todo lo que debia haber impedido su propagacion y su victoria. Siendo

este un hecho sobrenatural, no podia explicarse legítimamente sino subiendo á una causa que, siendo por su naturaleza sobrenatural, obrara en lo exterior de una manera conforme á su propia naturaleza, es decir, sobrenaturalmente. Esta causa, sobrenatural en sí misma y sobrenatural en su accion, es la gracia. La gracia nos fué merecida por el Señor cuando padeció en la cruz muerte afrentosa, y la recibieron los apóstoles cuando bajó sobre ellos el autor de toda gracia y de toda santificacion, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo infundió en los apóstoles la gracia que nos mereció la muerte del Hijo por la misericordia del Padre, viniendo de esta manera á ocuparse en la obra inefable de nuestra redencion, como ántes en la creacion del universo, la Trinidad divina.

Esto sirve para explicar dos cosas que, sin esta explicacion, serían de todo punto inexplicables, conviene á saber: cómo fué que los apóstoles obraron mayores milagros que su divino Maestro, y que los milagros de los primeros fueron más fructuosos que los del segundo, segun les fué anunciado por el Señor repetidas veces y en diferentes ocasiones. Consistió esto en que el rescate universal del género humano en toda la prolongacion de los siglos, desde los tiempos adámicos hasta los últimos tiempos, habia de ser el galardon de la sangrienta tragedia de la cruz; y en que, hasta que fuera consumada, las divinas mansiones debian estar cerradas ante los desdichados hijos de Adan con puertas de diamante.

Cuando los tiempos fueron llegados, el espíritu de Dios vino sobre los apóstoles, como un viento impetuoso, en lenguas de fuego. Entónces sucedió qne sin transicion ninguna fueron mudadas en un punto todas las cosas, en virtud de una accion sobrenatural y divina. En los apóstoles se obró la primera mudanza: no veian, y tuvieron luz; no entendian, y tuvieron entendimiento; eran ignorantes, y fueron sapientísimos; hablaban cosas vulgares, y hablaron cosas

prodigiosas. La maldicion de Babel tuvo fin: desde entónces cada pueblo habia hablado su lengua; los apóstoles las hablaron, sin confusion, todas juntas; eran pusilánimes, fueron atrevidos; eran cobardes, fueron valerosos; eran perezosos, fueron diligentes; habian abandonado á su Señor por la carne y por el mundo, abandonaron por su Señor el mundo y la carne; habian dejado la cruz por la vida, dieron la vida por la cruz; murieron en sus miembros, para vivir en sus espíritus; para trasformarse en Dios, dejaron de ser hombres; para vivir vida angélica, dejaron la humana.

Y así como el Espíritu Santo habia trasformado á los apóstoles, los apóstoles trasformaron al mundo; pero no ellos en verdad, sino el espíritu invencible que estaba en ellos. El mundo habia visto á Dios, y no le habia conocido; y ahora que no tenia su vista, tuvo su conocimiento. No habia creido en su palabra, y ahora que habia dejado de hablar, creyó en su palabra; habia visto sus milagros vanamente, y ahora que era ido á su Padre el que los obró, creyó en sus milagros. Habia crucificado á Jesus, y adoró al que habia crucificado; habia adorado á los ídolos, y quemó sus ídolos. Lo que habia tenido por argumentos vanos, tuvo ahora por argumentos victoriosos é inconcebibles: cambióse en amor inmenso su ódio profundo.

Así como el que no tiene idea de la gracia, no la tiene tampoco del Cristianismo, el que no tiene noticia de la providencia de Dios, está en la ignorancia más completa de todas las cosas. La Providencia, tomada en su acepcion más general, es el cuidado que tiene el Criador de todas las cosas creadas. Las cosas existieron porque Dios las crió; pero no existen sino porque Dios cuida de ellas por medio de un cuidado contínuo, que viene á ser una creacion incesante. Las cosas que antes de que fueran no tuvieron en sí razon de ser, no tienen en sí razon de subsistir despues de que fueron: solo Dios es la vida y la razon de la vida, el sér y

la razon del sér, el subsistir y la razon del subsistir. Nada es, nada vive, nada subsiste por su virtud propia. Fuera de Dios, esos atributos supremos no están en ninguna parte ni en cosa ninguna. Dios no es á manera de un pintor que, hecho el cuadro, se separa de él, le abandona y le olvida; ni las cosas que Dios crió subsisten de la manera que la figura pintada, que subsiste por sí sola. Dios hizo las cosas de una manera más soberana, y las cosas dependen de Dios de una manera más sustancial y excelente. Las cosas del órden natural, las del órden sobrenatural, y las que, por salir del órden comun natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de comun, que consiste en su dependencia absoluta de la voluntad divina. No se afirma de las fuentes cuanto de ellas hay que afirmar, cuando se afirma que corren, porque su naturaleza es correr; ni de los árboles, cuando se afirma de ellos que fructifican, porque su naturaleza es dar frutos. Su naturaleza no da á las cosas una virtud propia é independiente de la voluntad de su Criador, sino cierta manera determinada de ser, dependiente, en todos y en cada uno de los momentos de su existencia, de la voluntad del soberano Hacedor y del divino Arquitecto. Corren las fuentes, porque Dios las manda correr con un mandamiento actual; y las manda correr, porque hoy, como en el dia de su creacion, ve que es bueno que corran; fructifican los árboles, porque Dios los manda fructificar con un actual mandamiento; y les da este mandamiento, porque hoy, como en el dia de su creacion, ve que es bueno que los árboles fructifiquen. Por donde se ve cuán errados andan los que van á buscar la última explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Solo Dios es cria-

dor de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede (1), segun se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. 11, vers. 14: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* Por eso dice San Basilio que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana, conforme á lo que dice el Señor, en San Mateo, cap. 10, vers. 29, 30: *Nonne, duo passeres asse veneunt? Et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro. Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt* (2).

---

(1) Esta expresion va puesta aquí en el sentido teológico, señaladamente por lo que hace al mal, que, propiamente hablando, no es obra de Dios, sino en cuanto Dios lo permite en sus criaturas inteligentes y libres. *

(2) Sobre el pasaje que precede á este texto, dice el presbítero Gaduel:

«Si yo dijese que el Sr. Donoso Cortés se muestra en este pasaje rigorosamente fatalista, que desconoce, que niega absolutamente la inmensa parte que tiene la libertad del hombre en los sucesos humanos, que elimina del tejido de la historia la accion real y poderosa, aunque siempre subordinada de las causas segundas, y que hace á Dios autor del pecado, creeria yo calumniar su fé, su pensamiento y aún todo su libro; porque en otros lugares encuentro, y tengo el mayor gusto en decirlo, pasajes que contradicen á este. Pero no lo calumniaré, limitándome á afirmar que las líneas arriba citadas expresan el fatalismo neto, y que al hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, lo hacen, por consecuencia inevitable, autor del pecado...»

«No, no es cierto que anden errados los que *buscan la explicacion*, al ménos parcial, *de los sucesos en las causas segundas*; pues entonces habria que tener por errado al Libro de la *Sabiduría* (c. 2, v. 4), cuando dice: *Invidia diaboli mors intravit in mundum*, y á San Pablo, cuando escribia (Rom. c. 5, v. 19): *Per inobedientiam anius hominis peccatores constituti sunt multi.* Si las causas libres no entrasen para nada en *la explicacion de los sucesos*, ¿para qué servirian entonces la accion y la libertad de estas causas?»

«Es absolutamente falso, sobre todo, que Dios sea el *autor de todo lo que sucede*, pues Dios no hace aquello que no quiere, y ni quiere ni puede querer el pecado: *Non [Deus volens iniquitatem tu es* (Psalm. c. 5, v. 5). Hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, puede caber en la sombría teología de Lutero y de Calvino; pero no en la teología católica....» «En cuanto á las palabras del Eclesiástico y de San Basilio, tan importunamente citadas por el autor del *Ensayo*, inútil es advertir que la expresion *mala* del libro sagrado, no se aplica sino al

Considerando las cosas desde esta altura, se ve claro que de la misma manera depende de Dios lo que es natural, que lo que es sobrenatural y lo que es milagroso. Lo milagroso, lo sobrenatural y lo natural son fenómenos idénticos sustan-

---

mal físico, segun se desprende del mismo texto, y que el Obispo de Cesarea, *al atribuirlo todo á Dios,* no le considera, por lo que toca al mal moral, sino como causa puramente pernisiva, y no puede decirse á Dios autor de aquello que no hace sino permitir, absteniéndose de interponer su poder absoluto para impedirlo.»

Hasta aquí el Sr. Gaduel. Veamos primeramente lo que sobre ésta su censura opinaron los sábios redactores del insigne diario católico la *Armonía*, de Turin: «El Sr. Donoso, decian, en todo el período á que corresponde el pasaje tan »vituperado por su crítico, y en los inmediatos trata de mostrar que las cosas del »órden natural, las del órden sobrenatural, y las que, por salir del órden comun »natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes »entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen »todas algo y aún mucho de comun, que consiste en su dependencia de la voluntad divina. Y esto lo dice con el fin de manifestar que los milagros, lejos de »ser una cosa absurda para Dios, le son cosas comunes é iguales á todos los demás actos de la Providencia: por ejemplo, el que las fuentes corran, el que los »árboles fructifiquen, etc., son hechos que atestiguan la omnipotente voluntad de »Dios, por las mismas razones y del propio modo que la atestigua la resurreccion »de Lázaro, etc. En todo este capítulo no hay una sola palabra que se refiera al »*mal moral.* El autor, además, habla en el mismísimo sentido del Eclesiástico y »de San Mateo, que ciertamente no son autoridades sospechosas. Por consiguiente, »aquellas palabras, que, segun el Sr. Gaduel, EXPRESAN el fatalismo neto, y que »hacen á Dios autor del pecado, no son más ni ménos, bien leido y bien entendido lo que quiere decir y lo que dice el SR. DONOSO, no son más ni ménos »que una simplicísima verdad cristiana.»

Completemos esta respuesta de *l'Armonía.* Es evidente, por el contexto, que el Sr. Donoso habla aquí de la causa primera, á la cual están sometidas las causas segundas. El texto dice: «*Por donde se vé cuán errados andan los que van »á buscar la última explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que »existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la for»tuna,* etc.» En la traduccion francesa del ENSAYO que ha servido de texto al señor Gaduel, falta la palabra *última*: calificativo importante, que modifica en gran manera, cuando no destruye enteramente la idea equivocada, que sirve aquí de supuesto á la censura del crítico. Pero esto no disculpa al Sr. Gaduel, en lo que dice sobre las *causas segundas,* pues el Sr. Donoso afirma que existen y

cialmente entre sí por razon de su orígen, que es la voluntad de Dios; voluntad, que siendo actual en todos ellos, es en todos eterna. Dios quiso eterna y actualmente la resurreccion de Lázaro, como quiere eterna y actualmente que

---

que obran como tales causas; estas causas, prosigue el Sr. Donoso, *existen todas bajo la dependencia de Dios*, de cuyas palabas no se puede lícitamente deducir que el autor del Ensayo suponga que las causas libres no entren para nada en la explicacion de los sucesos.

De las expresiones «*Dios es el autor de todo lo que sucede, de los sucesos,*» ¿dedúcese, por ventura, como consecuencia inevitable que Dios sea autor del pecado? Esta abonainable consecuencia, no cabe segun el mismo Sr. Gaduel en el Ensayo, que tanto en los pasajes anteriores como en los siguientes excluye, segun *l'Armonia* demuestra, esta idea; pero parécenos que tampoco se enciera semejante pensamiento en las expresiones, aún consideradas separadamente. Cuando se habla de *los sucesos, de lo qne sucede*, ¿entiéndese por ventura que se hace referencia á actos particulares, buenos ó malos de los indivíduos que más ó ménos intervienen en los sucesos? Si reconozco, por ejemplo, en la revolucion francesa la accion providencial y el castigo divino ¿dedúcese de aquí que Dios sea el autor de los crímenes de la misma revolucion? ¿No dispone Dios todas las cosas, aún las que no hace sino permitir y tolerar, segun los fines de su infinita sabiduría? ¿Están los pecadores fuera de su imperio? ¿No se sirve Dios aún del mismo pecado para cumplir sus eternos designios? ¿El pecado se le imputa sólo al hombre; pero las infinitas combinaciones de los actos humanos, justos ó injustos, *los sucesos* que resultan, en una palabra, *lo que sucede*, no depende de la disposicion divina? ¿no seria tan impío como absurdo buscar en otra parte su *explicacion última*?

»La Providencia de Dios, dice Santo Tomás, no es sino el órden establecido »en las cosas, para que consigan el fin que les ha sido señalddo; por lo cuál es »menester que las cosas, en cuanto del ser participan, esten sometidas á la divina »providencia. Dios conoce todas las cosas universales y particulares, y el cono»cimiento que de ellas tiene, es con respecto á ellas, lo que á una obra artística es »el conocimiento del arte. Por lo cual todas le están sometidas, como los artefactos »á las reglas del arte. No sucede lo mismo en la causa universal, que en las »particulares, pues si algo puede salirse del órden establecido por estas, nada está »fuera del que la universal establece. Nada puede sustraerse al órden establecido »por una causa, sino por la accion de otra: están, pues, todas las causas particu»lares bajo la ley de la causa universal; es imposible que cosa alguna se aparte »del órden impuesto por ella...

»Entre el ordenador universal y el particular, hay la siguiente diferencia:

los árboles fructifiquen; y los árboles no tienen una razon más independiente de la voluntad divina para fructificar, que Lázaro para salir, despues de muerto, del sepulcro. La diferencia de estos fenómenos no está en su esencia, puesto

---

»que mientras éste se limita á quitar todo defecto en la obra que le ha sido en»comendada, el ordenador universal tolera en los pormenores, faltas que han de »realzar más la belleza del conjunto. Dios es el ordenador universal de todas las »cosas...

»El sagrado texto: «*Dios ha entregado al hombre á sí mismo,*» no excluye al »hombre del imperio de la divina providencia, sino que muestra que Dios no le »ha sometido, como á las demás cosas de la naturaleza, á una fuerza que nece»sariamente produzca un efecto determinado. Las cosas de la naturaleza no tienen »en sí el móvil de su accion, y no tienden á su fin, sino como impulsadas por »una mano extraña; pero las criaturas racionales obran en virtud del libre albe»drío, con deliberacion, y por eleccion propia. Por esto dice el sagrado texto: »*Dejó al hombre á su propio consejo.*» Pero como aún el mismo acto de libre al»bedrío se eleva á Dios como á causa, es necesario que las causas que del libre »albedrío proceden estén sometidas á la divina providencia, pues la providencia »del hombre se contiene en la de Dios, como la causa particular en la universal. »(I. q. XXII, 2.)

»Dios es la causa primera y universal, no solamente de tal ó cual órden de co»sas, sino de todo cuanto es. Es pues, imposible que suceda nada fuera del órden »del gobierno divino. Si alguna cosa parece que por cierto lado sale del órden »de la divina providencia, considerado con relacion á alguna causa particular, »debe esta misma cosa entrar en el órden divino y reducirse á él por medio de »otra causa. A los que dicen que si nada sucediese sino conforme al órden de la »providencia divina, no habria mal, se responde que nada hay en el mundo to»talmente malo, pues el mal tiene siempre cierto fundamento en el bien. En tan»to una cosa se dice mala, en cuanto se sale del órden de un bien particular; »pues si saliese totalmente del órden del divino gobierno, seria por esto mismo »una pura nada. (*Ibid.* q. CIII, q.)

»Todas las cosas cuya accion sea natural ó voluntaria, llegan en definitiva, »como por su propio movimiento, al fin para que fueron criadas: por esto se »dice que Dios dispone todas las cosas con dulzura. (*Ibid*, *ibid.* 8.)

»Todos los males que Dios hace ó permite, están coordinados con relacion á »algun bien; no siempre es para el bien del mismo que sufre el mal, sino á ve»ces en provecho de otro, ó quizás por el bien general. Así dispone Dios que de »los crímines de los tiranos salga el bien de los mártires; y en los castigos de los »condenados resalte la gloria de la divina justicia.» (1.ª, 2.ª, q. LXXIX, 4 ad 1.)

que uno y otro dependen de la voluntad divina, sino en el modo; porque en los dos casos la divina voluntad se ejecuta y se cumple por dos diferentes maneras, y en virtud de dos leyes distintas. Una de estas dos maneras se llama y es natural, y la otra se llama y es milagrosa. Los hombres llamamos naturales á los prodigios diarios, y milagrosos á los prodigios intermitentes.

Por donde se ve cuán grande es la locura de los que niegan la potestad de obrar los intermitentes al mismo que obra los diarios. ¿Qué otra cosa viene á ser esto, sino negar al que hace lo que es más, la potestad de hacer lo que es ménos; ó lo que viene á ser lo mismo, negar que puede obrarse alguna vez aquello que se obra siempre? Vosotros, los que negais la resurreccion de Lázaro porque es obra milagrosa, decidme, ¿por qué no negais otros prodigios mayo-

---

De esta coordinacion soberana de todas las cosas, de este gobierno de la divina providencia, al cual nada se sustrae, habla el Sr. Donoso cuando dice que Dios es *autor de todo lo que sucede*, y que solo en Dios se puede hallar la *última explicacion de los sucesos*. Muy preocupado ha debido estar el Sr. Gaduel para decir que hablar de este modo es hacer á Dios *autor del pecado*. No olvidemos, sin embargo, que en el acto de pecar, solo el pecado mismo es ageno de Dios. Escuchemos tambien á Santo Tomás acerca de este punto.

«El acto del pecado es sér y es acto; bajo uno y otro aspecto, viene de Dios. »Todo sér, cualquiera que sea su modo de existir, derívase necesariamente del »sér primero, y todo sér tiene por causa un sér existente en acto, porque obrar »es sér en acto. Pero todo sér en acto se refiere al acto primero, es decir, á Dios, »causa que es acto por esencia; luego Dios es la causa de toda accion en cuanto »tal. Quien dice pecado, dice sér y acto con algun defecto. Este defecto viene de »la causa creada, es decir, del libre albedrío, en cuanto se aparta del órden del »primer agente, es decir, de Dios. Por lo cual, este defecto no debe ser atribuido »á Dios como á su causa, sino al libre albedrío. Expliquemos esto con un ejem»plo. Cuando un cojo anda, la fuerza motriz que es causa de todos sus movimien»tos, no es sin embargo la causa de la cojera: si anda, es por virtud de la causa »ó fuerza motriz; pero si cojea, es por la mala conformacion de sus piernas. De »la misma manera, Dios es causa del acto del pecado, pero no es causa del pe»cado, pues no es la causa de que el acto sea con algun defecto. (1.ª, 2.ª, q. »LXXIX, 2.)

res? ¿Por qué no negais ese sol que asoma por el oriente, y esos cielos tan hermosos y refulgentes y tendidos, y sus luminares eternos? ¿Por qué no negais esos mares bramadores, hermosísimos, turbulentísimos, y esa arena blanda, leve, en donde mueren humildes esos roncos bramidos, esas concertadas armonías y esas grandes turbulencias? ¿Por qué no negais esos campos tan llenos de frescura, y esos bosques tan llenos de silencio, de majestad y de sombras, y esas inmensas cataratas con sus inmensos vuelcos, y esos deslumbradores cristales de clarísimas fuentes? Y si no negais estas cosas, ¿cómo es tan grande vuestra locura, y vuestra inconsecuencia tan palpable, que negais como imposible, ó como difícil siquiera, la resurreccion de un hombre? Yo de mí sé decir que no niego mi fé sino al que afirma que habiendo abierto sus ojos exteriores para ver lo que le rodea, ó sus ojos interiores para ver lo que en sí pasa, ha visto fuera ó dentro de sí cosa que no sea milagro.

Síguese de lo dicho, que la distincion por una parte entre las cosas naturales y las sobrenaturales, y por otra entre los fenómenos ordinarios, así del órden natural como del sobrenatural, y los milagrosos, no lleva ni puede llevar consigo no sé qué rivalidad y antagonismo oculto entre lo que existe por la voluntad de Dios y lo que existe por naturaleza; como si Dios no fuera el autor, y el mantenedor, y el gobernador soberano de todo lo que existe.

Todas estas distinciones, sacadas de sus límites dogmáticos, han ido á parar, á lo que vemos, á la deificacion de la materia, y á la negacion absoluta, radical de la providencia y de la gracia.

Volviendo á anudar, para concluir, el hilo de este discurso, diré que la providencia viene á ser una gracia general, en virtud de la cual Dios mantiene en su sér, y gobierna segun su consejo todo lo que existe; así como la gracia viene á ser á manera de una providencia especial, con la que

Dios tiene cuidado del hombre. El dogma de la providencia y el de la gracia nos revelan la existencia de un mundo sobrenatural, en donde residen sustancialmente la razon y las causas de todo lo que vemos: sin la luz que viene de allí, todo es tinieblas; sin la explicacion que está allí, todo es inexplicable; sin esa explicacion y sin esa luz todo es fenomenal, efímero, contingente; todas las cosas son humo que se deshace, fantasmas que se desvanecen, sombras que se deslizan, sueños que pasan. Lo sobrenatural está sobre nosotros, fuera de nosotros, dentro de nosotros mismos. Lo sobrenatural circunda lo natural, y lo penetra por todos sus poros.

El conocimiento de lo sobrenatural es, pues, el fundamento de todas las ciencias, y señaladamente de las políticas y de las morales. En vano aspirareis á explicar al hombre sin la gracia, y á la sociedad sin la providencia: sin la providencia y sin la gracia, la sociedad y el hombre son para el género humano un arcano perpétuo. La importancia de esta demostracion y su trascendencia altísima se verá más adelante, cuando bosquejando el triste y lamentable cuadro de nuestros extravíos y de nuestros errores, se les vea brotar todos de la negacion del sobrenaturalismo católico, como de su propia fuente. Entre tanto conviene á mi propósito dejar consignado aquí que la accion sobrenatural y constante de Dios sobre la sociedad y sobre el hombre es el anchísimo y seguro fundamento en que se asienta todo el edificio de la doctrina católica; de tal manera, que, quitado ese fundamento, todo ese gran edificio en que se mueven anchamente las generaciones humanas, viene abajo á igualarse con la tierra.

CAPITULO VII.

QUE LA IGLESIA CATÓLICA HA TRIUNFADO DE LA SOCIEDAD, Á PESAR DE LOS MISMOS OBSTÁCULOS Y POR LOS MISMOS MEDIOS SOBRENATURALES QUE DIERON LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La Iglesia católica, considerada como institucion religiosa, ha ejercido la misma influencia en la sociedad que el Catolicismo, considerado como doctrina, en el mundo; la misma que nuestro Señor Jesucristo en el hombre. Consiste esto en que nuestro Señor Jesucristo, su doctrina y su Iglesia no son en realidad sino tres manifestaciones diferentes de una misma cosa; conviene á saber, de la accion divina obrando sobrenatural y simultáneamente en el hombre y en todas sus potencias, en la sociedad y en todas sus instituciones. Nuestro Señor Jesucristo, el Catolicismo y la Iglesia católica son la misma palabra, la palabra de Dios resonando perpétuamente en las alturas.

Esa palabra ha tenido que superar los mismos obstáculos y ha triunfado por los mismos medios en sus encarnaciones diferentes. Los profetas de Israel habian anunciado la

venida del Señor en la plenitud de los tiempos, habian escrito su vida, habian lamentado con tremendas lamentaciones sus tremendos infortunios, habian dicho sus dolores, habian descrito sus trabajos, habian contado una por una las gotas que componian el mar de sus lágrimas, habian visto sus congojas y vilipendios, habian levantado el acta de su pasion y de su muerte; á pesar de todo esto el pueblo de Israel no le conoció cuando vino, y cumplió todas las profecías olvidado de sus profetas. La vida del Señor fué santísima; su boca habia sido la única boca humana que se habia atrevido á pronunciar en presencia de los hombres estas palabras, insensatamente blasfemas ó inefablemente divinas: ¿Quién me argüirá de pecado? (1) Y á pesar de esas palabras que ningun hombre habia pronunciado antes, que no pronunciará despues ninguno, el mundo no le conoció, y le llenó de ignominias. Su doctrina era maravillosa y verdadera; y lo era tanto, que iba como perfumándolo todo con su extremada suavidad, y bañándolo todo con sus apacibles resplandores. Cada una de las palabras que caian blandamente de sus sacratísimos labios era una revelacion portentosa, cada revelacion una verdad sublime, cada verdad una esperanza ó un consuelo. Y á pesar de todo, el pueblo de Israel apartó la luz de sus ojos, y cerró su corazon á aquellas portentosas consolaciones y á aquellas sublimes esperanzas. Obró milagros nunca vistos de los hombres ni oidos de las gentes, y á pesar de esto se apartaron de él con horror, como si estuviera inficionado de la lepra, ó como si llevara en la frente una maldicion estampada por la cólera divina, las gentes y los hombres. Hasta uno de entre sus discípulos, á quien amó con amor, fué sordo al reclamo dulce de sus dulcísimos amores, y cayó en el abismo de la traicion desde la eminencia del apostolado.

---

(1) *Quis ex vobis arguet me de peccato?* (JOANN, VIII, 46.)

La Iglesia de Jesucristo venia anunciada por grandes profetas, y representada en símbolos ó figuras desde el principio de los tiempos. Su mismo divino fundador, al abrir sus zanjas inmortales, y al modelar en un molde maravilloso sus divinas jerarquías, puso ante los ojos de sus apóstoles su historia advenidera; allí anunció sus grandes tribulaciones, sus persecuciones sin ejemplo; vió pasar uno por uno y unos en pos de otros, en sangrienta procesion, sus confesores y sus mártires. Dijo cómo las potestades del mundo y del infierno ajustarian contra ella, en ódio á él, paces horribles y sacrílegas alianzas; y de qué manera triunfaria, por su gracia, de todas las potestades del mundo y del infierno. Tendió por toda la prolongacion de los tiempos su vista soberana, y anunció el fin de todas las cosas, y la inmortalidad de su Iglesia, trasformada en aquella Jerusalen celestial, vestida de luz y de piedras resplandecientes, llena de gloria y empapada en perfumes de suavísimas fragancias. A pesar de esto, el mundo, que la vió siempre perseguida y siempre triunfante, que ha podido contar y ha contado por sus tribulaciones sus victorias, la da perpétuamente nuevas victorias con sus nuevas tribulaciones, cumpliendo así ciegamente la grande profecía, al mismo tiempo que se olvida de lo profetizado y del profeta. La Iglesia es perfecta y santísima, así como su divino fundador fué perfecto y santísimo. Ella tambien, y solo ella pronuncia en presencia del mundo aquella palabra nunca oida: ¿Quién me argüirá de error? ¿Quién me argüirá de pecado?, y á pesar de esa extraña palabra que ella sola pronuncia, el mundo ni la desmiente ni la sigue sino con sus vituperios. Su doctrina es maravillosa y verdadera, porque es la enseñada por el gran maestro de toda verdad y el gran Hacedor de toda maravilla: y sin embargo el mundo cursa estudios en la cátedra del error, y pone un oido atento á la elocuencia vana de impúdicos sofistas y de oscuros histriones. Recibió de su divi-

no fundador la potestad de hacer milagros, y los hace, siendo ella misma un milagro perpétuo; y sin embargo, el mundo la llama vana supersticion y vergonzosa, y es dada en espectáculo á los hombres y á las gentes. Sus propios hijos, amados con tanto amor, ponen su mano sacrílega en el rostro de su tiernísima Madre, y abandonan el santo hogar que protegió su infancia, y buscan en nueva familia y en nuevo hogar no sé qué torpes delicias y qué impuros amores: y de esta manera va siguiendo el anunciado camino de su dolorosa pasion, no conocida del mundo y desconocida de los heresiarcas.

Y lo que hay aquí de singular y de maravilloso es que, imitando perfectamente á nuestro Señor Jesucristo, no padece tribulaciones á pesar de los prodigios que obra, de la vida que vive, de las verdades que enseña, y de los testimonios invencibles que acreditan la divinidad de su encargo; sino que, al revés, padece esas tribulaciones á causa de esos testimonios invencibles, de esas verdades que enseña, de esa vida santísima que vive, y de esos milagros que obra. Suprimid por un momento con la imaginacion esa vida, esas verdades, esos prodigios y esos invencibles testimonios, y habreis suprimido, de un solo golpe y de una vez, todas sus tribulaciones, todas sus lágrimas, todos sus infortunios y todos sus desamparos.

En las verdades que proclama está el misterio de su tribulacion; en la fuerza sobrenatural que la asiste está el misterio de su victoria; y esas dos cosas juntas explican á la vez sus victorias y sus tribulaciones.

La fuerza sobrenatural de la gracia se comunica perpétuamente á los fieles por el ministerio de los sacerdotes y por el canal de los sacramentos; y aquella fuerza sobrenatural, comunicada de esta manera á los fieles, miembros de la sociedad civil al mismo tiempo que de la Iglesia, es la que ha abierto el profundísimo abismo que hay, aun consideradas

bajo el punto de vista político y social, entre las sociedades antiguas y las sociedades católicas. Entre ellas, todo bien considerado, no hay otra diferencia sino la que resulta de estar las unas compuestas de católicos y las otras de paganos; de estar las unas compuestas de hombres movidos por sus instintos naturales, y las otras de hombres que, muertos más ó ménos completamente á su naturaleza propia, obedecen más ó ménos cumplidamente al impulso sobrenatural y divino de la gracia. Esto sirve para explicar la distancia que hay entre las instituciones políticas y sociales de las sociedades antiguas, y las que han brotado como de suyo y espontáneamente en las sociedades modernas; como quiera que las instituciones son la expresion social de las ideas comunes, las ideas comunes el resultado colectivo de las ideas individuales, las ideas individuales la forma intelectual de la manera de ser y de sentir del hombre; y que el hombre pagano y el hombre católico dejaron de ser y de sentir de la misma manera, siendo el uno el representante de la humanidad prevaricadora y desheredada, y el otro el representante de la humanidad redimida. Las instituciones antiguas y las modernas no son la expresion de dos sociedades diferentes, sino porque son la expresion de dos diferentes humanidades. Por eso cuando las sociedades católicas prevarican y caen, sucede que luego al punto el paganismo hace irrupcion en ellas, y que las ideas, las costumbres, las instituciones y las sociedades mismas tornan á ser paganas.

Si haceis abstraccion por un momento de esta fuerza sobrenatural, invisible, con que el Catolicismo ha ido trasformando todo lo que es visible y natural lenta y calladamente, por medio de una operacion misteriosa y secretísima, todo se oscurece á vuestros ojos; y lo natural y lo sobrenatural, lo visible y lo invisible, todo es tinieblas; todas vuestras explicaciones se convierten en hipótesis falsas, que nada explican, y que son además inexplicables.

No hay espectáculo más triste de ver que el que presenta el hombre de esclarecido ingenio cuando acomete la empresa imposible y absurda de explicar las cosas visibles por las visibles, las naturales por las naturales; lo cual, como quiera que todas las cosas visibles y naturales, en cuanto naturales y visibles, son una misma cosa, viene á ser tan absurdo como explicar un hecho por el mismo hecho, una cosa por la cosa misma. En este gravísimo error ha caido un hombre eminentísimo y de grandes excelencias, cuyos escritos es imposible leer sin un respeto profundo, cuyos discursos no se pueden oir sin grande admiracion, y cuyas prendas personales son superiores todavía á sus escritos, á sus discursos y á sus talentos. Mr. Guizot saca ventaja á todos los escritores contemporáneos en el arte de tender sobre las cuestiones más intrincadas una vista serena. Su mirada, generalmente hablando, es imparcial y segura. En la expresion es limpio, en el estilo sobrio, en los atavios del lenguaje severamente modesto; su elocuencia misma se sujeta á su razon: su elocuencia es alta, pero su razon altísima. Por elevada que una cuestion esté, cuando Mr. Guizot sale de su reposo y va hácia ella, va siempre como del monte al valle, nunca como del valle al monte. Cuando describe los fenómenos que ve, no parece que los describe, sino que los crea. Si entra en cuestiones de partido, tiene una complacencia refinada en señalar á cada uno la parte de error y la parte de verdad que le corresponde; y no parece que se la da porque le corresponde, sino que le corresponde porque él se la señala. Por lo general, siempre que discute, discute como si enseñara, y enseña como si estuviera naturalmente revestido, para enseñar, de un magisterio eminente. Si por acaso habla de la religion, su lenguaje es solemne, ceremonioso y austero; á serle esto posible, se ve bien que iria hasta los términos de la reverencia: la parte que la concede en la obra de la restauracion social, es grande, como conviene á

la persona que la da y á la institucion que la recibe; nadie sabrá decir si la considera como reina y señora de las otras instituciones; lo que puede afirmarse es que en todo caso es á sus ojos como una reina amnistiada, que áun en el dia de su gloria conserva señales de su pasada servidumbre.

La calidad eminente de Mr. Guizot está en ver bien todo lo que ve, y en ver todo lo visible, y en ver cada cosa de por sí y separadamente. La parte flaca de su entendimiento está en no ver de qué manera esas cosas visibles y separadas forman entre sí un conjunto jerárquico y armonioso, animado por una fuerza invisible. Se echa de ver más que en ninguna otra parte, así este gran defecto como aquella calidad eminente, en el libro que consagró á hacer una descripcion cumplida de la civilizacion europea. Mr. Guizot ha visto todo lo que hay en esa civilizacion tan compleja como fecunda; todo, ménos la civilizacion misma. El que busque los elementos múltiples y variados que la componen, búsquelos en su libro, que allí están; el que busque la poderosa unidad que la constituye, el principio de vida que circula libremente por los robustos miembros de ese cuerpo social sano y robusto, que busque todas esas cosas en otra parte, porque en su libro no se encuentran.

Mr. Guizot ha visto bien todos los elementos visibles de la civilizacion, y todo lo que en ellos hay de visible; y aquellos que no contienen en sí cosa que no caiga debajo de la jurisdiccion de los sentidos, han sido examinados por él cumplidamente. Habia uno, empero, visible é invisible á un tiempo mismo. Ese elemento era la Iglesia. La Iglesia obraba sobre la sociedad de una manera análoga á la de los otros elementos políticos y sociales, y además de una manera exclusivamente propia. Considerada como una institucion nacida del tiempo y localizada en el espacio, su influencia era visible y limitada, como la de las otras instituciones localizadas en el espacio, hijas del tiempo. Considerada como una

institucion divina, tenia en sí una inmensa fuerza sobrenatural, la cual, no sujetándose ni á las leyes del tiempo ni á las del espacio, obraba sobre todo, y en todas partes á la vez, callada, secretísima y sobrenaturalmente. Hasta tal punto es esto verdad, que en la crítica confusion de todos los elementos sociales la Iglesia dió algo á todos los demás de exclusivamente suyo, mientras que solo ella impenetrable á la confusion, conservó siempre su identidad absoluta. Al ponerse en contacto con ella la sociedad romana, sin dejar de ser romana como antes, fué algo que antes no habia sido: fué católica. Los pueblos germánicos, sin dejar de ser germánicos como antes, fueron algo que antes no habian sido: fueron católicos. Las instituciones políticas y sociales, sin perder la naturaleza que les era propia, tomaron una naturaleza que les era extraña: la naturaleza católica. Y el Catolicismo no era una vana forma, porque no dió á ninguna institucion forma ninguna: era por el contrario algo de íntimo y de esencial, y por esto las dió á todas algo de profundo y de íntimo. El Catolicismo dejaba las formas, y mudaba las esencias; y al mismo tiempo que dejaba en pié todas las formas y mudaba todas las esencias, conservaba íntegra su esencia, y recibia de la sociedad todas las formas. La Iglesia fué feudal, como el feudalismo fué católico. Pero la Iglesia no recibia el equivalente de lo que daba, como quiera que recibia algo que era puramente exterior y que habia de pasar como un accidente, mientras que daba algo de interior y de íntimo, que habia de permanecer como una esencia.

Resulta de aquí que en el acerbo comun de la civilizacion europea, que como todas las otras civilizaciones y más que las otras civilizaciones, es unidad y variedad á un tiempo mismo, todos los otros elementos combinados y juntos la dieron lo que tiene de varia, mientras que la Iglesia por sí sola la dió lo que tiene de una; y dándola lo que tiene de

una, la dió lo que tiene de esencial, la dió aquello de donde se toma lo que hay de más esencial en una institucion: que es su nombre. La civilizacion europea no se llamó germánica, ni romana, ni absolutista, ni feudal: se llamó y se llama la civilizacion católica.

El Catolicismo no es pues solamente, como Mr. Guizot supone, uno de los varios elementos que entraron en la composicion de aquella civilizacion admirable: es más que eso, aún mucho más que eso, es esa civilizacion misma. ¡Cosa singular! Mr. Guizot ve todo lo que ocupa un instante en el tiempo y un lugar circunscripto en el espacio, y no ve aquello que desborda los espacios y los tiempos; ve lo que está allí y lo que está más allá, y no ve lo que está en todas partes; en un cuerpo organizado y viviente no ve la vida que está en los miembros, y ve los miembros que le componen.

Haced por un momento abstraccion de la virtud divina, de la fuerza sobrenatural que está en la Iglesia, considerada como una institucion humana que se dilata y extiende por medios puramente humanos y naturales, y Mr. Guizot tiene razon contra vosotros; la influencia de su doctrina no puede salvar los límites naturales que la asigna con su razon soberana; la dificultad empero quedará en pié, porque es un hecho evidente que los ha salvado. Entre la historia que dice que los ha salvado, y la razon que enseña que no los pudo salvar, hay una contradiccion evidente; contradiccion que es necesario resolver en una fórmula superior y en una conciliacion suprema, que ponga de acuerdo los hechos con los principios y la razon con la historia. Esa fórmula ha de estar fuera de la historia y fuera de la razon, fuera de lo natural y fuera de lo visible; y está en lo que hay de invisible, de sobrenatural, de divino en la santa Iglesia católica. Ese algo divino, sobrenatural é impalpable es lo que la ha sujetado el mundo, lo que ha derribado á sus piés los

obstáculos más invencibles, lo que la ha avasallado las inteligencias rebeldes y los corazones soberbios, lo que la ha levantado sobre las vicisitudes humanas, lo que ha asegurado su imperio sobre las tribus de las gentes.

Ninguno que no tenga en cuenta su virtud sobrenatural y divina, comprenderá jamás su influencia, ni sus victorias, ni sus tribulaciones; así como ninguno que no lo comprenda, comprenderá jamás lo que hay de íntimo, de esencial y de profundo en la civilizacion europea.

LIBRO SEGUNDO

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVOS AL ORDEN GENERAL.

CAPITULO PRIMERO (1).

DEL LIBRE ALBEDRÍO DEL HOMBRE.

Fuera de la accion de Dios, no hay más que la accion del hombre; fuera de la Providencia divina, no hay más que la libertad humana. La combinacion de esta libertad con aquella Providencia constituye la trama variada y rica de la historia.

---

(1) La doctrina expuesta en este capítulo es la de Santo Tomás. Citemos algunos pasajes de la *Suma*: «Tenemos libre albedrío con relacion á las cosas que »no queremos por necesidad ó instinto de la naturaleza; pues no nace, por ejem»plo, el deseo de la felicidad del libre albedrío, sino del instinto natural. Por esto »los actos de los animales que obran impulsados por el instinto, no pueden ser »considerados como procedentes del libre albedrío. Dios quiere necesariamente su »bondad *(suam bonitatem*, es decir, la excelencia, la perfeccion de su sér), pero

El libre albedrío del hombre es la obra maestra de la creacion, y el más portentoso, si fuera lícito hablar así, de los portentos divinos. A él se ordenan todas las cosas invariablemente, de tal manera, que la creacion seria inexplicable

---

»no quiere necesariamente las demás cosas, y cuanto á estas últimas que no »quiere necesariamente, tiene libre albedrío.

»No es el libre albedrío, pura y simplemente considerado, el que excluye de »Dios San Jerónimo, sino la libertad de determinarse al pecado y al mal.

»El mal y el pecado son contrarios á la bondad (perfeccion) divina, por la cual »quiere Dios todas las cosas. Es pues manifiestamente imposible que Dios quiera »el mal ó el pecado; y sin embargo, entre dos cosas contrarias, no se determina »necesariamente por una ú otra, sino que puede libremente elegir entre ambas y »querer que una cosa sea ó no sea, así como nosotros mismos podemos, sin pe»car, sentarnos, por ejemplo, ó no sentarnos.» (1. q. XIX, 10.)

«Hay séres cuyos actos no suponen ningun juicio, como sucede en la piedra »que cae, y en los séres irracionales; otros hay, cuyos actos suponen un juicio, »pero que no es libre; así cuando la oveja viendo al lobo, juzga que debe huir, »este juicio no es libre y no procede de una apreciacion razonada de las cosas, »sino del instinto natural. Lo mismo se diga acerca de todos los juicios de las »bestias. Tambien el hombre obra en virtud de sus juicios, y por su facultad de »conocer, vé que debe proseguir ó evitar tal cosa; pero este juicio no proviene »en él de un instinto natural, sino de una apreciacion razonada. Por esto es li»bre, y por esto puede obrar en contrarios sentidos. En efecto, la razon puede, »en lo que es contingente, elegir entre cosas contrarias, segun lo prueban los si»logismos que la dialéctica estudia, y los medios de persuasion que la retórica »prescribe. Es así que nuestras acciones particulares caen bajo el dominio de lo »contingente, y por esto es libre cuanto á ellas el juicio de la razon, sin que haya »nada que necesariamente le incline á ninguna de ellas; luego es del todo eviden»te que el hombre goza de libre albedrío, por lo mismo que está dotado de ra»zon.» (1. q. LXXXIII. 1.)

«Conocer (*intelligere*) supone la simple vista de una cosa; por esto se aplica »con propiedad este término á los principios conocidos de por sí, y sin que sea »menester referirlos á otros; mientras que razonar (*ratiocinari*) supone que de lo »conocido se deduce lo desconocido; y por esto se aplica propiamente este térmi»no á las conclusiones que conocemos por los principios. Así tambien querer »(*velle*) supone el simple deseo (*appetitum*) de una cosa; por esto la palabra volun»tad (*voluntas*) se usa con propiedad cuando se aplica al fin que es deseado por »sí mismo; pero elegir (*eligere*) supone que se toma una cosa para obtener otra »con ella, y por esto entonces se emplea con propiedad esta palabra cuando se

sin el hombre, y el hombre seria inexplicable no siendo libre. Su libertad es á un tiempo mismo su explicacion y la explicacion de todas las cosas. ¿Quién explicará empero esa li-

---

»trata de medios que conducen al fin deseado. La misma relacion que hay en la »operacion de la inteligencia entre el principio y la conclusion á que asentimos »por causa de los principios, la misma existe en las operaciones de la voluntad »entre el fin y los medios que á él conducen; pues los medios los tomamos para »llegar al fin. Es pues manifiesto que la voluntad es á la facultad de escoger ó sea »al libre albedrío, lo que la inteligencia á la razon. Es así que ya está demostra»do que conocer y razonar vienen de la misma potencia, como descansar, por »ejemplo, y moverse provienen de la misma facultad; luego de la misma poten»cia vienen tambien el querer y elegir. La voluntad, pues, y el libre albedrío no »son dos potencias distintas, sino una sola. La eleccion y la voluntad, entendiendo »por ésta el mismo querer, son dos actos diferentes, pero que nacen de la mis»ma potencia, como conocer y razonar, segun queda demostrado.» (Ibid., a. 4.)

Así pues, Santo Tomás enseña: 1.°, que Dios tiene libre albedrío, el cual no consiste en poder elegir el bien ó el mal, porque Dios no puede querer lo malo; 2.°, que todo sér dotado de razon, tiene libre albedrío: *Necesse est quod homo sit liberi arbitrii ex hoc ipso quod rationalis est*; 3.°, que el libre albedrío no es potencia distinta de la voluntad; como raciocinar no se distingue de la inteligencia; la voluntad se determina libremente, así como la inteligencia raciocina.

Estos tres puntos, tan claramente expuestos por el Doctor Angélico, son los que trata de dilucidar el Sr. Donoso; el Sr. Gaduel le opone la autoridad de Billuart, el cual sigue bastante de cerca á Santo Tomás para no profesar otra doctrina. En la disertacion á que el Sr. Gaduel alude, leemos:

«El libre albedrío es más perfecto en Dios, en Cristo y en los ángeles que son »impecables, que en nosotros que podemos pecar. Es pues evidente que el po»der pecar, lejos de ser de esencia de la libertad, es en ella una imperfec»cion: *Et hinc jam patet potentiam peccandi, non esse de essentia libertatis, sed »esse ejus nævum. (Tractatus de actibus humanis, dissertatio II, de voluntario »libero, seu de libertate creata.* §. IV.) El libre albedrío procede de la razon *ori»ginative et regulative*, porque la razon es su raíz y su regla; pero procede formal»mente de la voluntad, pues sólo esta elige, y la eleccion es acto de libre albedrío. »El libre albedrío, en realidad, y como entidad, es la voluntad misma, porque »elegir, que es acto del libre albedrío, es querer una cosa con preferencia á otra, »lo cual es acto de la voluntad. Se le distingue, sin embargo, de la voluntad en »cuanto voluntad *ratione ratiocinata*, porque la voluntad como tal, se extiende á »más que como voluntad libre. Nuestro querer, en efecto, se extiende á los me»dios y al fin, á las cosas que necesariamente queremos y á las que libremente

bertad altísima, inviolable, santa (1), tan santa, tan altísima y tan inviolable, que el mismo que se la dió no se la puede quitar (2), y con la cual puede resistir y vencer al mismo que se la dió, con una resistencia invencible y con una tremenda victoria? ¿Quién explicará de qué manera, con esa victoria del hombre sobre Dios, queda Dios vencedor y el hombre queda vencido, y esto siendo la victoria del hombre una verdadera victoria, y el vencimiento de Dios un vencimiento verdadero? (3) ¿Qué victoria es esa, seguida necesaria-

---

»deseamos. Es así que la eleccion se extiende á los medios y no al fin, á las cosas »que queremos libremente, pero no á las que deseamos por necesidad; luego el li»bre albedrío es la misma voluntad, aunque no en toda su extension: *Est qui»dam ipsa voluntas sed inadeequate sumpta.*» (*Ibid.*)

(1) Santa, considerada en sí misma; es decir, como don, como facultad. *

(2) Sin destruir la misma esencia del hombre. *

(3) El Sr. Gaduel hace sobre este pasaje su ordinaria exclamacion: «¡Qué lenguaje!» y añade: (*Ami de la Religion* 6 de Enero 1853); «En cuanto á eso de la »libertad *con la cual puede el hombre resistir á Dios con una resistencia invenci»ble*, es un error.» Por desgracia es un hecho; cada dia sucede que el pecado resiste invenciblemente á Dios. Si no tuviera el hombre esta espantosa potencia, no habria infierno para él; pues no se condena sino cuando opone á la gracia una resistencia invencible. «Mas aún despues del don de la libertad y sin perjuicio »de este don, añade el Sr. Gaduel, Dios puede vencer por su gracia y su bondad »infinita la voluntad rebelde del hombre: lo puede y lo hace á menudo por medio de »gracias de un órden tan elevado, que el hombre, libre de resistirlas, no las resiste »de hecho, y así queda Dios infaliblemente triunfante, segun decia despues de ver »en sí una dichosa experiencia el Doctor de la gracia San Agustin: *De ipsis »hominum voluntatibus, quod vult, cum vult, facit Deus, sine dubio habens hu»manorum cordium quo placet inclinandorum omnipotentissimam facultatem.*» (*De Correptione et Gratia*, cap. XIV, n. 45.—¿Dónde ha visto el Sr. Gaduel que el Sr. Donoso niegue esta verdad?—*Dios puede vencer por su gracia*, esto es cierto; y cuando quiere, puede emplear tales gracias que áun la voluntad más rebelde no pueda resistirlas, ¿quién lo duda? Mas fuera de que estas son gracias extraordinarias, y no puede por tanto aducirse lo que es excepcion como prueba de la regla general, tambien es cierto que la gracia concedida por Dios á cada hombre es de suyo suficiente para obtener la salvacion. Luego si el hombre se pierde, él es quien tiene la culpa de oponer á la gracia una resistencia cuya malicia la hace inútil. Este y no otro, es pues el sentido de la frase que el Sr. Gaduel censura.

mente de la muerte del vencedor? Y ¿qué vencimiento es aquel que va á parar á la glorificacion del vencido? ¿Qué significa el paraiso, galardon de mi vencimiento, y el infierno, pena de mi victoria? Si en mi vencimiento está mi galardon, ¿por qué desecho naturalmente lo que me salva? Y si mi condenacion está en mi victoria, ¿por qué apetezco naturalmente aquello mismo que me condena?

Cuestiones son estas que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes doctores, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen fuerza para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fácil y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas. Hoy dia parece inexcusable locura tantear humildemente y ayudados con su gracia los altos designios de Dios en sus profundos misterios; como si el hombre pudiera saber alguna cosa sin entender algo de esos misterios profundos y de esos altos designios. Todas las grandes cuestiones sobre Dios parecen hoy estériles y ociosas; como si, siendo Dios inteligencia y verdad, fuera posible ocuparse de Dios sin ganar en verdad y en inteligencia.

Viniendo á la tremenda cuestion que es asunto de este capítulo, y que procuraré encerrar en los límites más estrechos, diré que la nocion que se tiene generalmente del libre albedrío es de todo punto falsa (1). El libre albedrío no con-

---

(1) «¿Cómo es eso de *generalmente* y de *todo punto falsa*? exclama el Sr. Gaduel. »Yo me creo con derecho para afirmar todo lo contrario; y pienso que es exacta »y muy exacta la nocion del libre albedrío, tal como la enseñan todos los auto»res elementales de teología, y como la tiene aprendida el clero; y por consiguien»te que tambien es exacta la que tienen los fieles, que del clero reciben su educa»cion religiosa. Por otra parte, los numerosos errores que en todos tiempos y más »particularmente hoy se han propalado contra esta facultad principalísima de la »vida humana, cuya nocion se enlaza por tantos puntos con el dogma católico, »han proporcionado á la Iglesia bastantes ocasiones para fijar completamente su »sentido; y debiera, por tanto, haber algun más miramiento antes de acusar de

siste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habian de seguirse de ello forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hombre y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa al hombre consiste en que sería ménos libre cuanto fuera más perfecto, como quiera que no puede crecer en perfeccion sin sujetarse al imperio de lo que le solicita al bien, y no puede sujetarse al imperio del bien sin sustraerse al imperio del mal, sustrayéndose del uno en el mismo grado en que se sujeta al otro; lo cual, alterando más ó ménos, segun el grado de su perfec-

---

»error y de error absoluto la opinion comunmente recibida respecto á un punto »tan capital, tan esencial, tan decisivo, como que domina toda la moral natural y »cristiana.» (*Ami de la Religion*, 6 de Enero de 1853.)

Esto sí que se llama antojársele á uno los dedos huéspedes.—Veamos cómo responde la *Civiltá Cattolica* (núm. del 16 de Abril de 1853):

«El Sr. Donoso en todo este libro no se propone combatir á las escuelas católicas, sino á los liberales y socialistas, ninguno de los cuales seguramente sospechará que en estas materias tiene ideas singularmente equivocadas. ¿Qué más? »Pocas líneas antes de entrar en materia, lo primero que protesta el Sr. Donoso »es que sigue á los maestros católicos tan ignorados ó tan olvidados por sus adversarios: Cuestiones, dice, son estas que ocuparon todos los entendimientos en »los siglos de los grandes doctores, y que miran hoy con desden los petulantes »sofistas que no tienen fuerza para levantar del suelo las formidables armas que »esgrimieron fácil y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas;—verdad, que el Sr. Donoso pone todavía más de manifiesto al combatir, en »pos de este error, aquel otro consistente en la manera con que algunos confunden la nocion de la libertad con la de una independencia absoluta: confusion »que por cierto no existe en el campo de las escuelas ortodoxas, siendo por consiguiente necesario si se ha de obrar de buena fé, examinar la clase de adversarios contra quienes argumenta el Sr. Donoso. Añádase á esto que no andaria »seguramente muy errado el que afirmase que son muy raros los católicos »no eruditos en escolástica, que no consideren tambien como esencial de la libertad la facultad de escoger entre el bien y el mal, confundiendo de este modo »un hecho universal del hombre durante la vida terrena con los requisitos esenciales de una perfeccion que conviene á todos los séres inteligentes.»

cion, el equilibrio entre esas dos solicitaciones contrarias, viene á disminuir su libertad, es decir, su facultad de escoger, en el mismo grado en que se altera ese equilibrio. Consistiendo la suma perfeccion en el aniquilamiento de una de esas dos contrarias solicitaciones, y suponiendo la libertad perfecta la facultad entera de escoger entre esas solicitaciones contrarias, es claro que entre la perfeccion y la libertad del hombre hay contradiccion patente, incompatibilidad absoluta. Lo absurdo de esta consecuencia está en que, siendo el hombre libre y debiendo ser perfecto, no puede conservar su libertad sino renunciando á su perfeccion, ni puede ser perfecto sin renunciar á ser libre.

La consecuencia relativa á Dios consiste en que, no habiendo en Dios solicitaciones contrarias, carece de todo punto de libertad, si la libertad consiste en la facultad entera de escoger entre contrarias solicitaciones. Para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado. Entre la naturaleza de Dios y la de la libertad así definida hay, pues, contradiccion radical, incompatibilidad absoluta. Y como quiera que sea absurdo suponer, por una parte, que Dios no puede ser libre siendo Dios, y que no puede ser Dios siendo libre; y por otra, que el hombre no puede alcanzar su perfeccion sin renunciar á su libertad, ni ser libre sin renunciar á ser perfecto, síguese de aquí que la nocion de la libertad que vamos explicando es de todo punto falsa, contradictoria y absurda.

El error que voy combatiendo consiste en suponer que la libertad está en la facultad de escoger (1), cuando no está sino

---

(1) De todo lo que precede y de todo lo que sigue, resulta manifiestamente, segun lo nota la *Civiltá Cattolica*, que el Sr. Donoso no habla aquí de la *facultad de escoger en general*, sino de la facultad de escoger entre *solicitaciones contrarias, como el bien y el mal, la santidad y el pecado*. Más arriba decia: *Roto el equilibrio entre estas solicitaciones contrarias, la libertad del hombre, su* FACULTAD DE ESCO-

en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender. Todo sér dotado de entendimiento y de voluntad es libre; y su libertad no es una cosa distinta de su voluntad y de su entendimiento; es su mismo entendimiento y su misma voluntad juntos en uno. Cuando se afirma de un sér que tiene entendimiento y voluntad, y de otro que es libre, se afirma de ambos una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes (1).

GER (*si el libre albedrío consiste en esta facultad) disminuirá en la misma proporcion*; más abajo dice: «*La imperfeccion de la libertad en el hombre consiste en el poder que tiene de abrazar el mal y el error; en otros términos: la imperfeccion de la libertad humana consiste precisamente en la* FACULTAD DE ESCOGER *que segun la opinion vulgar constituye su perfeccion absoluta.* Por lo demás, todos sus argumentos versan sobre la incompatibilidad del mal con la perfeccion del sér inteligente, y no tienen sentido si se considera que habla de la facultad de escoger entre cosas en que no hay ni mal, ni error. No se comprende, pues, cómo se pueda errar acerca del pensamiento del Sr. Donoso, y no entender que cuando, por abreviar, dice la *facultad de escoger*, se sobreentiende la frase que tantas veces repite, esto es, *entre el bien y el mal.*

(1) «Si la libertad, dice el Sr. Gaduel (*Ami de la Religion*, 6 de Enero de 1853), »no consiste en la *facultad de escoger* entre las diferentes cosas que pueden solicitar la voluntad, sino únicamente en la simple *facultad de querer*, áun supuesto que no se pueda escoger; si la libertad no es una potencia de eleccion y de »determinacion, distinta de la simple voluntad, sino que es la voluntad misma y »sola, la voluntad sin la opcion libre, es claro entonces que la libertad, el mérito y el demérito subsisten y se concilian fácilmente con la pretensa gracia »necesitante de Lutero, de Calvino, de Bayo y de Jansenio; puesto que la gracia »necesitante de estos herejes no impide la voluntad, sino antes bien la produce, »dado que el carácter de la gracia necesitante consiste ó más bien consistiria en »hacer querer necesariamente.»

La libertad no consiste en la *facultad de escoger entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre Dios y el diablo*, como quieren los sofistas modernos; pero esto no impide que consista en la *facultad de escoger entre cosas diferentes que se pueden querer* sin caer en error ni en el mal; sólo que esta facultad no es otra sino la misma de querer; ¿pues cómo se podria escoger sin querer? La libertad, pues, no es una *potencia distinta de la simple voluntad*, sino que precisamente por ser ella *la misma voluntad*, es una *potencia de eleccion y de determinacion*, en cuanto la voluntad tiene por su naturaleza *la opcion libre* en el

Si la libertad consiste en la facultad de entender y de querer, la libertad perfecta consistirá en entender y querer perfectamente; y como solo Dios entiende y quiere con toda perfeccion, se sigue de aquí, por una ilacion forzosa, que solo Dios es perfectamente libre.

órden de cosas contingentes, atendido que en este órden de cosas no se determina sino guiada por el juicio del entendimiento, el cual no se determina necesariamente en este órden, ni á una cosa ni á otra. No se concibe, pues, cómo pudiera subsistir la libertad y conciliarse con la *gracia necesitante de Lutero, de Calvino, de Bayo* y *de Jansenio*, que priva á la voluntad de la opcion libre, y destruye en ella toda potencia de eleccion y de determinacion.

El Sr. Gaduel supone que el libre albedrío y la voluntad son dos facultades ó potencias del alma, que solo la primera es libre, la segunda siempre necesitada. El Sr. Donoso, por el contrario, sostiene que el libre albedrío y la voluntad son una sola y misma potencia, que se determina necesariamente en órden á las cosas que quiere por instinto ó necesidad de la naturaleza, y libremente en el órden de todas las demás. Por la primera nota de este capítulo se ve cuál es, sobre esto, la doctrina de Santo Tomás y de los teólogos, que es de sentido comun, pues no se puede concebir esta nueva facultad que el Sr. Gaduel imagina, la cual elige, decide, en una palabra, quiere, y sin embargo no es la voluntad.

El Sr. Gaduel supone en segundo lugar, que cuando el Sr. Donoso dice que la *libertad no consiste en la facultad de escoger*, habla de la facultad de escoger en general. En la nota anterior queda demostrado que la interpretacion que el Sr. Gaduel quiere dar á la frase que cita del Sr. Donoso, está desmentida tanto por lo que la antecede, como por lo que la sigue. Los lectores hubieran conocido esto mismo, si el Sr. Gaduel no les hubiera presentado la frase aislada del contexto que determinaba su sentido. El Sr. Donoso no habla sino de la *facultad de escoger entre el bien y el mal*, y prueba, segun Santo Tomás y toda la teología, que la libertad no puede consistir en esta facultad, la cual, no siendo de esencia de la libertad, no debe por consiguiente entrar en su definicion.

Supone en tercer lugar el Sr. Gaduel que el Sr. Donoso profesa la absurda opinion de que la voluntad es *libre* áun cuando está *necesitada*. El lector mismo puede ver si por las expresiones del autor puede una crítica sincera imputarle error tan grosero. «*Todo sér dotado de entendimiento* y *voluntad*, dice el señor »Donoso, *es libre*; y su *libertad no es una cosa distinta de su voluntad y de su »entendimiento; es su mismo entendimiento y su misma voluntad juntos en uno.*» Billuart afirma que esta es la opinion del Doctor Angélico: «*Definit libertatem »arbitrii quod sit facultas voluntatis et rationis. Est rationis originative et regu»lative... est autem formaliter voluntatis... liberum arbitrium igitur est ipsa vo-*

Si la libertad está en entender y en querer, el hombre es libre, porque está dotado de voluntad y de inteligencia; pero no es perfectamente libre, como quiera que no está dotado de un entendimiento infinito y perfecto, y de una voluntad perfecta é infinita.

»*luntas realiter et entitative*, etc... (*De actibus humanis*, dissert, 2, art. I, §. 4); y al mismo Billuart cita el Sr. Gaduel como autoridad en contra de esta doctrina. «Hé aquí ahora, dice, cómo se expresa, tocante á esta peligrosa y falsa opinion, uno »de los comentadores de Santo Tomás, el acreditado teólogo Billuart, del órden »de Santo Domingo, en el cual fué tres veces honrado con el cargo de provin»cial.—No puede negarse, dice, que esta manera de pensar acerca de la libertad »es muy favorable á los errores condenados en Jansenio; porque una vez admi»tida, se hace facilísimo conciliar el libre albedrío con la delectacion necesitante »de los jansenistas; y acaso no ha sido inventada con otra mira, puesto que des»de el momento de ser aceptada, ni á Jansenio, ni á Lutero, ni á Calvino se les »puede acusar de que pretenden destruir la libertad humana: mientras que, por »el contrario, una vez demostrada la falsedad de aquella opinion, es facilísimo »comprobar sólidamente las aserciones de la fé, destruyendo por su base en con»secuencia los errores de Jansenio. *Por esta razon, me creo obligado á exami»narla á fondo y á combatirla con todas mis fuerzas.*» (*Billuart. De actibus hu»manis, disert, de libertate*, art. 4). En seguida viene una sólida y ámplia refu»cion de aquella opinion falsa, con las pruebas de la tésis contraria, que por »cierto califica Billuart de comunes en teología.»

Parece extraño que Billuart se contradijera de una manera tan formal y combatiese *con todas sus fuerzas* una doctrina que atribuye á su maestro Santo Tomás, y que él mismo enseña expresamente; vamos, pues, á citar las líneas de aquel autor que siguen á las citadas más arriba. «Aunque sea cierto por la fé que en el estado »de la naturaleza corrompida, goza el hombre de libertad exenta de necesidad »(*libertate a necessitate seu libertate indefferentiae*) y que esta libertad se requiere »en dicho estado para merecer ó desmerecer; hay sin embargo doctores católi»cos que sostienen con Jansenio que esta indiferencia ó libertad *a necessitate* no »pertenece á la esencia del libre albedrío, sino al estado en que éste se halla en »el hombre mortal. Dicen que la libertad esencial al libre albedrío, y lo que le »pertenece en todo estado, es la llamada *libertas a coactione*, ó sea la espontanei»dad unida á un perfecto conocimiento, de suerte que, segun ellos, libremente, »es decir, con toda la libertad propia del libre albedrío se ama á Dios á sí mismo »y produce al Espíritu Santo; libremente aman á Dios los bienaventurados, y »libremente aman los mortales su bien en general. No falta quien mira esta cues»tion como ociosa y como una mera cuestion de palabras. Que se llame esta li-

La imperfeccion de su entendimiento está, por una parte, en que no entiende cuanto hay que entender; y por otra, en que está sujeto al error. La imperfeccion de su voluntad está, por una parte, en que no quiere cuanto se debe que-

---

»bertad esencial, dicen, ó libertad simplemente, poco importa, si respetando los »dogmas de fé, se tiene como incuestionable que el hombre posee aquí bajo una »libertad que le es necesaria en el estado presente para merecer ó desmerecer. »Así dicen ellos, pero no se puede negar que este modo de pensar, etcétera.»

Tal es la opinion de que habla Billuart. El Sr. Gaduel, que no la dá á conocer de ninguna manera, afirma que Billuart habla de la opinion expresada por el Sr. Donoso, y esto porque el Sr. Donoso dice con Billuart que el libre albedrío es la voluntad misma y que la libertad no consiste en poder pecar, ni en poder escoger entre lo bueno y lo malo.

Verdad es que el Sr. Donoso nada dice de la opinion citada, ¿pero puede bastar esto para que se le atribuya? Tambien es verdad que habla de la *voluntad* en términos generales, sin hacer notar que no es *libre* en los actos que son *necesitados;* ¿pero podia, en verdad, creer necesaria tal observacion? ¿Quién piensa hoy en reunir dos términos tan contradictorios como lo son *necesidad* y *libertad*? Fuera de esto, la palabra voluntad, en su significacion propia y ordinaria, implica actos *libres*, pues de los que son *necesitados*, aunque voluntarios, mejor se dice que vienen de la naturaleza. Acerca de esto, oigamos á Santo Tomás:

«La naturaleza y la voluntad se ordenan de tal modo, que la voluntad misma »es como una naturaleza; pues cuanto está en las cosas, se dice ser de su naturale»za. Por lo cual es menester hallar en la voluntad, á más de lo que es de ella, lo »que es de la naturaleza. Siendo, pues, propio de toda naturaleza creada, estar »ordenada por Dios para el bien y desearlo naturalmente; luego hay en la volun»tad un deseo natural del bien que la conviene. Pero ella puede además desear »otra cosa en virtud de su propia determinacion, y no como consecuencia de »ninguna necesidad de la naturaleza: esto es lo que la corresponde en cuanto es »voluntad. *Quod ei competit in quamtum voluntas est.* (Q. 22 de *Veritate*, a 50.)

»La voluntad, en cuanto es pertenencia de un sér dotado de razon, puede de»terminarse libremente entre cosas opuestas; considerarla así es considerarla se»gun lo que le es propio; pero en cuanto es una naturaleza, nada impide que »sea determinada necesariamente: *Nihil prohibet eam determinari ad unum. (Ibid.* ad, 5.)

»La naturaleza y la voluntad se diferencian en que la naturaleza no puede »hacer sino lo que hace, mientras la voluntad puede obrar de otro modo. La ra»zon es que el efecto es segun la forma por la cual obra el agente. Claro es que »cada cosa tiene una sola forma natural, aquella por la cual tiene el sér; por esto

rer, y por otra, en que puede ser solicitada y vencida por el mal. De donde se sigue que la imperfeccion de su libertad consiste en la facultad que tiene de seguir el mal y de abrazar el error; es decir, que la imperfeccion de la libertad hu-

---

»ella obra segun lo que es. Pero la voluntad, lejos de tener una sola forma, tiene »tantas como ideas el entendimiento, por lo cual lo que la voluntad hace, no es »tal como el que lo hace, sino tal como él entiende y quiere que sea. Luego la »voluntad es el principio de las cosas que pueden ser de un modo ó de otro; así »como la naturaleza es el principio de las cosas que no pueden ser sino como son.» (I. Q. 41.) En otros términos, los actos libres son de la voluntad, los necesitados son de la naturaleza.

En el mismo sentido dice el Sr. Donoso, usando el lenguaje de Santo Tomás, que la voluntad y el libre albedrío son una misma cosa; y hé aquí por qué el señor Gaduel suponiendo que por *voluntad* entiende el autor la *naturaleza*, le hace decir que la *libertad* es la *misma naturaleza*; que los actos que son *necesarios por la naturaleza*, son actos *libres*, y le pregunta si su definicion de la libertad no se acerca «en sus mismos términos» á esta proposicion de Bayo: «*Quod voluntarie fit, etsi necessitate fiat, libere fit*,» etc., y «en sus consecuencias» á esta de Jansenio; «*Ad merendum vel demerendum, in statu naturæ lapsæ, non requiritur in homine libertas a necessitate, sed sufficit immunitas a coactione.*»

Resumamos esta discusion:—La voluntad ejerce su accion en tres órdenes diversos: 1.°, el órden de cosas que ella quiere necesariamente: así Dios se ama necesariamente, y quiere necesariamente su gloria; así el hombre quiere necesariamente ser dichoso, etc.; 2.°, el órden de cosas que penden de su propia determinacion, que puede querer ó no querer sin separarse de su fin último; así puede Dios crear ó no crear, crear tal mundo ó tal otro, llamar ó no al hombre al estado sobrenatural, etc., etc.; así el hombre puede querer tal ó cual bien, etc.; 3.°, el órden de cosas que separan al sér de su fin, como todo lo que es error, mal y pecado.

En el primer órden, la voluntad no es libre, pues está determinada por la naturaleza, á querer lo que quiere. De los actos de este órden no trata aquí para nada el Sr. Donoso, pues los errores que este escritor se propone impugnar, son los contrarios á los de Lutero, Calvino, Jansenio y Bayo, relativos á esta materia; pero por otra parte, estos actos proceden, segun Santo Tomás, de la *voluntad como naturaleza*, y no de la voluntad propiamente dicha, ó sea la *voluntad como voluntad*.

En el segundo órden la voluntad es libre, pues libremente se determina de sí y por sí, segun el libre juicio de la razon; y esta libertad, llamada por los teólogos *libertas contradictionis*, es inherente á todo sér dotado de *entendimiento* y

mana consiste cabalmente en aquella facultad de escoger, en que consiste, segun la opinion vulgar, su perfeccion absoluta (1).

Cuando el hombre salió de las manos de Dios, entendia

---

voluntad; es además, segun Billuart, la voluntad misma, *est ipsa voluntas*. El Sr. Donoso no ha dicho nada más.

En el tercer órden, la voluntad solamente es libre en los séres racionales que, hallándose en un estado de imperfeccion y de prueba, pueden apartarse de su fin, queriendo el mal, el error y el pecado; esta libertad, llamada de contrariedad, *libertas contrarietatis*, no es la libertad verdadera, la libertad que es atributo de todo sér inteligente, pues no la tienen los bienaventurados, ni los ángeles, ni Dios. «Así como es perfeccion de la inteligencia, dice Santo Tomás, deducir de »los principios una vez conocidos multitud de diversas consecuencias; así lo es »tambien en el libre albedrío poder escoger entre los diversos medios que le con»ducen á su fin último. De la propia manera, así como es imperfeccion de la in»teligencia deducir de principios verdaderos consecuencias falsas, así lo es tam»bien en el libre albedrío poder usar de medios contrarios á su fin, ó sea poder »pecar. La libertad, pues, es mucho más perfecta en los ángeles que no pueden »pecar, que en nosotros que lo podemos.» (I. q. 62, 8, ad 3; V. tambien la q. 83, 4.) De este poder de pecar habla únicamente el Sr. Donoso cuando dice que la *libertad no consiste en la facultad de escoger entre el bien y el mal.*

Esta facultad no es la voluntad, como la locura no es la inteligencia ni la enfermedad es la vida. «Querer el mal, dice tambien el Angélico Doctor, no es ni la »libertad, ni siquiera una parte de ella, aunque sea una señal de su existencia,» así como, añade Billuart, «la enfermedad es una señal y un amenguamiento de la »vida: *Velle malum, inquit sanctus Doctor, nec est libertas, nec pars libertatis, »quamvis sit quoddam libertatis signum sicut ægritudo, verbi gratia, est signum »et defectus vitæ.*» *(De actibus humanis.* Dissert. 2, art. 4.)

(1) El Sr. Gaduel propone este dilema: «Al decir el Sr. Donoso que el libre al»bedrío *no consiste en la facultad de escoger entre el bien y el mal*, ó quiere hablar »del libre albedrío *perfecto*, tal como está en Dios y en los santos del Cielo, ó del »libre albedrío *imperfecto*, tal como lo tiene el hombre en el estado presente; *in »statu viæ*, como dicen los teólogos.

»En el primer caso, tiene razon el Sr. Donoso en excluir del libre albedrío la »facultad de escoger entre el bien y el mal; pues dicen los teólogos más elemen»tales: *Potestas pecandi, seu indifferentia contrarietatis non est de essentia liberta»tis; nam Deus perfectissima libertate pollet nec tamen pecandi libertatem habet.* »Pero, en este caso, ¿cómo el Sr. Donoso se atreve á decir que se *cree general-*

el bien; y porque le entendia, le queria; y porque le queria, le ejecutaba; y ejecutando el bien que queria con su voluntad y que entendia con su entendimiento, era libre. Que este es el significado cristiano de la libertad, se ve claro por las siguientes palabras evangélicas: *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos* (Joann., 8, 32). Entre su libertad y la de Dios no habia, pues, otra diferencia, sino la que hay entre una cosa que puede menoscabarse y perderse, y otra que ni puede perderse ni padecer menoscabo; entre una cosa que por su naturaleza es limitada, y otra que por su naturaleza es infinita.

Cuando la mujer puso á la voz del ángel caido un oido

»*mente* lo contrario? Cuenta que aposta no he citado más que á teólogos elemen»tales; como hubiera tambien podido citar el catecismo, seguro de que el Señor »Donoso no encontraria un niño de la escuela ni una simple campesina que no »pensara acerca de este punto exactamente lo propio que él.

»En el segundo caso, es decir, si el Sr. Donoso ha querido hablar del libre al»bedrío *imperfecto*, humano, tal como el hombre lo tiene aquí en la tierra, *in »statu viæ*, entonces comete un enormísimo error.»

Cuando el Sr. Gaduel estribia estos renglones, tenia ante los ojos el pasaje en que el autor muestra para combatir el error que hace consistir la libertad en la facultad de escoger entre el bien y el mal, que de este error se siguen dos consecuencias «*que son evidentemente absurdas:*» primera, que el hombre seria ménos libre segun fuese más perfecto; segunda, que Dios no seria libre, pues no puede querer lo malo. En otros términos, lo que dice el Sr. Donoso es lo siguiente: «Dios no puede querer el mal, todo el mundo lo confiesa, y sin embargo todo »el mundo reconoce que Dios es libre. Luego el libre albedrío no consiste en la »facultad de escoger entre el bien y el mal, como generalmente creen los que »ignoran, desconocen ó combaten los dogmas católicos.» Pero el Sr. Gaduel le hace decir: «Que comunmente creen los católicos que la libertad consiste en la »facultad de escoger entre el bien y el mal; luego creen tambien que Dios puede »querer obrar mal.»

En el segundo término del dilema que el Sr. Gaduel propone, trata de hacer creer que, segun el Sr. Donoso, el hombre no tiene el libre albedrío *imperfecto*, ó sea la *facultad de escoger entre el bien y el mal*, y esto á propósito de la frase en que el Sr. Donoso dice: «*La imperfeccion de su libertad consiste en la facultad »que tiene de seguir el mal y de abrazar el error.*

atento y curioso, luego al punto su entendimiento comenzó á oscurecerse, su voluntad á enflaquecer: apartada de Dios, que era su apoyo, padeció un súbito desfallecimiento. En aquel instante mismo su libertad, que no era una cosa diferente de su voluntad y de su entendimiento, quedó enferma. Cuando pasó de la culpable contemplacion al acto culpable, su entendimiento padeció una grande oscuridad, su voluntad un profundo desmayo; la mujer arrastró al hombre desfallecido, y la libertad humana cayó en tristísima flaqueza.

Confundiendo la nocion de la libertad con la de una independencia soberana, preguntan algunos por qué se dice que el hombre fué esclavo cuando cayó bajo la jurisdiccion del demonio, al mismo tiempo que se afirma que era libre cuando estaba puesto absolutamente en la mano de Dios. A lo cual se responde que no se puede afirmar del hombre que es esclavo, solo porque no se pertenece á sí propio, en cuyo caso seria esclavo siempre, como quiera que no se pertenece nunca á sí mismo de una manera independiente y soberana; afírmase de él que es esclavo, solamente cuando cae en manos de un usurpador, como se afirma de él que es libre cuando no obedece sino á su legítimo dueño. No hay otra esclavitud sino aquella en que cae el que se sujeta á un tirano, ni más tirano que el que ejerce una potestad usurpada, ni otra libertad sino la que consiste en la obediencia voluntaria á las potestades legítimas. Otros no alcanzan á comprender de qué manera la gracia, por la cual fuimos puestos en libertad (1)

---

(1) Es decir, la gracia por la cual fuimos libertados de la servidumbre, restaurando el libre albedrío. Advertimos esto para que no se tome la expresion del autor en el sentido estricto y violento que seria necesario para atribuirle la opinion de que antes de la redencion se hallaba extinguido en nosotros de todo punto el libre albedrío; proposicion errónea y muy distante, como ya otra vez hemos observado, del modo de pensar eminentemente católico del autor, bien claramente manifestado en muchos pasajes de esta obra, donde se dice que la li-

y rescatados, se aviene con esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion misteriosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo punto errados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el hombre, obrando el primero y cooperando el segundo. Y aun por esta razon no suele dar Dios, por punto general, sino la gracia que es suficiente para mover la voluntad con blandura. Temeroso de oprimirla, se contenta con llamarla hácia sí con suavísimos reclamos. El hombre, por su parte, cuando acude al reclamo de la gracia, acude con incomparable suavidad y complacencia; y cuando la voluntad suavísima del hombre que se complace en el llamamiento, se junta en uno con la voluntad suavísima de Dios, que llamándole se complace y que complaciéndose le llama, entónces sucede que de suficiente que era la gracia, se torna en eficaz por el concurso de estas dos suavísimas voluntades.

Por lo que hace á aquellos que no conciben la libertad sino en la ausencia de toda solicitacion que mueva á la voluntad del hombre, solo diré que caen sin advertirlo en uno de estos dos grandes absurdos: en el que supone que puede moverse sin ninguna especie de motivo un sér razonable, ó en el que consiste en suponer que un sér que no es razonable puede ser libre.

Si lo dicho anteriormente es cierto, la facultad de escoger otorgada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la libertad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el error; de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del tirano. Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo, si

---

bertad humana, por el pecado *enfermó*, *enflaqueció*, cayó en el más deplorable estado de fragilidad, y otras frases semejantes; pero de ningun modo que quedó muerta y extinguida.

esto fuera posible, con el perpétuo desuso. Solo el que la pierde entiende el bien, quiere el bien y le ejecuta; y solo el que esto hace es perfectamente libre, y solo el que es libre es perfecto, y solo el que es perfecto es dichoso; por eso ningun dichoso la tiene: ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles (1).

---

(1) Sobre este pasaje exclama el Sr. Gaduel:

«¿Con que el Sr. Donoso quiere que *perdamos* la facultad de escoger? Pero »¿cómo perderla? por ventura ¿es esto posible? No solamente no perderemos ja»más la facultad general de escoger, que es la esencia misma del libre albedrío, »sino que, hagamos lo que hagamos y mientras dure la prueba de la vida, jamás »podremos perder esta especial y terrible facultad de escoger mal, como que es »la condicion de nuestra prueba en este mundo; y lo que es más, jamás aquí en »la tierra llegaremos á vernos libres de cometer faltas, siquiera sean leves.—Si »alguno pretendiere (dice el Santo Concilio de Trento, ses. VI, cap. 23) que el »hombre una vez justificado, no puede ya volver á pecar... ó que durante su vida »entera, puede absolutamente evitar todos los pecados, hasta los veniales, sin un »privilegio especial de Dios, como la Iglesia lo enseña respecto de la bienaven»turada Vírgen María, sea excomulgado.»

«El único término posible de los esfuerzos del hombre en la tierra es tener »arrendada y dominar en sí esta malhadada facultad de obrar mal, disminuir »más y más su energía, debilitando con la mortificacion las inclinaciones vicio»sas que lo solicitan, y obteniendo la gracia que lo refrena, con la oracion, los »sacramentos y las buenas obras.»

Si el Sr. Gaduel hubiera leido con ménos prevencion este pasaje, habria visto que si el Sr. Donoso quiere que el hombre procure con todas sus fuerzas reprimir la facultad de pecar, y áun *perderla del todo*, está convencido tambien de que esto es imposible, y que el hombre no lo llegará á conseguir jamás en esta vida: «*Todos los esfuerzos del hombre*, dice, *deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo*, SI ESTO FUERA POSIBLE, *con el perpétuo desuso.*» Cuando el Sr. Gaduel cita este período, pone en letras grandes la palabra PERDERLA, y omite la frase *si fuera posible*. Convengamos en que esta supresion, hecha en una cita textual, sirve perfectamente á la intencion del Sr. Gaduel para probar que segun el Sr. Donoso, el hombre puede llegar á perder en la tierra la facultad de pecar. Despues de esta omision, suprime el señor Gaduel para no contradecirse, la frase en que el Sr. Donoso dice lo contrario de lo que el Sr. Gaduel le atribuye; pues refiriéndose á la facultad de pecar,

se expresa de este modo: «*Sólo el que es perfecto es dichoso; por eso ningun di-*»*choso la tiene: ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles.*

El Sr. Gaduel añade: «Si es cierto, como el Sr. Donoso dice, que solo el que »*pierde* la facultad de escoger, *entiende el bien, quiere el bien y lo ejecuta*, en»tonces digo que se hace imposible entenderlo, quererlo y ejecutarlo; que ningun »hombre en la tierra lo entiende, ni lo quiere, ni lo ejecuta; y que la virtud no »es más que una quimera.» Si el Sr. Gaduel ha querido gastar una broma, cierto que no es de muy buen gusto; pero si ha querido hablar en sério, ¿cómo no ha visto que el Sr. Donoso habla de la inteligencia perfecta, de la voluntad perfecta, y de la práctica perfecta del bien, condicion de la perfecta libertad y de la perfecta dicha, incompatibles con la facultad de pecar? Que este estado no sea de este mundo, ya lo dice el Sr. Donoso, y el mismo Sr. Gaduel lo acaba de decir; pero de ahí no se sigue que la virtud sea una quimera, pues los actos con que procuramos aproximarnos al bien perfecto y domar nuestra facultad de pecar, son actos de virtud; por cada uno de ellos renunciamos, cuanto á este mismo acto, á la facultad de preferir el mal al bien, y áun en este sentido es verdad que para obrar el bien es menester perder aquella facultad, y que es necesario perderla más y más, y multiplicar los sacrificios que de ella hacemos para adelantar más y más en el camino del bien.

CAPITULO II.

SE DÁ RESPUESTA A ALGUNAS OBJECIONES RELATIVAS A ESTE DOGMA.

Si la facultad de escoger no constituye la perfeccion sino el peligro del libre albedrío del hombre; si en aquella facultad tuvo principio su prevaricacion y orígen su caida, y si en ella está el secreto del pecado, de la condenacion y de la muerte, ¿cómo se compadece con la infinita bondad del Dios infinito ese funestísimo don que viene henchido de desventuras y preñado de catástrofes? ¿Cómo llamaré á la mano que me lo dá? ¿misericordiosa ó airada? Si es una mano airada, ¿por qué me dió la vida? ¿Por qué me la acompañó con carga tan grave, si es misericordiosa? ¿La llamaré justa, ó solo fuerte? Si es justa, ¿qué habia hecho yo antes de ser, para ser asunto de sus rigores? Y si es solo fuerte, ¿qué hace que no me pisa y no me quiebra? Si pequé por el uso del don que recibí, ¿quién es el autor de mi pecado? Si llego á condenarme por el pecado á que me incliné por la inclinacion que me fué dada, ¿quién es el autor de mi condenacion y de mi infierno? ¡Sér misterioso y tremendo á quien no sé si bendecir ó detestar! ¿caeré derribado á tus piés como tu siervo Job, y te enviaré hasta rendirte, acompañándolas con mis acerbos sollozos, mis encendidas plegarias; ó pondré monte sobre monte,

Pelion sobre Osa, volviendo á emprender contra tí la guerra de los Titanes? ¡Esfinge misteriosa! ni sé cómo aplacarte, ni sé cómo vencerte; no sé si echar por el camino de tus enemigos, ó por el camino de tus siervos. Ni sé aun cómo te llamas. Si, como dicen, eres omnisciente, díme, por lo ménos, en cuál de tus libros sellados tienes escrito mi nombre, para saber cómo he de llamarte; porque tus nombres son tan contradictorios como tú mismo. Los que se salvan, te llaman Dios; los que se condenan, tirano.

Así habla, vueltos los ojos encendidos hácia Dios, el genio del orgullo y de las blasfemias. Por una demencia inconcebible y por una aberracion inexplicable, el hombre, hechura de Dios, cita ante su tribunal al mismo Dios que le da el tribunal en que se asienta, la razon con que le ha de juzgar, y hasta la voz con que le llama. Y las blasfemias llaman á otras blasfemias, como el abismo á otro abismo; la blasfemia que le emplaza, va á parar á la blasfemia que le condena, ó á la blasfemia que le absuelve. Absuélvale ó condénele, el hombre que en vez de adorarle le juzga, es blasfemo. ¡Desdichados los soberbios que le emplazan, y bienaventurados los humildes que le adoran! porque él vendrá á los unos y á los otros: á los unos, como emplazado, en el dia del emplazamiento; á los otros, como adorado, en el dia de las adoraciones; á ninguno que le llame dejará nunca de responder; á los unos, empero, responderá con sus iras, á los otros con sus misericordias.

Y no se diga que con esta doctrina se va á parar á un absurdo, como quiera que se va á parar á la negacion de toda competencia por parte de la razon humana para entender en las cosas de Dios, y por aquí á la condenacion implícita de los teólogos y de los santos doctores, y hasta de la misma Iglesia, que de ellas trataron y entendieron largamente en las edades pasadas. Lo que por esta doctrina se condena, es la competencia de la razon no alumbrada de la fé para en-

tender en las cosas que son materia de la revelacion y de la fé, por ser sobrenaturales. Cuando la razon entiende en aquellas cosas sin aquella ayuda, trata de Dios y con Dios en calidad de juez supremo que no consiente ni alzada ni recurso contra sus fallos inapelables: en esta suposicion, ahora sea condenatorio, ahora absolutorio, su fallo es una blasfemia; y lo es, no tanto por lo que en él se afirma ó se niega de Dios, como por lo que la razon humana afirma de sí en él implícitamente; como quiera que, así en la condenacion como en la absolucion, afirma siempre de sí una misma cosa: su propia independencia y su propia soberanía. Cuando la Iglesia santísima afirma ó niega alguna cosa de Dios, no hace otra cosa sino afirmar ó negar de Dios lo que á Dios mismo le oye. Cuando los teólogos eminentes y los doctores santos entran con su razon en el abismo oscuro de las divinas excelencias, no entran nunca en él sin un secretísimo terror, y sin que la fé les vaya abriendo camino. No se proponen sorprender en Dios secretos y maravillas ignoradas de la fé, sino solo juntar la lumbre de la razon con su lumbre, para ver por otro lado las mismas maravillas y secretos; no van á ver en Dios cosas nuevas, sino á ver en él las mismas cosas de dos maneras diferentes; y estas dos diferentes maneras de conocerle vienen á ser dos maneras diferentes de adorarle.

Porque es de saber que no hay misterio ninguno, entre los que nos enseña la fé y la Iglesia nos propone, que no reuna en sí, por una admirable disposicion de Dios, dos calidades que suelen andar reñidas: la oscuridad y la evidencia. Los misterios católicos vienen á ser á manera de cuerpos á un tiempo mismo luminosos y opacos, y que de tal manera lo son, que sus sombras no pueden ser esclarecidas nunca por su luz, ni su luz oscurecida por sus sombras, siendo perpétuamente oscuros y perpétuamente luminosos. Al mismo tiempo que derraman su luz por la creacion, guardan para sí sus sombras; lo esclarecen todo, y no pueden ser por nada

esclarecidos. Todo lo penetran, y son impenetrables. Parece cosa absurda concederlos, y es mayor absurdo negarlos: para el que los concede, no hay otra oscuridad sino la suya; para el que los niega, el dia se le vuelve noche, y para sus ojos privados de luz, la oscuridad está en todas partes. Y sin embargo, los hombres ¡tan grande es su ceguedad! prefieren negarlos á concederlos; la luz les es cosa intolerable, si por ventura les viene de una region sombría; y en el despecho de su gigantesco orgullo condenan sus ojos á eterna oscuridad, teniendo por desventura mayor las sombras que se concentran en un solo misterio, que las que se dilatan por todos los horizontes.

Sin salir de los altísimos misterios que son asunto de este capítulo, será fácil de demostrar cuanto venimos afirmando. ¿Ignorais el por qué de ese don tremendo de escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado, entre la vida y la muerte? Pues negadla por un solo momento, y en ese momento mismo haceis imposible de todo punto la creacion angélica y la creacion humana. Si en esa facultad de escoger está la imperfeccion de la libertad, quitada esa facultad, la libertad es perfecta; y la libertad perfecta es el resultado de la perfeccion simultánea de la voluntad y del entendimiento. Esa perfeccion simultánea está en Dios: si la poneis tambien en la criatura, Dios y la criatura son una misma cosa: todo es Dios, ó nada es Dios; de esta manera vais á dar al panteismo, ó al ateismo, que son una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes. La imperfeccion es una cosa tan natural á la criatura, y la perfeccion es una cosa tan natural á Dios, que no podeis negar ni la una ni la otra sin una implicacion en los términos, sin una contradiccion sustancial, sin un absurdo evidente. Afirmar de Dios que es imperfecto, es afirmar que no existe; afirmar que la criatura es perfecta, es afirmar que no existe la criatura: de donde resulta que si el misterio es superior, su negacion es

contraria á la razon humana; dejando el uno por la otra, habeis dejado lo oscuro por lo imposible (1).

Así como todo es falso, contradictorio y absurdo en la negacion racionalista, todo es sencillo y natural y lógico en

---

(1) «Dos errores manifiestos, dice el Sr. Gaduel, hay en este pasaje: uno el decir que sin la facultad de escoger entre el bien y el mal, hubieran sido de *todo punto imposibles* la creacion angélica y la creacion humana, pues ¿por qué no habia de haber podido Dios criar al hombre y al ángel sin darles la facultad de escoger entre el bien y el mal? ¿por ventura, el estado de prueba era absolutamente necesario? Seria conveniente, pero necesario no. El otro error consiste en suponer que la *criatura seria Dios*, si no tuviese la facultad de escoger el mal. Es decir, que los ángeles y los santos del cielo son Dios, pues que no tienen ya la facultad de escoger el mal. La verdad está en que Dios es impecable por naturaleza, mientras que la criatura no puede serlo sino por gracia; y esta sola diferencia basta y sobra para que hasta la criatura más impecable se halle, bajo este respecto, á una inmensa distancia de Dios.»

Así pues, el Sr. Gaduel acusa al Sr. Donoso de sostener que la *criatura seria Dios* si pudiera ser *impecable por gracia*; ó de otro modo, que la criatura no puede jamás, ni de ningun modo ser impecable. Pero el Sr. Donoso repite más de una vez en los capítulos anteriores, que los ángeles y los santos en el cielo son impecables, repítelo despues en los pasajes siguientes, donde prueba que la libertad no consiste en la facultad de pecar. ¿En qué se funda pues el señor Gaduel para imputarle este *error manifiesto*, y que además implicaria una contradiccion incomprensible? ¿Por ventura, se funda en el pasaje donde dice que: «*La imperfeccion es una cosa* TAN NATURAL *á la criatura y la perfeccion es una cosa* TAN NATURAL *á Dios*, etc.» ó en este otro «*á la cual imperfeccion se debe, por una parte, que sean diferentes de Dios por naturaleza; y por otra, que pueden juntarse con Dios?*» ó en este: «*Esa perfeccion está en Dios; si la poneis tambien en la criatura, Dios y la criatura son una misma cosa*, etc? ¿Cree por ventura el Sr. Gaduel que el no poder ser *impecable sino por gracia*, es una perfeccion de Dios? El Sr. Donoso creia que Dios es impecable *por naturaleza*, que esta impecabilidad supone la perfeccion, y todas sus expresiones prueban que habla de esta impecabilidad, y no de la impecabilidad por gracia, cuando dice que si la criatura la tuviera, *seria Dios*.

Si la criatura no puede ser impecable sino por gracia, síguese rigurosamente que Dios no ha podido crear ninguna naturaleza inteligente que fuese impecable de por sí y sin la gracia; y en este caso, lo que el crítico llama *primer error manifiesto* de Donoso, es una verdad incuestionable, y hay que repetir con él: «*negadla por un solo momento, y en ese momento haceis imposible de todo punto la creacion*

la afirmacion católica. El Catolicismo afirma de Dios que es absolutamente perfecto; y de los séres creados, que son perfectos con una perfeccion relativa, é imperfectos con una imperfeccion absoluta; y son perfectos é imperfectos por tan

---

angélica y la humana.» El mismo Sr. Gaduel da la razon de esto al decir *que solo Dios es impecable por naturaleza*, pues es como si dijese que una *criatura impecable por naturaleza, seria Dios*, ó lo que es igual, no seria criatura, pues Dios no puede hacer que una cosa sea y no sea al mismo tiempo; luego semejante creacion es *del todo imposible*. Estas son las dos proposiciones censuradas en el Sr. Donoso; y que para ser erróneas, se habrian de convertir en la siguiente: Una criatura *impecable por gracia, seria Dios*; luego si se supone que el ángel y el hombre son impecables por gracia, la creacion humana y angélica se hacen imposibles. Pero acabamos de ver que el Sr. Donoso, lejos de decir esto, dice todo lo contrario, y no cesa de repetir en su libro que los ángeles y los santos son impecables, pero no son Dios.

Veamos cómo expone Santo Tomás el argumento de que usa el Sr. Donoso, para probar que toda criatura, en cuanto imperfecta por naturaleza, es capaz de pecar: «Respondo, dice el Doctor Angélico, que los angeles y toda criatura racional, cualquiera que sea, puede pecar, si se la considera segun su naturaleza, »y que toda criatura en quien se halla el privilegio de la impecabilidad, lo tiene »por un don gratuito, y no por condicion de su propia naturaleza. La razon es »que el pecado consiste en separar los actos de la regla que deben seguir; y esto »es tan cierto respecto de las cosas pertenecientes á la naturaleza y al arte como »á las del órden moral. Pero no habiendo más actos que no se pueden apartar de »dicha regla sino aquellos cuya regla es la misma fuerza que los produce, como »si la mano de un artista fuese, por ejemplo, la regla de sus obras, estas no po»drian ménos de ser siempre perfectas. Siendo la voluntad divina regla única de »sus actos, por cuanto solo ella está exenta de fin superior á que referirse; y con»sistiendo la perfeccion del acto de la criatura, cualquiera que sea, en la confor»midad con la voluntad divina, que es su último fin, pues toda voluntad inferior »se ha de conformar á otra superior, como la del soldado, verbi gratia, se con»forma á la de su jefe; síguese de aquí que sólo en la voluntad divina es donde »no puede caber el pecado, y que segun el órden de la naturaleza creada, puede »caber en la voluntad de toda criatura.» (I. q. LXIII. a. 1).

En las notas á este texto que pone la traduccion francesa de M. Lachat, se lee el siguiente resúmen de las opiniones de los teólogos sobre este punto: «La »criatura racional, y por consiguiente libre, ¿lleva consigo implícita la facultad »de pecar; ó puede Dios con su omnipotencia formar una criatura que junte la »impecabilidad al libre albedrío? Acerca de esto hay cuatro opiniones:

»Gabriel y Juan, partidarios de la primera, dicen que Dios puede dar á una

excelente manera, que su imperfeccion absoluta, por la cual se separan infinitamente de Dios, constituye su perfeccion relativa, con la cual cumplen perfectamente sus diferentes encargos, y forman todos juntos la perfecta armonía del universo. La

---

»criatura bastante inteligencia para conocer siempre la verdad y el bien, bastante prudencia para no permitir que el error sorprenda ni extravíe su juicio, y »bastante rectitud en la voluntad para no inclinarse nunca hácia lo malo. Esta »criatura tendria el poder de escoger ó no escoger, de obrar ó no obrar; pero no »tendría la facultad de escoger entre lo justo y lo injusto, entre el bien y el mal; »tendría libertad de contradiccion, pero no libertad de contrariedad; estaria, con »relacion al libre albedrío, en la misma condicion que los ángeles y los bienaventurados.

»Los defensores de la segunda opinion, Capreole y Durand, hacen una distincion. La criatura, dicen, puede ser impecable en el órden natural, mas no en »el sobrenatural. Cuando el fin no es superior á las facultades, basta combinar »y equilibrar las fuerzas, para seguir infaliblemente un camino recto. Pero »cuando el fin es superior á las facultades, los actos que han de conducir á él, »y por consiguiente los preceptos respectivos, están sobre las fuerzas de la naturaleza; ¿cómo podrá, pues, cumplir estos preceptos por sí solo el sér finito? ¿cómo estará sin pecado?

»Scoto y los demás partidarios de la tercera opinion, conceden aún ménos á »la criatura; dicen que su esencia implica necesariamente las ideas de imperfeccion, de defecto, por tanto de pecabilidad, y que esto se prueba con rigurosa »demostracion. Esta opinion parece ser la de Santo Tomás.

»La cuarta opinion, sustentada por Valencia, se resume en estos términos: »Los Santos Padres enseñan unánimemente que Dios no podría, por medios meramente naturales, librar á la criatura de todo pecado; así lo dicen los Santos »Agustin, Ambrosio, Gerónimo, Gregorio, Juan Damasceno, Anselmo, etc. La »autoridad de tan ilustres maestros nos obliga á conceder que en la naturaleza »de la criatura no cabe impecabilidad; pero la fuerza de la lógica, ¿nos obliga »igualmente á admitir todos los argumentos que se aducen como prueba de este »aserto? No, pues todos tienen algun vicio, y ninguno es del todo convincente, »ni está exento de réplicas y contradicciones. Valencia, pues, refuta las pruebas de »la tercera opinion, pero difícilmente se persuadirá el lector de que esta refutacion sea concluyente. ¿Cómo responder, entre otros, á este sencillo argumento »de Santo Tomás: La criatura no tiene en sí misma la regla de sus acciones; luego no está ligada á ella con vínculos insolubles, luego puede separarse de ella?

»Sea de esto lo que fuere, podemos concluir diciendo que si la razon no de-

perfeccion absoluta de Dios está, bajo nuestro punto de vista, en ser soberanamente libre, es decir, en entender perfectamente el bien, y en querer el bien que entiende, con una voluntad perfecta. La imperfeccion absoluta de todos los otros

---

»muestra que la criatura está sujeta al pecado, los Padres de la Iglesia lo enseñan »formalmente.»

Óigase á Suarez que adopta, junto con la opinion de Santo Tomás, los argumentos que el mismo aduce (*Trat. de Angelis*, I, III, cap. VII y I, VII, capítulo III.) «Interpretando los Santos Padres, dice el Doctor Eximio, las palabras »de San Pablo (I. Timoth. VI, 16: *Qui solus habet inmortalitatem*, las refieren »no solo á la inmortalidad que se opone á la muerte natural, á la corrupcion ó »pérdida del sér, sino tambien á la inmortalidad en cuanto se opone á la muerte »moral, ó sea al pecado; y en este sentido, es decir, en cuanto excluye la posibi»lidad de pecar, dicen que esta inmortalidad solo es propia de Dios.—Toda cria»tura, dice San Ambrosio sobre este pasaje (*de Fide.* cap. III), es capaz de »muerte y corrupcion áun cuando no caiga en el pecado ni en la muerte: *Cor»ruptionis et mortis, etiamsi non moriatur aut peccet, capac est omnis creatura.*— »Solo en Dios, dice San Gerónimo (*Epist. CXLVI ad Damasc. De filio prodigo; »in fine*), no cabe pecado: *Solus Deus est in quem peccatum non cadit.*—San Agus»tin (*libr. III contr. Maxim., cap.* XII) da la misma explicacion al texto del »Apóstol, entendiendo por inmortalidad la inmortalidad que solo es propia de »Dios; porque los hombres y los ángeles, dice, incurren por el pecado en una »especie de muerte; y aunque nunca hayan pecado, no por esto son ménos ca»paces de pecar: la criatura racional que goza del privilegio de sér impecable, »no lo tiene por su propia naturaleza, sino por la gracia divina: *Omnes qui non »peccaverunt, peccare potuerunt, et cuicumque creaturæ rationali præstatur ut »peccare non possit, non est hoc naturæ propriæ, sed Dei gratiæ.*»

Del mismo modo interpreta San Agustin las palabras del Salvador (Lucas, XVIII, 19): *Nemo bous nisi solus Deus.* Solo Dios es bueno, inmortal, infinito; solo Dios es la voluntad suprema y el fin último; él solo es perfecto; es decir, él solo es la bondad, el bien, la vida, la sabiduría, la ley, la justicia, la perfeccion, la verdad, el Sér por esencia; luego solo Dios tiene por naturaleza el privilegio de no poder separarse ni por un momento de esta vida, de esta justicia, de esta verdad, que son El mismo; ó lo que es igual, sólo Dios tiene el privilegio de no poder pecar. Pero Dios no puede dar á la criatura un atributo incomunicable, no puede hacerla Dios; luego la creacion de un sér inteligente que tenga por su misma naturaleza el privilegio de no poder pecar nunca, es una creacion *del todo imposible.*

¿Pero, de estas enseñanzas de los Santos Padres y de las razones con que las

séres inteligentes y libres está en no entender y en no querer el bien, de tal manera, que no puedan entender el mal y querer el mal que entiende su entendimiento. Su perfeccion relativa está en esa misma imperfeccion absoluta, á la cual se debe, por una parte, que sean diferentes de Dios por naturaleza; y por otra, que puedan juntarse con Dios, que es su fin, por un esfuerzo de su propia voluntad, ayudada de la gracia.

Estando los séres inteligentes y libres ordenados en jerarquías, de tal manera son imperfectos, que lo son jerárquicamente. Se parecen entre sí, en que son imperfectos todos; se distinguen entre sí, en que lo son en diferentes grados, ya que no de diferente manera. El ángel no se diferencia del hombre sino en que la imperfeccion comun á los dos es mayor en el hombre y menor en el ángel, como convenia al diferente puesto que ocupan en la inmensa escala de los séres. Salieron de la mano de Dios el uno y el otro con la fa-

---

confirman, síguese por ventura que Dios no pueda conceder á una criatura la impecabilidad al par de la existencia, y crearla en estado de gloria, como por ejemplo, creó á Adan en estado de gracia? No, ciertamente. Mas tampoco esto se sigue de las palabras de Donoso, sean cuales fueren, por otra parte, las ideas que en otros lugares enuncia sobre aquella hipótesis, que á él como á Santo Tomás le parecia, no solo extraña á la divina omnipotencia, sino contraria al órden de la infinita sabiduría. La cuestion es esta: «¿Por qué puede pecar la criatura?» «*Porque la imperfeccion*, responde Donoso, *es natural á la criatura:*» es decir, lo mismo que responden los teólogos y Santos Padres. La única consecuencia legítima que de aquí se deduce, es que la criatura, por naturaleza, puede siempre pecar; que la creacion de una criatura impecable por naturaleza, es una creacion imposible. Si ahora se pregunta por qué Dios, que podia crear al hombre y al ángel impecables por gracia, y colocarlos desde luego en estado de bienaventuranza, no lo ha hecho; esto es proponer otra cuestion completamente diversa y que se resuelve con otra clase de argumentos. Más adelante veremos cómo; baste por ahora decir que Donoso no toca en el citado pasaje esta cuestion. Si al señor Gaduel se le ha ocurrido decir lo contrario, ha sido gratuitamente, y alterando por completo el texto de Donoso, cuyas expresiones mismas protestan contra la interpretacion que lés dá el Sr. Gaduel.

cultad de entender y de querer el mal, y con la de ejecutar el mal que entendian: en esto está su semejanza; empero en la naturaleza angélica esta imperfeccion duró un momento, mientras que en la humana dura siempre: en esto está su diferencia. Hubo para el Angel un momento pavoroso, solemnísimo, en que le fué dado escoger entre el bien y el mal; en aquel instante tremendo las falanges angélicas se dividieron entre sí: de ellas unas se inclinaron ante el acatamiento divino, otras se alzaron en tumulto y se declararon rebeldes. A esta resolucion suprema é instantánea siguió un fallo instantáneo y supremo: los ángeles rebeldes fueron condenados, y los leales fueron confirmados en gracia (1).

El hombre, más flaco de entendimiento y de voluntad que el ángel, porque no era como él un espíritu puro, recibió una libertad más flaca y más imperfecta, y su imperfeccion habia de durar en él tanto como su vida. Aquí es donde resplandece con su infinito resplandor la inenarrable belleza de los designios divinos. Dios vió antes de todo principio cuán bellas y convenientes eran las jerarquías, y estableció las jerarquías entre los séres inteligentes y libres. Vió, por otro lado, eternamente cuán conveniente y bella era en el Criador cierta manera de igualdad para con todas sus criaturas; y fué tal el soberano artificio, que juntó en uno la belleza de la igualdad con la belleza de la jerarquía. Para que

---

(1) «La naturaleza angélica, dice Santo Tomás, es tal, que no adquiere su »perfeccion propia lenta y progresivamente, sino en el primer instante de su »existencia; y el merecimiento de los ángeles los conduce á la gloria, del mismo »modo que se perfecciona su naturaleza; es decir, alcanzaron la bienaventuranza »en cuanto la hubieron merecido. Pero no solo el ángel, sino áun el hombre »mismo, puede merecerla con un solo acto, pues en efecto el hombre la merece »con todo acto informado por la caridad. Los ángeles han sido bienaventurados »desde su primer acto informado por la caridad.» (I. q. 62. 5).

«Así como los ángeles buenos, dice Suarez, recibieron la recompensa en el »momento de merecerla, así los malos fueron castigados en el momento que co»metieron la culpa.» *(Tract. de Angelis*, lib. VIII, cap. II, n. 10).

la jerarquía pudiera existir, hizo desiguales sus dones; y para que la ley de la igualdad se cumpliera, exigió más al que dió más, y ménos al que dió ménos; de tal manera, que el más aventajado en los dones fuera más estrechado en las cuentas, y el ménos estrechado en las cuentas, ménos aventajado en los dones. Porque la nativa excelencia del ángel fué mayor, su caida fué sin esperanza y sin remedio, su castigo instantáneo, su condenacion eterna: porque la nativa excelencia del hombre fué menor, no cayó sino para ser levantado, no prevaricó sino para ser redimido. El fallo que le alcanza no será inapelable, ni su condenacion irredimible, sino en aquel instante conocido solo de Dios, en que la prevaricacion angélica y la humana pesen con un peso igual en la balanza divina, llegando á ser la una por la repeticion, lo que la otra por la grandeza. De esta manera el hombre no podrá decir á Dios: ¿por qué me hiciste hombre y no ángel? ni el ángel: ¿por qué no me hiciste hombre?

¡Señor! ¿quién no se espanta con el espectáculo de tu justicia? ¿Qué grandeza hay igual á la grandeza de tu misericordia? ¿Qué balanza hay en su fiel como la que tú tienes en la mano? ¿Qué vara hay tan derecha como la vara con que mides? ¿Qué matemático conoce como tú los números y sus misteriosas armonías? ¡Cuán bien hechos están todos los prodigios que hiciste! ¡Cuán bien asentadas las cosas que asentaste, y cuán armónicamente bellas despues de bien asentadas! Abre, Señor, mi entendimiento para que entienda algo de lo que te propones en tus eternos designios, algo de lo que eternamente entiendes, y algo de lo que eternamente ejecutas; porque, ¿qué sabe quien no te sabe á tí? Y quien á tí te sabe ¿qué ignora?

Si el hombre no puede decir á Dios:—por qué no me hiciste ángel, ni por qué no me hiciste perfecto,—¿no podrá decirle á lo ménos:—Señor, no me valiera más no haber nacido? ¿Por qué me hiciste lo que soy? Si tú me hubieras

consultado, no hubiera recibido la vida con la facultad de perderla: el infierno me aterra más que la nada.—

El hombre no sabe de por sí sino blasfemar: cuando pregunta, blasfema, si el mismo Dios que le ha de dar la respuesta no le enseña la pregunta; cuando pide algo, blasfema, si no le enseña lo que ha de pedir y cómo lo ha de pedir, el mismo Dios que le ha de otorgar su demanda. El hombre no supo ni lo que habia de pedir ni cómo habia de pedirlo, hasta que el mismo Dios, venido al mundo y hecho hombre, le enseñó el *Padre nuestro* para que lo tomase, como un niño, de memoria.

Qué quiere decir el hombre cuando dice:—¿No me valiera más no haber nacido?—¿Existia por ventura antes de existir? ¿Y qué significa su pregunta si antes de existir no existia? El hombre puede formarse alguna idea de todo lo que excede su razon; por eso se forma alguna idea de todos los misterios: solo de lo que no existe no puede formarse idea ninguna; por eso no se forma idea ninguna de la nada. El que se suicida no quiere dejar de ser; quiere dejar de padecer, siendo de otra manera. El hombre, pues, no expresa idea ninguna cuando dice:—¿Por qué soy?—(1) Solo puede expresar una idea preguntando:—¿Por qué soy lo que soy?—Esta pregunta se resuelve en esta otra:—¿Por qué soy con la facultad de perderme?—la cual es absurda por cualquier lado que se la mire. En efecto, si toda criatura en el hecho mismo de serlo es imperfecta, y si la facultad de perderse constituye la imperfeccion especial de los hombres, el que esa pregunta hace, viene á preguntar por qué el hombre es una criatura, ó lo que es lo mismo, por qué la criatura no es el Criador: por qué el hombre no es el Dios que crió al hombre. *Quod absurdum* (2).

---

(1) Pues es lo mismo que decir:—¿no hubiera sido mejor que yo no fuese?—frase que en rigor no quiere decir nada.

(2) Lo absurdo aquí, «*Quod absurdum*», dice con marcial desenvoltura el se-

Y si no es esto lo que se quiere decir; si lo que únicamente se dice con esa pregunta es:—por qué no me salvas á pesar de mi facultad de perderme,—el absurdo está más claro todavía; porque ¿qué significa la facultad de perderse, dada al que no ha de perderse nunca? Si el hombre hubiera de salvarse de todas maneras, ¿cuál seria el objeto final de la vida en el tiempo? ¿Por qué no comienza y se perpetúa en el paraiso? La razon no puede concebir que la salvacion sea á un tiempo mismo necesaria y futura, como quiera que lo futuro no va sino con lo contingente, y que por su naturaleza misma es presente lo que por su naturaleza misma es necesario.

Si el hombre debió pasar sin transicion á la eternidad, de la nada, y vivir desde el momento que vivió, vida gloriosa, queda suprimido el tiempo y el espacio y la creacion entera hecha para el hombre, que es su rey. Si su reino no habia de ser de este mundo, ¿para qué este mundo? Si no habia de ser temporal, ¿para qué el tiempo? Si no habia de ser local, ¿para qué el espacio? Y sin el tiempo y el espacio ¿para qué las cosas creadas en el espacio y en el tiempo? Por donde se ve que, en la suposicion que vamos admitiendo, el absurdo

---

ñor Gaduel, es afirmar que el hombre seria Dios si no tuviese la facultad «de escoger el mal.»—En la primera nota de este capítulo, hemos visto que los Santos Padres y los teólogos más insignes dicen lo mismo que Donoso acerca de esta materia. Preguntando Bossuet en sus *Elevaciones sobre los Misterios*, cómo en una criatura tan perfecta como el ángel ha podido caber iniquidad, da la misma respuesta que el Sr. Gaduel califica de absurda: el ángel, dice, es criatura, el ángel no es Dios.—«¿Cómo se ha podido hallar (la iniquidad) en el ángel? ¿Por dónde ha podido penetrar el error en su inteligencia? ¿Cómo han podido las sombras del error oscurecer tanta claridad? ¿Cómo han podido la iniquidad y la depravacion frustrar tantas gracias? En verdad que todo cuanto de la nada sale, conserva siempre algo de ella... Santificados estábais, pero no érais santos como Dios; una de vuestras perfecciones consistia en gozar de libre albedrío, pero no como el de Dios, cuya voluntad es su regla, y cuyo libre albedrío es indefectible.»

que consiste en la contradiccion que hay entre la necesidad de salvarse y la facultad de perderse, va á parar al absurdo que consiste en suprimir de un golpe el tiempo y el espacio; el cual lleva consigo el que consiste en la supresion lógica de todas las cosas creadas, con el hombre, para el hombre y á causa del hombre. El hombre no puede poner una idea humana en lugar de otra divina, sin que luego al punto el edificio entero de la creacion venga abajo, sepultándose á sí mismo en sus gigantescos escombros.

Mirando esta cuestion por otro lado, puede afirmarse que al pedir el hombre el derecho absoluto de salvarse sin perder la facultad de perderse, pide, si cabe, un absurdo mayor que cuando puso pleito á Dios porque le dió la facultad de perderse; como quiera que si en este último litigio pleiteaba por ser Dios, en aquel pleitea por tener los privilegios de la divinidad, siendo hombre.

Por último, si se considera atentamente este gravísimo negocio, se ve claro que no pudo convenir á las divinas excelencias salvar al ángel ni al hombre sin anterior merecimiento (1). Todo en Dios es razonable: su justicia como su

---

(1) «Hé aquí otro error,» dice el Sr. Gaduel refiriéndose á la siguiente proposicion, que él traslada de la traduccion francesa de 1851 en estos términos: «No podia convenir al *poder divino* salvar al hombre ni al ángel sin méritos anteriores.» El texto del Sr. Donoso dice: *no pudo convenir á las divinas excelencias* (y no al *poder divino*, como supone el Sr. Gaduel). Esta variante no deja de tener importancia, aunque no altere del todo el sentido de la frase, pues las razones que los teólogos, y entre ellos Santo Tomás, aducen para rechazar la hipótesis de la salvacion anterior á todo merecimiento, no se fundan en la divina omnipotencia, sino en el órden de la sabiduría divina.

La cuestion de la posibilidad de salvarse, y por consiguiente de ser impecable una criatura sin anteriores méritos, no es la misma que la de si es posible una criatura impecable por naturaleza. Aunque la razon no concibe una criatura que siendo impecable por sí misma, sea por ende perfecta, ó lo que es igual, seria Dios, ó en otros términos, seria y no seria criatura; puede muy bien concebir un sér inteligente que tenga por naturaleza la facultad de pecar, pero á

bondad, y su bondad como su misericordia; como quiera que si es infinitamente justo é infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, es razonable tambien infinitamente. De donde se sigue que no es posible atribuir á Dios, sin blasfemia, ni

---

quien Dios por gracia conceda la impecabilidad en el momento de crearle. Hé aquí por qué Donoso ha tratado separadamente ambas cuestiones, y las ha resuelto de una manera diferente, aunque no contraria. A la primera, cuya solucion está en considerar atentamente sus dos términos, *criador* y *criatura*, responde que la creacion de un sér impecable, es *del todo imposible*; á la segunda, cuya solucion se ha de buscar en las ideas imperfectas que tenemos de la justicia y de la sabiduría de Dios, responde sencillamente que: la salvacion anterior á todo merecimiento, la recompensa anterior á todo combate, «*no pudo convenir á las divinas excelencias.*» Despues muestra con argumentos irrefutables que si Dios hubiese realizado esta hipótesis, se habria cambiado todo el plan del mundo, y la creacion, tal como Dios la hizo, no tendría razon de ser. De donde resulta que si se trata de salvacion anterior á todo merecimiento en un mundo imaginario, y completamente diverso del que existe, la cuestion no tiene para nosotros ningun interés, y no debe, por tanto, preocupar un solo momento á un hombre de sano juicio. Pero si se trata del mundo real, como quiera que la salvacion anterior á todo mérito es incompatible con el órden y las leyes de este mundo, constituye una verdadera imposibilidad. Quien leyere con atencion el pasaje que el Sr. Gaduel condena tan paladinamente, verá que Donoso no se referia á mundos imaginarios, sino únicamente se propone responder á los hombres de este mundo, que quieran conservarlo tal como es, pero añadiéndole la salvacion anterior á todo merecimiento, es decir, destruyéndolo para sustituirle con otro completamente diverso. Además, la doctrina de Donoso es la que Santo Tomás expone en los siguientes términos:

«La rectitud de la voluntad, dice, es necesaria para la bienaventuranza. No »siendo otra cosa esta rectitud sino el órden que debe guardar la voluntad para »obtener su fin último, tan necesaria es para que este fin último sea conseguido, »como para dar á cualquiera materia una forma determinada, lo es que el ar»tista cumpla las condiciones adecuadas para que esta forma sea posible. No »se sigue de aquí que deba preceder á la bienaventuranza operacion alguna del »hombre, porque Dios podría crear la voluntad de modo que tuviese simultánea»mente la tendencia perpétua hácia su fin y la posesion de este mismo fin, así »como á veces dá juntamente á la materia las condiciones indispensables á una »forma dada y esta misma forma. Pero el órden de la divina sabiduría exige que »no suceda así *(sed ordo divinæ sapientiæ exigit ne hoc fiat)*. En efecto, entre los »séres destinados á poseer el bien perfecto, unos, como dice Aristóteles, le poseen

una bondad, ni una misericordia, ni una justicia, que no tenga sus fundamentos en la soberana razon, la cual solamente hace que la bondad sea verdadera bondad, y la misericordia verdadera misericordia, y la justicia justicia ver-

---

»sin necesidad de moverse para alcanzarle, otros le alcanzan con un solo movi»miento, y los hay que no llegan á él, sino por un gran número de movimientos. »Tener el bien perfecto de la primera manera, es propio del que lo tiene natural»mente; y como Dios es el único que tiene naturalmente la beatitud, él es tambien »único á poscerla sin necesidad de obrar para alcanzarla. La beatitud excede á »toda naturaleza creada; una mera criatura no puede, pues, obtenerla conveniente»mente, sino por el movimiento de una operacion que á obtenerla se encamine. »El órden establecido por la divina sabiduría es tal, que el ángel, superior por »naturaleza al hombre, ha obtenido la beatitud con el movimiento de un solo »acto meritorio; pero los hombres no la alcanzan sino en virtud de un gran nú»mero de movimientos ó actos llamados merecimientos. Por eso dice el filósofo »que la *bienaventuranza es la recompensa de las acciones virtuosas.*

»Luego si el hombre há menester merecimientos anteriores en él para alcan»zar la bienaventuranza, no es porque Dios no tenga todo el poder necesario para »concedérsela sin este requisito, sino á fin de que se guarde el órden en todas las »cosas.

»Dios constituyó á las primeras criaturas en un estado perfecto, sin disposi»cion ni operacion alguna anterior de parte de ellas, con objeto de que los pri»meros indivíduos de cada especie, así constituidos, pudiesen perpetuarla. Pues »bien, como por Cristo, Dios y hombre juntamente, han de alcanzar la beatitud »los demás hombres, segun las palabras del Apóstol: *Llevó en pos de si sus nu»merosos hijos á la gloria*, así el alma de Cristo fué bienaventurada desde el primer »instante de su concepcion, sin ningun anterior merecimiento. Pero este privile»gio es único, pues aunque los niños que mueren recien bautizados obtengan la »beatitud sin propios méritos, son, sin embargo, por el bautismo miembros de »Cristo, cuyos méritos les son aplicados.» (I. 1. q. v. 7).

Santo Tomás enseña, pues, que ninguna mera criatura se salva sin méritos anteriores: *Nulla pura creatura convenienter Beatitudinem consequitur absque »motu*;» que el merecimiento prévio es necesario para no quebrantar el órden: *Ut servetur ordo in rebus*; que el órden de la divina sabiduria no consiente otra cosa: *Ordo divinæ sapientiæ exigit ne hoc fiat.* Al Sr. Gaduel le parecerá muy bien esto, y ya se miraria mucho antes de calificar de *errónea* una opinion del Doctor Angélico; pero ¿en qué difiere esto de lo que expresa Donoso diciendo que la salvacion del hombre y del ángel sin méritos anteriores *no pudo convenir á las divinas excelencias*?

«En otro pasaje, añade el Sr. Gaduel, afirma Donoso que la *salvacion anterior*

dadera. La bondad que no es razonable, es flaqueza; la misericordia que no es razonable, es debilidad; la justicia que no es razonable, es venganza: y Dios es bueno, misericordioso y justo; no es débil, ni vengativo, ni flaco. Esto supuesto, ¿qué es lo que se intenta cuando se le pide en nombre de su infinita bondad la salvacion anterior á todo merecimiento? ¿Quién no vé aquí que lo que se le pide es una sinrazon, puesto que lo que se le pide es una accion sin su motivo y un efecto sin su causa? ¡Contradiccion singular! el hombre pide á Dios en nombre de su infinita bondad aquello mismo que condena diariamente en el hombre en nombre de su razon limitada: y llama en el cielo obra misericordiosa y justa aquello mismo que llama diariamente en la tierra capricho de mujer nerviosa ó extravagancia de tiranos.

Por lo que hace al infierno, su existencia es de todo punto necesaria para que sea posible aquel perfecto equilibrio que Dios ha puesto en todas las cosas, porque está de una manera sustancial en sus divinas perfecciones. El infierno, considerado como pena, está, con la gloria considerada como galardon, en un perfecto equilibrio; solo la facultad de perderse puede formar en el hombre un equilibrio con la facultad de salvarse; y para que la justicia y la misericordia de Dios fueran igualmente infinitas, era necesario que exis-

---

»á *todo merecimiento seria una injusticia de parte de Dios.*» En la traduccion francesa de 1851 se sustituyen las palabras *sin razon* por la palabra *injusticia*; pero esta version no es inexacta, como lo prueban las mismas palabras subsiguientes á la cláusula anterior, donde se lee: *puesto que lo que se le pide es una accion sin motivo y un efecto sin causa.* El Sr. Donoso habia entendido con Santo Tomás lo peligroso de forjar hipótesis en que seria difícil darse cuenta de la accion divina, y tal seria ciertamente la hipótesis de la salvacion anterior á todo merecimiento, en la cual radica la monstruosa opinion de Lutero y Calvino sobre la inutilidad de las obras meritorias.

tieran simultáneamente, como término de la primera el infierno, como término de la segunda la gloria. La gloria supone el infierno, y de tal manera le supone, que sin él ni puede ser explicada ni concebida. Estas dos cosas se suponen entre sí, como la consecuencia supone su principio, y como el principio supone su consecuencia; y así como el que afirma la consecuencia que está en su principio y el principio que contiene su consecuencia, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una cosa misma, de la misma manera el que afirma el infierno que va supuesto en la gloria, y la gloria que supone el infierno, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una misma cosa. Hay, pues, necesidad lógica de admitir esas dos afirmaciones, ó de negarlas ambas con una negacion absoluta; ántes empero de negarlas, conviene saber lo que negándolas se niega. En el hombre, lo que con negarlas se niega, es la facultad de salvarse y la facultad de perderse; en Dios, lo que con negarlas se niega, es su infinita justicia y su infinita misericordia. A estas negaciones, por decirlo así, personales, se añade otra negacion real: la negacion de la virtud y del pecado, del bien y del mal, del galardon y del castigo; y como con todas estas negaciones se niegan todas las leyes del mundo moral, la negacion del infierno lleva envuelta lógicamente en sí la negacion del mundo moral y de todas sus leyes. Y no se diga que el hombre podia salvarse sin ir á la gloria, y perderse sin ir al infierno: porque todo lo que no sea ir á la gloria ó ir al infierno, ni es pena ni es galardon; no es perderse ni salvarse. La justicia y la misericordio de Dios, ó no son, ó son de una manera infinita; siendo infinitas, se han de terminar, por una parte en el infierno, y por otra parte en la gloria; ó han de ser vanas, que es otra manera de ser como si no fueran.

Ahora bien: si esta laboriosa demostracion da por resultado, por una parte, que la facultad de salvarse supone

necesariamente la facultad de perderse; y por otra, que la gloria supone necesariamente el infierno; se sigue de aquí que el que blasfema contra Dios porque ha hecho el infierno, blasfema contra Dios porque ha hecho la gloria, y que el que pide estar exento de la facultad de perderse, viene á pedir estar exento de la facultad de salvarse.

CAPITULO III.

MANIQUEISMO.—MANIQUEISMO PROUDHONIANO.

Cualquiera que sea la explicacion que pueda darse del libre albedrío del hombre, no cabe duda sino que éste será siempre uno de nuestros más grandes y pavorosos misterios: en todo caso, es fuerza confesar que la facultad dejada al hombre de sacar el mal del bien, el desórden del órden, y de turbar, siquiera sea accidentalmente, las grandes armonías puestas por Dios en todas las cosas creadas, es una facultad tremenda; y considerada en sí sin relacion á lo que la limita y la contiene, hasta cierto punto inconcebible. El libre albedrío dejado al hombre es un don tan alto, tan trascendental, que más bien parece por parte de Dios una abdicacion que una gracia: ved si no sus efectos.

Tended los ojos por toda la prolongacion de los tiempos, y vereis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese rio en que la humanidad va navegando: allí viene haciendo cabeza de motin Adan el rebelde, y luego Cain el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tu-

multo, en el ancho buque que no tiene capitan, las turbias corrientes del gran rio, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulacion sublevada. Y no saben ni á dónde van, ni de dónde vienen, ni cómo se llama el buque que los lleva ni el viento que los empuja. Si de vez en cuando se levanta una voz lúgubremente profética, diciendo:—¡Ay de los navegantes! ¡Ay del buque!,—ni se pára el buque ni la escuchan los navegantes, y los huracanes arrecian, y el buque comienza á crugir, y siguen las danzas lúbricas y espléndidos festines, las carcajadas frenéticas y el insensato clamoreo; hasta que en un momento solemnísimo todo cesa á la vez, los festines espléndidos, las carcajadas frenéticas, las danzas lúbricas, el clamoreo insensato, el crugir del buque y el bramar de los huracanes; las aguas están sobre todo, y el silencio sobre las aguas, y la ira de Dios sobre las aguas silenciosas.

Dios vuelve á obrar, y la nueva obra divina vuelve á ser deshecha por la libertad humana. Un hijo es nacido á Noé, que pone á la vergüenza á su padre; el padre maldice al hijo, y con él á toda su generacion, que será maldita hasta la plenitud de los tiempos. Despues del diluvio vuelve á comenzar la historia antediluviana; los hijos de Dios vuelven á combatir con los hijos de los hombres; aquí se levanta la ciudad divina, y enfrente la ciudad del mundo; en una se rinde culto á la libertad, y en otra á la Providencia; y la libertad y la Providencia, Dios y el hombre, vuelven á reñir aquel gigantesco combate cuyas grandes vicisitudes son el asunto perpétuo de la historia. Los parciales de Dios van en todas partes de vencida; hasta el nombre de Dios, incomunicable y santo, cae en un olvido profundo, y los hombres, en el frenesí de su victoria, se juntan con intento de levantarse una vivienda tan alta que vivan sobre las nubes. El fuego del cielo baja sobre la arrogante vivienda, y Dios confunde en su ira las lenguas de las gentes; las gentes

se dispersan por todos los ámbitos del mundo, y crecen y se multiplican, y llenan todas las zonas y todas las regiones. Aquí se levantan grandes y populosas ciudades, allí se sientan llenos de soberbia y de pompa agigantados imperios; hordas embrutecidas y feroces vagan con insolente ociosidad por bosques inmensos ó por desiertos inconmensurables. Y el mundo arde en discordias, y está como ensordecido con los grandes clamores de la guerra. Los imperios caen sobre los imperios, las ciudades sobre las ciudades, las naciones sobre las naciones, las razas sobre las razas, las gentes sobre las gentes; la tierra es toda universales infortunios y universales incendios. La abominacion de la desolacion está en el mundo. Y el Dios fuerte ¿dónde está? ¿Qué hace, que así abandona el campo á la libertad humana, reina y señora de la tierra? ¿Por qué consiente esa universal rebelion, y ese tumulto universal, y esos ídolos que se levantan, y esos grandes estragos, y esos acumulados escombros?

Un dia llamó á un varon justo y le dijo:—Yo te haré padre de una posteridad tan numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo; de tu dichosísima raza nacerá un dia el Salvador de las gentes; yo mismo la gobernaré con mi providencia, y para que no caiga, diré á mis ángeles que la lleven en las palmas de sus manos; yo seré para ella todo prodigios, y ella atestiguará ante las gentes mi omnipotencia.—Y sus obras fueron conformes á sus palabras. Siendo esclavo su pueblo, le suscitó libertadores; no teniendo ni patria ni hogar, le sacó milagrosamente de Egipto, y le dió un hogar y una patria. Padeció hambre, y le dió hartura; padeció sed, y obedientes á su voz brotaron aguas las rocas; saliéronle al encuentro grandes muchedumbres de enemigos, y la ira de Dios desvió como un nublado esas grandes muchedumbres. Suspendió sus arpas dolientes de los sauces babilónicos, y le volvió á rescatar de su triste cautiverio, y volvió á ver con sus ojos á Jerusalen la santa,

la predestinada, la hermosa. Le dió jueces incorruptibles que le gobernaron en paz y justicia, reyes temerosos de Dios, con renombre de prudentes, gloriosos y sábios; le deputó por embajadores profetas que le descubriesen sus altos designios, y le mostrasen como presentes las cosas futuras (1). Y ese pueblo carnal y duro puso en olvido sus milagros, desechó sus avisos, abandonó su templo, prorumpió en blasfemias, cayó en idolatría, ultrajó su nombre incomunicable, descabezó á sus profetas santísimos, y ardió en discordias y rebeliones.

Cumpliéronse entre tanto las semanas proféticas de Daniel, y vino El que habia de venir enviado por el Padre para la redencion del mundo y para consuelo de las gentes; y viéndole tan pobre, tan manso y tan humilde, despreció su humildad, ultrajó su pobreza, y escarneció su mansedumbre, y se escandalizó, y le vistió vestidura de escarnio; y agitado secretamente por las furias infernales, le hizo apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia en la cruz, despues de haber apurado el cáliz de la infamia en el Pretorio.

Crucificado por los judíos, llamó á los gentiles, y los gentiles vinieron; pero despues de venidos, como antes de que vinieran, siguió el mundo por el camino de su perdicion y como asentado en sombras de muerte. Su santísima Iglesia heredó de su divino fundador y maestro el privilegio de la persecucion y de los ultrajes, y fué ultrajada y perseguida por pueblos, reyes y emperadores. De su propio seno brota-

---

(1) Sin duda que á no haber sido por el temor de rebajar la fuerza y hermosura de esta sucinta y elocuente historia del reinado de la Providencia y del de la libertad humana, el autor no habria dejado de advertir que tampoco la Providencia abandonó á otros pueblos, pues les dió suficientes auxilios para que, convenientemente ayudados por la cooperacion del hombre, hubiesen producido el saludable fruto de su comun salvacion, como puede creerse haber sucedido á algunos individuos. *

ron aquellas grandes herejías que rodearon su cuna, á manera de monstruos dispuestos á devorarla. En vano cayeron derribados á los piés del Hércules divino; la tremenda batalla entre el Hércules divino y el humano, entre Dios y el hombre, vuelve á comenzar; igual es la furia, varios los sucesos; el teatro de la batalla es tan grande, que en los Continentes se extiende de mar á mar, y en el mar, de Continente á Continente, y en el mundo, de un polo al otro polo. Las huestes vencedoras en Europa son vencidas en el Asia; los que sucumben en el Africa, triunfan en América. No hay hombre ninguno que, sabiéndolo ó ignorándolo, no sea combatiente en este recio combate; ninguno que no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento ó de la victoria. Lo mismo combate el forzado en su cadena, que el rey en su trono; lo mismo el pobre que el rico, el sano que el doliente, el sábio que el necio, el cautivo que el libre, el viejo que el mozo, el civilizado que el salvaje. Toda palabra que se pronuncia, ó está inspirada por Dios, ó inspirada por el mundo, y proclama forzosamente de una manera implícita ó explícita, pero siempre clara, la gloria del uno ó el triunfo del otro. En esta singular milicia todos combatimos por alistamiento forzoso; aquí no tiene lugar ni el sistema de los sustitutos ni el de los alistamientos voluntarios. En ella no se conoce ni la excepcion de sexo ni la de la edad; aquí no se escucha al que dice: Soy hijo de viuda pobre; ni á la madre del paralítico, ni á la mujer del estropeado. De esta milicia son soldados todos los nacidos.

Y no me digas que no quieres combatir; porque en el instante mismo en que me lo dices, estás combatiendo; ni que ignoras á qué lado inclinarte, porque en el momento mismo en que eso dices, ya te inclinaste á un lado; ni me afirmes que quieres ser neutral, porque cuando piensas serlo, ya no lo eres; ni me asegures que permanecerás indiferente, porque me burlaré de tí, como quiera que al pronun-

ciar esa palabra ya tomaste tu partido. No te canses en buscar asilo seguro contra los azares de la guerra, porque te cansas vanamente; esa guerra se dilata tanto como el espacio, y se prolonga tanto como el tiempo. Solo en la eternidad, patria de los justos, puedes encontrar descanso, porque solo allí no hay combate: no presumas, empero, que se abran para tí las puertas de la eternidad, si no muestras antes las cicatrices que llevas: aquellas puertas no se abren sino para los que combatieron aquí los combates del Señor gloriosamente, y para los que van, como el Señor, crucificados.

Al poner los ojos en el espectáculo que nos presenta la historia, el hombre no alumbrado con lumbre de fé, va á parar forzosamente á uno de estos dos maniqueismos: al antiguo, que consiste en afirmar que hay un principio del bien y otro principio del mal, que esos dos principios están encarnados en dos dioses, entre los cuales no hay más ley que la guerra: ó el proudhoniano, que consiste en afirmar que Dios es el mal, que el hombre es el bien, que el poder humano y el divino son dos poderes rivales, y que el único deber del hombre es vencer á Dios enemigo del hombre.

Del espectáculo de la perpétua (1) batalla á que está condenado el mundo, se derivan naturalmente estos dos sistemas maniqueos, de los cuales el uno guarda más conformidad con las antiguas tradiciones, y el otro un parentesco mayor con las modernas doctrinas: y fuerza es confesar que, á considerar el hecho notorio de este gigantesco combate en sí mismo, y haciendo abstraccion de la maravillosa armonía que forman, vistas en su conjunto, las cosas humanas

(1) Al calificar de *perpétua* esta batalla, se vé que el autor no ha querido en manera alguna debilitar la objecion maniquea, sino que al contrario ha querido presentarla en toda su fuerza para salirle al encuentro.

y las divinas, las visibles y las invisibles, las creadas y las increadas, ese hecho queda suficientemente explicado por cualquiera de esos dos sistemas.

La dificultad no está en explicar un hecho cualquiera, considerado en sí mismo; no hay hecho ninguno que de esa manera considerado, no pueda explicarse suficientemente bien por cien hipótesis diferentes: la dificultad consiste en llenar la condicion metafísica de toda explicacion, segun la cual, para que la explicacion de un hecho notorio sea valedera, es menester que con ella no sean inexplicables y no queden inexplicados otros hechos notorios y evidentes.

Por cualquier sistema maniqueo se explica lo que por su naturaleza supone un dualismo, y una batalla le supone; pero se deja sin explicacion lo que es uno por su naturaleza; y la razon, aun sin estar alumbrada por la fé, es poderosa para demostrar que ó no existe Dios, ó que si existe es uno. Por cualquier sistema maniqueo se explica la batalla; pero por ninguno se explica la victoria definitiva; como quiera que la victoria definitiva del mal sobre el bien ó del bien sobre el mal, supone la supresion definitiva del uno ó del otro, y no puede ser suprimido definitivamente lo que existe con una existencia sustancial y necesaria. En esta suposicion, por via de consecuencia se saca que hay algo de inexplicable en la batalla misma que parecia explicada suficientemente, como quiera que toda batalla es inexplicable donde toda victoria definitiva es imposible.

Si de lo que hay de generalmente absurdo en toda explicacion maniquea, pasamos á lo que hay de especialmente absurdo en la explicacion proudhoniana, se verá claro que al absurdo general de todo maniqueismo se añaden aquí todos los absurdos particulares posibles, y que aún hay cosas en esa explicacion indignas de la majestad de lo absurdo. En efecto, cuando el ciudadano Proudhon llama bien al mal y mal al bien, no dice una cosa absurda; lo absurdo pide ma-

yor ingenio; dice una bufonada. Lo absurdo no está en decirla; está en decirla sin objeto ninguno. Desde el momento en que se afirma que el bien y el mal coexisten en el hombre y en Dios, local y sustancialmente, la cuestion que consiste en averiguar dónde está el mal y dónde el bien, es una cuestion ociosa: el hombre llamará á Dios el mal, y se llamará el bien á sí propio; y Dios se llamará á sí propio el bien, y llamará el mal al hombre; el mal y el bien estarán en todas partes y en ninguna parte: la única cuestion entonces consiste en averiguar por quién quedará la victoria. Si el mal y el bien son, en esa suposicion, cosas indiferentes, no habia para qué caer en la ridícula puerilidad de contradecir el sentimiento comun del género humano. El absurdo que le es peculiar al ciudadano Proudhon, consiste en que su dualismo es un dualismo de tres miembros, que constituye una unidad absoluta; por donde se ve que su absurdo, más bien que un absurdo religioso, es un absurdo matemático. Dios es el mal, el hombre es el bien: véase ahí el dualismo maniqueo; pero en el hombre, que es el bien, hay una potencia esencialmente instintiva, y otra potencia esencialmente lógica: por la primera es Dios, por la segunda es hombre: de donde se sigue que las dos unidades se descomponen en tres, y eso sin dejar de ser dos; porque fuera del hombre y de Dios no hay bien sustancial ni mal sustancial; no hay combatientes, no hay nada. Veamos ahora cómo las dos unidades, que son tres unidades, se convierten en una sola unidad, sin dejar de ser dos unidades y tres unidades. La unidad está en Dios; porque, además de ser Dios por la potencia instintiva que está en el hombre, es hombre. La unidad está en el hombre; porque siendo hombre por su potencia lógica, es Dios por su potencia instintiva: de donde se sigue que el hombre es hombre y Dios á un mismo tiempo. Resulta de todo que el dualismo, sin dejar de ser dualismo, es trinidad; que la trinidad, sin dejar

de ser trinidad, es dualismo; que el dualismo y la trinidad, sin dejar de ser lo que son, son unidad; y que la unidad, que es unidad sin dejar de ser trinidad, y dualismo sin dejar de ser trinidad, está en dos partes.

Si el ciudadano Proudhon afirmara de sí lo que no afirma, que es enviado; y si demostrara despues lo que no podia demostrar, que su mision es divina, todavía la teoría que acabo de exponer deberia ser rechazada por absurda é imposible. La union personal del mal y del bien, considerados como existiendo sustancialmente, es imposible y absurda, porque envuelve una contradiccion evidente. En la variedad personal y en la unidad sustancial que constituyen el Dios trino y uno del cristiano, así como en la unidad personal y en la variedad sustancial que constituyen al Hijo hecho hombre segun el dogma católico, hay una oscuridad profundísima; no hay, empero, imposibilidad lógica, como quiera que no hay contradiccion en los términos. Si hay mucho de oscuro, nada hay de esencialmente contradictorio á los ojos de la razon, en afirmar de tres personas que tienen por fundamento una misma sustancia; así como no hay nada de contradictorio, aunque sí mucho de oscuro á los ojos de nuestro entendimiento, en afirmar que tres diferentes sustancias están sostenidas por una misma persona. En lo que hay imposibilidad radical, porque hay absurdo evidente y contradiccion palpable, es en afirmar, despues de haber afirmado la existencia sustancial del mal y del bien, que el mal y el bien sustancialmente existentes están sostenidos por una misma persona. ¡Cosa digna de admiracion! El hombre no puede huir de la oscuridad católica, sin condenarse á sí propio á palpar una oscuridad más densa; ni puede huir de aquello que abruma á su razon, sin caer en aquello que la niega, porque la contradice.

Y no se crea que el mundo sigue las pisadas del racionalismo á pesar de sus absurdas contradicciones y de sus

densas oscuridades; las sigue á causa de esas oscuridades densas y de esas contradicciones absurdas. La razon sigue al error á donde quiera que va, como una madre tiernísima sigue, á donde quiera que va, aunque sea al abismo más profundo, al fruto más amado de su amor, al hijo de sus entrañas. El error la dará muerte; mas ¿qué importa, si es madre y muere á manos del hijo?

CAPITULO IV.

DE CÓMO SE SALVA POR EL CATOLICISMO EL DOGMA DE LA PROVIDENCIA Y EL DE LA LIBERTAD, SIN CAER EN LA TEORÍA DE LA RIVALIDAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la incomparable belleza de las soluciones católicas como en su universalidad, ese atributo incomunicable de las soluciones divinas. No bien es aceptada una solucion católica, cuando luego al punto todos los objetos antes oscuros y tenebrosos se esclarecen, la noche se torna dia, y el órden sale del caos. No hay ninguna de ellas en que no esté ese soberano atributo y aquella secreta virtud, de donde procede la grande maravilla del universal esclarecimiento. En esos piélagos de luz no hay más que un punto opaco, aquel en donde está la solucion misma que penetra con su luz esos piélagos profundos. Consiste esto en que, no siendo el hombre Dios, no puede estar en posesion de aquel atributo divino por el cual el Señor de todo lo criado ve todo lo que crió con una luz inefable. El hombre está condenado á recibir de las sombras la explicacion de la luz, y de la luz la explicacion de las sombras. Para él no hay cosa evidente que no proceda

de un impenetrable misterio. Entre las cosas misteriosas y las evidentes hay, sin embargo, la notable diferencia de que el hombre puede esclarecer las evidentes, pero no puede esclarecer las misteriosas. Cuando, para entrar en posesion de esa luz inefable que está en Dios y que no está en él, desecha por oscuras las soluciones divinas, da consigo en el laberinto intrincado y tenebroso de las soluciones humanas. Entonces sucede lo que acabamos de demostrar; que su solucion es particular; como particular, incompleta, y como incompleta, falsa. Considerada á primera vista, parece que resuelve algo; considerada mejor, se ve que no alcanza á resolver nada de lo que parece que resuelve; y la razon, que comienza por aceptarla como plausible, concluye por desecharla por ineficaz, contradictoria y absurda. Esto último quedó completamente demostrado en el capítulo anterior: por lo que hace á la cuestion que venimos discutiendo, despues de haber demostrado la ineficacia evidente de la solucion humana, solo nos falta demostrar la eficacia suprema y altísima conveniencia de la solucion católica.

Dios, que es el bien absoluto, es el supremo hacedor de todo bien; y todo lo que hace es bueno, siendo imposible á un tiempo que Dios ponga en la criatura lo que no tiene, y que ponga todo lo que tiene, en la criatura. Dos cosas son de todo punto imposibles, á saber: que ponga el mal, que no tiene, en alguna cosa, y que ponga en alguna cosa el bien absoluto: ambas imposibilidades son evidentes, como quiera que es imposible concebir que alguno dé lo que no tiene, y que el Criador quede absorbido en la criatura. No pudiendo comunicar su bondad absoluta, que seria comunicarse á sí propio, ni el mal, que seria comunicar lo que no tiene, comunica el bien relativo, con lo cual comunica todo lo que puede comunicar, algo de lo que está en él y que no es él, poniendo entre sí y la criatura aquella semejanza que atestigua la procedencia, y aquella diferencia que atestigua la

distancia. De esta manera toda criatura va diciendo, solo con mostrarse, quién es su Criador, y que ella no es más que su criatura.

Siendo Dios el criador de todo lo criado, todo lo criado es bueno con una bondad relativa. El hombre es bueno en cuanto hombre, el ángel en cuanto ángel, y el árbol en cuanto árbol. Hasta el príncipe que relampaguea en el abismo, y el abismo en donde relampaguea, son cosas buenas y excelentes. El príncipe del abismo es bueno en sí, porque por serlo no ha dejado de ser ángel, y Dios es el criador de la naturaleza angélica, excelente sobre todas las cosas criadas; el abismo es bueno en sí, porque se ordena á un fin que es bueno soberanamente.

Y sin embargo de ser buenas y excelentes todas las esencias criadas, el Catolicismo afirma que el mal está en el mundo, y que son grandes y portentosos sus estragos. La cuestion consiste en averiguar, por una parte, qué cosa es el mal; por otra, en dónde tiene su orígen; y últimamente, de qué manera concurre con su propia disonancia á la universal armonía.

El mal tiene su orígen en el *uso* que hizo el hombre de la facultad de escoger, (1) la cual, como dijimos, constitu-

---

(1) Es decir: el mal comenzó cuando el hombre escogió despues de haberse colocado en punto de negar la verdad, ó sea en la via del mal; mientras que si el hombre no se hubiera apartado de la verdad, su facultad de escoger no habria producido sino bien. No obstante que la frase del autor va aquí conforme con su razonamiento, habria sido quizás más clara para el comun de los lectores, si en vez de la palabra *uso*, hubiese empleado la de *abuso*. *—Aun sin esta nota de la traduccion italiana, creemos que la frase: *El mal tiene su origen en el uso que hizo el hombre de la facultad de escoger*, es suficientemente clara. Si el mal nació del uso que hizo el hombre de su facultad de escoger entre el bien y el mal, evidentemente fué porque escogió el mal, porque usó mal, porque *abusó* de esta facultad; pero tambien es evidente que si la hubiera usado para escoger el bien en lugar del mal, la misma facultad no habría producido sino el bien.

No debemos olvidar que Donoso entiende por *facultad de escoger, la facul-*

ye la imperfeccion de la libertad humana. La facultad de escoger estuvo encerrada en ciertos límites impuestos por la naturaleza de las cosas. Siendo todas buenas, esa facultad no pudo consistir en escoger entre las cosas buenas, que existian necesariamente, y las malas, que no existian de manera ninguna; consistió solo en unirse al bien ó en apartarse del bien, en afirmarle con su union ó en negarle con su apartamiento. El entendimiento humano se apartó del entendimiento divino, lo cual fué apartarse de la verdad; apartado de la verdad, dejó de conocerla. La voluntad humana se apartó de la voluntad divina, lo cual fué apartarse del bien; apartada del bien, dejó de quererle; habiendo dejado de quererle, dejó de ejecutarle; y como, por otra parte, no pudo dejar de poner en ejercicio sus facultades íntimas é inamisibles, que consistian en entender, en querer y en obrar, siguió entendiendo, queriendo y obrando; si bien lo que entendia, apartado de Dios, no era la verdad, que solo está en Dios; ni lo que queria era el bien, que solo está en Dios; ni lo que obró pudo ser el bien, que ni entendia ni queria, y que no siendo ni querido por su entendimiento ni aceptado de su voluntad, no pudo ser el término de sus acciones. El térmi-

---

tad de escoger entre el bien y el mal; pero no por esto niega que exista una facultad de escoger entre diferentes clases de bienes, pues varias veces repite que Dios y los ángeles y los bienaventurados gozan de libre albedrío, aunque no pueden *escoger el mal.* Pero, como quiera que escoger entre cosas buenas es siempre escoger bien, así como escoger entre cosas malas es siempre escoger mal; como todos los actos buenos se refieren á un mismo fin, al cual son contrarios todos los actos malos; como hacer el bien, cualquiera que sea, es por consiguiente querer siempre el mismo fin, así como hacer el mal, cualquiera que sea, es siempre alejarse de ese fin mismo; por todas estas razones, al escoger entre bien y bien, ó entre mal y mal, no lo llama propiamente *escoger* la lengua profundamente filosófica de Donoso, sino que reserva esta palabra para expresar la eleccion entre cosas contrarias, entendiendo por *facultad de escoger*, aquella que los teólogos llaman *libertas contrarietatis*, es decir, opcion libre entre el bien y el mal.

no de su entendimiento fué entonces el error, que es la negacion de la verdad; el término de su voluntad fué el mal, que es la negacion del bien; y el término de sus acciones el pecado, que es la negacion simultánea de la verdad y del bien, manifestaciones diversas de una misma cosa considerada bajo dos puntos de vista diferentes. Negándose por el pecado todo lo que Dios afirma con su entendimiento, que es la verdad, y todo lo que afirma con su voluntad, que es el bien; no habiendo en Dios más afirmaciones que la del bien que está en su voluntad, y la de la verdad que está en su entendimiento; y no siendo Dios sino esas mismas afirmaciones sustancialmente consideradas, se sigue de aquí que el pecado, que niega todo lo que Dios afirma, niega virtualmente á Dios en todas sus afirmaciones; y que negándole, y no haciendo otra cosa sino negarle, es la negacion por excelencia, la negacion universal, la negacion absoluta.

Esa negacion no afectó ni pudo afectar las esencias de las cosas, que existen independientemente de la voluntad humana, y que despues como antes de la prevaricacion, fueron no solo buenas en sí, sino tambien perfectas y excelentes. Empero si el pecado no las quitó su excelencia, las quitó aquella soberana armonía que puso en ellas su divino Hacedor, que es aquella trabazon delicada y aquel órden perfecto con que estaban juntas unas con otras y todas con él, cuando las sacó del caos despues de haberlas sacado de la nada por efecto de su bondad infinita. Segun aquel órden perfecto y aquella trabazon admirable, todas las cosas se movian derechamente hácia Dios con un movimiento irresistible y ordenado. El ángel, espíritu puro abrasado de amor, gravitaba hácia Dios, centro de todos los espíritus, con una gravitacion amorosa y vehemente. El hombre, ménos perfecto, pero no ménos amoroso, seguia con su gravitacion el movimiento de la gravitacion angélica, para confundirse con el ángel en el seno de Dios, centro de las gravitaciones an-

gélicas y humanas. La materia misma, agitada por un secreto movimiento de ascension (1), seguia la gravitacion de los espíritus hácia aquel supremo Hacedor que atraia á sí sin esfuerzo todas las cosas. Y así como todas estas cosas, consideradas en sí, son las manifestaciones exteriores del bien esencial que está en Dios, esta manera de ser es la manifestacion exterior de su manera de ser, como su esencia misma, perfecta y excelente. Las cosas fueron hechas de tal modo, que tuvieron una perfeccion mudable, y otra necesaria é inamisible: su perfeccion inamisible y necesaria fué aquel bien esencial que puso Dios en toda criatura; su perfeccion mudable fué aquella manera de ser con que Dios quiso que fueran cuando las sacó de la nada. Dios quiso que fueran siempre lo que son; no quiso, empero, que fueran necesariamente de la misma manera: sustrajo las esencias á toda jurisdiccion que no fuera la suya; puso por un tiempo el órden en que están, bajo la jurisdiccion de aquellos séres que formó inteligentes y libres. De donde se sigue que el mal, producido por el libre albedrío angélico ó el libre albedrío humano, no pudo ser y no fué otra cosa sino la negacion del órden que puso Dios en todas las cosas criadas; cuya negacion va envuelta en la palabra misma que la significa, con lo cual se afirma lo mismo que se niega: esa negacion se llama desórden. El desórden es la negacion del órden, es decir, de la afirmacion divina, relativa á la manera

---

(1) No se entienda que el autor ha querido con esta frase reconocer en la materia una fuerza propia é intrínseca; pues bien claramente se deduce lo contrario de las palabras con que termina este mismo período, en que dice que era Dios *que traia á sí sin esfuerzo todas las cosas.*

Nótese tambien que al hablar Donoso del *movimiento de ascension* de la materia hácia Dios cuando el hombre conservaba aún su inocencia; y más abajo, al mencionar los desórdenes producidos por el pecado en toda la creacion, tenia presentes aquellas palabras de San Pablo: *Omnis cratura ingemiscit et parturit usque adhuc*, etc.

de ser de todas las cosas. Y así como el órden consiste en la union de las cosas que Dios quiso que estuvieran unidas, y en la separacion de aquellas que quiso que anduvieran separadas; de la misma manera el desórden consiste en unir las cosas que Dios quiso que anduvieran separadas, y en separar aquellas que quiso Dios que estuvieran unidas.

El desórden causado por la rebelion angélica consistió en el apartamiento, por parte del ángel rebelde, de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitacion hácia su Dios en un movimiento de rotacion sobre sí mismo.

El desórden causado por la prevaricacion del hombre fué parecido al causado por la rebelion del ángel, no siendo posible ser rebelde y prevaricador de dos maneras esencialmente diferentes. Habiendo dejado el hombre de gravitar hácia su Dios con su entendimiento, con su voluntad y con sus obras, se constituyó en centro de sí propio, y fué el último fin de sus obras, de su voluntad y de su entendimiento.

El trastorno causado por esta prevaricacion fué grande y profundísimo. Cuando el hombre se hubo apartado de su Dios, luego al punto todas sus potencias se apartaron unas de otras, constituyéndose á sí mismas en otros tantos centros divergentes: su entendimiento perdió su imperio sobre su voluntad; su voluntad perdió su imperio sobre sus acciones; la carne salió de la obediencia en que habia estado del espíritu; y el espíritu, que habia estado sujeto á Dios, cayó en la servidumbre de la carne (1). Todo habia sido antes en el hombre concordancias y armonías; todo fué despues en él guerra, tumulto, contradicciones, disonancias. Su naturaleza

---

(1) Ténganse presentes las advertencias hechas anteriormente en las páginas 38 y 39.

se convirtió de soberanamente armónica en profundamente antitética.

Este desórden causado en él por él mismo, se trasmitió por él al universo y á la manera de ser de todas las cosas; todas le estaban sujetas, y todas se le rebelaran. Cuando dejó de ser esclavo de Dios, dejó de ser príncipe de la tierra; lo cual no nos causará maravilla, si consideramos que los títulos de su monarquía terrenal estaban fundados en su divina servidumbre. Los animales á quien él mismo, en señal de su dominacion, habia puesto sus nombres, dejaron de obedecer á su voz y de entender su palabra y de seguir su mandamiento; la tierra se le llenó de abrojos, el cielo se le volvió de metal, las flores se le rodearon de espinas; la naturaleza entera estuvo como poseida contra él de una furia insensata; los mares, al verle venir, volcaron estrepitosamente sus ondas, y sus abismos resonaron con pavorosos estruendos; las montañas para atajarle el paso levantaron hasta los cielos sus cumbres; por sus campos pasaron los torrentes, y sobre sus frágiles tiendas vinieron los huracanes; los reptiles escupieron en él sus venenos, las yerbas le destilaron sus ponzoñas; en cada paso temió una celada, y en cada celada la muerte.

Una vez aceptada la explicacion católica del mal, se explica naturalmente todo aquello que sin ella y fuera de ella parecia y era en efecto inexplicable. No existiendo el mal de una manera sustancial, sino antes bien negativa, no puede servir de materia á una creacion, con lo cual cae naturalmente la dificultad que nacia de la coexistencia de dos creaciones diferentes y simultáneas. Esta dificultad iba en aumento, al paso que se iba adelantando por este escabroso camino, como quiera que el dualismo de la creacion suponia forzosamente otro dualismo más repugnante todavía á la razon humana: el dualismo esencial de la Divinidad, que ha de ser concebida como una esencia simplicísima, ó no puede ser

concebida de manera ninguna. Juntamente con ese dualismo divino viene por tierra la idea de una rivalidad á un tiempo mismo imposible y necesaria : necesaria, porque dos dioses que se contradicen, y dos esencias que se repugnan, están condenadas por la naturaleza misma de las cosas á una lucha perpétua; imposible, porque siendo la victoria definitiva el objeto final de toda contienda; consistiendo aquí la victoria definitiva en la supresion del mal por el bien, ó del bien por el mal, y no pudiendo ser suprimido ni el uno ni el otro, porque lo que existe de una manera esencial, existe necesariamente; de la imposibilidad de la supresion se seguia la imposibilidad de la victoria, y de la imposibilidad de la victoria, objeto final de la contienda, la imposibilidad radical de la contienda misma. Con la contradiccion divina á que vá á parar forzosamente todo sistema maniqueo, desaparece la contradiccion humana, en que se cae cuando se supone la coexistencia del bien y del mal en el hombre. Esa contradiccion es absurda, y como absurda, inconcebible. Afirmar del hombre que es á un tiempo esencialmente bueno y esencialmente malo, es tanto como afirmar una de estas dos cosas: ó que el hombre es un compuesto de dos esencias contrarias, juntando aquí lo que se ve obligado á separar en la Divinidad el sistema maniqueo; ó que la esencia del hombre es una; y que siendo una, es mala y buena á un tiempo mismo: lo cual es afirmar todo lo que se niega y negar todo lo que se afirma de una misma cosa.

En el sistema católico el mal existe, pero existe con una existencia modal; no existe esencialmente. El mal, así considerado, es sinónimo de desórden; porque no es otra cosa, si bien se mira, sino la manera desordenada en que están las cosas que no han dejado de ser esencialmente buenas, y que por una causa secretísima y misteriosa han dejado de estar bien ordenadas. Por el sistema católico se nos señala esa causa misteriosa y secretísima; y en su señalamiento, si

hay mucho que exceda á la razon, no hay nada que la contradiga y la repugne: como quiera que, para explicar una perturbacion moral en las cosas que aun despues de perturbadas conservan íntegras y puras sus esencias, no hay que recurrir á una intervencion divina, con lo cual no habria proporcion entre el efecto y la causa: basta para explicar el hecho suficientemente, acudir á la intervencion anárquica de los séres inteligentes y libres; como quiera que, si no pudieran alterar de alguna manera el órden maravilloso de la creacion y sus concertadas armonías, no podrian ser considerados ni como libres, ni como inteligentes. Del mal, considerado como accidental y efímero, pueden afirmarse sin contradiccion y sin repugnancia estas dos cosas: la primera, que por lo que tiene de mal, no ha podido ser obra de Dios; la segunda, que por lo que tiene de efímero y de accidental, ha podido ser obra del hombre. De esta manera las afirmaciones de la razon van á confundirse con las afirmaciones católicas.

Supuesto el sistema católico, desaparecen todos los absurdos, y quedan suprimidas todas las contradicciones. Por este sistema, una es la creacion y Dios es uno, con lo cual queda suprimida, con el dualismo divino, la guerra de los dioses. El mal existe, porque si no existiera (1), no podria concebirse la libertad humana; pero el mal que existe es un accidente, no es una esencia; porque si fuera una esencia, y no fuera un accidente, seria obra de Dios, criador de todas las cosas: lo cual envuelve una contradiccion que repugna á un mismo tiempo á la razon humana y á la razon divina. El mal viene del hombre y está en el hombre; y viniendo de él y estando en él, hay en ello una grande conveniencia, lejos de haber en ello contradiccion ninguna. La conveniencia

(1) O no pudiera existir *.

cia está en que, no pudiendo ser el mal obra de Dios, no podria el hombre escogerle si no pudiera crearle, y no seria libre si no pudiera escogerle (1). No hay en ello contradic-

---

(1) En el primer capítulo de este libro, demuestra Donoso que la *facultad de escoger entre el bien y el mal* no es de esencia de la libertad, pues Dios y los ángeles y santos unidos á él en la gloria, no por estar exentos de aquella flaqueza, carecen de libre albedrío, ni dejan de gozar de una libertad perfecta. Aquí afirma Donoso que *el hombre no seria libre, si no pudiera escoger entre el bien y el mal*, y de resultas, entre esta afirmacion y la precedente, encuentra el Sr. Gaduel una *contradiccion palpable* que él describe con el siguiente desenfado: «Algunas »páginas antes, dice, hemos visto que la facultad de escoger no era necesária »para la libertad, y que solo se requeria la facultad de querer: ahora nos halla»mos con que ya no basta la facultad de escoger, sino que hace falta la facultad »de escoger el mal, sin la cual el hombre no seria *ni libre ni inteligente*... No »lo entiendo. Tan palpable contradiccion no puede explicarse sino por la con»fusion que perpétuamente existe en las ideas y en las palabras del Sr. Donoso, »entre la facultad de escoger el mal. y la simple facultad de escoger. Esto es ig»norar las más sencillas nociones de teología.»

Ya hemos notado antes de ahora, que por *facultad de escoger* entiende Donoso la *facultad de escoger entre el bien y el mal*. Esto se ve tan claro en los muchos pasajes citados anteriormente, que para ningun lector imparcial y atento puede ser oscuro. Para enunciar lealmente la idea del Sr. Donoso debia decir el Sr. Gaduel: «Poco há hemos visto que la facultad de escoger entre el bien y el mal no era necesaria á la libertad.»

Donoso dice, con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, en cuanto la voluntad supone la inteligencia; y que si esta se halla determinada necesariamente en el órden de cosas necesarias, de tal manera que el hombre no puede, por ejemplo, negar su asentimiento á los primeros principios, ó no querer la felicidad; no sucede lo mismo en el órden de cosas contingentes, como son las acciones humanas, acerca de las cuales, la inteligencia y la voluntad se determinan con plena libertad, por sí mismas, sin estar determinadas por ninguna necesidad de la naturaleza. La frase del Sr. Gaduel: *Poco há se requeria la simple facultad de querer,* no interpreta fielmente el pensamiento del Sr. Donoso; debia como el autor añadir el Sr. Gaduel con Santo Tomás: «Porque la voluntad sigue »á la inteligencia, y todo sér dotado de inteligencia es libre en cuanto es inteli»gente.»

No es más exacto el Sr. Gaduel, cuando supone que despues de haber dicho Donoso de un modo absoluto: que *la facultad de escoger entre el bien y el mal*

cion ninguna; porque al afirmar el Catolicismo, del hombre, que es bueno en su esencia y malo por accidente, no afirma de él lo mismo que niega, ni niega lo mismo que afirma; como quiera que afirmar del hombre que es malo por acci-

---

no es necesaria á la libertad, añade no ménos absolutamente que la *facultad de escoger entre el bien y el mal es necesaria á la libertad*. En el primer caso, el señor Donoso habla de la libertad en general y no puede poner en su definicion sino lo que conviene á todos los séres libres, cualesquiera que sean; luego la *facultad de escoger el mal* debe ser excluida, por no convenir á Dios, ni á los ángeles, ni á los santos. En el segundo caso, Donoso habla de la *libertad del hombre* viador; luego debe incluir en su definicion las condiciones particulares á que nuestra libertad se halla sometida. En una palabra, Donoso, despues de haber dicho que *la facultad de escoger entre el bien y el mal no es necesaria en el cielo al hombre ni al ángel para ser verdaderamente libres*, añade que aquella misma facultad *es necesaria al hombre en la tierra para ser verdaderamente libre*; pero entre estas proposiciones no hay contradiccion alguna, pues la tierra no es el cielo, y las condiciones del estado de viador son muy distintas de las del estado de bienaventuranza.

El hombre es un sér racional, y por consiguiente libre, dice Donoso con el Doctor Angélico; pero añade, conforme tambien con los Santos Padres, que siendo el hombre criatura, es por consiguiente imperfecto, y puede abusar de su libertad, prefiriendo el error á la verdad, el mal al bien, ó sea pecando, á ménos que por la union con Dios y su posesion en la gloria, quede curado de esta imperfeccion y hecho impecable. Pero, si esto es así, síguese necesariamente, entiéndalo ó no el Sr. Gaduel, que suponer al hombre privado del libre albedrío, es suponerle privado de razon; y que suponerle sin la facultad de escoger el mal, es suponerle privado de libre albedrío, por cuanto el hombre no es Dios, sino una criatura, y criatura en estado de prueba.

La *palpable contradiccion* que atribuye el Sr. Gaduel á Donoso es, pues, imaginaria, lo mismo que la *confusion* que le imputa entre *la facultad de escoger entre el bien y el mal, y la simple facultad de escoger*. En las obras del señor Donoso las palabras *facultad de escoger* tienen constantemente el mismo sentido, y significan la *facultad de escoger entre el bien y el mal*. ¿Dónde está pues la confusion? El Sr. Gaduel es quien está en lo vago y en lo confuso cuando habla de la *simple facultad de escoger*. Pero esta facultad supone la de escoger el mal, pues escoger el mal, es de todos modos escoger. Luego no se puede sin otra explicacion decir que el libre albedrío consiste en esta *simple facultad;* porque entonces Dios no seria libre. El Sr. Gaduel censura á Donoso por afirmar con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, y esto por-

dente y bueno por esencia, no es afirmar de él cosas contradictorias, sino cosas en que no cabe contradiccion, por ser de todo punto diferentes.

Por último, aceptado el sistema católico, cae desplomado el sistema blasfemo é impío, que consiste en suponer una rivalidad perpétua entre Dios y el hombre, entre el Criador y la criatura. El hombre, autor del mal, accidental de suyo y transitorio, no es á manera de Dios, criador, mantenedor y gobernador de todas las esencias y de todas las cosas. Entre esos dos séres apartados entre sí por una distancia infinita, no hay rivalidad imaginable ni competencia posible. En los sistemas maniqueo y proudhoniano, la batalla entre el Criador del bien esencial y el criador del mal esencial era inconcebible y absurda, porque era imposible la victoria; en el sistema católico no cabe la suposicion de la batalla, porque no cabe la suposicion de la contienda entre partes, de las cuales la una ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea incierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de

---

que hay cosas, por ejemplo, la felicidad, que el hombre quiere necesariamente, y no puede dejar de quererlas. Pero lo que la voluntad quiere necesariamente, tambien lo elige por necesidad, así como lo que libremente quiere, libremente lo escoge. Luego, mirados por este aspecto, no hay diferencia alguna entre los términos *querer y escoger*, y de consiguiente, cuando se quiere emplearlos aislados en el discurso, es menester determinar en qué sentido se toman. Esto ha hecho Donoso; el contexto mismo de sus frases demuestra que al usar la expresion *facultad de querer*, no se refiere á la voluntad determinada por una necesidad de la naturaleza, sino á la voluntad en cuanto se determina libremente segun los juicios tambien libres de la inteligencia; y que por *facultad de escoger* entiende, no la voluntad en cuanto escoge entre bien y bien, ó entre mal y mal, sino en cuanto se determina libremente por uno de esos dos contrarios, ó sea en cuanto puede escoger entre el bien y el mal.

donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominacion y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los emperadores: en el primer caso, porque el que es uno, será perpétuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpétuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que ó están decididos antes de trabarse, ó no se deciden despues de trabados.

CAPITULO V.

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

Hasta dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creacion con tan notable desvarío, es cosa sustraida á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradacion juntamente en Adan su espíritu y su carne, por orgulloso aquel y esta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradacion física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus várias manifestaciones.

Ya dijimos que el pecado, causa primitiva de toda degradacion, no fué otra cosa sino un desórden; y como consistiese el órden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinacion jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenian con su Criador, síguese de aquí que el pecado ó el desórden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajacion de esas subordinaciones jerárqui-

cas que tenian las cosas entre sí, y de la absoluta en que estaban respecto del Sér Supremo; ó lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazon en que fueron puestas todas las cosas. Y como quiera que los efectos son siempre análogos á sus causas, todos los efectos de la culpa vinieron á ser hasta cierto punto, lo que ellas, un desórden, una desunion, un desquilibrio. El pecado fué la desunion del hombre y de Dios. El pecado produjo un desórden moral y un desórden físico. El desórden moral consistió en la ignorancia del entendimiento y en la flaqueza de la voluntad: la ignorancia del entendimiento no fué otra cosa sino su desunion del entendimiento divino; la flaqueza de la voluntad estuvo en su desunion de la voluntad suprema. El desórden físico producido por el pecado consistió en la enfermedad y en la muerte: ahora bien, la enfermedad no es otra cosa sino el desórden, la desunion, el desquilibrio de las partes constitutivas de nuestro cuerpo; la muerte no es otra cosa sino esa misma desunion, ese mismo desórden, ese mismo desquilibrio, llevado hasta el último punto. Luego el desórden físico y moral, la ignorancia y la flaqueza de la voluntad, por una parte, y la enfermedad y la muerte, por otra, son una cosa misma.

Esto se verá más claro todavía, solo con considerar que todos estos desórdenes, así físicos como morales, toman una misma denominacion en el punto en donde nacen.

La concupsicencia de la carne y el orgullo del espíritu se llaman con un mismo nombre, el *pecado*: la desunion definitiva del alma y de Dios, y la del cuerpo y del alma, se llaman con un mismo nombre, la *muerte*.

Por donde sé ve que el vínculo entre lo físico y lo moral es tan estrecho, que solo en el medio puede observarse su diferencia, viniendo á ser una misma cosa en su fin y en su principio. ¿Y cómo habia de ser de otra manera, si así lo físi-

co como lo moral viene de Dios y acaba en Dios; si Dios está antes del pecado y despues de la muerte?

Por lo demás, esta estrechísima conexion entre lo moral y lo físico podria ser ignorada de la tierra, que es puramente corpórea, y de los ángeles, que son espíritus puros; pero ¿cómo ese misterio ha de ser una cosa escondida para el hombre, compuesto de un alma inmortal y de una materia corpórea, y que está puesto por Dios en la confluencia de dos mundos?

Ni paró aquí aquella gran perturbacion producida por el pecado; como quiera que no solo Adam quedó sujeto á la enfermedad y á la muerte, sino que tambien la tierra fué maldecida á causa de él y en su nombre.

Por lo que hace á esta tremenda y hasta cierto punto incomprensible maldicion, sin que sea visto que osemos penetrar en tan oscuros arcanos, y reconociendo como reconocemos que los juicios de Dios son tan secretos como maravillosas sus obras, parécenos, sin embargo, que una vez confesada en la teórica la relacion misteriosa que ha puesto Dios entre lo moral y lo físico, y una vez confesada en la práctica, por ser, si bien en cierta manera inexplicable, hasta cierto punto visible en el hombre, todo lo demás es ménos en este misterio profundo; como quiera que el misterio está en esa ley de relacion, más bien que en las aplicaciones que de ella puedan hacerse por vía de consecuencia.

Conviene notar aquí, para el esclarecimiento de esta materia escabrosa, y en comprobacion de cuanto llevamos dicho, que las cosas físicas no pueden considerarse como dotadas de una existencia independiente, como existiendo en sí, por sí y para sí, sino más bien como manifestaciones de las cosas espirituales, que son las únicas que tienen en sí mismas la razon de su existencia. Siendo Dios espíritu puro y principio y fin de todas las cosas, es claro que todas las cosas en su principio y en su fin son espirituales: siendo esto así, ó las

cosas físicas son vanas apariencias y no existen, ó si existen, existen por Dios y para Dios; lo cual quiere decir que existen por el espíritu y para el espíritu; de donde se infiere que siempre que haya una perturbacion, cualquiera que ella sea, en las regiones espirituales, ha de haber forzosamente otra análoga en las regiones corpóreas; no pudiendo concebirse que estén quietas las cosas mismas, cuando hay una perturbacion en lo que es principio y fin de todas las cosas.

La perturbacion, pues, producida por el pecado fué y debió de ser general, fué y debió de ser comun á las regiones altas y á las bajas, á las de todos los espíritus y á la de todos los cuerpos. El rostro de Dios, plácido antes y sereno, se conturbó con la ira; sus serafines mudaron de semblante, la tierra se cuajó de espinas y de abrojos, y se secaron sus plantas, y envejecieron sus árboles, y se agostaron sus yerbas, y dejaron de destilar licor suavísimo sus fuentes, y fué fertilísima en ponzoñas, y se vistió de bosques oscuros impenetrables, pavorosos; y se coronó de montes bravos, y hubo una zona tórrida y otra frigidísima, y fué consumida por el fuego y abrasada por la escarcha, y se levantaron en todos sus horizontes torbellinos impetuosos, y sus ámbitos fueron henchidos con el estruendo de los huracanes.

Puesto el hombre como en el centro de este desórden universal, á un tiempo obra suya y su castigo; desordenado él mismo más honda y radicalmente que el resto de la creacion, quedó expuesto, sin otra ayuda que la de la misericordia divina, á la impetuosa corriente de todos los dolores físicos y de todas las congojas morales. Su vida fué toda tentacion y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupcion su carne. Cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento; cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y

cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños. Su memoria le sirvió de torcedor, su prevision de tormento; su imaginacion no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y miseria (1). Ena-

---

(1) Hé aquí el curioso razonamiento que sobre este pasaje inserta el señor Gaduel:

«El santo Concilio de Trento dice que por el pecado original fué despojado »el hombre de los dones sobrenaturales; pero que en cuanto á los naturales, fué »solamente *herido*, quebrantado. El Sr. Donoso va mucho más allá: porque si »la *sabiduría* del hombre pecador *no es más que ignorancia*, adios su luz natural; »*si su voluntad no es más que flaqueza*, adios su fuerza moral natural; y por úl»timo, *si cada una de sus acciones está acompañada de un arrepentimiento*, en»tonces no hay acciones virtuosas del órden natural; y no hay acto ninguno »que, sin la gracia, no sea pecado. ¡A dónde vamos á parar! Esto es anular no »solamente la gracia sino tambien la naturaleza.»

El sentido de todas esas frases que tanto escandalizan al Sr. Gaduel, es el mismo que el de otras análogas de los teólogos y Santos Padres y escritores ascéticos, y aún de las Sagradas Escrituras. Véase entre otros, el siguiente pasaje de Bossuet: «¿Qué es nuestra vida, dice, sino un contínuo extravío? ¿qué nuestras »opiniones sino otros tantos errores? y ¿qué son nuestros caminos sino ignoran»cia?... Nunca me puedo fiar de solo mi razon humana, pues siendo tan variable »y tan insegura, y cayendo tantas veces como cae en error, no puedo tomarla »por único guía, sin exponerme á peligros manifiestos. Cuando considero en mí »este mar turbulento, si así me es lícito llamar á la razon y á las opiniones hu»manas, imposible me es en espacio tan dilatado hallar asilo tan seguro ni retiro »tan sosegado que no se haya hecho memorable por el naufragio de algun na»vegante famoso. Con razon se quejaba el pacientísimo Job, cuando al recordar »la vehemencia de los dolores y las diversas calamidades que afligen la humana »vida, lamenta con estas ó análogas frases nuestra mísera ignorancia: Vosotros »que atravesais el anchuroso mar, vosotros que nos traeis de lejanas tierras mer»cancías tan preciosas; decidnos si habeis averiguado por ventura, en vuestros »largos y penosos viajes, ¿cuál es el lugar donde reside la inteligencia, y la di»chosa comarca en donde se haya refugiado la sabiduría? *¿Unde sapientia venit »et quis est locus intelligentiæ?* En verdad, que ni los ojos de los mortales acier»tan á verlas ni áun las aves del firmamento, ó sea los espíritus elevados, consi»guen contemplarla: *Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque »cæli latet.* La muerte y la corrupcion, es decir, la edad caduca, y la vejez de»crépita, que agobiadas por el peso de los años parece estar asomada á la puerta »del sepulcro; la muerte, digo, y la corrupcion nos están contínuamente gritan-

morado del bien para el que habia nacido, echó por la senda del mal por donde habia entrado; necesitado de un Dios, cayó en los insondables abismos de todas las supersticiones; condenado á padecer, ¿quién será capaz de hacer el recuen-

---

»do: Al cabo de largas inquisiciones y laboriosas experiencias, hemos oido como »un confuso murmullo, que nada nos deja deciros de cierto: *Perditio et mors »dixerunt: auribus nostris audivimus famam ejus.* (*Job.* XXVIII, 20, 21, 22)... »Es imposible que la profunda ceguedad reinante en las cosas humanas, no »precipitase nuestros afectos en un desarreglo extraño; pues, así como el pi»loto á quien la tempestad y las tinieblas han quitado la luz de la razon al par »de la de los astros, abandona el timon y deja la nave bogar á merced del mar »y de los vientos; así tambien los hombres, perdida ya por sus errores la guía de »los verdaderos principios, se han dejado arrastrar, á merced de sus locuras; »cada cual ha erigido en ídolo sus deseos, y así las reglas de las costumbres han »llegado á verse totalmente pervertidas.» (*Sermon para el Domingo de Quincuagésima. Sobre la ley de Dios*).

«De resultas de nuestro pecado, nuestras inclinaciones naturales se dirigen á »contrarios objetos; pues ciertamente la mayor parte de los hombres sigue su »inclinacion natural; pero no es difícil ver que esto es lo que domina en el mun»do. A primera vista parece que solamente reinan los sentidos y que la razon »está como oprimida y aún estinguida, pues únicamente se la escucha cuando »fomenta las pasiones; solo tenemos apego á las criaturas... Figuráos el hombre »enfermo que poco há os describia; este hombre impotente para todo lo bueno y »que nada *tiene de suyo,* dice el Concilio de Orange, *sino mentira y pecado.* »(*Sermon de Pentecostés.*)

»Así heridos el entendimiento y la voluntad, el uno por la ignorancia, la otra »por su desarreglo; así heridas las dos principales potencias que rigen nuestras »acciones, encuéntrase toda nuestra alma agitada, sumergida en el fondo de otra »desgracia tan lamentable cual es una inconstancia perpétua y una inquie»tud dolorosísima. Corriendo voy errante en pos de cada uno de mis deseos, an»helando encontrar algo que me satisfaga; cada dia formo nuevos propósitos es»perando que los últimos han de colmar mis ansias; hasta que el escarmiento »me dice cuán doloroso es mi engaño. De aquí la irregularidad de mi vida, de aquí »el no tener nunca una norma determinada, de aquí la mezcla de diversas pretensio»nes y aventuras que todas dejan mis deseos frustrados. O yo las falté á ellas, ó ellas »me faltaron á mí; yo las falté cuando no conseguí el fin que me proponia, ellas me »han faltado cuando despues de conseguirlo que yo deseaba, no he podido hallar »lo que me habia prometido. Así pues, continuaré viviendo sin esperanza alguna de »ver mis inquietudes calmadas, hasta hallar, en fin, un objeto sólido que otorgue á

to de sus infortunios? Condenado á trabajar con fatiga, ¿quién sabe el guarismo de sus trabajos? Condenada su frente á perpétuo sudor, ¿quién llevará la cuenta de las gotas de sudor que han caido de su frente?

»mis movimientos alguna consistencia por medio de una verdadera tranquilidad, »y una luz que disipe mis errores, una norma que ordene mis desarreglos, un re»poso donde concluyan mis inconstancias. Estas son, Dios mio, las tres cosas »que me son necesarias, ¿dónde las encontraré? *Cogitavi vias meas.* La pruden»cia humana es siempre vacilante, las reglas de los hombres defectuosas, y los »bienes del mundo no son duraderos; elévese, pues, mi espíritu á más altas re»giones. En la ley de Dios, en su sacrosanta ley, es donde puede hallar el guía »infalible, la regla segura, la paz inmutable.» (*Sermon de Quincuagésima* antes citado).

¿Se atreverá el Sr. Gaduel á expresarse en los siguientes terminos? Pero el Sr. Gaduel dice: «Si fuera de la ley de Dios, es decir, de la verdadera religion, »de la ley sobrenatural, nuestra vida no es más que *un continuo desvario*, si »*nuestras opiniones son otros tantos errores*, si *nuestras vias no son sino igno*»*rancia*, si *la sabiduria está oculta á los ojos de los vivientes*, si *áun los mismos* »*espíritus elevados no pueden contemplarla*, es decir que ya no hay luz natural »en el hombre.»—«Si fuera de la ley de Dios *no reinan más que los sentidos*, si »*la razon está oprimida y amortiguada y no se la escucha sino en cuanto favorece* »*las pasiones*, si *el hombre es impotente para todo bien*, es decir que ya no hay »en él fuerza moral natural.»—«Si fuera de la ley de Dios *toda nuestra alma cae* »*en una inquietud y una inconstancia perpétua, y vaga errante en pos de cada* »*uno de sus deseos buscando algo que la satisfaga;* si *sus esperanzas las ve frus*»*tradas por do quiera*; es decir que ya no hay virtudes naturales, sino que son »pecados todas las acciones que la caridad no informa.»

Ciertamente, el Sr. Gaduel se avergonzaria de argumentar así contra Bossuet, y estoy seguro que si un tradicionalista lo hiciese, él mismo le diria que diese á las formas del lenguaje humano su valor propio, y no tomase en sentido lato y absoluto las expresiones que todos toman en sentido relativo y restringido. Las hipérboles enunciadas al decir *que las opiniones humanas son otros tantos errores, que el hombre es impotente para todo bien, que no halla nada que le satisfaga*, no significan en ningun idioma que el hombre sea incapaz de toda verdad, de toda virtud y de todo contento, á ménos que la índole del autor que las usa, su lógica y su sistema, no autoricen para tomarlas en tan absurdo sentido.

El Sr. Gaduel haria bien en aplicarse á sí mismo esta respuesta, tanto más cuanto aquellas palabras del Sr. Donoso «*cada una de sus acciones estuvo acóm*»*pañada de un arrepentimiento*», no son tan malsonantes como las de Bossuet cuando dice: «El saber *humano es ignorancia, la voluntad humana es flaqueza.*»

Pon al hombre tan alto como sea posible, ó tan bajo como quieras; en ninguna parte estará exento de aquella pena que nos vino de nuestro comun pecado. Si al que está en lo alto no le alcanza la injuria, le alcanza la envidia; si al que está bajo no le alcanza la envidia, le alcanza la injuria. ¿Dónde está la carne que no haya padecido dolor, y el espíritu que no haya padecido congojas? ¿Quién estuvo tan alto que no temiera caer? ¿Quién creyó tan firmemente en la constancia de la fortuna que no temiera sus reveses? Los hombres, en el nacer, en el vivir, en el morir, todos somos unos; porque todos somos culpables y todos somos penados.

Si el nacimiento, si la vida y si la muerte no son una pena, ¿en qué consiste que no nacemos, vivimos y morimos como todo lo demás que nace, vive y muere? ¿Por qué morimos llenos de terrores? ¿Por qué vivimos llenos de congojas? ¿Y por qué cuando nacemos, venimos al mundo con los brazos cruzados en el pecho en postura penitente? ¿Y por qué al abrir los ojos á la luz los abrimos al llanto, y nuestro primer saludo es un gemido?

Los hechos históricos vienen á confirmar los dogmas que acabamos de exponer y todas sus misteriosas consonancias. El Salvador del mundo, con edificacion y pavor profundísimo de los pocos justos que le seguian, y con escándalo de los doctores, borraba los pecados curando las enfermedades, y curaba las enfermedades absolviendo de los pecados; suprimiendo unas veces la causa por medio de la supresion de los efectos, y borrando otras los efectos por medio de la supresion de su causa. Como un paralítico se hubiese puesto en su presencia, en ocasion en que se hallaba rodeado de muchedumbre de doctores y fariseos, alzó la voz y le dijo: «Confía, hijo mio, yo te remito tus pecados.» Escandalizáronse en su corazon los que estaban allí presentes, pareciéndoles, por una parte, que la potestad de absolver era en

el Nazareno orgullo y locura; y por otra, que intentar sanar las enfermedades absolviendo de los pecados era una extravagancia: y como el Señor viese nacer en los corazones de aquellas gentes aquellos pensamientos culpables, añadió luego en seguida: «Y para que á todos sea notorio que el Hijo del hombre tiene en la tierra la potestad de remitir los pecados, levántate, yo te lo ordeno; lleva contigo tu lecho, y vuelve á tu casa»: y así fué hecho como lo dijo; con lo cual vino á demostrar que la potestad de curar y la de absolver son una potestad misma, y que el pecado y la enfermedad son una misma cosa.

Antes de pasar adelante será bueno notar aquí, en confirmacion de cuanto vamos diciendo, dos cosas dignas de memoria: la primera, que el Señor, antes de poner sus hombros al grave peso de los delitos del mundo, estuvo exento de toda enfermedad (1), y aun de todo achaque, porque estaba exento de pecado; la segunda, que cuando puso en su cabeza los pecados de todas las gentes, aceptando voluntariamente los efectos así como aceptaba las causas, y las consecuencias así como aceptaba los principios, aceptó el dolor, mirando en él al compañero inseparable del pecado; y sudó sangre en el Huerto, y sintió dolor con la bofetada en el Pretorio, y desfalleció con el peso de la cruz, y padeció sed en el Calvario y una tremenda agonía en el afrentoso madero, y vió venir la muerte con pavor, y gimió honda y dolorosamente al enviar su espíritu á su santísimo Padre.

Por lo que hace á aquella admirable consonancia de que hablamos entre los desórdenes del mundo moral y los del físico, el género humano la proclama á una voz sin comprenderla, como si un poder sobrenatural é invencible le obligara á dar testimonio al gran misterio: la voz de todas las tradi-

---

(1) «Salvo las muestras generales de pasibilidad que Nuestro Señor quiso dar en algunas ocasiones» dice aquí entre paréntesis la traduccion italiana.

ciones, todas las voces populares, todos los vagos rumores esparcidos por los vientos, todos los ecos del mundo, nos hablan misteriosamente de un gran desórden físico y moral acaecido en los tiempos anteriores al crepúsculo de la historia y aun al crepúsculo de la fábula, á consecuencia de una culpa primitiva, cuya grandeza fué tanta, que ni puede ser comprendida por entendimiento, ni expresada con vocablos. Aun hoy dia es, y si por ventura se desordenan los elementos, y hay mudanzas extrañas en las esferas celestes, y vienen sobre las naciones grandes castigos de discordias, de pestilencias, de hambres; si las estaciones alteran el curso sosegado de su armónica rotacion, y se confunden y traban entre sí una á manera de batalla; si el suelo viene á padecer sacudidas y temblores; y si los vientos, libres de las riendas que refrenan sus ímpetus, se tornan huracanes, luego al punto se levanta de las entrañas de los pueblos, guardadoras de la tremenda tradicion, una voz pertinaz y temerosa, que busca la causa de la insólita perturbacion en un delito poderoso para enojar á Dios y para atraer sobre la tierra las maldiciones del cielo.

Que esos *vagos rumores* (1) son á las veces infundados, y que suelen ser hijos de la ignorancia de las leyes que presiden al curso de los fenómenos naturales, es una cosa evidente; pero no es ménos evidente á nuestros ojos que el error (2) está solamente en la aplicacion y no en la idea, en la consecuencia y no en el principio, en la práctica y no en

---

(1) Muy acertadamente usa aquí el autor la expresion de *vagos rumores*, restringiendo de esta manera en un sentido conveniente la consideracion de que puedan á veces ser infundados los rumores, y que procedan de ignorar el curso de los fenómenos naturales: pues por lo demás, esta voz de los pueblos, que busca la razon del mal físico en el mal moral, aunque alguna vez pueda ser vaga é infundada, está siempre de acuerdo con la enseñanza divina y con la razon natural. *

(2) Cuando lo haya. *

la teórica. La tradicion queda en pié dando perpétuo testimonio á la verdad, á pesar de todas sus falsas aplicaciones. Las muchedumbres pueden errar, y yerran frecuentemente, cuando afirman que tal pecado es causa de tal desórden; pero ni yerran ni pueden errar cuando aseguran que el desórden es hijo del pecado: y cabalmente porque la tradicion, considerada en su generalidad, es la manifestacion y la forma visible de una verdad absoluta, es por lo que es una cosa difícil ó casi de todo punto imposible sacar á los pueblos de los errores concretos que cometen en sus aplicaciones especiales. Lo que la tradicion tiene de verdadero, da consistencia á lo que la aplicacion tiene de falso; y el error concreto vive y crece debajo del amparo de la verdad absoluta.

Ni carece la historia de ejemplos insignes que vienen en apoyo de esta tradicion universal que ha ido trasmitiéndose de padres á hijos, de familia á familia, de raza á raza, de pueblo á pueblo y de region á region, por todo el linaje humano, hasta los remates de la tierra; porque siempre que los delitos han subido sobre cierto nivel y han llenado cierta medida, luego al punto han venido sobre las gentes catástrofes tremendas, y sobre el mundo ásperos vaivenes y rudos sacudimientos. Sucedió primero aquella universal perversion de que nos hablan las santas escrituras, cuando, juntos en una misma apostasía y en un mismo olvido de Dios todos los hombres en la época antediluviana, vivieron sin otro Dios y sin otra ley que sus criminales antojos y sus frenéticas pasiones; y entonces, llenas ya las copas de las iras divinas, vino sobre la tierra aquel gran conflicto y aquella portentosa inundacion de las aguas que todo lo arrastró en el universal estrago y en la comun ruina, y que igualó los montes con los valles. Llegados despues los tiempos á la mitad de su carrera, sucedió que vino al mundo, en cumplimiento de las antiguas promesas y de las antiguas profecías, el Deseado de las naciones: fué la época de su venida nombrada entre to-

das por la perversidad y malicia de los hombres y por la corrupcion universal de las costumbres. Añadióse á esto que en un dia de triste y de llorosa memoria, el más lloroso y el más triste de cuantos iban corridos desde la creacion, un pueblo ciego é insensato, como si estuviera tomado del vino, se levantó, descompuesto su rostro con el frenesí de la cólera, tomó á su Dios con su mano y le hizo asunto de sus ludibrios, y acumuló sobre él todas sus afrentas, y cargó sus mansísimos hombros con todas las ignominias; y le puso en lo alto, y le dió muerte de cruz en medio de dos ladrones. Entónces tambien se vió rebosar la copa de los divinos enojos, y el sol retrajo sus rayos, y el velo del templo dió un temeroso crujido, y se abrieron grietas en las rocas, y la tierra toda padeció desmayos y temblores.

Otros y otros ejemplos pudieran traerse aquí en confirmacion de las misteriosas armonías que se observan entre las perturbaciones físicas y las morales, y en abono de la universal tradicion que en todas partes las consigna y las proclama; pero la sobriedad que nos hemos propuesto, por una parte, y por otra, la grandeza de los que dejamos consignados, nos inclina á dar por terminado este asunto.

CAPITULO VI.

DE LA PREVARICACION ANGÉLICA Y LA HUMANA GRANDEZA Y ENORMIDAD DEL PECADO.

Hasta aquí he expuesto la teoría católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado, que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueran con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto, hacer aquí una relacion seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraiso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar, y que de ninguna otra cosa servirian sino de oscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoría católica se aventaja á las demás por la altísima conveniencia de todas

sus soluciones; ahora veremos de qué manera los hechos en que se funda, considerados en sí mismos, aventajan á todas las historias primitivas, por lo que tienen de grandes y de dramáticos. Antes sacamos su belleza por comparaciones y deducciones; ahora admiraremos en ellos mismos, sin apartar los ojos á otros objetos, su incomparable belleza.

Antes que el hombre, y en tiempos sustraidos á las investigaciones humanas, habia criado Dios á los ángeles, criaturas felicísimas y perfectísimas, á quienes fué dado mirar de hito en hito los clarísimos resplandores de su faz, anegados en un piélago de inenarrables deleites, y sumergidos perpétuamente en su perpétuo acatamiento. Eran los ángeles espíritus puros, y las excelencias de su naturaleza mayores que las de la naturaleza del hombre, compuesto de un alma inmortal y del barro de la tierra. Por su naturaleza simplícisima dábase el ángel la mano con Dios, mientras que por su inteligencia, por su libertad y por su sabiduría limitada, habia sido hecho para darse la mano con el hombre; así como el hombre, por lo que tuvo de espiritual, estuvo en comercio con el ángel, y por lo que tuvo de corporal, con la naturaleza física, puesta toda al servicio de su voluntad y en la obediencia de su palabra. Y todas las criaturas nacieron con la inclinacion y la potestad de trasformarse y subir por la escala inmensa que, comenzando en los séres más bajos, iba á acabar en aquel Sér altísimo que es sobre todo sér, y á quien los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles conocen con un nombre que es sobre todo nombre. La naturaleza física anhelaba por subir, hasta espiritualizarse, en cierta manera, á semejanza del hombre; y el hombre hasta espiritualizarse más á semejanza del ángel; y el ángel á asemejarse más á aquel sér perfectísimo, fuente de toda vida, criador de toda criatura, cuya alteza ninguna medida mide, y cuya inmensidad ningun cerco comprende. Todo habia nacido de Dios, y subiendo debia volver á Dios, que era

su principio y su orígen: y porque todo habia nacido de él y habia de volver á él, no habia nada que no contuviese en sí una centella más ó ménos resplandeciente de su hermosura.

De esta manera la variedad infinita estaba reducida de suyo á aquella amplísima unidad que crió todas las cosas, que puso en ellas un concierto pasmoso y una trabazon admirable, apartando todas las que estaban confusas y recogiendo las que estaban derramadas. Por donde se ve que el acto de la creacion fué complejo y que se compuso de dos actos diferentes; conviene á saber: de aquel por medio del cual dió Dios la existencia á lo que antes no la tenia; y de aquel otro por medio del cual ordenó todo aquello á que habia dado la existencia. Con el primero de estos actos reveló su potestad de crear todas las sustancias que sustentan todas las formas; con el segundo, la que tenia de crear todas las formas que embellecen á todas las sustancias. Y de la misma manera que no hay otras sustancias fuera de las creadas por Dios, no hay tampoco otra belleza fuera de la que él puso en las cosas. Por eso el universo, que es la palabra con que se significa todo lo criado por Dios, es el conjunto de todas las sustancias; y el órden, que es la palabra con que se significa la forma que Dios puso en las cosas, es el conjunto de todas las bellezas. Fuera de Dios no hay criador; fuera del órden no hay belleza; fuera del universo no hay criatura.

Si en el órden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; y si la belleza, la justicia y la bondad son una misma cosa mirada por aspectos diferentes, síguese de aquí, que fuera del órden establecido por Dios no hay bondad, ni belleza, ni justicia; y como estas tres cosas constituyen el supremo bien, el órden que á todas las contiene es el bien supremo.

No habiendo ninguna especie de bien fuera del órden, no

hay nada fuera del órden que no sea un mal, ni mal ninguno que no consista en ponerse fuera del órden; por esta razon, así como el órden es el bien supremo, el desórden es el mal por excelencia; fuera del desórden no hay ningun mal, como fuera del órden no hay bien ninguno.

De lo dicho se infiere que el órden, ó lo que es lo mismo, el bien supremo, consiste en que todas las cosas conserven aquella trabazon que Dios puso en ellas cuando las sacó de la nada; y que el desórden, ó lo que es lo mismo, el mal por excelencia, consiste en romper aquella admirable trabazon y aquel sublime concierto.

No pudiendo ser rota aquella trabazon, ni este concierto quebrantado sino por quien tenga una voluntad y un poder, hasta cierto punto y en la manera que esto es posible, independientes de la voluntad de Dios, ninguna criatura fué poderosa para tanto, sino los ángeles y los hombres; únicas entre todas hechas á imágen y semejanza de su Hacedor, es decir, inteligentes y libres. De donde se sigue que sólo los ángeles y los hombres pudieron ser causadores del desórden, ó lo que es lo mismo, del mal por excelencia.

Los ángeles y los hombres no pudieron alterar el órden del universo sino rebelándose contra su Hacedor; de donde se infiere que para explicar el mal y el desórden, es necesario suponer la existencia de ángeles y de hombres rebeldes.

Siendo toda desobediencia y toda rebeldía contra Dios lo que se llama un pecado, y siendo todo pecado una rebeldía y una desobediencia, síguese de aquí que ni puede concebirse el desórden en la creacion, ni el mal en el mundo, sin suponer la existencia del pecado.

Si el pecado no es otra cosa sino la desobediencia y la rebeldía, ni la desobediencia ni la rebeldía sino el desórden, ni el desórden sino el mal, síguese de aquí, que el mal, el desórden, la rebeldía, la desobediencia y el pecado, son cosas

en que la razon encuentra una identidad absoluta; así como el bien, el órden, la sumision y la obediencia, son cosas en que encuentra la razon una completa semejanza. De donde se viene á concluir que la sumision á la voluntad divina es el bien sumo, y el pecado el mal por excelencia.

Cuando todas las criaturas angélicas estaban obedientes á la voz de su Hacedor, mirándose en su rostro, anegándose en sus resplandores y moviéndose sin tropiezo y con una concertada armonía al compás de su palabra, sucedió que entre los ángeles el más hermoso (1) apartó los ojos de su Dios

---

(1) El Sr. Donoso adopta la opinion comun, y que Santo Tomás tiene como la más probable, segun se vé por el siguiente pasaje de la *Summa*. (I, q. LXIII. 7):

«*El primer ángel que pecó*, dice San Gregorio *(Homil. III in Evangelia, de »centum ovibus) como capitan que era de todas las milicias angélicas, sobrepuja»ba la medida de la luz que estos tenian, y era el más luminoso de todos.* En el »pecado hay que considerar dos cosas: la tendencia y el motivo. Si considera»mos la tendencia al pecado, parece que los ángeles inferiores debieron pecar »ántes que los superiores. Por eso dice San Juan Damasceno (lib. II, cap. IV.): »*El más grande entre los que pecaron, era el gobernador inmediato de las cosas »terrestres*; opinion que parece conforme á la de los platónicos, citada por San »Agustin *Ciudad de Dios*, VIII y X), y segun la cual *todos los dioses son buenos, »pero entre los demonios, unos son buenos, y otros malos.* Aquí se llaman *dioses* »á las sustancias intelectuales que residen por cima de nuestro sistema planetario, »y *demonios* á la sustancias intelectuales que habitan nuestras regiones sublunares, aunque son de naturaleza superiores á la del hombre. Esta opinion no hay »motivo para tenerla por contraria á la fé; pues gobernando Dios toda la crea»cion corporal por medio de los ángeles, segun San Agustin lo enseña (*De Tri»nit, II,* 4), nada nos impide creer que por divina ordenacion, á los ángeles in»feriores fué encomendado el gobierno de los cuerpos inferiores; á los ángeles »superiores el de los cuerpos superiores, y á los primeros de todos el servicio de »Dios. Siguiendo esta opinion, dice San Juan Damasceno que los ángeles que »pecaron, pertenecian al órden inferior, si bien no todos los de este órden peca»ron, pues algunos permanecieron fieles.

»Si consideramos ahora el motivo del pecado, veremos que este motivo tenia »mayor fuerza en los ángeles superiores que en los inferiores. El pecado de los »demonios fué la soberbia segun dejamos demostrado; pero el motivo de la so-

para ponerlos en sí mismo, quedando como arrebatado en su propia adoracion, y como extático en presencia de su hermosura. Considerándose como subsistente por sí y como el último fin de sí propio, quebrantó aquella ley universal é inviolable, segun la cual lo que es diverso tiene su fin y su principio en lo que es uno, que comprendiéndolo todo y no siendo comprendido por nada, es el continente universal de todas las cosas, así como es el potentísimo Criador de todas las criaturas.

Aquella rebeldía del ángel fué el primer desórden, el primer mal y el primer pecado, raiz de todos los pecados, de todos los males y de todos los desórdenes que habian de venir sobre la creacion, y en particular sobre el humano linaje en los tiempos subsiguientes.

Porque como el ángel caido, sin hermosura ya y sin luz, viese al hombre y á la mujer en el paraiso, tan limpios, resplandecientes y hermosos con los resplandores de la gracia, sintiendo en sí honda tristeza por el ageno bien, formó el propósito de arrastrarlos en su condenacion, ya que no le era dado igualarse con ellos en su gloria; y tomando la figura de la serpiente, que en adelante habia de ser símbolo del

---

»herbia es la excelencia de la naturaleza, la cual es mayor en los ángeles supe»riores, y aún por esto, San Gregorio dice que el primer ángel que pecó fué el »más encumbrado de todos. Esto parece lo más probable, pues el pecado del án»gel procedia del libre albedrío, y no de inclinacion alguna al pecado; luego en »esta cuestion han de tener más fuerza las razones que se refieren al motivo, que »las relativas á la inclinacion al mal. No es concluyente, sin embargo, esta doc»trina contra la otra opinion, porque el motivo del pecado puede tambien tener »alguna fuerza, con respecto al príncipe de los ángeles inferiores.»

La mayor parte de los Santos Padres, siguiendo á San Gregorio, enseñan que el jefe de los ángeles rebeldes fué el más grande y el primero de entre ellos: y esta opinion parece tambien la más conforme á los pasajes de Isaías (XIV, 12), y Ecequiel (XXVIII y 12 y siguientes, XXXI, 7 y siguientes), pasajes que los intérpretes aplican al príncipe de los demonios, aunque tambien puedan, en rigor, aplicarse al jefe de los ángeles inferiores.

engaño y de la astucia, horror de la naturaleza humana y asunto de la cólera divina, entró por las puertas del paraiso terrenal, y deslizándose por sus yerbas frescas y olorosas, circundó á la mujer con aquellas sutilísimas redes en que cayó su inocencia con pérdida de su ventura.

Nada hay que iguale á la sublime sencillez con que resplandece la relacion mosáica de esta solemne tragedia, cuyo teatro era el paraiso terrenal, cuyo testigo era Dios, cuyos actores eran, por una parte el Rey y Señor de los abismos, por otra los reyes y señores de la tierra; cuya víctima habia de ser el género humano, y cuyo desenlace triste y lloroso habian de lamentar la tierra en sus movimientos, los cielos en sus cursos, los ángeles en sus tronos, y los desventurados hijos de aquellos padres desventurados en estos nuestros valles sin luz, con perpétuas lamentaciones.

—«¿Por qué os ha prohibido Dios comer el fruto de todos los árboles del paraiso?»—De esta manera comenzó su plática la serpiente; y luego al punto sintió la mujer despertarse en su corazon aquella vana curiosidad, causa primera de su culpa. Desde este momento su entendimiento y su voluntad, acometidos no sé de qué desmayo suave, comenzaron á apartarse de la voluntad de Dios y del entendimiento divino.

—«El dia en que de ese fruto comais se abrirán vuestros ojos, y sereis, á manera de dioses, conocedores del bien y del mal.»—Bajo la influencia maléfica de esa palabra sintió la mujer en su corazon los primeros vértigos del orgullo; poniendo los ojos en sí con complacencia, la faz de Dios se le veló en aquel punto.

Orgullosa y vana puso los ojos en el árbol de las ilusiones infernales y de las amenazas divinas, y vió que era hermoso á la vista, y adivinó que habia de ser sabroso al paladar, y sintió abrasarse sus sentidos con el hasta entonces desconocido incendio de corrosivos deleites; y la curiosidad de los ojos, y el deleite de la carne, y el orgullo del espíri-

tu, juntos en uno, acabaron con la inocencia de la primera mujer, y luego con la inocencia del primer hombre; y las esperanzas atesoradas para su descendencia se tornaron en humo desvanecido en el ambiente.

Y luego se conturbó el universo todo cuan grande es; y el desórden, comenzado en lo más alto de la escala de los séres creados, fué comunicándose de unos en otros, hasta no dejar ninguna cosa en el lugar y punto en que habia sido puesta por su Hacedor soberano. Aquel anhelo ingénito en toda criatura por subir y remontarse hasta el trono de Dios, se trocó en anhelo por bajar hasta no sé qué abismo sin nombre; como quiera que apartar los ojos de Dios, era como buscar la muerte y despedirse de la vida.

Por mucho que ahonde el hombre en el abismo sin fin de la sabiduría; por alto que se remonte en la investigacion de los más recónditos misterios, ni se remontará tanto, ni ahondará tanto, que sea poderoso para rodear con sus ojos el grande estrago de aquella primera culpa, en la que todas las siguientes estaban encerradas como en su fertilísima semilla.

No: no puede el hombre, no puede el pecador, ni concebir siquiera la grandeza y la fealdad del pecado. Para entender cuán grande es y cuán terrible y cuán henchido está de desastres, era menester dejar de considerarle bajo el punto de vista humano, para considerarle bajo el punto de vista divino; como quiera que siendo la Divinidad el bien, y el pecado el mal por excelencia; siendo la Divinidad el órden, y el pecado el desórden; siendo la Divinidad una afirmacion completa, y el pecado una negacion absoluta; siendo la Divinidad la plenitud de la existencia, y el pecado su absoluto desfallecimiento; entre la Divinidad y el pecado, así como entre la afirmacion y la negacion, y entre el órden y el desórden, y entre el bien y el mal, y entre el sér y el no sèr, hay una distancia inconmensurable, una contradiccion invencible, una repugnancia infinita.

Ninguna catástrofe es poderosa para poner turbacion en la Divinidad, ni para alterar la quietud inefable de su rostro. Vino el diluvio universal sobre las gentes, y vió Dios la tremenda inundacion, considerada en sí misma y separada de su causa, con sereno semblante: porque sus ángeles eran los que, obedientes á su mandato, abrian las cataratas del cielo, y porque su voz era la que mandaba á las aguas que encumbraran los montes y que rodearan todo el orbe de la tierra. Vienen de los puntos del horizonte nublados que se juntan como un negro promontorio; y el rostro de Dios está tranquilo, porque su voluntad es la que hace los nublados, su voz es la que los llama, y ellos vienen; la que les manda que se junten, y ellos se juntan; él es el que envia los vientos que los han de llevar sobre alguna ciudad pecadora, y el que si así cumple á sus designios, prende y ata las aguas, y detiene el rayo en la nube, y con delgado soplo la va desvaneciendo por los aires. Sus ojos han visto levantarse y caer todos los imperios; sus oidos han escuchado las plegarias de naciones asoladas por el hierro de la conquista, por el azote de la peste, por la servidumbre y por el hambre; y su rostro ha permanecido sereno é impasible, porque él es el que hace y deshace como vanos juguetes los imperios del mundo; él es el que pone el hierro en la diestra de los conquistadores; él es el que envía los tiranos á los pueblos culpables, y el que oprime á las naciones descreidas con el hambre y con la peste, cuando así cumple á su justicia soberana.

Hay un lugar pavoroso, asunto de todos los horrores y de todos los espantos y de todos los tormentos, en donde hay sed insaciable sin ninguna fuente, hambre perpétua sin género de hartura; en donde los ojos no ven nunca ningun rayo de luz, ni los oidos oyen ningun sonido apacible; en donde todo es agitacion sin reposo, llanto sin intermision, pesar sin consuelo. Todas son allí puertas de entrada, ninguna de salida. En su dintel muere la esperanza, y se inmortaliza la memo-

ria. Los términos de ese lugar Dios solo los conoce; la duracion de esos tormentos es de una sola hora, que nunca se acaba. Pues bien, ese lugar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres, y el cielo para los ángeles y para los santos. El infierno denuncia su justicia, como la tierra su bondad, y el cielo su misericordia. Las guerras, las inundaciones, las pestes, las conquistas, las hambres, el infierno mismo son un bien; como quiera que todas estas cosas se ordenan convenientemente entre sí con relacion al fin último de la creacion, y que todas ellas sirven de provechosos instrumentos de la justicia divina.

Y porque todas son un bien, y porque han sido hechas por el autor de todo bien, ninguna de ellas puede alterar ni altera la inenarrable quietud y el inefable reposo del Hacedor de las cosas. Nada le pone horror sino lo que él no ha hecho; y como ha hecho todo lo que existe, nada le pone horror sino la negacion de lo que él ha hecho; por eso le pone horror el desórden, que es la negacion del órden que él puso en las cosas, y la desobediencia, que es la negacion de la obediencia que se le debe. Esa desobediencia, ese desórden, son el supremo mal; como quiera que son la negacion del supremo bien, en lo cual consiste el mal supremo. Pero la desobediencia y el desórden no son otra cosa sino el pecado; de donde se sigue que el pecado, negacion absoluta por parte del hombre, de la afirmacion absoluta por parte de Dios, es el mal por excelencia, y el único que pone horror á Dios y á sus ángeles.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Él el que cavó el sepulcro de las ciudades más ínclitas y llenas de gente.

Él presidió á los funerales de Babilonia la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis la hija del Sol, de Menfis la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalen la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres: y lo que es más todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo Cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reir, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenia puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalen, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los pies en el Huerto, y el horror del pecado era el que ponia en él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó: el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.

CAPITULO VII.

DE CÓMO DIOS SACA EL BIEN DE LA PREVARICACION ANGÉLICA Y DE LA HUMANA.

De todos los misterios, el más pavoroso es este de la libertad, que constituye al hombre señor de sí mismo, y le asocia á la Divinidad en la gestion y en el gobierno de las cosas humanas.

Consistiendo la libertad imperfecta dada á la criatura en la facultad suprema de escoger entre la obediencia y la rebeldía hácia su Dios, otorgarle la libertad viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de alterar (1) la inmaculada belleza de sus creaciones; y como quiera que en esa belleza inmaculada consiste el órden y la armonía del universo, otorgarle la facultad de alterarla viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de sustituir el órden con el desórden, la armonía con la perturbacion, el bien con el mal.

Este derecho, (2) aun encerrado en los límites que diji-

---

(1) Abusando, claro está, de esa libertad misma. *

2) Es decir, este poder de abusar. * —Esta nota, lo mismo que la anterior, una y otra de la edicion italiana, como lo indica el asterisco con que van señaladas, tiene por objeto fijar la atencion del lector sobre el sentido, claramente in-

mos, es tan exorbitante, y esta facultad tan monstruosa, que el mismo Dios no hubiera podido otorgarla, si no hubiera estado cierto de convertirla en instrumento de sus fines, y de atajar sus estragos con su poder infinito (1).

---

dicado en el texto de Donoso, pues de suyo es evidente que tener la facultad de escoger entre la obediencia y la rebelion, es tener el poder de *abusar*, sin el cual no existiria esta facultad; como tambien es evidente que de ello se *abusa*, es decir, *se usa mal* siempre que se la *usa* para rechazar lo bueno y abrazar lo malo.

(1) El Sr. Donoso habia aprendido esta doctrina de San Agustin, que *(Enchir.* XI) se expresa en los siguientes términos: «Dios, dueño soberano de todas »las cosas, y que tiene la bondad y el poder sin límites, no permitiria el mal en »sus obras, si no fuese bastante poderoso y bastante bueno para sacar de ellas el »bien.» Además, en la *Ciudad de Dios* (libro XI, n. 17 y 18) dice: «Dios, creador »soberanamente bueno de las naturalezas, que todas son buenas, es tambien or»denador soberanamente justo de las voluntades malas, y lo es de tal modo, que »se sirve de ellas para hacer el bien, así como ellas se sirven de criaturas exce»lentes para hacer el mal. Por lo cual Dios ha querido que el diablo, creado »bueno y hecho malo por su propia voluntad, fuese en las regiones inferiores, á »donde está relegado, juguete de los ángeles, que truecan en provecho de los san»tos las tentaciones con que él trata de perderlos. Cuando Dios creó al diablo, no »ignoraba cuál habia de ser su malicia, pero veia tambien en su presciencia cuán»tos bienes sabria el mismo Dios sacar del mal que esta malicia misma oca»sionara; por esto dice el salmo: Este dragon que criaste para burlarte de él. »*Draco iste, quem formasti, ad illudendum ei* (Salmo CIII, 26): palabras por »cierto muy propias para enseñarnos cómo en el momento mismo en que Dios »por su bondad creó bueno al diablo, disponia ya en su presciencia cómo se ha»bria de servir de él cuando pecase; pues no crearia Dios un solo ángel, ni un »hombre siquiera, si conociendo con su presciencia que este hombre ó ángel ha»bia de pecar, no viese al mismo tiempo qué medios habia de emplear para »convertir este mal en provecho de los justos.»

En varios pasajes de este capítulo, expresa Donoso con la palabra *derecho* la facultad de pecar; y con este motivo, dice el Sr. Gaduel:

«Con perdon del respetable escritor, le diré que la facultad de pecar no con»fiere de manera alguna *derecho*: Dios ha podido dejar al hombre la facultad del »mal para probarle, pero no conferirle *derecho* de obrar el mal.» «*Este derecho es* »*tan exorbitante, y esta facultad tan monstruosa*, dice el Sr. Donoso, que el mis»mo Dios no hubiera podido otorgarla, si no hubiera estado cierto de convertirla »en instrumento de sus fines, y de atajar sus estragos con su poder infinito.»

La razon suprema de existir la facultad concedida á la criatura de convertir el órden en desórden, la armonía en perturbacion, el bien en mal, está en la potestad que tiene Dios de convertir el desórden en órden, la perturbacion en

---

«No puede decirse que el derecho de obrar el mal sea *exorbitante ni monstruoso*, porque semejante derecho no existe. El derecho, segun todos los jurisconsultos y todos los teólogos, es la facultad legítima de poseer ó de hacer alguna cosa; *Jus est legitima facultas aliquid habendi vel faciendi.* Y en cuanto á la facultad de obrar el mal, tampoco se la puede llamar monstruosa, pues si esto fuera, ¿cómo habia de haberla tenido el hombre inocente, al salir de las manos del Criador? Lo monstruoso es el ejercicio de esta facultad, y no la facultad misma. En estas graves materias son imperdonables estas incorrecciones de estilo.»

Si el Sr. Gaduel hubiera consultado el Diccionario de la lengua castellana, habria visto que la palabra *derecho* no solo corresponde al *jus* latino, sino tambien á la palabra *potestas*. Por otra parte, se vé tan claro que el Sr. Donoso toma la palabra *derecho* en esta segunda acepcion, que la crítica del Sr. Gaduel parece más bien una triquiñuela pueril.

En rigor, sólo Dios tiene derechos, pues solo él los tiene de sí mismo, y solo ante sí mismo ha de justificar el uso que de ellos haga. Todos los derechos del hombre le vienen de Dios y á Dios debe cuenta de cómo los ejercita: no son pues derechos absolutos sin restriccion ni condicion, y por tanto no son propiamente hablando *derechos*, bien que así los apellide la pobreza del humano lenguaje. Todo humano derecho supone junto con el poder de usar, el poder de abusar, bien que sólo hasta cierto punto, y salvo la cuenta que hay que dar á un poder superior, y la pena consiguiente si el abuso pasa de ciertos límites. El poder concedido á un rey, por ejemplo, á un padre de familia, á un propietario, etc., no se le concede sino para lo bueno; luego cuantas veces usa de él para algo malo, prevarica.

¿Pero, síguese por ventura de aquí que cuando se usa mal de este poder, aunque sin traspasar los límites marcados por la ley, se deja de ejercer dicho poder con verdadero derecho? Afirmar esto seria hacer vano todo derecho y toda sociedad imposible, pues todo hombre por su propia imperfeccion nativa, siempre abusa más ó ménos del derecho que tiene. Lo propio sucede con el poder que Dios nos ha dado de ejercer nuestro libre albedrío, segun la condicion del estado imperfecto en que vivimos, es decir, escogiendo libremente entre el bien y el mal. Este poder constituye en nosotros un derecho, tomando esta palabra en el sentido impropio que la usa el lenguaje humano. ¿Podrá el Sr. Gaduel prohibirnos decir que el hombre tiene derecho á usar de su libre albedrío? No. Pero decir esto, es conceder que el hombre tiene derecho de escoger entre el bien y el

armonía, y el mal en bien. Suprimida esta altísima potestad en Dios, seria lógicamente necesario, ó suprimir aquella facultad en la criatura, ó negar á un mismo tiempo la divina inteligencia y la omnipotencia divina.

Si Dios permite el pecado, que es el mal y el desórden por excelencia, consiste esto en que el pecado, lejos de impedir su misericordia y su justicia, sirve de ocasion para nuevas manifestaciones de su justicia y de su misericordia. Suprimido el pecador rebelde, no por eso hubieran quedado suprimidas la divina misericordia y la justicia soberana; hubiera quedado empero suprimida una de sus manifestaciones especiales: aquella en virtud de la cual se aplican á los rebeldes pecadores (1).

---

mal, y por consiguiente, el derecho de escoger, querer y hacer el mal. Que si en vez de decir *derecho*, deberíamos usar la palabra *poder*, pregunto, por una parte, si un poder ilegítimo es verdadero poder; y por otra, si un poder que Dios declara no querer quitar, no constituye un verdadero *derecho*. ¿Preferiremos la palabra *facultad*? Entonces pregunto si tenemos ó no poder y derecho de ejercer una facultad que poseemos por naturaleza y que Dios ha querido dejarnos. ¿Qué importan las palabras cuando el pensamiento es claro, cuando en todo caso, se sobreentiende que el mal es el mal, y quien lo hace es culpable, y él mismo se condena al eterno suplicio? El derecho de hacer el mal no es en definitiva sino el derecho de rechazar la gloria y preferir el infierno: es así que el infierno existe y está poblado de condenados y demonios: luego Dios ha dejado ese derecho á los ángeles y á los hombres.

El Sr. Gaduel se escandaliza con esta frase: *La facultad de hacer el mal es una facultad monstruosa*. Ciertamente, considerada en la criatura y con respecto á ella, la facultad de hacer el mal no es mostruosa, porque esta es enfermedad inherente á su naturaleza de criatura, la cual, no siendo de por sí más que pura nada, tiende por consecuencia á la nada, al desórden y al mal; pero considerada esa facultad en la criatura con relacion á Dios, que se la deja ejercer libremente, seria realmente *monstruosa*, si Dios, que es el bien por esencia, no sacara del mal que la criatura hace, el bien que él quiere hacer. El Sr. Donoso no dice otra cosa, y aun en lo que dice, va conforme, como acabamos de verlo, á la opinion de San Agustin.

(1) «Como la naturaleza y como todo agente, Dios, dice Santo Tomás, hace »lo que es mejor cuanto á la obra en conjunto, pero no en cuanto á cada parte de

Consistiendo el sumo bien de los séres inteligentes y libres en su union con Dios, Dios en su bondad infinita, y por un acto libre de su misericordia inefable, determinó unirlos así, no solo con los vínculos de la naturaleza, sino tambien con vínculos sobrenaturales; y como quiera que, por una parte, esa voluntad podia dejar de ser cumplida por el desasimiento voluntario de los séres inteligentes y libres, y por otra, la libertad de la criatura no podria concebirse sin la facultad de ese voluntario desasimiento, el gran problema consiste en conciliar estas cosas hasta cierto punto contrarias, de tal manera que ni la libertad de la criatura dejara de existir, ni la voluntad de Dios dejara de realizarse. Siendo necesarias la posibilidad del apartamiento como testimonio de la libertad angélica y humana, y la union como testimonio de la voluntad divina, la cuestion consiste en averiguar de qué manera pueden conciliarse la voluntad de Dios y la libertad de la criatura, la union que el primero quiere, y el apartamiento que la segunda escoge; para que ni la criatura deje de ser libre, ni Dios deje de ser soberano.

Para esto era menester que el apartamiento fuera, bajo un punto de vista, real, y bajo otro punto de vista, aparente; es decir, que la criatura pudiera apartarse de Dios, pero

---

»la obra, á no ser que se la considere como parte con relacion al todo y á la fun»cion para que está destinada. Pero el todo, es decir, la universalidad de las »criaturas es mejor y más perfecta con la presencia de séres que pueden apartarse »y que de hecho se apartan alguna vez del bien. Dios no lo impide, sea porque la »Providencia, segun el Areopagita, conserva la naturaleza, lejos de destruirla, y »estando en la naturaleza de las cosas que aquellas que pueden apartarse del bien, »alguna vez se aparten; sea porque, segun San Agustin, Dios es bastante pode»roso para sacar bien del mal, y si Dios no permitiese ningun mal, muchos bie»nes serian imposibles. Si el aire no se corrompe, no habrá fuego; el leon no »puede vivir sino devorando á otros animales; la justicia del juez vengador y la »paciencia del mártir no existen sin la iniquidad del perseguidor.» (I. q. XLVIII, 2.)

de tal modo, que el apartarse de él fuera unirse con él de otra manera. Los séres inteligentes y libres nacieron unidos á Dios por un efecto de su gracia: por el pecado se apartaron realmente de Dios, porque quebrantaron el vínculo de la gracia, real y verdaderamente, con lo cual dieron testimonio de sí en calidad de criaturas inteligentes y libres; empero ese apartamiento no fué, si bien se mira, sino una nueva manera de union; como quiera que al apartarse de él por la renuncia voluntaria de su gracia, se acercaron á él cayendo en las manos de su justicia, ó siendo asunto de su misericordia. De esta manera el apartamiento y la union, que á primera vista parecen cosas incompatibles, son en realidad cosas de todo punto conciliables; y de tal manera lo son, que todo apartamiento viene á resolverse en una especial manera de union, y toda union en una manera especial de apartamiento. La criatura no estuvo unida á Dios en cuanto es gracia, sino que estuvo apartada de él en cuanto es misericordia y justicia. La criatura que cae en las manos de él en cuanto es justicia, no cae en ellas sino porque está apartado de él en cuanto es gracia y misericordia; así como la que es objeto de Dios en cuanto es misericordia, no lo es sino porque de tal manera se apartó de él en cuanto es gracia, que quedó tambien apartada de él en cuanto es justicia. La libertad de la criatura consiste, pues, en la facultad de designar el género de union que prefiere, por el apartamiento que escoge; así como la soberanía de Dios consiste en que, cualquiera que sea el género de apartamiento escogido por la criatura, vaya á parar á la union por todos los apartamientos y por todos los caminos. La creacion es á manera de un círculo: Dios es, bajo un punto de vista, su circunferencia; bajo otro punto de vista, su centro: como centro, la atrae; como circunferencia, la contiene. Nada está fuera de ese continente universal: todo obedece á esa atraccion irresistible.

La libertad de los séres inteligentes y libres está en huir de la circunferencia, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es el centro; y en huir del centro, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es la circunferencia. Nadie empero es poderoso para dilatarse más que la circunferencia, ni para recogerse más que el centro. ¿Qué ángel hay tan potente, qué hombre tan osado, que se atreva á romper ese gran círculo que Dios trazó con su dedo? ¿Cuál criatura presumirá tanto de sí, que ose hacer contraste á esas leyes matemáticamente inflexibles que puso eternamente en las cosas el entendimiento divino? ¿Qué viene á ser el centro de ese círculo inexorable, sino las cosas infinitamente recogidas en Dios? ¿Qué viene á ser esa circunferencia circular, sino las mismas cosas dilatadas en Dios infinitamente? ¿Y qué dilatacion hay mayor que la dilatacion infinita? ¿Qué recogimiento mayor que el infinito recogimiento? Por esta razon, atónito y como pasmado y fuera de sí, viendo á todas las cosas en Dios y á Dios en todas las cosas, y al hombre queriendo huir sin saber cómo, ahora del centro que le atrae, ahora de la circunferencia que le envuelve, San Agustin, el más bello de los ingenios y el más grande de los doctores, hombre en quien tomó carne el Espíritu de la Iglesia, el santo perdido de amor é inundado de las ondas fortificantes de la gracia, arrancó del pecho, como un sollozo sublime, esta expresion: *Pobre mortal, ¿quieres huir de Dios? Arrójate en sus brazos.* Jamás boca humana pronunció una expresion tan amorosamente sublime y tan sublimemente tierna. Dios es pues el que señala á todas las cosas su término; la criatura escoge la senda. Designando el término adonde van á parar todas las sendas, Dios es omnipotentemente soberano; así como escogiendo la senda por donde ha de ir al término que se le señala, la criatura es inteligentemente libre. Y no se diga que es escasa aquella libertad que consiste solo en escoger una de las mil sendas que van á pa-

rar á un término necesario, á no ser que se considere como liviana aquella libertad que consiste en escoger entre ganarse ó perderse; como quiera que esas mil sendas que van á parar á Dios, término necesario de las cosas, se reducen á dos: el infierno y el paraiso. Si la criatura no tiene bastante libertad con la facultad que le ha sido otorgada de ir á Dios por el uno ó por el otro, ¿con cuál libertad convertirá en hartura el hambre por ser libre?

Fuera de esta explicacion, no hay conciliacion posible entre cosas que ni imaginarse pueden sino conciliadas de una manera absoluta. Por el contrario, una vez aceptada esta explicacion, se nos descubren las causas secretas de los misterios más profundos y de los designios más altos. Con ella alcanzamos el por qué de la prevaricacion angélica y de la humana, esos grandes testimonios de la libertad dejada al ángel y al hombre. Si Dios permitió la prevaricacion del ángel, consistió esto en que Dios sabia la manera secretísima de conciliar con el órden divino el desórden angélico, así como el ángel supo sacar el desórden angélico, del órden divino. El ángel convirtió el órden en desórden, trasformando lo que era union en lo que fué apartamiento; Dios sacó el órden del desórden, trasformando el apartamiento momentáneo en union indisoluble: el ángel no quiso estar unido á Dios por el galardon, y se vió unido á él eternamente por la pena; cerró sus oidos al blando reclamo de su gracia, y sus oidos cerrados oyeron á su pesar el grande estruendo de su justicia; queriendo huir absolutamente de Dios, el ángel no consiguió otra cosa sino apartarse de él por un concepto, uniéndose á él de otra manera; se apartó del Dios clemente, y se unió con el Dios justo; se apartó de él en la gloria, y se unió con él en el infierno. El órden puesto en las cosas no consiste en que estén unidas á Dios de cierta manera, sino en que estén á Dios unidas; así como el verdadero desórden no consiste en apartarse de Dios por un lado para

unirse á él por otro, sino en apartarse de Dios absolutamente. De donde se sigue que el verdadero órden no deja nunca de existir, y que el verdadero desórden no existe. El pecado es una negacion tan radical, tan absoluta, que no solo niega el órden sino tambien el desórden; despues de haber negado todas las afirmaciones, niega sus propias negaciones, y hasta se niega á sí propio. El pecado es negacion de negacion, sombra de sombra, apariencia de apariencia.

Si Dios permitió la prevaricacion del hombre, la cual, como antes dijimos, fué ménos radical y culpable que la prevaricacion angélica, consistió esto en que Dios sabia de toda eternidad la manera altísima de conciliar con el órden divino el desórden humano; así como el hombre supo sacar el desórden humano, del órden divino. El hombre convirtió el órden en desórden, apartando lo que juntó Dios con amorosa lazada. Dios sacó el órden del desórden, volviendo á juntar lo que separó el hombre, con lazada más blanda y amorosa todavía. El hombre no quiso estar unido á Dios con el vínculo de la justicia original y de la gracia santificante, y se vió unido á él por el vínculo de su infinita misericordia. Si Dios permitió su prevaricacion, consistió esto en que guardaba como en reserva al Salvador del mundo, el que habia de venir en la plenitud de los tiempos: aquel supremo mal era necesario para el bien supremo; y para esta gran ventura era necesaria aquella gran catástrofe. El hombre pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre (1), y

(1) No vaya á deducirse de esta frase que el Sr. Donoso hace á Dios autor del pecado de Adan, pues la simple lectura del capítulo basta para comprender que no ha incurrido en error tan grosero."

Así dice atinadamente la edicion italiana, pero el Sr. Gaduel tiene por costumbre tomar cada frase por separado, sin mirar á lo que la precede ó la sigue, y de aquí su siguiente comentario sobre este pasaje:

«Con que es decir que siendo *necesario* el supremo mal del pecado para el »bien supremo de la Encarnacion del Hijo de Dios y de la Redencion, el hombre »pecó *porque* Dios habia determinado hacerse hombre y lavar el pecado del

hecho hombre sin dejar de ser Dios, tenia bastante sangre en sus venas y sobrada virtud en su sangre para lavar el pecado. Vaciló, porque Dios tenia fuerza para sostener al vacilante; cayó, porque Dios tenia fuerza para levantar al

---

»hombre en su propia sangre. Si esto no es el fatalismo, convengamos en que se »le parece bastante, ó cuando ménos, en que hay aquí una ambigüedad muy pe»ligrosa. Por estas palabras parece que el Verbo y la Redencion eran asunto pri»mario de los designios de Dios, y el pecado del hombre el medio necesario para »el cumplimiento de estos designios; porque es claro que el que quiere el fin, »quiere el medio, sobre todo, si este medio es necesario. ¿Hay mucha distancia »desde este al error consistente en hacer á Dios autor del pecado? Si el hombre »pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre y rescatarle con su sangre, »no se sabe por qué pecó tambien el ángel, que no debia ser objeto de la misma »gracia; como no fuese para que pudiera hacer pecar al hombre, y de este modo »abrir las vias á la Encarnacion del Hijo de Dios. Si el Hijo de Dios no hubiera »determinado encarnarse ¿hubiera sido imposible el pecado del hombre, y aun »del ángel? ¿Hubiera podido Dios permitirlos? Y caso de que no pudiera, dada »la hipótesis del pecado, la Redencion era necesaria? Si el Sr. Donoso resuelve »estas cuestiones en el sentido católico ¿qué haremos de sus textos?»

Con los textos del Sr. Donoso haremos lo que con los de San Agustin y Santo Tomás citados en las primeras notas de este capítulo, en que se explica la misma idea. El Sr. Donoso comienza por asentar que el pecado viene del hombre, el cual ha sido y es plenamente libre haciendo el mal: despues dice que Dios al criar al hombre, vió en su presciencia qué uso habia éste de hacer del libre albedrío, y proponiéndose entonces la cuestion consistente en averiguar por qué Dios ha creado al hombre libre, sabiendo que podia obrar el mal, la resuelve, como San Agustin y Santo Tomás, respondiendo que Dios no habria permitido nunca el mal si no tuviera en su infinita sabiduría medios para sacar del mal el bien, y hacer que la libertad sirviese para perfeccionar el conjunto armónico de toda la creacion. Dios tenia en su omnipotencia mil medios de hacer del pecado un instrumento para la perfeccion de su obra y para su mayor gloria; pero entre todos esos medios, escogió la Encarnacion del Verbo eterno, y la redencion del hombre pecador por la sangre de Cristo, Verbo encarnado. En efecto, Dios ha permitido la prevaricacion del hombre en vista de la Encarnacion y de la redencion, y el Sr. Donoso lo dice en el siguiente pasaje: «*Si Dios permitió la prevaricacion del hombre, consistió esto en que Dios sabia de toda eternidad la manera altísima de conciliar con el órden divino el desórden humano.*» Estas palabras determinan el sentido de todo el período á que pertenecen: la frase que se lee más abajo: «*el hombre pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre*», se ha de entender, segun lo dicho anteriormente, de este modo: el hombre pecó porque

caido; lloró, porque el que tuvo poder para enjugar la tierra anegada con las aguas del diluvio, le tenia para enjugar el triste valle regado con nuestras lágrimas; sintió dolores en sus miembros, porque Dios podia quitarle sus dolores; pade-

---

Dios le habia dejado la libertad de pecar, y Dios permitió el pecado, porque habia resuelto hacerse hombre. Habria, pues, el equívoco peligroso que el Sr. Gaduel dice, en la expresion aislada que cita del Sr. Donoso; pero no le hay en la misma frase acompañada de las aclaraciones con que todo el contexto la ilustra. Por la misma razon no se puede concluir que *el Verbo y la redencion fuesen objeto primero del designio divino, y el pecado del hombre el medio necesario para el cumplimiento del mismo designio,* sino simplemente que si Dios permitió el pecado, fué solamente en vista de que Cristo habia de redimir al hombre pecador. De aquí al *error que hace á Dios autor del pecado,* hay mucha distancia; pues decir que Dios ha dejado al hombre libre, y no le ha impedido pecar, equivale á decir que el pecado viene del hombre, y no de Dios. Cuanto á las palabras de Donoso, *aquel supremo mal era necesario para el bien supremo»* hay que considerar los tres conceptos que en ellas se encierran: 1.°, que el pecado es el mal supremo; 2.°, que la Encarnacion ha sido para la naturaleza humana el mayor de los bienes, y 3.°, que si el hombre no hubiese pecado, la Encarnacion no habria sido. Esta tercera opinion, no pasa de ser una opinion; el Sr. Gaduel puede, por consiguiente, preferir como nosotros preferimos tambien la opinion contraria sobre que la Encarnacion se habria realizado de todos modos; pero esto no basta para condenar tan en crudo un parecer que se apoya en la autoridad de la mayor parte de los teólogos y Santos Padres.

¿Pero por qué, pregunta aquí el Sr. Gaduel; *por qué pecó el ángel que no debia ser objeto de la misma gracia?* (la de la redencion por Jesucristo.) A esto responde el Sr. Donoso diciendo: «*Si Dios permitió la prevaricacion del ángel, consistió en que Dios sabia la manera secretísima de conciliar con el órden divino el desórden angélico.*» Aunque nada pudiésemos entender sobre los medios con que Dios ha convertido en honra suya el pecado de los ángeles, seria de todas maneras cierto que así en efecto ha sucedido; y por otro lado, áun cuando se demostrase que la Encarnacion del Verbo no entró para nada en los motivos de Dios para permitir la prevaricacion angélica, no seria ménos cierto que si permitió la prevaricacion humana, fué porque esta nos habia de valer un Redentor: *O felix culpa, quæ talem et tantum meruit habere Redemptorem.* Por consiguiente, aunque la pregunta del Sr. Gaduel para nada venga aquí al caso, pudieramos sin embargo responderle diciéndole que *el ángel ha sido objeto de la misma gracia que el hombre.* El ángel como el hombre fué sometido á prueba; como los hombres, así tambien los ángeles, unos se han condenado y otros se han salvado; y por Cristo, por el Verbo Encarnado, se han salvado los hombres y ángeles

ció grandes infortunios, porque Dios le tenia guardadas mayores recompensas; salió del Eden, se sujetó á la muerte y se reclinó en el sepulcro, porque Dios tenia fuerza para vencer á la muerte, para sacarle del sepulcro y para levantarle hasta el cielo.

Así como la prevaricacion angélica y la humana entran

---

buenos; así como por su rebelion contra Cristo se han perdido, tanto los ángeles como los hombres malos. No hay otra diferencia entre ángeles y hombres, sino que el ángel fué preservado, y el hombre libertado del naufragio; pero unos y otros han sido salvados por el mismo Salvador. Con verdad, pues, podemos decir, tanto del ángel como del hombre, que si Dios los dejó libres de escoger el mal, fué porque Dios pudo y quiso al salvarlos por la Encarnacion del Verbo, servirse hasta del pecado mismo para manifestacion mayor de su gloria. Si el señor Gaduel opusiese que no todos los ángeles se han salvado, seria como si dijera que tampoco se han salvado todos los hombres. La condenacion de aquellos ángeles que á despecho de todas las gracias recibidas por la virtud de Cristo, cayeron en el pecado, no prueba sino lo mismo que la de aquellos hombres que permanecen ó caen en el pecado, no obstante las gracias recibidas por virtud de Cristo: en ambos casos, la condenacion atestigua que la criatura era realmente libre, así como la salvacion confirma que podia realmente salvarse y que solo se pierde por su culpa; la condenacion pregona la infinita justicia de Dios, así como la salvacion, su infinita misericordia; la condenacion y la salvacion juntas pregonan la grandeza de Cristo, que á todos sus fieles salva, y á todos sus contrarios pierde; de Cristo, soberano juez de vivos y muertos.

«Aquellas palabras del Salvador: *Hac est vita æterna ut cognoscant te solum »verum Deum, et quem missisti, Jesum Christum*, se aplican tanto á los ángeles »como á los hombres, pues la gloria de Cristo es con esto mayor; fuera de que »por Cristo han sido santificados ángeles y hombres, aunque para los primeros »no hubo lugar á la redencion.» (Suarez, *de Angelis*, lib. V, c. VI, n. 14.)

Pregunta el Sr. Gaduel: *¿Si el Hijo de Dios no hubiera determinado encarnarse, hubiera sido imposible el pecado del hombre y áun el del ángel? ¿Hubiera podido Dios permitirlo?* Esta consecuencia no es legítima; pues, fuera de la Encarnacion, Dios tenia sin duda en su omnipotencia mil medios para sacar del pecado del hombre y del ángel bienes mayores que el mal causado por el mismo pecado. Pero el Sr. Donoso se limita á decir con San Agustin, que Dios no permite el mal sino en vista de los bienes que se propone sacar de él; y cuando añade que el medio escogido por Dios para esto ha sido la Encarnacion, no se propone otra cosa sino consagrar un mero hecho, confesando sin embargo, con los santos doctores, que aquel medio es el más grandioso, magnífico y adecuado para

como elementos del órden universal, por efecto de una admírable operaciou divina, de la mísma manera la libertad del ángel y la libertad del hombre, en que esas dos prevaricaciones tienen orígen, entran como elementos necesarios de aquella ley suprema universal, á la que están sujetas todas las cosas, todas las creaciones, todos los mundos, así el moral, como el material y el divino. Segun esa ley, la unidad ab-

---

manifestar refulgentemente la bondad infinita de Dios, y por consiguiente, *necesario* en cierto sentido.

Como quiera que esta palabra *necesario* escuece al Sr. Gaduel, sírvase considerar, le rogamos, el sentido en que la usa el siguiente pasaje de Santo Tomás: «Aquello por lo cual, dice, el género humano se salvó de la perdicion, es »*necesario* á la salvacion del hombre. Es así que tal es el misterio de la Encarna»cion divina, segun aquellas palabras de San Juan: *Sic Deus dilexit mundum,* »*ut Filium suum Unigenitum daret, ut omnis qui credit in ipsum non pereat,* »*sed habeat vitam æternam* (III. 16): luego necesario fué á la salvacion del hom»bre que Dios se encarnase: *Ergo necessarium fuit ad humanam salutem Deum* »*incarnari.*

»Una cosa es necesaria á un fin, en dos conceptos: 1.°, si el fin propuesto »no puede lograrse sin la tal cosa; así el alimento, por ejemplo, es necesario para »la conservacion de la vida humana; 2.°, si la misma cosa es más conveniente »que otras para conseguir el fin propuesto; así, por ejemplo, decimos que un ca»ballo es necesario para un viaje, aunque este viaje se puede hacer á pié. En el »primero de estos dos conceptos, la Encarnacion de Dios no fué necesaria para »la salvacion á la naturaleza humana; pues Dios pudo en su omnipotencia usar »otros mil medios de conseguir el mismo fin; pero en el segundo concepto »hay que decir que la Encarnacion fué necesaria para restaurar la humana natu»raleza. Esto es lo propio que San Agustin enseña en los términos siguientes: »*Probemos,* dice, *no que faltara otro medio posible á Dios, bajo cuyo poder están* »*igualmente todas las cosas; sino que este fué el más conveniente para remedar* »*nuestra miseria.* (*De Trinit.* XIII, 17, III. q. I, art. 3.)»

¿Con que *supuesto el pecado,* exclama el Sr. Gaduel, *era necesaria la redencion*?—Necesaria con necesidad absoluta, no; pues Dios pudo haber dejado al hombre en el estado de pecado y de condenacion que él habia elegido libremente, y si quiso rescatarnos, fué en virtud de una bondad y una caridad enteramente gratuitas. Pero queriendo la Misericordia divina salvar al hombre, y no queriendo la Justicia salvarle sino á precio de una plena y perfecta satisfaccion, la Encarnacion era necesaria; pues una mera criatura, por más perfecta que fuese, no podría satisfacer así, ni áun por el más mínimo pecado.

soluta, en su fecundidad infinita, saca perpétuamente de su seno la diversidad, la cual torna perpétuamente al fecundísimo seno de donde salió: el seno de Dios, que es la unidad absoluta.

Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo, por via de generacion, al Espíritu Santo por via de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina (1). El Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, y constituyen eternamente con él su unidad indestructible.

Considerado como Criador, sacó de la nada las cosas por un acto de su voluntad, y constituyó de esta manera la diversidad física; en seguida sujetó todas las cosas á ciertas leyes eternas y á un órden inmutable, y de esta manera la diversidad misma no fué otra cosa en el mundo físico, sino la manifestacion exterior de su unidad absoluta.

Considerado como Señor y como legislador, puso en el

---

(1) Sobreentiéndese, «*de personas*», dice la traduccion italiana.—El Sr. Gaduel pregunta: «¿Y qué quiere decir *El Hijo y el Espíritu Santo identificándose eternamente con el Padre*? Bajo el punto de vista de la *esencia*, no puede decirse que el Hijo y el Espíritu Santo se identifiquen con el Padre, pues que tienen con él la misma esencia, siendo por consiguiente *uno* con él, no *identificándose*; pues de otro modo, tanto valdria decir que la esencia divina se identifica con la esencia divina: bajo el punto de vista de la *personalidad*, de ninguna manera pueden identificarse sin que desaparezca la distincion de las personas.» (*Ami de la Religion*, n. del 4 Enero 1853.)

A este argumento respondemos: En cuanto á la *distincion de personas en la unidad de esencia*, el Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, pues en efecto, eternamente son con él una sola y misma esencia; y eternamente tambien se distinguen del Padre, pues eternamente son tres personas. Las palabras «*identificarse eternamente*» tienen un sentido muy diverso del de la palabra *identificarse* aislada. Con esta última se expresa cómo varios *llegan á ser* lo que antes no eran, es decir, unidad; por el contrario, la palabra *eternamente*, unida al verbo *identificarse*, excluye toda idea de mudanza. Decir que se *identifican eternamente*, es decir, que son *eternamente uno*. (Véase más arriba, lib. I, cap. II, III y IV, las notas de las páginas 28, 29, 48, 49 y 50.)

ángel y en el hombre una libertad distinta de la suya propia, y constituyó de esta manera la diversidad en el mundo moral: en seguida impuso á esa libertad ciertas leyes inviolables y un término necesario, y la necesidad de ese término y la inviolabilidad de esas leyes hicieron entrar á la libertad humana y á la angélica en la ancha unidad de sus maravillosos designios.

La voluntad divina, que es la unidad absoluta, está en aquel precepto dado á Adan en el paraiso, cuando le dijo Dios: *No comerás;* la libertad humana, con la imperfeccion que le es aneja de la facultad de escoger, que es la diversidad, está en la condicion: *y si comieres;* la diversidad vuelve á la unidad de donde procede, primero por amenaza cuando dijo Dios al hombre: *quedarás sujeto á la muerte;* y despues con la promesa, cuando prometió á la mujer que naceria de su seno el que habia de pisar la cabeza de la serpiente; con cuya amenaza y con cuya promesa anunció Dios los dos caminos por donde la diversidad que sale de la unidad, vuelve á la unidad de donde sale: el de su justicia, y el de su misericordia.

Suprimido el precepto, quedaria suprimida en su manifestacion exterior la unidad absoluta.

Suprimida la condicion, quedaria suprimida en su manifestacion exterior la diversidad, que consiste en la libertad humana.

Suprimida por una parte la amenaza, y por otra la promesa, quedarian borrados los caminos por los cuales la diversidad, si no ha de ser subversiva, ha de volver á la unidad en donde tuvo su orígen.

Así como entre la creacion física y el Criador no hay unidad sino porque la primera está sujeta eternamente á leyes físicas é inmutables, manifestacion perpétua de la voluntad soberana; de la misma manera no hay unidad entre Dios y el hombre, sino porque el hombre, apartado de Dios

por su delito, vuelve al Dios justiciero como impenitente, ó como purgado al Dios misericordioso.

Si despues de haber considerado la prevaricacion angélica y la humana separadamente, para venir á parar en que cada una de ellas, si bien es una perturbacion por accidente, es una armonía por su esencia, ponemos la consideracion al mismo tiempo en ambas prevaricaciones, quedaremos como pasmados y absortos al contemplar de qué manera se convierten en cadencias maravillosas sus ásperas disonancias, por la irresistible virtud del divino Tamaturgo.

Al llegar aquí, y antes de pasar adelante, conviene observar que toda la belleza de la creacion consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razon, desde el globo encendido que ilumina los espacios hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle; y desde mucho más abajo de los valles que se coronan de lirios, hasta muy por encima de los cielos en donde resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual á su manera, se cuentan unas á otras las grandes maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones, y cantan con un cántico sin fin sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia, sus grandezas los mares, la tierra su fecundidad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pié. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. Él está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos: *Él me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas;* y las estrellas: *Nosotros somos centellas caidas de su resplandeciente vestidura;* y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros, su hermosísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada.*

De esta manera unas cosas representaron su grandeza, otras su majestad, otras su omnipotencia; y el ángel y el hombre especialmente los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y el resplandor de su hermosura. Dios, empero, no es solamente maravilloso y perfecto por su hermosura, y por su gracia, y por su bondad y por su omnipotencia; es además de estas cosas, y sobre todas estas si en sus perfecciones hubiera medida, infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Síguese de aquí que el acto supremo de la creacion no podia considerarse como consumado y perfecto, sino despues de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricacion de los séres inteligentes y libres, no podia Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricacion misma fué ocasion de la más grande de todas las armonías y de la más bella de todas las consonancias (1).

---

(1) Segun el Sr. Gaduel, «la palabra *ocasion* no expresa aquí la consecuencia »que se sigue de las premisas; y los lectores, más lógicos que el autor, discurrirán »de este modo: Como quiera que repugna el que Dios deje incompleto é imper»fecto el acto de la creacion, cosa que sucederia, segun el Sr. Donoso, sin la pre»varicacion de los séres inteligentes y libres, síguese de aquí que esta prevarica»cion ha sido rigorosamente necesaria, y positivamente querida por Dios.» (*Ami de la Religion*, n. del 8 de Enero de 1853.)

Por lo visto, el Sr. Gaduel cree que el hombre ha tenido poder para estropear la obra de Dios, y que Dios no le ha tenido para reparar el mal hecho por el hombre, de modo que la obra divina quedara más perfecta. Si lejos de pensar esto, dice con la Iglesia: *Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti,* debe confesar que despues de la *reparacion*, quedó la obra de Dios más perfecta que antes de la *degradacion*; lo cual equivale á decir con el Sr. Donoso, que la prevaricacion de los séres inteligentes y libres ha sido para Dios la *ocasion* de dar á la obra de la creacion una perfeccion que antes no tenia; ó en otros términos, que antes del pecado, el acto de la creacion no podia considerarse plenamente concluido, pues por muy perfecto y admirable que fuese, áun debia, segun el divino designio, adquirir mayor perfec-

Cuando todos los séres inteligentes y libres prevaricaron, Dios resplandeció en medio de la creacion con nuevos y más grandes resplandores. El universo en general fué el reflejo perfectísimo de su omnipotencia; el paraiso terrénal fue especialmente el reflejo de su gracia; el cielo fué especialmente el reflejo de su misericordia; el infierno únicamente el reflejo de su justicia; y la tierra, puesta entre estos dos polos de la creacion, fué á un tiempo mismo el reflejo de su justicia y el de su misericordia. Cuando con la prevaricacion angélica y con la humana no hubo en Dios perfeccion que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que habia de ponerse de manifiesto más adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en órden (1).

---

cion. *Pero repugna*, dice el Sr. Gaduel, *que Dios dejase imperfecto é incompleto el acto de la creacion.* Ciertamente repugna, si por aquí se entiende que Dios no haya podido hacer su obra tal y como habia determinado hacerla; pero de ningun modo repugna si se entiende, como se debe entender, que Dios pudo dar á su obra un grado de perfeccion inferior al que en realidad le ha dado. Para sostener que Dios no podia, en este sentido, dejar incompleto é imperfecto el acto de la creacion, seria preciso suponer que Dios estaba necesitado de dar á su obra tal ó cual grado de perfeccion, y no otro; pero semejante necesidad no se puede suponerla en Dios, ni con respecto á la creacion, que ningun derecho tiene sobre Él, ni con respecto á sí mismo, pues la perfeccion de la creacion, nada añade á su perfeccion esencial. Si pues Dios ha querido que el pecado sirva para que la creacion resulte más perfecta, lo ha querido libremente y por pura bondad para con sus criaturas; ¿pero esto ha de impedirnos reconocer el beneficio, y admirar su magnificencia?

(1) «¡Cómo! exclama aquí el Sr. Gaduel, ¿con que las cosas no estaban en »órden antes del pecado? No diria más Calvino. Es decir, que Dios no veia las »cosas muy bien cuando acabada su grande obra de la creacion, y contemplan»do amoroso aquella obra tan pura todavía entonces cuanto hermosa, se dió á sí »mismo testimonio de que todo era bueno y perfecto: *vidit Deus cuncta quæ fe»cerat, et erant valde bona.*» (*Ami de la Religion*, n. del 8 de Enero de 1853.)

En verdad cuesta trabajo reprimir un movimiento de impaciencia, cuando se ve tergiversado así el pensamiento del Sr. Donoso. ¿Dónde y cuándo ha negado éste que las obras de Dios sean buenas? ¿con qué derecho le atribuye el Sr. Gaduel blasfemia semejante? ¿Es por decir veinte veces en su libro que cuanto Dios

Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexion y la maravillosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.

---

ha hecho es bueno, y que ha hecho todo lo que es bueno? que «*Es el Supremo »Hacedor de todo bien; y todo lo que hace es bueno*»; que «*en el órden estable»cido por Dios en el principio consiste toda belleza*»; «*que el mal por exce»lencia consiste en romper aquella admirable trabazon*» etc. etc.? ¿No podia haber conocido el Sr. Gaduel por estos y otros tantos pasajes, cuán falsa é injusta es su interpretacion? El Sr. Donoso acaba de decir en esta misma página que considera toda la creacion, desde el principio hasta el fin de los tiempos, como un solo todo, cada una de cuyas partes es como un reflejo de alguna perfeccion divina, y que todas ellas en conjunto, forman una como imágen de la soberana belleza. Estando sometida la creacion á la ley del tiempo, el plan divino no se patentiza, por decirlo así, sino sucesivamente, de donde resulta que cada dia que pase hasta el fin de los siglos, será una nueva manifestacion de la bondad y de la sabiduría divina. Para Dios no hay tiempo, y por eso desde toda eternidad se le representa su obra completa entera y perfecta; pero al hombre, que no vé sino en el tiempo, la creacion no se le representa sino por partes, y por eso, acomodando su lenguaje á esta condicion de nuestra naturaleza, segun se van realizando en el tiempo y con el órden preestablecido los designios del Todopoderoso, se dice que la obra del Señor va siendo más perfecta. Y esto cabalmente es lo que expresa Donoso al decir que la prevaricacion del ángel y la del hombre fueron *ocasion* de manifestarse la justicia y misericordia divinas. ¿No es esto verdad? ¿no es cierto que la creacion se nos muestra más perfecta en la elevacion de los ángeles buenos en la gloria, en la condenacion de los malos á eternos suplicios, y en la promesa del Redentor á nuestros primeros padres? ¿No ha sido ampliado, si cabe así decirlo, por estas dos grandes caidas el órden moral sujetándose todo á las dos leyes que constituyen el órden supremo, es decir, la de la misericordia, que asegura el cielo, y la de la justicia, que encadena en el infierno? ¿No constituyen estas leyes, no solamente el órden, tal como rige la presente vida, en que podemos escoger entre una de aquellas postrimerías, sino tambien el que ha de regir eternamente? Las cosas, pues, han *entrado en órden* despues de estas dos prevaricaciones, y por no decir ni más ni ménos que esto Donoso, el Sr. Gaduel le compara con Calvino, acusándole de negar aquella sentencia: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona*; como si fuese negar la perfeccion de cualquier obra el consignar alguna perfeccion mayor que su autor ponga en ella, ó como si Dios, al ver la creacion, no la viese toda entera, y en su último definitivo estado, lo mismo que en su estado actual é imperfecto.

CAPITULO VIII.

SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS Á ESTOS PROBLEMAS.

Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar, así á la escuela liberal como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razon al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.

Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente, que en su soberbia ignorancia desprecia la teología; y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela todavía no ha llegado á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningun teólogo; la absolutista los tuvo,

los levantó muchas veces á gobernadores de los pueblos, y los pueblos crecieron, durante su gobernacion, en importancia y poderío. La Francia no olvidará nunca el gobierno del Cardenal de Richelieu, afamado y glorioso entre los más gloriosos y afamados de la monarquía francesa. El lustre del gran Cardenal es tan limpio que afrenta al de muchos reyes, y su resplandor tan soberano que no padeció eclipse por el advenimiento al trono de aquel rey gloriosísimo y potentísimo, á quien la Francia en su entusiasmo y la Europa en su asombro llamaron á un tiempo mismo el Grande. Cardenales y teólogos fueron Jimenez de Cisneros y Alberoni, los dos ministros más grandes de la Monarquía española: el nombre de aquel está gloriosa y perpétuamente asociado al de la reina más esclarecida y al de la mujer más insigne de nuestra España, famosa entre las gentes por sus insignes mujeres y sus esclarecidas reinas: el segundo es grande en la Europa, por la grandeza de sus designios y por la agudeza y la sagacidad de su prodigioso ingenio. Nacido aquel en los dichosos dias en que los altos hechos de esta nacion la levantaron sobre la dignidad de la historia, encumbrándola hasta la altura y la grandiosidad de la epopeya, gobernó con mano firme el gran bajel del Estado; y poniendo en silencio á la tripulacion turbulentísima que iba con él, le llevó por mares inquietos á otros más apacibles y tranquilos, en donde hallaron el bajel y el piloto quieta paz y sosegada bonanza (1). Venido el segundo en aquellos tiempos miserables en que iba despeñándose ya la majestad de la Monarquía española,

(1) Leibnitz dijo del Cardenal Cisneros que «si los grandes hombres se pu»dieran comprar, España no habria pagado cara la dicha de tener tal ministro, »áun cuando hubiera sacrificado uno de sus reinos.»—Nacido en Castilla en 1437, humilde franciscano, catedrático de Salamanca, Arzobispo de Toledo en 1493, Cardenal, primer ministro de la gran reina Isabel la Católica, y despues del rey Fernando V su esposo, murió el Cardenal Jimenez de Cisneros en 1517, despues del advenimiento de Cárlos V.

estuvo á punto de volverla su antigua majestad y poderío, haciéndola pesar gravemente en la balanza política de los pueblos europeos (1).

La ciencia de Dios da al que la posee sagacidad y fuerza, porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y le dilata. Lo que para mí hay de más admirable en las vidas de los Santos, y señaladamente en las de los padres del Yermo, es una circunstancia que aún no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demás, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demás en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido. Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés (2),

---

(1) Nacido en el ducado de Parma, en 1664, el Cardenal Alberoni fué desde 1715 hasta 1719 primer ministro de Felipe V. Despues de su desgracia, se retiró á Roma, donde murió en 1752.

(2) «Desde esto, dice con desenfado el Sr. Gaduel, desde esto, á la infalibili»dad de la razon comun, y á poner en el consentimiento de los pueblos el *crite»rio* único de toda certidumbre, no es gran cosa la distancia que media, y vayan ustedes á saber hasta qué extremo habria llevado Donoso esta suposicion sobre el género humano, si «la escuela lamenesiana, por temor á las censuras, no tu»viese cerrados todos los caminos para invocar abiertamente como infalible la »autoridad del humano linaje.» (*Ami de la Religion*, n. del 8 de Enero de 1853.) —No defenderemos la ilustre memoria del Marqués de Valdegamas contra semejantes injurias. Los que le hayan conocido, saben muy bien, que por nada del mundo habria él sostenido una opinion condenada por la Santa Sede; que no era el *temor de las censuras*, sino la sinceridad de su fé lo que le inspiraba, y que ninguna consideracion habria podido jamás determinarle á disfrazar su pensamiento con la superchería que el Sr. Gaduel no se avergüenza de atribuirle. Por otra parte, ninguna semejanza existe entre las ideas de Donoso y el sistema filosófico de La Mennais; y al afirmar lo contrario, su acerbo censor descubre bien que tan absurdos son sus juicios sobre las doctrinas, como sobre las in-

escogeria por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas que yo conozco, y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solucion práctica y prudente á los más escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios más árduos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al revés, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales, y sobre todo de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos. Y aquí es donde el hombre queda atónito ante los altos juicios de Dios; porque si Dios no hubiera condenado á los que le desdeñan ó le ignoran, engañadores

---

tenciones del ilustre publicista español. Cuanto á la frase de éste, que sirve de pretexto á las odiosas acusaciones de su crítico, expresa una verdad que se encuentra á cada paso en el Evangelio. ¿No es cierto que para el mundo la doctrina y vida cristianas son *locura*, como lo dice San Pablo (I. Cor. I. 18 y siguientes), y no es esto cabalmente *ver las cosas al revés*, dado que esta locura es la verdadera sabiduría? ¿No es verdad que la mayor parte de los hombres ven de este modo las cosas por consecuencia del pecado y de las pasiones que les turban la vista? ¿Qué otra cosa nos recuerdan incesantemente los predicadores en los púlpitos? ¿Los acusará tambien el Sr. Gaduel de lamenesianos hipócritas? Y nótese que el Sr. Donoso habla aquí de los juicios de los hombres sobre la vida mística y contemplativa, es decir, sobre uno de los puntos que más repugnan á la naturaleza corrompida, y que ella tiene más dificultad en comprender; porque el hombre animal mientras persiste en su corrupcion, está *condenado irremisiblemente á no ver sino al revés* las cosas del espíritu de Dios: *Animalis autem homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei. Stulfitia enim est illi, et non potest intelligere.* (I. Cor. II. 14.)

de profesion, á ser perpétuamente torpes; ó si no hubiera puesto un límite en su propia virtud á los que son prodigiosamente sagaces, las sociedades humanas no hubieran podido resistir ni á la sagacidad de los unos ni á la malicia de los otros. La virtud de los hombres contemplativos y la torpeza de los hábiles son las únicas cosas que mantienen al mundo en su sér y en un equilibrio perfecto. Un solo sér hay en la creacion que reune en sí toda la sagacidad de los séres espirituales y contemplativos, y toda la malicia de los que ignoran ó desprecian á Dios, juntamente con todas las especulaciones espirituales. Ese sér es el demonio. El demonio tiene de los unos la sagacidad sin su virtud, y de los otros la malicia sin su torpeza; y de aquí cabalmente le viene toda su fuerza destructora y todo su inmenso poderío.

Por lo que hace á la escuela liberal, considerada en general, no es teológica sino en el grado en que lo son necesariamente todas las escuelas: sin hacer una exposicion explícita de su fé, sin cuidarse de declarar su pensamiento acerca de Dios y del hombre, del mal y del bien, y del órden y del desórden en que están puestas todas las cosas criadas; y haciendo ostentacion, por el contrario, de tener por cosa de ménos valer estas altísimas especulaciones, puede afirmarse de ellas, sin embargo, que cree en un dios abstracto é indolente, servido por los filósofos en la gobernacion de las cosas humanas, y por ciertas leyes que instituyó en el principio de los tiempos, en la gobernacion universal de las cosas. Aunque es rey de la creacion el dios de esta escuela, ignora perpétuamente con una augusta ignorancia la manera en que sus reinos son gobernados y regidos: cuando diputó los ministros que los gobernaran en su nombre, depositó en ellos la plenitud de su soberanía, y los declaró perpétuos é inviolables. Desde entonces acá los pueblos le deben culto, pero no obediencia.

Por lo que hace al mal, la escuela liberal le niega en

las cosas físicas y le concede en las humanas. Para esta escuela todas las cuestiones relativas al mal ó al bien se resuelven en una cuestion de gobierno, y toda cuestion de gobierno en una cuestion de legitimidad; de tal manera, que cuando el gobierno es legítimo el mal es imposible; y por el contrario, cuando es ilegítimo el gobierno, el mal es inevitable. La cuestion del bien y del mal se reduce, pues, á averiguar, por una parte, cuáles son los gobiernos legítimos, y por otra, cuáles son los usurpadores.

Llama legítimos la escuela liberal á los gobiernos establecidos por Dios, é ilegítimos á los que no tienen orígen en la delegacion divina. Dios quiso que las cosas materiales estuvieran sujetas á ciertas leyes físicas que instituyó en el principio, y de una vez para siempre; y que las sociedades se gobernaran por la razon, encarnada de una manera general en las clases acomodadas, y de una manera especial en los filósofos que las enseñan y dirigen: de donde se sigue por consecuencia forzosa, que no hay más que dos gobiernos legítimos: el gobierno de la razon humana, encarnada de una manera general en las clases medias, y de una manera especial en los filósofos; y el gobierno de la razon divina, encarnada perpétuamente en ciertas leyes á que están sujetas desde el principio las cosas materiales.

No dejará de causar extrañeza á mis lectores, y sobre todo á mis lectores liberales, esta derivacion de la legitimidad liberal, del derecho divino; y sin embargo, nada hay para mí más evidente. La escuela liberal no es atea en sus dogmas, aunque no siendo católica, vaya á parar, sin saberlo y áun sin quererlo, de consecuencia en consecuencia, hasta los confines del ateismo. Reconociendo la existencia de un Dios criador de toda criatura, no puede negar en el Dios que reconoce y afirma, la plenitud original de todos los derechos, ó la soberanía constituyente, que viene á ser lo mismo en el lenguaje de la escuela. Es católico el que reconoce

en Dios la soberanía constituyente y la actual; es deista el que le niega la actual y reconoce en él la constituyente; es ateo el que niega de él toda soberanía, porque le niega la existencia. Siendo esto así, la escuela liberal, en cuanto deista, no puede proclamar la soberanía actual de la razon, sin proclamar al mismo tiempo la constituyente de Dios, en donde la primera, que es siempre delegada, tiene principio y orígen. La teoría de la soberanía constituyente del pueblo es una teoría atea, que no está en la escuela liberal sino como el ateismo está en el deismo, en calidad de consecuencia lejana aunque inevitable. De aquí proceden las dos grandes parcialidades de la escuela liberal: la democrática y la liberal, propiamente dicha; la segunda más tímida, la primera más consecuente. La democrática, arrastrada por una lógica inflexible, ha ido á perderse en estos últimos tiempos, como los rios van á perderse en la mar, en las escuelas á un mismo tiempo ateas y socialistas; la liberal lucha por estar quieta en el alto promontorio que ha levantado para sí, puesto entre dos mares que van alzando sus olas y que cubrirán su cima: el socialista y el católico. De esta última solo hablamos aquí, y de ella afirmamos que no pudiendo reconocer la soberanía constituyente del pueblo sin ser democrática, socialista y atea; ni la soberanía actual de Dios sin ser monárquica y católica, reconoce por una parte la soberanía originaria y constituyente de Dios, y por otra la soberanía actual de la razon humana. Y véase cómo teníamos razon al afirmar que la escuela liberal no proclama el derecho humano sino como derivado originariamente del divino.

Para esta escuela no hay otro mal sino el que procede de no estar el gobierno en donde le puso Dios desde el principio de los tiempos; y como las cosas materiales están perpétuamente sujetas á las leyes físicas que fueron contemporáneas de la creacion, la escuela liberal niega el mal en la

universalidad de las cosas: y al revés, como sucede que el gobierno de las sociedades no está quieto y fijo en las dinastías filosóficas, en quienes reside por delegacion divina el derecho exclusivo de gobernacion de las cosas humanas, la escuela liberal afirma el mal social, siempre que el gobierno sale de las manos de los filósofos y de las clases medias para caer en las manos de los reyes ó para pasar á las clases populares.

De todas las escuelas esta es la más estéril; porque es la ménos docta y la más egoista. Como se vé, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien: apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre. Impotente para el bien, porque carece de toda afirmacion dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negacion intrépida y absoluta, está condenada sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece: el período de su dominacion es aquel transitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si irse con Barrabás ó con Jesus, y está suspenso entre una afirmacion dogmática y una negacion suprema. La sociedad entonces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *distingo*. El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusion confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo como sabe, que un pueblo que oye perpétuamente en boca de sus sofistas el pro y el contra de todo, acaba por no saber á qué atenerse, y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo justo y lo injusto, lo torpe y lo honesto son cosas contrarias entre sí, ó si son una misma cosa mirada bajo puntos de vista diferentes. Este periodo angustioso, por mucho que dure, es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar, y la discu-

sion perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo como es enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un dia en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesus resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.

Las escuelas socialistas, hecha abstraccion de las bárbaras muchedumbres que la siguen, y consideradas en sus doctores y maestros, sacan grandes ventajas á la escuela liberal, cabalmente porque se van derechas á todos los grandes problemas y á todas las grandes cuestiones, y porque proponen siempre una resolucion perentoria y decisiva. El socialismo no es fuerte sino porque es una teología satánica. Las escuelas socialistas, por lo que tienen de teológicas, prevalecerán sobre la liberal, por lo que esta tiene de antiteológica y de escéptica; y por lo que tienen de satánicas, sucumbirán ante la escuela católica, que es á un mismo tiempo teológica y divina. Sus instintos deben estar de acuerdo con nuestras afirmaciones, si se considera que guardan para el catolicismo sus ódios, mientras que para el liberalismo no tienen sino desdenes.

El socialismo democrático tiene razon contra el liberalismo, cuando le dice: —«¿Qué Dios es ese que ofreces á mi adoracion, y que debe ser ménos que tú, porque ni tiene voluntad, ni es siquiera una persona? Yo niego el Dios católico, pero negándole, le concibo; lo que no puedo concebir, es un Dios sin los divinos atributos. Todo me inclina á creer que no le has dado la existencia sino para que él te dé la legitimidad que no tienes: tu legitimidad y su existencia son una ficcion que cabalga en otra ficcion, y una sombra que cabalga en otra sombra. Yo he venido al mundo para disipar todas las sombras y para acabar con todas las ficciones. La distincion entre la soberanía actual y la constituyente tiene todos los visos de una invencion de los que, no atre-

viéndose á cogerlas ambas, quieren á lo ménos tomar una. El soberano es como Dios: ó es uno, ó no existe; la soberanía, como la Divinidad, ó no es, ó es indivisible é incomunicable. La legitimidad de la razon son dos palabras, de las cuales la última designa el sujeto y la primera el atributo: yo niego el atributo y el sujeto. ¿Qué cosa es la legitimidad, y qué cosa es la razon? Y en el caso que sean alguna cosa, ¿de dónde sabes que esa cosa esté en el liberalismo y no en el socialismo, en tí y no en mí, en las clases acomodadas y no en el pueblo? Yo niego tu legitimidad, y tú la mia; tú niegas mi razon, y yo la tuya. Cuando me provocas á discutir, te perdono porque no sabes lo que haces: la discusion, disolvente universal, cuya virtud secreta no conoces, acabó ya con tus adversarios, y va á acabar contigo ahora: por lo que hace á mí, tengo propósito firme de ganarla por la mano, matándola para que no me mate. La discusion es espada espiritual que revuelve el espíritu con ojos vendados; contra ella, ni vale la industria ni la malla de acero: la discusion es el título con que viaja la muerte, cuando no quiere ser conocida y anda de incógnito. Roma la sesuda la conoció, á pesar de sus disfraces, cuando entró por sus muros en traje de sofista; por eso, prudente y avisada, la refrendó su pasaporte. El hombre, al decir de los católicos, no se perdió sino porque entró en discusiones con la mujer, ni la mujer sino por haber discutido con el diablo. Más adelante, hácia la mitad de los tiempos, dicen que este mismo demonio se apareció á Jesus en un desierto, provocándole á una batalla espiritual, ó como quien diria, á una discusion de tribuna; pero aquí parece que tuvo que habérselas con otro más avisado, el cual le hubo de contestar *vade Satana*, con cuya palabra puso fin á un mismo tiempo á la discusion y á los diabólicos prestigios. Es fuerza confesar que los católicos tienen gracia especial para poner de bulto grandes verdades y para vestirlas con ingeniosas ficcio-

nes (1). La antigüedad toda hubiera condenado unánimemente al insensato que hubiera puesto en pública discusion á un tiempo mismo las cosas divinas y las humanas, las instituciones religiosas y las sociales, los magistrados y los dioses. Contra él hubieran fallado de consuno Sócrates, Platon y Aristóteles; en el gran duelo hubieran sido sus campeones los cínicos y los sofistas.

«Por lo que hace al mal, ó está en el universo todo, ó no existe. Las formas de los gobiernos son poca cosa para engendrarle: si la sociedad está sana y bien constituida, su constitucion es poderosa para resistir á todas las formas posibles de gobierno; y si no las resiste, es porque está mal constituida y enferma. El mal no puede ser concebido sino como un vicio orgánico de la sociedad, ó como un vicio constitucional de la naturaleza humana; y en este caso el remedio no está en mudar el gobierno, sino en cambiar el organismo social ó la constitucion del hombre.»—

El error fundamental del liberalismo consiste en no dar importancia sino á las cuestiones de gobierno que, comparadas con las del órden religioso y social, no tienen importancia ninguna. Esto sirve para explicar por qué causa el liberalismo queda de todo punto eclipsado desde el momento en que socialistas y católicos proponen al mundo sus tremendos problemas y sus soluciones contradictorias. Cuando el Catolicismo afirma que el mal viene del pecado, que el pecado corrompió en el primer hombre á la naturaleza humana, y que sin embargo el bien prevalece sobre el mal y el órden sobre el desórden, porque el uno es humano y el otro divino, no cabe duda sino que, áun antes de ser examinado, satisface en cierta manera á la razon, proporcionando la grandeza de las causas á la de los efectos, y nive-

(1) Conviene no perder de vista que todo este razonamiento va puesto en boca de los socialistas.

lando la grandeza de lo que se propone explicar con la grandeza de sus explicaciones. Cuando el socialismo afirma que la naturaleza del hombre está sana y la sociedad enferma; cuando pone al primero en lucha abierta con la segunda, para extirpar el mal que está en ella con el bien que está en él; cuando convoca y llama á todos los hombres para que se levanten en rebeldía contra todas las instituciones sociales, no cabe duda sino que en esta manera de plantear y de resolver la cuestion, si hay mucho falso, hay algo de gigantesco y de grandioso, digno de la majestad terrible del asunto. Pero cuando el liberalismo explica el mal y el bien, el órden y el desórden, por las varias formas de los gobiernos, todas efímeras y transitorias; cuando prescindiendo por un lado de todos los problemas sociales, y por otro de todos los religiosos, pone á discusion sus problemas políticos, como los únicos que son dignos por su alteza de ocupar al hombre de Estado, no hay palabras en ningun idioma con que encarecer la profundísima incapacidad y la radical impotencia de esta escuela, no ya para resolver, sino hasta para plantear estas pavorosas cuestiones. La escuela liberal, enemiga á un mismo tiempo de las tinieblas y de la luz, ha escogido para sí no sé qué crepúsculo incierto entre las regiones luminosas y las opacas, entre las sombras eternas y las divinas auroras. Puesta en esa region sin nombre, ha acometido la empresa de gobernar sin pueblo y sin Dios: empresa extravagante é imposible: sus dias están contados, porque por un punto del horizonte asoma Dios, y por otro asoma el pueblo. Nadie sabrá decir dónde está en el tremendo dia de la batalla, y cuando el campo todo esté lleno con las falanjes católicas y las falanjes socialistas.

CAPITULO IX.

SOLUCIONES SOCIALISTAS.

Las escuelas socialistas sacan una gran ventaja á la liberal, así por la naturaleza de los problemas que se proponen resolver, como por la manera de plantearlos y de resolverlos. Sus maestros se muestran familiarizados, hasta cierto punto, con aquellas especulaciones atrevidas que tienen por asunto á Dios y su naturaleza, al hombre y su constitucion, á la sociedad y sus instituciones, al universo y sus leyes. De esta inclinacion á generalizarlo todo, á considerar las cosas en su conjunto, á observar las disonancias y las armonías generales, procede una más grande aptitud en ellos para entrar y salir, sin perderse, en el laberinto intrincado de la dialéctica racionalista. Si en la gran contienda que tiene como en suspenso al mundo no hubiera otros combatientes sino los socialistas y los liberales, ni la batalla seria larga, ni dudosa la victoria.

Todos las escuelas socialistas son, bajo el punto de vista filosófico, racionalistas; bajo el punto de vista político, republicanas; bajo el punto de vista religioso, ateas. Por lo que tienen de racionalistas, se asemejan á la escuela liberal, y se distinguen de ella por lo que tienen de ateas y de republicanas. La cuestion consiste en averiguar si el racionalis-

mo va á parar lógicamente al punto en que la escuela liberal hace alto, ó al término en que descansan las escuelas socialistas. Reservando para más adelante el exámen de esta cuestion por lo relativo al punto de vista político, nos ocuparemos aquí principalmente del punto de vista religioso.

Considerada bajo este aspecto la cuestion, es cosa clara que el sistema en virtud del cual se concede á la razon una competencia omnímoda para resolver por sí y sin ayuda de Dios todas las cuestiones relativas al órden político, al religioso, al social y al humano, supone en la razon una soberanía completa y una independencia absoluta. Este sistema lleva consigo tres negaciones simultáneas: la de la revelacion, la de la gracia, y la de la providencia; la de la revelacion, porque la revelacion contradice la competencia omnímoda de la razon humana; la de la gracia, porque la gracia contradice su independencia absoluta; la de la providencia, porque la providencia es la contradiccion de su soberanía independiente. Pero estas tres negaciones, si bien se mira, se resuelven en una: la negacion de todo vínculo entre Dios y el hombre; como quiera que si el hombre no está unido á Dios por la revelacion, por la providencia y por la gracia, no está unido á Dios de ninguna manera.

Ahora bien, afirmar esto de Dios y negarle, es una misma cosa. Afirmarle dogmáticamente despues de haberle despojado dogmáticamente de todos sus atributos, es una contradiccion reservada á la escuela liberal, la más contradictoria entre las racionalistas. Por lo demás, esta contradiccion, lejas de ser accidental, es esencial en esta escuela, la cual, por cualquiera lado que se la mire, es un compuesto exótico de palmarias contradicciones. Eso mismo que hace con Dios en el órden religioso, hace en el político con el rey y con el pueblo. La escuela liberal tiene por oficio proclamar las existencias que anula, y anular las existencias que proclama. Ninguno de sus principios deja de ir acompañado

del contraprincipio que le destruye. Así, por ejemplo, proclama la monarquía, y luego la responsabilidad ministerial, y por consiguiente la omnipotencia del ministro responsable, contradictoria de la monarquía. Proclama la omnipotencia ministerial, y luego la omnipotencia soberana, en materias de gobierno, de las asambleas deliberantes, la cual es contradictoria de la omnipotencia de los ministros. Proclama la soberana intervencion en los asuntos del Estado de las asambleas políticas, y luego el derecho de los colegios electorales para fallar en última instancia, el cual es contradictorio de la intervencion soberana de las asambleas políticas. Proclama el derecho de supremo arbitraje que reside en los electores, y luego acepta más ó ménos explícitamente el supremo derecho de insurreccion, contradictorio de aquel arbitraje pacífico y supremo. Proclama el derecho de insurreccion de las muchedumbres, lo cual es proclamar su soberana omnipotencia; y luego da la ley del censo electoral, lo cual es condenar al ostracismo á las muchedumbres soberanas. Y con todos estos principios y contraprincipios se propone una sola cosa: alcanzar á fuerza de artificio y de industria un equilibrio que nunca alcanza, porque es contradictorio de la naturaleza de la sociedad y de la naturaleza del hombre. Solo para una fuerza no ha buscado la escuela liberal su correspondiente equilibrio; la fuerza corruptora. La corrupcion es el dios de la escuela; y como Dios, está á un tiempo mismo en todas partes. De tal manera ha combinado las cosas la escuela liberal, que donde ella prevalece, todos han de ser forzosamente corruptores ó corrompidos; porque en donde no hay ningun hombre que no pueda ser César ó votar al César ó aclamar al César, todos han de ser ó Césares ó pretorianos. Por esta razon, todas las sociedades que caen debajo de la dominacion de esta escuela, mueren de una misma muerte: todas mueren gangrenadas. Los reyes corrompen á los ministros prometiéndoles la eternidad;

los ministros á los reyes prometiéndoles el ensanche de su prerogativa. Los ministros corrompen á los representantes del pueblo poniendo á sus piés todas las dignidades del Estado; las asambleas á los ministros con sus votos: los elegidos trafican con su poder, los electores con su influencia; todos corrompen á las muchedumbres con sus promesas, y las muchedumbres á todos con bramidos y amenazas.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que cuando las escuelas socialistas niegan la existencia de Dios, que viene afirmada por la escuela liberal, no hacen otra cosa sino ser más lógicas que la liberal, y más consecuentes. Y sin embargo de esto, distan mucho de serlo tanto en su línea, como lo es en la suya la escuela católica. La escuela católica afirma á Dios con todos sus atributos, con una afirmacion dogmática y soberana; las socialistas al revés, aunque vienen á negarle en definitiva, ni le niegan del mismo modo, ni le niegan por unas mismas razones, ni le niegan resueltamente. Consiste esto en que el hombre más intrépido se sobrecoge de espanto al afirmar que no hay Dios, de una manera absoluta. Cualquiera diria que al llegar aquí, teme el hombre no poder pasar de aquí, y que se desplome el cielo sobre el blasfemador y su blasfemia. Los unos le niegan diciendo,—Todo lo que existe es Dios, y Dios es todo lo que existe;—los otros, afirmando que la humanidad y Dios son cosas idénticas: entre ellos hay algunos que aseguran que en la humanidad hay dualismo de fuerzas y de energías, y que el hombre es el representante de ese dualismo. Los que son de este sentir, distinguen en el hombre las fuerzas reflexivas y las energías espontáneas; la verdadera humanidad está en las primeras, y la divinidad verdadera en las segundas. Por este sistema, Dios no es ni todo lo que existe, ni la humanidad: Dios es la mitad del hombre. Otros son de otro parecer, y niegan que Dios sea hombre ó parte del hombre, que sea la humanidad ó que sea el uni-

verso; y se inclinan á creer que es un sér sujeto á encarnaciones diferentes y sucesivas; que donde quiera que hay una gran influencia ó una grandiosa dominacion, allí está Dios encarnado: Dios se ha encarnado en Ciro, y en Alejandro, y en César, y en Carlo Magno, y en Napoleon: se encarnó sucesivamente en los grandes imperios asiáticos, y luego en el macedónico, y despues en el romano: al principio fué el oriente, y despues el occidente. El mundo cambia de semblante en cada una de estas encarnaciones divinas, y da un paso en el camino del progreso, cada vez que á consecuencia de una nueva encarnacion, cambia de nuevo su semblante.

Todos estos sistemas contradictorios y absurdos se han encarnado en un hombre venido al mundo en estos últimos tiempos para ser la personificacion de todas las contradicciones racionalistas. Este hombre es Mr. Proudhon, de quien hemos hecho mérito y de quien le haremos muchas veces en el discurso de esta obra. Mr. Proudhon pasa por el más docto y consecuente de los socialistas modernos: por lo que hace á su doctrina, no cabe duda sino que es superior á la de cuasi todos los racionalistas contemporáneos: por lo que hace á su consecuencia, por las muestras que damos aquí, relativas todas á los problemas que son asunto de este libro, podrán formarse de ella una idea cabal nuestros lectores.

En las *Confesiones de un revolucionario*, Mr. Proudhon define á Dios de la manera siguiente: «Dios es la fuerza »universal, penetrada de inteligencia, que produce, por la »conciencia infinita que de sí tiene, los séres de todos los »reinos, desde el flúido imponderable hasta el hombre, y que »sólo en el hombre llega á reconocerse á sí misma, y á de»cir: Yo. Léjos de ser nuestro Señor Dios el asunto de nues»tras investigaciones, ¿cómo se han atrevido los taumatur»gos á convertirle en un sér personal, rey absoluto unas ve»ces, como el Dios de los judíos y de los cristianos, y cons-

»titucional otras, como el de los deistas, y cuya providencia »incomprensible parece perpétua y únicamente ocupada en »desorientar nuestra razon?» (1)

Aquí hay tres cosas: 1.ª afirmacion de una fuerza universal, inteligente y divina, que es el panteismo; 2.ª encarnacion más excelente de Dios en la humanidad, que es el humanismo; 3.ª negacion de un Dios personal y de su providencia, que viene á ser el deismo.

En la obra que intituló *Sistema de las contradicciones económicas*, capítulo 8, dice así: «Prescindiré de la hipótesis »panteista, que siempre me ha parecido una hipocresía ó »una cobardía. Dios es personal, ó no existe.» Aquí se afirma todo lo que en el texto anterior se niega, y se niega lo que en el texto anterior se afirma. Allí se afirma un Dios panteista é impersonal; aquí se niegan, como dos cosas igual-

---

(1) En la segunda edicion de las *Confesiones de un revolucionario* (1852), despues de las palabras: «*Dios es el objeto de nuestro estudio*», se hallan intercaladas estas otras que no estaban en la primera edicion de 1849: «Cuanto más »profundizamos la naturaleza de los atributos que prestamos á Dios, y segun el »lado por donde los consideramos, tanto más parece aproximarse ó alejarse de »nosotros, hasta el punto de que la esencia de Dios puede ser considerada ora »como la esencia misma del hombre, ó como un antagonista suyo.»—Cuando el Sr. Proudhon añadia estas palabras á su primitivo texto, seguramente habia leido ya la obra del Sr. Donoso, segun resulta de una nota de su libro, sobre la cual hablaremos más adelante. Pero el modo con que Proudhon intenta desvanecer toda contradiccion entre sus dos teorías, del *Dios-Humanidad* y del *Dios antagonista del hombre*, no honran en verdad su talento. Si la *esencia de Dios* puede ser *considerada* como la *esencia propia del hombre*, ¿cómo se la puede *considerar* tambien *antagonista*? ¿Cabe por ventura que una *esencia* sea antagonista de sí propia? ¿No se vé claramente que esto no puede ser? ¿Puede la razon *considerar* lo inconcebible, lo contradictorio, lo absurdo? El Sr. Proudhon conoce el valor de los términos que emplea; luego, cuando tales enormidades pronuncia en son de oráculo, quiere evidentemente burlarse de sus lectores. No sabiendo nada, ni de Dios, ni del hombre, y desesperado de salir de su ignorancia, quiero al ménos explotar la credulidad imbécil de la turba de descreidos: toda esa ostentacion de impiedad y blasfemias no se encamina sino á engañar á sus lectores, cubrir con este cínico manto la enfermedad de su razon, y meter ruido.

mente absurdas, la impersonalidad de Dios y el panteismo.

Más adelante añade en este capítulo: «El verdadero re»medio contra el fanatismo no me parece que está en iden»tificar á la humanidad con la Divinidad, lo cual no viene á »ser otra cosa sino afirmar en economía política el comunis»mo, y en filosofía el misticismo y el *statu quo;* el verdade»ro remedio está en demostrar á la humanidad que Dios, »si es que existe, es su enemigo.» Despues de haber dado al traste con su panteismo y con su Dios impersonal, aquí acaba con el humanismo, que está contenido en la definicion del texto. Por otra parte, aquí comienza á revestirse de una forma concreta la teoría de la rivalidad entre Dios y el hombre, de que hemos hecho mérito ya en otro capítulo de este libro.

La condenacion del humanismo y la teoría de la rivalidad aparecen más claras en el capítulo 9 de la misma obra, en donde se lee lo que sigue: «Por mi parte (y siento en »verdad haberlo de confesar, cierto como estoy de que esta »declaracion me separa de los más inteligentes entre los so»cialistas) mientras más pienso en ello, más imposible me es »suscribir á esta deificacion de nuestra especie, que bien »considerada, no es otra cosa, en los ateos de nuestros dias, »sino el último eco de los terrores religiosos; y la cual reha»bilitando y consagrando el misticismo con el nombre de »humanismo, vuelve á poner las ciencias bajo el imperio de »las preocupaciones, la moral bajo el imperio de los hábitos, »la economía social bajo el imperio del comunismo, ó lo que »es lo mismo, de la atonía y de la miseria; y por último, la »lógica misma bajo el imperio de lo absurdo y de lo absolu»to. Y cabalmente porque me veo obligado á repudiar..... »esta religion, juntamente con todas las que la precedieron, »es por lo que necesito todavía admitir como plausible la »hipótesis de un sér infinito... contra el cual debo luchar

»hasta la muerte, porque ese es mi destino, como Israel »contra Jehová.»

Nada queda de la definicion de Dios sino la negacion de la providencia; y hasta esa negacion desaparece con esta afirmacion contraria: «Y véase cómo caminamos á la ven- »tura, conducidos por la Providencia, que nunca nos avisa »sino cuando nos hiere.» (*Sistème des contradictions*, c. 3.)

Por lo expuesto se ve que Mr. Proudhon, recorriendo la escala de todas las contradicciones racionalistas, es ahora panteista, luego humanista, despues maniqueo; que cree en un Dios impersonal, y luego declara monstruosa y absurda la idea de un Dios, si el Dios ideado no es una persona; y por último, que afirma y niega la Providencia al mismo tiempo. En uno de nuestros capítulos anteriores vimos de qué manera, en la teoría maniquea de la rivalidad entre Dios y el hombre, el hombre proudhoniano era el representante del bien, y el Dios proudhoniano el representante del mal: ahora veremos de qué manera, segun el mismo Proudhon, todo este sistema viene al suelo.

En el capítulo 2 de la obra ya citada se expresa de esta manera: «La naturaleza ó la Divinidad ha desconfiado de »nuestros corazones, y no ha creido en el amor del hombre »por sus semejantes. Todos los descubrimientos de las cien- »cias acerca de los designios de la Providencia sobre las »evoluciones sociales (sea dicho para vergüenza de la con- »ciencia humana, y sépalo nuestra hipocresía) dan testimo- »nio de una misantropía profunda por parte de Dios. Dios »nos da ayuda, no por bondad, sino porque el órden consti- »tuye su esencia. Si procura el bien del mundo, no es por- »que le juzgue digno del bien, sino porque está obligado á »ello por la religion de su suprema sabiduría. Y mientras »que el vulgo le nombra con el tierno nombre de padre, ni »el historiador, ni el economista filósofo encuentran motivo »para creer en la posibilidad de que nos estime y nos ame.»

Con estas palabras viene á tierra el maniqueismo proudhoniano. El hombre no es el rival, sino el esclavo despreciado de Dios; no es el bien ni es el mal, es una criatura en que se agitan los instintos groseros y serviles que en los esclavos engendra la servidumbre: Dios es no sé qué conjunto de leyes severas, inflexibles y matemáticas; obra el bien sin ser bueno, y su misantropía atestigua que seria malo si pudiera. El dios proudhoniano muestra aquí un parentesco evidente con el *Fatum* de los antiguos. El fatalismo se descubre más claramente todavía en estas palabras: «Llegados á la segunda estacion de nuestro calvario, en vez »de entregarnos á contemplaciones estériles, lo que nos con»viene es poner un oido cada vez más atento á las enseñan»zas del destino. La fianza de nuestra libertad está cabal»mente en el progreso de nuestro suplicio.»

En pos del fatalista viene el ateo.—«¿Qué cosa es Dios? »¿En dónde está? ¿En cuántos dioses se multiplica? ¿Qué es »lo que quiere? ¿Hasta dónde alcanza su poder? ¿Qué pro»mesas nos hace? Y ved aquí que, cuando para descubrir »todas estas cosas, tomamos en la mano la antorcha de la »análisis, luego al punto todas las divinidades del cielo, de »la tierra y de los infiernos se nos convierten en un no sé »qué incorpóreo, impasible, inmóvil, incomprensible, inde»finible, y para decirlo todo de una vez, en una negacion »de todos los atributos de la existencia. En efecto, ahora »ponga el hombre detrás de cada objeto un espíritu ó genio »especial, ahora conciba el universo como gobernado por un »poder único; en cualquiera de estas suposiciones no hace »otra cosa sino afirmar la hipótesis de una entidad incondi»cional, es decir, imposible, para sacar de ella una expli»cacion medianamente satisfactoria de los fenómenos que no »puede concebir de otra manera. ¡Misterio altísimo y pro»fundísimo! Para hacer cada vez más racional el objeto de »su idolatría, el creyente le va despojando sucesivamente de

»todo lo que podria constituir su realidad; y despues de es»fuerzos prodigiosos de lógica y de ingenio, venimos á parar »en que los atributos del sér por excelencia van á confun»dirse y á identificarse con los de la nada. Esta evolucion es »fatal é inevitable. El ateismo está en el fondo de toda teo»dicea.» (*Sistème des contradictions:* Prologue.)

Una vez llegado á esta conclusion suprema y á este abismo tenebroso, no parece sino que las furias entran en posesion del ateo. Las blasfemias hinchan su corazon, oprimen su garganta, queman sus labios, y cuando intenta levantarlas en pirámide, poniéndolas unas sobre otras, hasta el trono de Dios, ve con asombro que vencidas de su peso específico, en vez de subir con ligerísimas alas, caen pesadas y groseras en el abismo, que es su centro. Su lengua no encuentra palabras que no sean sarcásticas ó desdeñosas, ni vocablos que no sean torpes ó iracundos, ni arranques que no sean frenéticos. Su estilo es á un tiempo mismo impetuoso y sucio, elocuente sin aliño, y cínicamente grosero. Aquí exclama: «¿De qué sirve adorar este fantasma de »Divinidad? ¿Y qué es lo que exige de nosotros por medio »de esta comparsa de inspirados que nos persiguen en todas »partes con sermones?» (*Sistème des contradictions*, c. 3.) Y más allá deja caer estos vocablos cínicos: «En cuanto á Dios, »yo no le conozco. Dios tambien no es otra cosa sino puro »misticismo. Si quereis que os escuche, comenzad por supri»mir esa palabra en vuestros discursos; porque por una ex»periencia de tres mil años he llegado á convencerme de »que todo el que me habla de Dios, quiere robarme la liber»tad ó la bolsa. ¿Cuánto me debes? ¿Cuánto te debo? Ved ahí »mi religion y mi Dios.» (*Id.*, c. 6.) Llegado al parasismo de la rabia, prorumpe, en el capítulo 8, en las palabras siguientes: «Esto digo: el primer deber del hombre inteligen»te y libre es arrojar inmediatamente la idea de Dios de su »espíritu y de su conciencia; porque Dios, si existe, es esen-

»cialmente hostil á nuestra naturaleza, y no dependemos de »él para nada... ¿Con qué derecho me diria Dios todavía: sé »santo como yo soy santo? ¡Espíritu engañador! le respon»deria yo, ¡Dios imbécil! tu reinado ha acabado ya: busca »otras víctimas entre los animales brutos. Yo sé que ni soy »ni puedo llegar á ser santo jamás; y en cuanto á tí, ¿cómo »lo has de ser tú, si tú y yo nos parecemos? Padre eterno, »Júpiter ó Jehová, como quiera que te llames, sabe de mí »que ya te conocemos. Eres, fuiste y serás perpétuamente »el rival de Adan, el tirano de Prometeo.» (c. 8.) Y más adelante en el mismo capítulo, apostrofando á la Divinidad que niega, la dice: «Triunfabas, y nadie se atrevia á con»tradecirte, cuando despues de haber atormentado en su »cuerpo y en su alma al justo Job, figura de nuestra hu»manidad, insultaste su piedad cándida y su ignorancia dis»creta y respetuosa. Todos éramos como si fuéramos nada »en presencia de tu majestad invisible, á quien dábamos el »cielo por dosel y la tierra por peana. Tu nombre, en otro »tiempo compendio y suma de toda sabiduría, única sancion »del juez, sola fuerza del príncipe, esperanza del pobre, re»fugio del pecador arrepentido; ese nombre incomunicable, »entregado ya á la execracion y al desprecio, será, desde »hoy más, vilipendiado de las gentes. Dios no es otra cosa »sino tontería y miedo, hipocresía y engaño, tiranía y mise»ria. Dios es el mal. Mientras que la humanidad se incline »ante un altar, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será »reprobada; mientras que un solo hombre reciba en nombre »de Dios el juramento de otro hombre, la sociedad estará »fundada en el perjurio, y la paz y el amor serán desterra»dos de la tierra. Retírate, Jehová; porque de hoy más, cu»rado del temor de Dios y habiendo alcanzado la verdadera »sabiduría, estoy pronto á jurar, con la mano levantada há»cia el cielo, que no eres sino el verdugo de mi razon y el »espectro de mi conciencia.»

Él es el que lo ha dicho: *Dios es el espectro de su conciencia ;* ninguno puede negar á Dios sin condenarse á sí propio; ninguno puede huir de Dios sin huir de sí mismo. Ese desventurado, sin salir de la tierra, está ya en el infierno; esas contracciones musculares, violentas é impotentes, ese frenesí cínico, esa rabia insensata, esas iras arrebatadas y tempestuosas son las contracciones, y el frenesí, y la rabia y las iras de los réprobos. Sin caridad y sin fé ha perdido hasta el último bien del hombre: ¡la esperanza! Y sin embargo, alguna vez, al hablar del Catolicismo, siente en sí, sin saberlo, su influencia serena y santificante; entonces sucede que cesa como por encanto su martirio, una brisa mansa y refrigerante venida del cielo toca su rostro, enjuga su sudor y suspende el acceso de sus convulsiones epilépticas. Entonces deja caer blandamente estas palabras.—«¡Ah, »cuánto más prudente se ha mostrado el Catolicismo, y »cuánta ventaja os ha sacado á todos, sansimonianos, re»publicanos, universitarios, economistas, en el conocimiento »de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nues»tra vida no es sino una peregrinacion, y que toda perfec»cion cumplida nos es negada en este mundo; y porque sabe »esto, se contenta con preludiar en la tierra una educacion »que solo puede acabarse en el cielo. Por su parte, el hom»bre que ha ido creciendo bajo los auspicios de la Religion, »satisfecho con saber, hacer y obtener lo que basta para la »vida del tiempo, no será nunca un obstáculo para las po»testades de la tierra: antes preferiria él el martirio. ¡Oh »Religion amada! ¿Por cuál extravío inconcebible de razon »sucede que los que más te necesitan, esos son cabalmente los »que más te desconocen?» (*Sistème des contradictions*, c. 3.)

Antes hablé, como de corrida, de la fama de consecuente de M. Proudhon; ahora me parece no sólo conveniente, sino tambien necesario, decir algo más sobre asunto que es mucho más grave y mucho más trascendental de lo que á

primera vista parece. Lo de la fama es un hecho público y notorio, y por lo mismo evidente. Y sin embargo, ese hecho es de todo punto inexplicable, si se considera que M. Proudhon ha adoptado unos despues de otros, todos los sistemas relativos á la Divinidad, y que entre los socialistas no hay ninguno tan lleno de contradicciones: de donde resulta que la fama de consecuente es un hecho contradictorio del hecho que la motiva. ¿Por qué caminos subterráneos, por qué encadenamiento de deducciones sutiles y escabrosas, partiendo del hecho notorio de las contradicciones proudhonianas, ha ido el mundo á parar en llamar á esas contradicciones cabalmente con el nombre que las contradice, es decir, con el nombre de consecuencia? Aquí hay un gran problema que debe ser resuelto, y un gran misterio que debe ser esclarecido.

La solucion de ese problema y el esclarecimiento de ese misterio, están en que en las teorías de M. Proudhon hay á un tiempo mismo contradiccion y consecuencia: la segunda real, y la primera aparente. Si se examinan unos despues de otros los fragmentos que acabo de trascribir, y si se les considera en sí mismos sin poner la vista más alta, cada uno de ellos es la contradiccion del que le antecede y del que le sigue, y todos ellos son entre sí contradictorios; pero si se ponen los ojos en la teoría racionalista, en donde todas las demás tienen su orígen, se echa de ver que el racionalismo, entre todos los pecados el más semejante al pecado original, es como él un error actual, y todos los errores en potencia; y por consiguiente, que con su anchísima unidad comprende y abarca todos los errores, á los cuales no obsta, para estar unidos en él, el ser entre sí contradictorios; como quiera que hasta las contradicciones son susceptibles de cierta manera de paz y de cierta manera de union, cuando hay una suprema contradiccion que las envuelve á todas. En el caso en cuestion, el racionalismo es esa contradiccion que resuel-

ve todas las otras contradicciones en su unidad suprema. En efecto, el racionalismo es á un tiempo mismo deismo, panteismo, humanismo, maniqueismo, fatalismo, escepticismo, ateismo; y entre los racionalistas, el más racionalista y el más consecuente de todos es aquel que es á un mismo tiempo deista, panteista, humanista, maniqueo, fatalista, escéptico y ateo.

Estas consideraciones que sirven para explicar los dos hechos de que hicimos mérito arriba, en apariencia contradictorios, explican tambien satisfactoriamente, por qué en vez de exponer uno por uno los varios sistemas de los doctores socialistas acerca de la Divinidad, hemos preferido considerarlos todos en los escritos de M. Proudhon, en donde pueden verse á un tiempo mismo en su variedad y en su conjunto.

Visto lo que los socialistas piensan de la Divinidad, nos falta ver lo que piensan del hombre, y de qué manera resuelven el temeroso problema del mal y del bien, considerado en general, que es el asunto de este libro.

CAPITULO X.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Ningun hombre ha habido tan insensato que se haya atrevido á negar el bien ó el mal, y su coexistencia en la historia. Los filósofos disputan sobre el modo y la forma en que existen y coexisten; todos empero afirman á una voz su existencia y su coexistencia como una cosa averiguada; todos convienen igualmente en que en la contienda suscitada entre el bien y el mal, el primero ha de alcanzar sobre el segundo una victoria definitiva. Dejando estos puntos como inconcusos y asentados, en todo lo demás hay diversidad de pareceres, contradiccion de sistemas y contiendas inacabables.

La escuela liberal tiene por cierto que no hay otro mal sino el que está en las instituciones políticas que hemos heredado de los tiempos, y que el supremo bien consiste en echar por el suelo esas instituciones. Los más de los socialistas tienen por averiguado que no hay otro mal sino el que está en la sociedad, y que el gran remedio está en el completo trastorno de las instituciones sociales. Todos convienen en que el mal nos viene de los tiempos pasados: los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos pre-

sentes, y los socialistas que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros.

Consistiendo, así para los unos como para los otros, el supremo bien en un trastorno supremo, que segun la escuela liberal debe realizarse en las regiones políticas, y segun las escuelas socialistas en las regiones sociales, las unas y las otras convienen en la bondad sustancial é intrínseca del hombre, que ha de ser el agente inteligente y libre de aquel y de este trastorno. Esta conclusion ha sido enunciada explícitamente por las escuelas socialistas, y va implícitamente envuelta en la teoría que sustentan las escuelas liberales. De tal manera procede aquella conclusion de esta teoría, que siendo negada la conclusion, la teoría misma viene al suelo. En efecto: la teoría segun la cual el mal está en el hombre y procede del hombre, es contradictoria de aquella otra segun la cual el mal está en las instituciones sociales ó políticas, y procede de las instituciones políticas y sociales. Supuesta la primera, lo que procede en buena lógica es extirpar el mal en el hombre, con lo cual se conseguirá su extirpacion en la sociedad y en el gobierno necesariamente. Supuesta la segunda, lo que procede en buena lógica, es extirpar el mal directamente en la sociedad ó en el gobierno, que es en donde está su centro y su orígen. Por donde se ve que la teoría católica y las racionalistas son entre sí, no solamente incompatibles, sino tambien contradictorias. Por la teoría católica se condena todo trastorno, ya sea político ó social, como insensato é inútil. Las teorías racionalistas condenan toda reforma moral del hombre como inútil y como insensata. Y así la una como las otras son consecuentes en sus condenaciones; porque si el mal no está ni en el gobierno ni en la sociedad, ¿para qué y por qué el trastorno de la sociedad y del gobierno? y por el contrario, si el mal ni está en los indivíduos ni procede de los indivíduos, ¿para qué y por qué la reforma interior del hombre?

Las escuelas socialistas no ven inconveniente ninguno en aceptar la cuestion planteada de esta manera; la escuela liberal, por el contrario, ve en su aceptacion gravísimos inconvenientes, y no sin graves motivos. Aceptada la cuestion tal como viene por sí misma planteada, la escuela liberal se ve en el duro trance de negar con una negacion radical la teoría católica, considerada en sí misma y en todas sus consecuencias; y á esto es á lo que la escuela liberal se niega resueltamente. Amiga de todos los principios y de todos sus contraprincipios, no quiere desasirse ni de los unos ni de los otros, ocupada perpétuamente en obligar á hacer paces entre sí á todas las teorías contradictorias y á todas las contradicciones humanas. Las reformas morales no le parecen mal, aunque los trastornos políticos le parecen excelentes, sin advertir que son estas cosas incompatibles; como quiera que el hombre purificado interiormente no puede ser agente de trastornos, y que los agentes de trastornos, en el hecho mismo de serlo, declaran que no están interiormente purificados. En esta ocasion, como en todas las otras, el equilibrio entre el Catolicismo y el socialismo es de todo punto imposible; porque, una de dos, ó el hombre no se ha de purificar, ó no se han de realizar los trastornos. Si el hombre impurificado toma el oficio de trastornador, los trastornos políticos no son sino el preludio de los trastornos sociales; y si el hombre deja el oficio de trastornador del gobierno para tomar el de reformador de sí propio, ni son posibles los trastornos sociales ni los trastornos políticos. Así en el uno como en el otro caso, la escuela liberal ha de abdicar forzosamente en las manos de las escuelas socialistas ó en las de la escuela católica.

Síguese de aquí que las escuelas socialistas tienen por suya la lógica y la razon, cuando sostienen, contra la escuela liberal, que si el mal está esencialmente en la sociedad ó en el gobierno, no hay que hacer otra cosa sino trastornar el

gobierno ó la sociedad; sin que sea cosa ni necesaria ni conveniente, sino al revés, perniciosa y absurda, acometer la empresa de la reforma del hombre.

Supuesta la bondad ingénita y absoluta del hombre, el hombre es á un mismo tiempo reformador universal é irreformable, con lo cual viene á ser trasformado de hombre en Dios: su esencia deja de ser humana para ser divina; él es en sí absolutamente bueno, y produce fuera de sí, por sus trastornos, el bien absoluto; bien sumo y causa de todo bien, es excelentísimo, sapientísimo y potentísimo. La adoracion es una necesidad tan imperiosa, que los socialistas, siendo ateos y no pudiendo adorar á Dios, hacen á los hombres dioses para adorar alguna cosa de alguna manera.

Siendo estas las ideas dominantes de las escuelas socialistas acerca del hombre, es cosa clara que el socialismo niega su naturaleza antitética como una pura invencion de la escuela católica. Por eso el sansimonianismo y el fourrierismo no admiten que el hombre esté de tal manera constituido que por un lado vaya su entendimiento y por otro su voluntad, ni conceden que haya contradiccion de ninguna especie entre su espíritu y su carne; el fin supremo del sansimonianismo es demostrar prácticamente la conciliacion y la unidad de esas dos poderosas energías. Esta suprema conciliacion estaba simbolizada en el sacerdote sansimoniano, cuyo oficio era satisfacer el espíritu por medio de la carne, y la carne por medio del espíritu. El principio comun á todos los socialistas, que consiste en dar á la sociedad mal construida una construccion análoga á la del hombre, que está construido de una manera excelente, condujo á los sansimonianos á negar toda especie de dualismo político, científico y social; cuya negacion era necesaria, supuesta la negacion de la naturaleza antitética del hombre. Proclamada la pacificacion entre el espíritu y la carne, procedia proclamar la pacificacion universal y la reconciliacion de todas las cosas;

y como las cosas no se pacifican ni se concilian sino en la unidad, la unidad universal era una consecuencia lógica de la unidad humana; y de aquí el panteismo político, el social y el religioso, los cuales constituyen el despotismo ideal á que aspiran con una inmensa aspiracion todas las escuelas socialistas. El padre comun de la escuela de San Simon y el omniarca de la escuela Fourrier, son sus personificaciones augustas y gloriosas.

Volviendo á la naturaleza del hombre, que es nuestro objeto especial por lo de ahora, supuesta por un lado su unidad, y por otro su bondad absoluta, procedia proclamar al hombre santo y divino; santo y divino no solo en su unidad, sino tambien en todos y en cada uno de los elementos que la constituyen; y de aquí la proclamacion de la santidad y de la divinidad de las pasiones: por esta razon, todas las escuelas socialistas, unas implícita y otras explícitamente, proclaman las pasiones divinas y santas. Supuesta la santidad y la divinidad de las pasiones, procedia la condenacion explícita de todo sistema represivo y penal, y sobre todo la condenacion de la virtud, cuyo oficio es atajarlas el paso, impedir su explosion y reprimir sus ímpetus. Y en efecto, todas estas cosas, que son á un mismo tiempo consecuencia de los principios anteriores, y principios de consecuencias más remotas, están enseñadas y proclamadas con un cinismo mayor ó menor en todas las escuelas socialistas, entre las que resplandecen la sansimoniana y la fourrierista, aventajándose á las demás como si fueran dos soles en un cielo estrellado. Eso es lo que significa la rehabilitacion sansimoniana de la mujer y su pacificacion de la carne. Eso es lo que significa la teoría de Fourrier acerca de las atracciones. Fourrier dice: «El deber procede del hombre (entiéndase de »la sociedad) y la atraccion de Dios.» Madame de Coeslin, citada por M. Louis de Raybaud, en sus *Estudios sobre los reformistas contemporáneos*, ha expresado este mismo pensa-

miento con mayor exactitud, diciendo: «Las pasiones son de »institucion divina, las virtudes de institucion humana;» lo cual quiere decir, supuestos los principios de la escuela, que las virtudes son perniciosas, y las pasiones saludables. Por esta razon, el fin supremo del socialismo es crear una nueva atmósfera social, en que las pasiones se muevan libremente comenzando por destruir las instituciones políticas, religiosas y sociales que las oprimen. La edad de oro, anunciada por los poetas y aguardada de las gentes, comenzará en el mundo cuando tenga principio ese gran suceso, y cuando despunte en los horizontes esa magnífica aurora. La tierra entonces será un paraiso; y ese paraiso, con puertas á todos los vientos, no será, como el católico, una prision guardada por un ángel; el mal habrá desaparecido de la tierra, que ha sido hasta ahora, pero que no está condenada á ser perpétuamente un valle de lágrimas.

Estas cosas piensa el socialismo del bien y del mal, de Dios y del hombre. Mis lectores no exigirán de mí ciertamente que siga paso á paso á las escuelas socialistas por el camino escabroso de sus extravagancias perturbadoras. Lo exigirán mucho ménos al considerar que ya quedaron virtualmente impugnadas desde el momento en que expuse á su vista la majestad de la doctrina católica relativa á estas grandes cuestiones, en su sencilla y augusta magnificencia. Esto no obstante, me creo en el imprescindible y santo deber de derribar por el suelo ese edificio del error, con lo que basta y sobra para derribarle: con un solo argumento y con una sola palabra.

La sociedad puede ser considerada bajo dos puntos de vista diferentes: el católico y el panteista. Considerada bajo el punto de vista católico, no es otra cosa sino la reunion de una multitud de hombres que viven todos bajo la obediencia y al amparo de unas mismas leyes y de unas mismas instituciones; considerada bajo el punto de vista panteista, es un or-

ganismo que existe con una existencia individual, concreta y necesaria. En la primera suposicion, es claro que no existiendo la sociedad independientemente de los indivíduos que la constituyen, nada puede estar en la sociedad que no esté antes en los indivíduos; de donde se sigue, por consecuencia forzosa, que el mal y el bien que hay en ella, la viene del hombre. Considerado bajo este punto de vista, es cosa absurda el intento de estirpar el mal en la sociedad, en donde existe por incidencia, y el propósito de no tocar á los indivíduos, en los que está originaria y encialmente. En la segunda suposicion, segun la cual la sociedad es un sér que existe por sí con una existencia concreta, individual y necesaria, los que esto afirman están obligados á resolver de una manera satisfactoria las mismas cuestiones que con respecto al hombre los racionalistas proponen á los católicos, conviene á saber; si la sociedad es mala esencial, ó accidentalmente: si lo primero, cómo se explica el mal esencial; si lo segundo, cómo, de qué manera, en cuáles circunstancias y con cuál ocasion ha venido á turbarse la armonía social con esa incidencia perturbadora. Ya hemos visto cómo los católicos desatan todos estos nudos, de qué manera se adelantan á resolver todas estas dificultades, y en qué forma responden á todas estas preguntas en lo relativo á la existencia del mal, considerado como una consecuencia de la prevaricacion humana. Lo que no hemos visto hasta aquí, y lo que no veremos jamás, es el modo y la fuerza con que el racionalismo socialista resuelve esas mismas cuestiones en lo relativo á la existencia del mal, considerado únicamente en las instituciones sociales.

Esta sola consideracion me autorizaria para afirmar que la teoría socialista es una teoría de charlatanes, y que el socialismo no es otra cosa sino la razon social de una compañía de histriones. Para ser tan sóbrio como me he propuesto, pondré término á esta argumentacion, encerrando al socia-

lismo en este dilema: O el mal que está en la sociedad es una esencia, ó un accidente: si es una esencia, para extirparle no basta trastornar las instituciones sociales; es necesario además destruir la sociedad misma, que es la esencia que sostiene todas sus formas. Si el mal social es accidental, entonces estais obligados á hacer lo que no habeis hecho, lo que no haceis, lo que no podeis hacer; estais obligados á explicarme en qué tiempo, por cuál causa, de qué manera y en cuál forma ha sobrevenido ese accidente; y luego por cuál série de deducciones venís á convertir al hombre en redentor de la sociedad, dándole la potestad de limpiar sus manchas y de lavar sus pecados. Con este motivo convendrá advertir aquí á los incautos que el racionalismo, que ataca con furor todos los misterios católicos, proclama despues, de otra manera y á otro propósito, esos mismos misterios. El Catolicismo afirma dos cosas: el mal y la redencion; el socialismo racionalista comprende en el símbolo de su fé las mismas afirmaciones. Entre socialistas y católicos no hay más que esta diferencia: los segundos afirman el mal del hombre, y la redencion por Dios; los primeros afirman el mal de la sociedad, y la redencion por el hombre. El católico con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar dos cosas sencillas y naturales: que el hombre es hombre y ejecuta obras humanas, que Dios es Dios y acomete empresas divinas. El socialismo con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar que el hombre acomete y lleva á cabo empresas de un Dios, y que la sociedad ejecuta las obras propias del hombre. ¿Qué va ganando la razon humana con dejar el Catolicismo por el socialismo, sino dejar lo que es á un mismo tiempo evidente y misterioso, por lo que es á un tiempo mismo misterioso y absurdo?

Nuestra impugnacion de las teorías socialistas no seria completa si no acudiéramos al arsenal de Mr. Proudhon, lleno unas veces de razon, y otras de elocuencia y de sarcas-

mo, cuando combate y pulveriza á sus compañeros de armas.

Véase aquí lo que Mr. Proudhon piensa de la naturaleza armónica del hombre, proclamada por San Simon y por Fourrier, y de la futura trasformacion de la tierra en un jardin deleitoso, anunciado por todos los socialistas: «Pero el hom»bre, considerado en el conjunto de sus manifestaciones, y »cuando todas sus antinomias parecen apuradas, presenta »todavía una que no refiriéndose á nada de lo que existe en »la tierra, queda aquí abajo sin solucion de ninguna espe»cie. Esto sirve para explicar por qué causa, por perfecto »que sea el órden en la sociedad, no lo es nunca tanto que »destierre de todo punto la amargura y el tédio. La felici»dad en este mundo es un ideal que estamos condenados á »seguir siempre, y que el antagonismo invencible de la na»turaleza y del espíritu pone perpétuamente fuera de nues»tro alcance.» (*Systéme des contradictions*, c. 10.) Poned ahora la atencion en el siguiente sarcasmo contra la bondad nativa del hombre: «El obstáculo mayor que la igualdad »tiene que vencer, no está en el orgullo aristocrático del »rico, sino en el egoismo indispensable del pobre; y á pesar »de eso, ¿os atreveis todavía á contar con su bondad ingé»nita para reformar á un tiempo mismo la espontaneidad y »la premeditacion de su malicia?» (*Systéme des contradictions*, c. 8.) El sarcasmo crece de punto en las palabras siguientes, tomadas de la misma obra y del mismo capítulo: «La lógica del socialismo es verdaderamente maravillosa: el »hombre es bueno, nos dicen, pero es necesario desintere»sarle del mal, para que se abstenga de él; el hombre es »bueno, repiten, pero es necesario interesarle en el bien »para que le ponga en práctica; porque si el interés de sus »pasiones le lleva al mal, hará mal; y si está desinteresado »del bien, no le ejecutará. En este caso la sociedad no ten»drá derecho para echarle en cara que escuchó sus pasio»nes, porque ella es la que está en obligacion de conducirle

»por medio de sus pasiones. ¡Qué naturaleza tan excelente »y tan maravillosamente enriquecida con dones la de Neron! »¡Qué alma de artista la de aquel Heliogábalo que organizó »la prostitucion! Y en cuanto á Tiberio, ¡qué carácter el su»yo tan poderoso y tan grande! Y al revés, ¿dónde hay pa»labras para encarecer bastante á la sociedad que produjo »aquellas almas divinas, y que dió el sér, sin embargo, á »Tácito y Marco Aurelio? ¡Y eso es lo que nuestros socialis»tas llaman bondad ingénita del hombre y santidad de sus »pasiones! Una Safo, llena de arrugas y abandonada de sus »amantes, pone la cerviz al yugo del matrimonio; desinte»resada del amor, se resigna al himeneo. ¡Y á esa mujer la »llaman santa! ¡Lástima grande que esta palabra no tenga »en francés el doble sentido que tiene en la lengua hebrea! »Todo el mundo estaria entonces de acuerdo acerca de la »santidad de Safo!» El sarcasmo reviste aquella forma elocuentemente brutal, que pudiera llamarse la forma proudhoniana, en el capítulo 12 de la misma obra, en donde Mr. Proudhon se explica de esta manera: «Pasemos de corri»da al lado de esas constituciones sansimonianas y fourrie»ristas, y de todas las otras de la misma laya, cuyos auto»res van prometiendo á voces por las plazas y las calles »unir con dichosa lazada el amor libre con el pudor y la de»licadeza y la espiritualidad más pura; triste ilusion la de »un socialismo abyecto, último sueño de la crápula en deli»rio. Dad vuelo á la pasion por medio de la inconstancia, y »luego al punto la carne tiranizará al espíritu; los amantes »no serán entre sí sino viles instrumentos de placer; á la fu»sion de los corazones sucederá el prurito de los sentidos, »y... para formarse un juicio sobre tales cosas, no es me»nester haber pasado, como San Simon, por las aduanas de »la Vénus popular.»

Despues de haber expuesto é impugnado en general las teorías socialistas relativas, á los problemas que son asunto

de este libro, solo nos falta exponer é impugnar la teoría de Mr. Proudhon, relativa á estos mismos problemas, para poner un término á este largo y complicado debate. Mr. Proudhon expone compendiosa, pero cumplidamente, su doctrina en el capítulo 8 de la obra que acabamos de citar, por las palabras siguientes: «La educacion de la libertad, la sujecion de nuestros instintos, el rescate ó la redencion de nuestra alma, eso es lo que significa, como lo ha demostrado Lessing, el misterio cristiano interpretado rectamente. Esta educacion durará tanto como nuestra vida y la del género humano. Moises, Budha, Jesucristo, Zoroastro fueron todos apóstoles de la expiacion, y símbolos vivos de la penitencia. El hombre es por naturaleza pecador, lo cual no quiere decir precisamente que sea malo, sino más bien que está mal hecho. Su destino es estar ocupado perpétuamente en volver á crear su propio ideal dentro de sí mismo.»

En esta profesion de fé hay algo de la teoría católica, algo de la socialista, y algo que ni es de la una ni de la otra, y constituye por lo mismo la individualidad de la teoría proudhoniana.

Lo que hay aquí de la teoría católica, consiste en el reconocimiento de la existencia del mal y del pecado, en la confesion de que el pecado está en el hombre y no en la sociedad, y de que el mal no viene de la sociedad sino del hombre; por último, hay aquí de la teoría católica el reconocimiento explícito de la necesidad de la redencion y de la penitencia.

Lo que hay de la teoría socialista, está en la afirmacion de que el hombre es el redentor. Lo que constituye la individualidad de la teoría proudhoniana, consiste, por una parte, en este principio contradictorio de la teoría socialista, conviene á saber: que el hombre redentor no redime á la sociedad, sino que se redime á sí propio; y en este otro, contradictorio de la teoría católica: que el hombre no se ha he-

cho malo, sino que, al revés, ha sido mal hecho. Dejando á un lado, por una parte, lo que en esta teoría hay de conforme con la católica, y por otra, lo que hay en ella de conforme con la socialista, me haré cargo solamente de lo que la constituye diferente de las otras, de aquello en virtud de lo cual deja de ser socialista ó católica para ser exclusivamente proudhoniana.

La individualidad de esta teoría consiste en afirmar que el hombre no es pecador sino porque ha sido mal hecho. Caminando en esta suposicion, Mr. Proudhon ha dado una prueba insigne de sana razon y de buena lógica, buscando al Redentor fuera del Hacedor, por ser cosa clara que por aquel que hemos sido mal hechos no podemos ser bien redimidos. No pudiendo ser Dios el redentor, y siendo el redentor necesario, habia de serlo el hombre ó el ángel. Estando dudoso de la existencia del ángel, y cierto de la necesidad de la redencion, no teniendo á quien dar este encargo, se le ha dado al hombre, que es á un mismo tiempo pecador, y redentor de su pecado.

Todas estas proposiciones están bien trabadas y adheridas entre sí: por donde todas ellas flaquean, es por el hecho que las sirve de fundamento y de base; porque, ó el hombre ha sido bien, ó mal hecho: en el primer caso, viene á tierra la teoría, y en el segundo procede la argumentacion siguiente: Si el hombre está mal hecho y es su propio redentor, hay contradiccion manifiesta entre su naturaleza y su atributo; como quiera que el hombre, por mal hecho que esté, si está hecho de manera que pueda enmendar la obra de su Hacedor hasta el punto de redimirse, lejos de ser una criatura mal hecha es una criatura perfectísima; porque ¿cómo puede imaginarse perfeccion mayor que la que consiste en la facultad de borrar todos sus pecados, de enmendar todas sus imperfecciones, y para decirlo todo de una vez, en la de redimirse á sí propio? Ahora bien, si en el hecho de ser su propio re-

dentor, cualesquiera que sean sus imperfecciones por otra parte, es el hombre un sér perfectísimo, afirmar de él á un mismo tiempo que ha sido mal hecho y que es su propio redentor, es afirmar lo que se niega y negar lo que se afirma; porque es afirmar que ha sido hecho perfectísimo, y que ha sido mal hecho. Y no se diga que sus imperfecciones le vienen de Dios, y que la altísima perfeccion que consiste en redimirse le viene de sí propio; porque á esto se responde que el hombre no hubiera podido llegar nunca á ser su propio redentor, si no hubiera sido hecho con la facultad de llegar á esa grande altura, ó por lo ménos con la facultad de adquirir esa facultad en la sucesion de los tiempos. Alguna de estas cosas es necesario conceder; y aquí conceder algo es concederlo todo, como quiera que si cuando fué hecho era su redentor en potencia antes de serlo actualmente, esa potencia, á pesar de todas sus imperfecciones, le constituyó perfectísimo. Luego la teoría proudhoniana no viene á ser otra cosa sino una contradiccion en los términos.

La conclusion de todo lo dicho es que no hay escuela ninguna que no reconozca la existencia simultánea del bien y del mal, y que sólo la católica explica satisfactoriamente la naturaleza y el orígen del uno y del otro, y sus varios y complicados efectos. Ella nos enseña cómo no hay bien ninguno que no venga de Dios, y cómo todo lo que procede de Dios es un bien; de qué manera comienza el mal con el primer desfallecimiento de la libertad angélica y de la humana, que de obedientes y sumisas se vuelven rebeldes y prevaricadoras; y de qué modo y hasta qué punto esas dos grandes prevaricaciones lo mudan todo con sus influencias y sus estragos. Ella nos muestra, por último, que el bien es de suyo eterno, porque es de suyo esencial; y que el mal es una cosa transitoria, porque es un accidente: de donde se sigue que el bien no está sujeto á caidas y mudanzas, y que el mal puede ser borrado, y el pecador redimido. Reservando

para más adelante la explicacion de aquellos grandes y soberanos misterios, con cuya virtud prodigiosa el mal fué extirpado en su orígen, nos hemos limitado en este libro á poner como de relieve la soberana industria y el portentoso artificio con que Dios convierte los efectos de la culpa primitiva en elementos constitutivos de un bien superior y de un órden excelente; por eso expusimos de qué manera el bien sale del mal por la virtud de Dios, despues de haber expuesto de qué manera sale el mal del bien por culpa del hombre, sin que la accion humana y la reaccion divina impliquen rivalidad de ninguna especie entre séres que están separados por una distancia infinita.

En cuanto á las escuelas racionalistas, el exámen de sus varios sistemas sirve para demostrar su profundísima ignorancia en todo lo que tiene relacion con estas altas cuestiones. Por lo que hace á la liberal, su ignorancia es proverbial entre los doctos: en calidad de lega, es esencialmente antiteológica; y en calidad de antiteológica, es impotente para dar un gran impulso á la civilizacion, que es siempre el reflejo de una teología. Su oficio propio es falsear todos los principios, combinándolos caprichosa y absurdamente con aquellos otros que los contradicen: por aquí piensa llegar al equilibrio, y no llega sino á la confusion; piensa ir á la paz, y va á la guerra. Pero como quiera que sea cosa imposible sustraerse de todo punto al imperio de la ciencia teológica, la escuela liberal es ménos lega de lo que ella cree, y más teológica de lo que á primera vista parece. La cuestion del bien y del mal, la más esencialmente teológica entre cuantas pueden imaginarse, viene planteada y resuelta por sus doctores, si bien se echa de ver desde luego que ignoran el arte de plantearla y el modo de resolverla. En primer lugar, prescinden de la cuestion relativa al mal en sí, al mal por excelencia, para ocuparse solo en cierto género de males; como si fuera posible que el que ignora qué cosa es el mal,

pueda saber qué cosa son los males particulares: en segundo lugar, particularizando el remedio como particularizaron el mal, le descubren solamente en ciertas formas políticas; ignorando que esas formas son de todo punto indiferentes, como lo enseña la razon y lo demuestra la historia. Señalando el mal allí donde no está, y el remedio allí donde no se encuentra, la escuela liberal ha puesto la cuestion fuera de su verdadero punto de vista, con lo cual ha introducido la confusion y el desórden en las regiones intelectuales. Su efímera dominacion ha sido funesta á las sociedades humanas, y durante su reinado transitorio, el principio disolvente de la discusion ha dado al traste con el buen sentido de los pueblos. En este estado de la sociedad no hay trastorno que no sea de temer, ni catástrofe que no pueda venir, ni revolucion que no sea inevitable.

Por lo que hace á las escuelas socialistas, con solo considerar la manera que tienen de plantear las cuestiones, se echa de ver su superioridad sobre la liberal, la cual no está en estado de oponerlas resistencia ninguna. Siendo como son esencialmente teológicas, miden los abismos en toda su profundidad, y no carecen de cierta grandeza en la manera de plantear los problemas y de proponer las soluciones. Empero consideradas más atentamente, y cuando se entra en el laberinto intrincado de sus soluciones contradictorias, luego al punto se descubre su flaqueza radical, disimulada un tanto con sus apariencias grandiosas. Los sectarios socialistas son á la manera de los filósofos paganos, cuyos sistemas teológicos y cosmogónicos venian á ser un monstruoso conjunto, por una parte, de tradiciones bíblicas desfiguradas é incompletas, y por otra, de hipótesis insostenibles y falsas. Su grandiosidad les viene de la atmósfera que las rodea, impregnada toda ella de emanaciones católicas; y sus contradicciones y su flaqueza, de la ignorancia del dogma, del olvido de la tradicion, y de su desprecio por la Iglesia, depositaria universal de los

dogmas católicos y de las tradiciones cristianas. A semejanza de nuestros dramáticos de otra edad, los cuales confundiéndolo todo grotesca aunque ingeniosamente, ponían en boca de César discursos dignos del Cid, y sentencias dignas de los caballeros de Cristo en boca de los adalides moros, los socialistas de nuestros tiempos están perpétuamente ocupados en dar un sentido racionalista á las palabras católicas, dando ménos pruebas de ingenio que de candor, y mostrándose alguna vez ménos maliciosos que inocentes.

Nada hay ni ménos católico ni ménos racionalista que entrar á saco la ciudad racionalista y la ciudad católica, tomando de aquella las ideas con todas sus contradicciones, y de esta las vestiduras con todas sus magnificencias. El Catolicismo por su parte no consentirá ni esos escandalosos amaños, ni esa vergonzosa confusion, ni esos torpes despojos. El Catolicismo está en estado de demostrar que él solo posee el índice ordenado de todos los problemas políticos, religiosos y sociales; que él solo está en el secreto de las grandes soluciones; que no vale concederle á medias y negarle á medias, ni tomarle sus palabras para cubrir con ellas la desnudez de otras doctrinas; que no hay ni otro mal ni otro bien, sino el bien y el mal que él señala; que las cosas no pueden ser explicadas sino de la manera que él explica las cosas; que solo el Dios que él aclama es el Dios verdadero; que la humanidad es lo que él dice que es, y no una cosa diferente; que cuando él ha dicho de los hombres que son entre sí hermanos, iguales y libres, ha dicho al mismo tiempo cómo lo son, de qué manera lo son, y hasta qué punto lo son; que sus palabras han sido hechas á la medida de sus ideas, y sus ideas para sostener á sus palabras; que es necesario proclamar la libertad, la igualdad y la fraternidad católicas, ó negar al mismo tiempo todas esas cosas y todos esos nombres; que el dogma de la redencion es exclusivamente suyo; que él solo nos enseña el por qué y el para qué de la redencion, y cómo se

llama el Redentor, y cómo se llama el redimido; que aceptar su dogma para estropearle es oficio de charlatan y una bufonada de mal género; que el que no es con él, es contra él; que él es la afirmacion por excelencia, y que contra él no se da sino una negacion absoluta.

De esta manera viene planteada la cuestion entre racionalistas y católicos. El hombre es soberanamente libre, y como libre puede aceptar las soluciones puramente católicas, ó las soluciones puramente racionalistas; puede afirmarlo todo ó negarlo todo; puede ganarse ó puede perderse; lo que el hombre no puede hacer, es mudar con su voluntad la naturaleza de las cosas, que es de suyo inmutable. Lo que el hombre no puede hacer, es encontrar reposo y descanso en el eclecticismo liberal ó en el eclecticismo socialista. Socialistas y liberales están en la obligacion de negarlo todo para tener el derecho de negar algo. El Catolicismo, considerado humanamente, no es grande sino porque es el conjunto de todas las afirmaciones posibles; el liberalismo y el socialismo no son débiles sino porque juntan en uno varias de las afirmaciones católicas y varias de las negaciones racionalistas; y porque en vez de ser escuelas contradictorias del Catolicismo, no son otra cosa sino dos escuelas diferentes. Los socialistas no parecen arrojados en sus negaciones sino cuando se les compara con los liberales, que en cada afirmacion ven un escollo y en cada negacion un peligro; su timidez empero salta á los ojos si se les compara con la escuela católica; solo entonces se echa de ver el arrojo con que ella afirma, y la timidez con que ellos niegan. ¡Cómo! ¿Os llamais los apóstoles de un nuevo evangelio, y nos hablais del mal y del pecado, de la redencion y de la gracia, cosas todas de que está lleno el antiguo? ¿Os llamais depositarios de una nueva ciencia política, social y religiosa, y nos hablais de libertad, de igualdad y fraternidad, cosas todas tan viejas como el Catolicismo, que es tan viejo como el mundo? Aquel que ha afirmado de sí que ensalza-

ria la humildad y que abatiria el orgullo, cumple en vosotros su palabra: él os condena á no ser sino torpes comentadores de su inmortal Evangelio, por lo mismo que aspirais con desatentada y loca ambicion á promulgar una nueva ley desde un nuevo Sinaí, ya que no desde un nuevo Calvario.

LIBRO TERCERO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN LA HUMANIDAD.

CAPITULO PRIMERO.

TRASMISION DE LA CULPA, DOGMA DE LA IMPUTACION.

Con el pecado del primer hombre se explica suficientemente aquel gran desórden y aquella formidable confusion que padecieron las cosas á poco de creadas (1), cuya confusion y cuyo desórden se convirtieron, como vimos, sin dejar de ser lo que eran, en elementos de un órden más excelente y de una más grande armonía, por aquella virtud secreta é incomunicable que está en Dios, de sacar el órden del desórden, de la confusion el concierto, y el bien del mal, por

(1) Es cierto que el pecado del primer hombre se siguió muy luego al acto de su creacion. Compendiemos lo que dice Suarez sobre este asunto (*Tractatus de opere sex dierum*, lib. VI, cap. VIII):

«Adan fué creado el sexto dia, fuera del Paraiso terrenal, á donde fué trasportado en seguida. Esto es lo que resulta de los capítulos I y II del Génesis; pero la Sagrada Escritura no dice á qué hora del dia fué su creacion. Este punto sigue, pues, siendo dudoso. Tampoco nos dice la revelacion cuánto tiempo trascurrió entre la creacion de Adan y su traslacion al paraiso terrenal: algunos

un acto simplicísimo de su voluntad soberana. Lo que aquel pecado por sí solo no alcanza á explicar, es la perpetuidad y constancia de aquella primitiva confusion, la cual subsiste todavía en todas las cosas, señaladamente en el hombre. Para explicar cumplidamente la subsistencia de los efectos es necesario suponer la subsistencia de la causa, y para explicar la subsistencia de la causa es forzoso suponer la trasmision perpétua de la culpa.

El dogma de la trasmision del pecado con todas sus consecuencias es uno de los misterios más temerosos, más incomprensibles y oscuros entre cuantos nos han sido enseñados por revelacion divina. Esa sentencia de condenacion, dada en cabeza de Adan contra todas las generaciones de los hombres, así las que han sido, como los que son ahora

---

han creido que fueron cuarenta dias; pero es mucho más probable que Adan entrase en el paraiso el mismo dia que fué criado. Advertido dejamos que Eva fué creada el mismo dia, y que lo fué en el paraiso, donde tenia por fuerza que estar Adan, pues Eva fué formada de una de sus costillas, y erigida desde luego en esposa suya. Suponemos, pues, que todo cuanto acerca de la creacion de Adan y Eva y de su permanencia en el paraiso dice el capítulo segundo del Génesis, se refiere al sexto dia de la creacion.

»Segun cierta opinion muy antigua y autorizada, Adan pecó el mismo dia que fué creado. Así lo enseña San Ireneo (*l. V. contra Hær.* c. XXIII), añadiendo que por esta razon quiso nuestro Señor morir el sexto dia de la semana. Esta opinion no incluye imposibilidad alguna, ni nada que repugne al texto sagrado; pero es incierta y no nos parece verosímil.

»Todo cuanto el Génesis nos dice de nuestros primeros padres en los capítulos I y II, sucedió, como hemos dicho, el sexto dia; pero no así lo que se refiere en el capítulo III, ó á lo ménos, no parece que resulta del texto. Luego se puede concluir que la permanencia de Adan y Eva en el paraiso, no fué de seis ó siete horas como unos sostienen, ni de nueve ó diez como sostienen otros, sino de más de veinticuatro. Cuanto á la cuestion de si pecaron el segundo, tercero ó cuarto dia despues de ser creados, no se puede resolver con certidumbre. Pererius supone que fué el dia octavo, pero esta opinion no se apoya en ningun fundamento sólido. Lo que parece más verosímil, es que Adan y Eva pecaron al dia siguiente de criados. Cuanto á su expulsion del paraiso, claramente se vé por el sagrado texto que se verificó el mismo dia en que pecaron.

presentes y las que serán en lo venidero hasta la consumacion de los tiempos, no se compone bien á primera vista, en el entendimiento humano, con la justicia de Dios, y mucho ménos con su inagotable misericordia. Cualquiera diria, al considerarla de golpe y por primera vez, que es un dogma sacado de aquellas religiones inexorables y sombrías del Oriente, cuyos ídolos no tienen oidos sino para escuchar lamentos, ni ojos sino para ver la sangre, ni voz sino para lanzar anatemas y para pedir venganzas. El Dios vivo, en la actitud de revelarnos ese dogma tremendo, más bien que como el Dios manso y clemente de los cristianos, se nos muestra como el Moloch de los pueblos idólatras, crecido en grandeza y en barbárie, el cual no contentándose ya con carnes tiernas para aplacar su hambre devoradora, va sepultando unas despues de otras en las cavernas de su vientre las generaciones humanas.—¿Por qué somos penadas, dicen todas las gentes, convertidas á Dios, si no fuimos culpables?

Entrando de lleno y derechamente en las entrañas de la cuestion, no será empresa árdua demostrar la altísima conveniencia de este profundo misterio. Ante todo debemos observar que los mismos que niegan la trasmision como dogma revelado, están obligados á reconocer que, áun considerado este negocio haciendo abstraccion completa de lo que tenemos por fé, se va siempre á parar al mismo término por diferentes caminos. Demos por sentado que el pecado y la pena, siendo personales de suyo, son de suyo intrasmisibles; y despues de hecha esta concesion, todavía demostraremos con evidencia que con ella como sin ella queda en pié lo que se nos enseña por el dogma.

En efecto, de cualquiera manera que se considere este negocio, siempre resultará que el pecado puede producir en el que le comete tales estragos y tan grandes mudanzas, que sean poderosas para alterar física y moralmente su

constitucion primitiva: cuando esto sucede, el hombre, que trasmite todo lo que tiene constitucionalmente, trasmite á sus hijos por la generacion sus condiciones constitucionales. Cuando una gran explosion de ira produce una enfermedad en el airado, cuando esa enfermedad que en él produce es constitucional y orgánica, es cosa sencilla y natural que trasmita á sus hijos por vía de generacion el mal constitucional y orgánico que padece. Ese mal constitucional y orgánico se reduce, considerándole bajo su aspecto físico, á una enfermedad verdadera; y considerándole bajo su punto de vista moral, á una predisposicion de la carne á sojuzgar al espíritu, con aquella misma pasion que cuando fué actual, produjo aquellos grandes estragos. Que la prevaricacion de Adan, siendo la mayor de todas las prevaricaciones posibles, debió alterar y alteró de una manera radical su constitucion moral y física, es una cosa puesta fuera de toda duda: y siéndolo, es cosa clara que debió trasmitírsenos con la sangre el estrago de la culpa y la predisposicion á cometerla actualmente.

Síguese de lo dicho que en realidad nada adelantan los que niegan el dogma de la trasmision del pecado, si no niegan al mismo tiempo lo que no pueden negar sin insensatez evidente y sin evidente locura, á saber: que la culpa, cuando es grande, deja un rastro en la constitucion y en el organismo del hombre, y que ese rastro orgánico y constitucional se trasmite de unas generaciones en otras, viciándolas todas en lo que tienen de constitucional y de orgánico.

Ni adelantan más en ese terreno los que, negando la trasmisibilidad del pecado, niegan el dogma de la imputacion, ó la trasmision de la pena; como quiera que aquello mismo que en calidad de pena apartan de sí, se les viene encima con otro nombre, con el nombre de desgracia. Demos por sentado que las desventuras que padecemos no son

una pena, la cual lleva consigo la idea de una infraccion voluntaria por parte del que la recibe, y de una determinacion voluntaria por parte del que la impone: siempre resultará de aquí, que en todas las suposiciones son igualmente inevitables y ciertas nuestras grandes desventuras: los que no las confiesan como consecuencia legítima del pecado, se ven obligados á confesarlas como una consecuencia natural de las relaciones necesarias que tienen entre sí las causas y sus efectos. Por este sistema, la corrupcion radical de su naturaleza fué una pena en nuestros primeros padres, voluntariamente pecadores. Su desobediencia voluntaria mereció la pena de la corrupcion que les fué impuesta por un Juez incorruptible Esa misma corrupcion es en nosotros una desgracia, como quiera que no se nos impone como pena, sino que nos viene en calidad de herederos de una naturaleza radicalmente corrompida. Y esa desgracia es tan lamentable, que el mismo Dios no podría decretar nuestra exencion sin alterar la ley de la causalidad que está en las cosas, por medio de un portentoso milagro. Ese milagro se obró en la plenitud de los tiempos por una manera tan conveniente y tan alta, por caminos tan secretos, por medios tan sobrenaturales y por consejo tan sublime, que la obra inenarrable de Dios habia de ser para los unos escándalo, y para los otros locura.

La trasmision de las consecuencias del pecado se explica por sí misma sin ningun género de contradiccion ni de violencia. Nació el primer hombre adornado de inestimables privilegios: su carne estaba sujeta á su voluntad, su voluntad á su entendimiento, que recibia su luz del entendimiento divino. Si nuestros primeros padres hubieran procreado antes de pecar (1), sus hijos hubieran participado, por via de

---

(1) Los Santos Padres enseñan que Adan y Eva permanecieron vírgenes mientras vivieron en el paraiso. (V. S. Gerónimo, *Epistola* XXII, *de Custod. Virg. ad*

generacion, de su naturaleza incorrupta. Para que las cosas no hubieran sucedido de esta manera, hubiera sido necesario un milagro por parte de Dios; como quiera que aquella trasmision no hubiera podido impedirse sin mudar aquella ley en virtud de la cual cada sér trasmite lo que tiene, en

---

Eustoch. Lib. I, *contra Jovinian*, y San Agustin, *serm.* 65 *de temp.* y *lib.* IX *sup. Gen. ad litt.* CIV.) «San Agustin dá por razon de esto, dice Santo Tomás, »(I. q. XCVIII, 2) el poco tiempo que pasó desde que fueron creados hasta su »expulsion del paraiso. Tambien se puede suponer que despues de recibido el »mandato (*crescite et multiplicamini. Gen*, I. 28) de un modo general (*universa-*»*sale mandatum*) esperasen que la divina autoridad les prescribiera el mo»mento de comenzar á cumplirlo.»

San Gregorio Niseno, San Ambrosio, San Juan Damasceno y otros Santos Padres han creido que si Adan y Eva no hubiesen pecado, habrian permanecido vírgenes; pero Santo Tomás prueba que «para la multiplicacion del género hu»mano, habría existido la generacion aún en el estado de inocencia. De otro modo era menester decir que el pecado, condicion *sine qua non*, en esta hipóte»sis, de un bien tan grande, era necesario (I. q. XCVIII, 1).» Previniendo esta objecion, responden los autores antes citados, que en el estado de inocencia, se hubiesen multiplicado los hombres, como se multiplicaron los ángeles, por medio de una operacion del divino poder. Santo Tomás responde (*ibid.* art. 2) citando las palabras: (Gen. I. 27), *Masculum et fæminam creavit eos.* Dios no hace nada en vano; luego si creó al hombre y á la mujer, fué para que se uniesen: *et erunt duo in carne una* (*ibid.* II, 24). Dice además, añade el santo doctor, que la mujer fué hecha para ser ayuda del hombre: *faciamus ei adjutorium simile sibi* (*ibid.* 18); luego esta fué creada para la generacion, pues para cualquier otra obra, habria servido otro hombre de más ayuda que la mujer. San Gregorio Niseno habia dicho que si Dios creó los dos sexos antes del pecado, fué por tener en cuenta lo que despues de la culpa, que El habia previsto con su presciencia, habia de suceder. El Doctor Angélico replica: «Las cosas que constituyen la naturaleza »del hombre, no le pueden ser dadas ni quitadas por el pecado. Pero en la natu»raleza del hombre está el tener la vida animal, y engendrar por consiguiente, »segun las leyes de esta vida, como todo animal perfecto... En el estado de ino»cencia, las fuerzas inferiores estaban del todo sometidas á las superiores, por lo »cual dijo San Agustin: *Lejos de nosotros pensar que la generacion no ha podido* »*verificarse sin la ignominia de la concupiscencia; el cuerpo habria obedecido en* »*todos sus actos al mandato de la voluntad, sin pasion, sin desórden vergonzoso,* »*en la paz del alma y de los sentidos.* (*De Civit. Dei.*, XIV, 26.)... En el estado de »inocencia, la continencia no tendria ningun mérito ni honra; si en el estado

otra por cuya virtud su sér no pudiera trasmitir sino aquello precisamente que le falta. Caidos en mísera rebeldía nuestros primeros padres, fueron justamente despojados de todos sus privilegios: su union espiritual con Dios se trocó en apartamiento de ese mismo Dios con quien estaban uni-

---

»presente es digna de tantas alabanzas, no es porque la generacion sea una conse»cuencia del matrimonio, sino porque evita del todo los vergonzozos deleites. »Pero el hombre en el estado de inocencia, habria engendrado sin ningun desór»den.» (I. q. XCVIII, 2.)

«El hombre engendra de suyo un sér semejante á él cuanto á la especie. Los »hijos son, pues, necesariamente semejantes á sus padres, cuanto á los accidentes »inherentes á la especie humana, á ménos que haya algun defecto en las opera»ciones de la naturaleza, lo cual en el estado de inocencia no habria podido su»ceder. (Hablamos de los accidentes inherentes á la especie, no de los peculiares »del individuo, pues cuanto á estos, los hijos no son del todo semejantes á sus »padres.) Pero la justicia original en que fué creado el primer hombre era un »accidente que afectaba á la naturaleza misma de la especie, sin duda no como »consecuencia de los principios de esta misma especie, sino como un don que »Dios habia hecho á toda la naturaleza humana. Para convencerse de esto, basta »considerar que los contrarios son de un mismo género. El pecado original, que »es el contrario de la justicia original, se llama pecado de naturaleza, y por esto »se trasmite de padres á hijos. Lo mismo habria sucedido con la justicia original »en el estado de inocencia... Se ha dicho que en este estado no nacerian los hi»jos con esta justicia gratuita ó de gracia, que es el principio del mérito, y que »solamente habrian tenido la justicia original; pero como la raíz de la justicia ori»ginal, en cuya rectitud fué creado el hombre, consiste en una sumision sobre»natural de la razon á Dios, y como esta sujecion sobrenatural es un efecto de la »gracia, es necesario admitir que si los hijos naciesen en justicia original, nacerian »tambien en estado de gracia, semejantes en esto al primer hombre, que fué crea»do en este estado. No se sigue de aquí que la gracia fuera una cosa natural, pues »no se habria trasmitido por la generacion, sino que seria concedida al hombre, »en cuanto recibiese el alma racional. Así es como cuando el cuerpo se halla en »el estado requerido para que se le una el alma, esta le es infundida por creacion, »y no trasmitida por generacion.» (I., p., c. 1.)

Algunos han creido, y San Anselmo parece que se inclina á sostener que si nuestros primeros padres no hubiesen pecado, todo sus hijos nacieran confirmados en justicia, de modo que el pecado no habria sido posible. Pero segun San Agustin y Santo Tomás, áun cuando Adan y Eva no hubiesen pecado, podia haber sucedido que algunos de sus descendientes, y por consiguiente razas enteras,

dos. Su sabiduría se convirtió en ignorancia, todo su poder fué flaqueza. Por lo que hace á la justicia original y á la gracia en que nacieron, les fueron quitadas del todo, quedando enteramente desnudos. Su carne se rebeló contra su voluntad, su voluntad contra su entendimiento, su entendimiento contra su voluntad, su voluntad contra su carne; y su carne, su voluntad y su entendimiento contra aquel Dios magnificentísimo que habia puesto en ellos tan grandes magnificencias. En este estado, es cosa clara que el padre no pudo trasmitir por generacion sino aquello que tenia, y que el hijo habia de nacer ignorante de ignorante,

---

hubiesen caido en el pecado, y por consecuencia en la desgracia actual. En la *Ciudad de Dios* (XIV, 10) se lee: «¿Cuál no seria (en el paraiso terrenal) la dicha »de nuestros primeros padres; exentos de toda perturbacion en su alma y de »toda afliccion en su cuerpo? Esta felicidad seria todavía la condicion universal »de la sociedad humana, si no hubieran hecho el mal que han trasmitido á toda su »posteridad, y si ninguno de sus descendientes hubiese cometido iniquidad algu»na que le acarrease la condenacion.» Despues de aducir este texto añade Santo »Tomás (I., q. c. 2): «No parece posible que en el estado de incencia, naciesen »los hombres confirmados en justicia. Claro es que en el estado sometido á la ley »de la generacion, no pueden nacer los hijos dotados de mayor perfeccion que »sus padres. Pero los hombres no habrian podido ser confirmados en justicia, »permaneciendo en el estado sujeto á la ley de la generacion. La criatura racio»nal está confirmada en justicia cuando llega á ser dichosa con la vision clara de »Dios; pues, en efecto, es imposible no quedar unido á Dios cuando se le ve, »pues El es la esencia misma de la bondad, de la cual nadie puede separarse, »pues nada puede ser amado, sino como bueno. (Hablo aquí segun la ley co»mun, pues en virtud de un privilegio especial, puede una criatura ser confir»mada en justicia áun en este mundo, segun nos dice la fé que ha sucedido con »la Virgen Madre de Dios.) Pero entrando en posesion de esta bienaventuranza »que dá la vision clara de Dios en su esencia, Adan se habria tornado todo espi»ritual en su alma y en su cuerpo, y desde entonces habria cesado en él la vida »animal, única en que existe la generacion.... Los hombres no han quedado tan »sujetos á la ley del pecado, por la culpa de Adan, que no puedan volver á »poseer la justicia; esta impotencia es peculiar de los condenados. Tampoco »nuestros primeros padres áun cuando hubiesen permanecido en el estado de »inocencia, habrian trasmitido á sus hijos tal perfeccion que los hiciera impeca»bles; este privilegio tan solo es propio de los escogidos bienaventurados.»

flaco de flaco, corrompido de corrompido, apartado de Dios de apartado de Dios, enfermo de enfermo, mortal de mortal, rebelde de rebelde. Para que hubiera nacido sábio de ignorante, fuerte de flaco, unido á Dios de apartado de Dios, sano de enfermo, inmortal de mortal, sumiso de rebelde, hubiera sido forzoso cambiar la ley en virtud de la cual lo semejante engendra su semejante, en otra por virtud de la cual lo contrario engendrara á su contrario.

Por lo dicho se ve que la razon natural va á parar, aunque por distintos caminos, al mismo término que el dogma. Entre el uno y la otra hay diferencias especulativas, no hay diferencias prácticas; para medir la distancia inmensa que hay entre la explicacion natural y la sobrenatural del hecho que vamos consignando, es de todo punto necesario tender la vista más allá de ese hecho; entonces es cuando se advierte la esterilidad de la explicacion humana y la fecundidad portentosa de la explicacion divina. Esta fecundidad resplandecerá más adelante con el resplandor de la evidencia; por ahora lo que cumple á mi propósito es exponer y demostrar el dogma de la trasmision, el cual, sin invalidar lo que en la explicacion natural del hecho de la trasmision hay de verdadero, rectifica lo que hay en ella de incompleto y de falso.

La razon natural llama desgracia á lo que se nos trasmite. El dogma lo llama con tres nombres, culpa, pena y desgracia: es desgracia, por lo que tiene de inevitable; es pena, por lo que tiene de voluntario por parte de Dios; es culpa, por lo que en ello hay de voluntario por parte del hombre. La maravilla está en que siendo una verdadera desgracia, de tal manera lo es, que se convierte en ventura; que siendo verdaderamente pena, de tal manera es pena, que tambien es medicina; y que siendo una verdadera culpa, de tal manera lo es, que es una culpa dichosa. En este gran designio de Dios resplandece, si cabe, más que

en sus otros designios, aquella virtud soberana con que concilia lo que parece inconciliable, y por medio de la cual resuelve en una síntesis magnífica todas las antinomias y todas las contradicciones.

Por lo relativo á la culpa, toda la cuestion está en este árduo problema: ¿Cómo puedo ser pecador cuando no peco? ¿Cómo peco siendo niño?

Para resolverle conviene observar que nuestro primer padre fué á un tiempo mismo un individuo y una especie, un hombre y la especie humana, la variedad y la unidad juntas en uno; y como es ley fundamental y primitiva que la variedad que está en la unidad salga de la unidad en que está para constituirse por separado, salvo el volver en su última evolucion á la unidad en donde originariamente reside, de aquí fué que la especie que estaba en Adan, salió de Adan por la generacion para constituirse separadamente. Empero como Adan al propio tiempo que era individuo era especie, resultó necesariamente de aquí que Adan estuvo en la especie, de la misma manera que estuvo en el individuo. Cuando el individuo y la especie fueron una misma cosa, Adan fué esa cosa misma; cuando el individuo y la especie se apartaron para constituir la unidad y la variedad, Adan fué esas dos cosas separadas; de la misma manera que habia sido antes esas dos cosas mismas juntas en uno. Hubo, pues, un Adan individuo y otro Adan especie; y como el pecado fué antes de la separacion, y como Adan pecó juntamente con su naturaleza individual y con su naturaleza colectiva, resultó de aquí que así el uno como el otro fueron ambos pecadores. Ahora bien: si el Adan individual murió, el Adan colectivo no ha muerto; y no habiendo muerto, conserva su pecado. Como el Adan colectivo y la naturaleza humana son una cosa misma, la naturaleza humana es perpétuamente culpable, porque es perpétuamente pecadora.

Aplicando estos principios al caso en cuestion, se ve

claro que estando la naturaleza humana en cada individuo, Adan, que es esa misma naturaleza, vive perpétuamente en cada hombre, y vive en él con lo que constituye su vida, es decir, con su pecado. Ahora se comprenderá más fácilmente de qué manera puede existir el pecado en el niño que nace. Cuando nazco, soy pecador á pesar de ser niño, porque soy Adan; lo soy, no porque peco, sino porque pequé actualmente cuando me llamaba Adan y era adulto, antes de tener el nombre que tengo y de ser niño. Cuando Adan salió de las manos de Dios, yo estaba en él, y él está en mí ahora que salgo del vientre de mi madre. No pudiendo separarme de su persona, no puedo separarme de su pecado, y sin embargo no soy Adan de tal manera que me confunda con él de una manera absoluta. Hay algo en mí que no es él, algo por lo que me distingo de él, algo que constituye mi unidad individual y que me distingue aún de aquello á que soy más semejante; y eso que me constituye variedad individual relativamente á la unidad comun, es lo que he recibido y tengo del padre que me engendró y de la madre que me tuvo en sus entrañas. Ellos no me han dado la naturaleza humana, que me viene de Dios por Adan, pero han puesto en ella el sello de la familia y han estampado en ella su figura; no me han dado el sér, sino la manera en que soy, poniendo lo ménos en lo más, es decir, aquello por lo que me distingo de los otros, en aquello por lo que me asemejo á los demás; lo particular en lo comun, lo individual en lo humano: y como quiera que eso que tiene de humano y que le asemeja á los otros es lo esencial en el hombre, y que lo que tiene de individual y de distinto no es más que un accidente, síguese de aquí que teniendo de Dios por Adan lo que constituye su esencia, y de Dios por su padre lo que constituye su forma, no hay hombre ninguno que, considerado en su conjunto, no se asemeje más á Adan que á su propio padre.

Por lo relativo á la pena, la cuestion está resuelta por sí

misma desde el momento en que se dá por cosa averiguada que se me trasmite la culpa; como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias es necesario lo que es justo (1), síguese de aquí que la desgracia que

(1) «El castigo del pecado fué, pues, *necesario*, solo porque era *justo*; es decir »que el ejercicio de la justicia es una *necesidad* por parte de Dios, de modo que »no puede hacer gracia cuando puede castigar con justicia.» Así se expresa el presbítero Sr. Gaduel (*Ami de la Religion*, n. del 4 de Enero de 1853). De suyo el pecado reclama la pena: en toda sociedad se castiga el crímen; pero puede sin embargo escaparse de la justicia humana, sea porque ella lo ignore, ó porque se deje corromper, ó porque no llegue á alcanzarlo; pero Dios lo ve todo, es Todopoderoso, y es incorruptible; ningun pecado puede, pues, escaparse de la divina justicia, y como esta justicia condena necesariamente todo pecado, pues el pecado es precisamente lo que la hiere; luego de aquí se sigue que el pecado es de suyo castigado necesariamente. Pero, ¿síguese de aquí que Dios no tenga derecho y poder de perdonar? de ningun modo; así como tampoco de que ciertas leyes de la naturaleza produzcan constantemente los mismos efectos, se sigue que Dios no pueda suspenderlas y aún abolirlas cuando quiera. Toda gracia supone dos cosas: una falta cometida y un castigo no realizado, pues la gracia no es más que la remision de la pena. Es, pues, evidente, que áun en el caso de que Dios se digne hacer gracia, la pena habria descargado necesariamente sobre el culpable, si la misericordia no hubiese detenido el brazo de la justicia. Hé aquí en qué sentido ha dicho el Sr. Donoso que *en estas materias, lo que es justo es necesario.*

Cuanto al pecado original, Dios podia, sin duda alguna, segun se expresa San Anselmo, *decir una sola palabra, y quitar asi la maldicion;* pero es probable que si tal hubiera sido su voluntad, no hubiese anunciado á Adan, desde luego y como cierto é inevitable, el castigo á que debia someterse el dia que llegase á quebrantar el divino mandamiento: *in quocumque enim die comederis ex eo mórte morieris* (Gen., II, 17.) De hecho Dios no perdonó aquel pecado; por tanto, desde entonces mismo tuvo efecto la ley de la justicia, y como el pecado se trasmite con la vida, trasmítese tambien juntamente con él á todos los hombres la pena consiguiente. Es, pues, verdad que *sin dejar de ser desgracia*, la desgracia, consecuencia del pecado, *es necesariamente pena.*

«Este grave error, continúa el Sr. Gaduel, parece muy arraigado en el ánimo »del Sr. Donoso, pues en *L'Univers* del 27 de Abril de 1850, ha publicado una »carta cuya sustancia ó consecuencia es que cuando Dios castiga, es porque no »puede usar misericordia.» Esta carta, que se halla entre las que trae la edicion francesa de las obras de Donoso (t. II, p. 202), contiene una refutacion del artículo de *L'Ami de la Religion* que acusa al Sr. Donoso de fatalismo por sostener

padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena. La pena y la desgracia, que son cosas diferentes bajo el punto de vista humano, son cosas idénticas bajo el punto

---

que cuando un hombre se obstina en rechazar la gracia de Dios, se pierde infaliblemente. La réplica venia por sí misma: «*La perdicion del hombre es el testimonio más claro de su libertad*, y el fatalismo consiste en suponer que Dios salva al hombre sin su cooperacion y áun á pesar suyo; *entre los cristianos no hay más fatalistas que los fatalistas de la misericordia.*» No se cura el Sr. Gaduel de explicar la ocasion ni el asunto de esta carta, conténtase con entresacar de ella las siguientes frases: «Si Dios puede en todo caso ser misericordioso, su justicia »no es más que venganza, pensadlo bien; con lo que yo llamo fatalismo de la mi»sericordia, no se puede explicar el infierno, y os desafío á que me lo expliqueis, »siquiera medianamente... Si no hay caso alguno en que Dios no pueda salvar á »un hombre, ¿por qué no se salvan todos?» El Sr. Gaduel se digna no ocultar que Donoso añade en seguida: «Por lo demás, cuando digo que Dios no puede hacer »tal ó cual cosa, bien se entiende en qué sentido hablo, y bien claro se ve que »mi intencion es referirme á cosa que Dios no ha hecho, ni la hace, ni la hará. »A despecho de la dificultad que toco de expresarme en vuestra lengua, creo que »me entendereis bien lo que quiero decir.» El Sr. Gaduel limitando á esto su cita, deja creer así al lector que el Sr. Donoso no ha dicho nada más para precisar su pensamiento; pero el Sr. Donoso añade: «En dos palabras: creo que el »hombre que quiere perderse se perderá, y que Dios no le impedirá que se pier»da. El hombre no necesita de Dios para perderse; pero Dios necesita del hombre »para salvarle. Para la salvacion concurren Dios y el hombre; para la condena»cion el hombre sólo. En el camino de condenacion, le ha sido otorgada la es»pontánea facultad de *no cansarse nunca*. En este sentido cabe decir que el hom»bre puede cansar á la divina misericordia, y obligará Dios á que no le trate sino »con justicia.»

Desentendiéndose de este pasaje, tan de tomar aquí en cuenta, el Sr. Gaduel prosigue su embestida diciendo: «Lo que yo veo aquí, es que el Sr. Donoso posee »muy bien la lengua francesa; pero que desconoce por completo la lengua teoló»gica; que profesa ó expone una doctrina enteramente falsa, y que la insignifi»cante salvedad que hace, no le autoriza de modo alguno para dejar en pié el »error que ya él mismo sospecha, y consiste nada ménos que en suponer fatalismo »en el Dios justiciero.» Ya que la *salvedad* hecha por el Sr. Donoso parece *insignificante* al Sr. Gaduel, la lealtad le obligaba cuando ménos á mencionar el párrafo en que aquel autor explica su opinion, párrafo que en sustancia no dice más ni ménos sino que Dios no salva al hombre que no se quiere salvar.

Por lo visto el Sr. Gaduel no se da cuenta de la radical y absoluta incompatibilidad que media entre la salvacion y el pecado. Esta incompatibilidad existe

de vista divino. El hombre llama desgracia al mal producido en calidad de efecto inevitable de una causa segunda, y pena al mal que un sér libre impone voluntariamente á otro

---

de tal manera, que tan imposible es que haya un pecado en el cielo como que un círculo sea cuadrado. Hay, pues, contradiccion entre que un alma esté en pecado y posea al par la bienaventuranza. Y es así que despues de la muerte se acaba el tiempo de prueba, y la suerte de las almas queda fijada para siempre; luego es imposible que alma que se presenta ante el tribunal de Dios en pecado mortal, sea juzgada digna del cielo y se salve. Diráse que Dios podia haber establecido otra ley, alargando ó retardando el plazo de la prueba; pero piénsese lo que se pensare sobre esta hipótesis, no dejará de ser verdad, que tal como se ha establecido la ley, los hombres que mueren obstinados en sus culpas, se condenan necesariamente, pues aquí la justicia divina no deja lugar á la misericordia.

¿Pero por qué deja Dios morir al pecador que se hace reo de impenitencia final? ¿Por qué? Porque el pecador así lo quiere. Dios no puede juntar en uno cosas contradictorias; si el hombre se obstina en el pecado, Dios no puede hacer que con un mismo y sólo acto de voluntad sea contumaz y penitente; es decir, que á un mismo tiempo esté y no esté en gracia. Diráse tambien que Dios podria con gracias extraordinarias mudar la voluntad del pecador; ciertamente lo podria; pero no por esto deja de ser verdad que si el pecador muere con voluntad obstinada en la culpa se pierde necesariamente, y es condenado con justicia, pues por una parte su voluntad es libre, y por otra Dios no ha dejado de proporcionarle ninguno de los medios que necesitaba para convertirse.

Aquí puede preguntar alguno: ¿y por qué no trueca Dios en voluntad santa la voluntad culpable del pecador. «¿Pues qué, cuando Dios quiere, no hace por »ventura, como dice San Agustin, lo que quiere de las voluntades humanas? ¿No »tiene la omnipotente facultad de inclinar como le plazca los corazones huma»nos?» *(De corrupt. et gratia*, c. XIV, núm. 45.) ¿Por qué no la usa así con cada pecador? ¿Por qué no le derriba si es menester como á San Pablo? Preguntar esto equivale á preguntar por qué las gracias extraordinarias no son ordinarias; por qué la excepcion no es regla; por qué son como son las leyes del mundo espiritual; por qué, en fin, ha hecho Dios este mundo así, y no de otro modo. Supongamos que las cosas fuesen como quieren los que aventuran éstas preguntas insensatas, ¿qué sucederia? Pues sucederia que estando todos los hombres seguros de su salvacion, se abandonarian impunemente á todo género de crímenes, y entenderian que cuantos más cometiesen Dios se veria más obligado á prodigarles gracias y favores. ¿Quién no ve cuánto repugna semejante hipótesis á las nociones que la razon nos da de la sabiduría y bondad de Dios? Estoy seguro que el mismo Sr. Gaduel no cree que Dios hubiese podido establecer un órden de cosas tan indigno de sí. En todo caso el órden establecido de hecho por Dios es com-

en castigo de una falta voluntaria; y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente (1), síguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma. Véase cómo bajo el punto de vista divino toda desgracia es siempre una pena, y toda pena una desgracia (2).

---

pletamente diverso, y segun las leyes que lo constituyen, Dios no prodiga estas gracias extraordinarias que trasforman milagrosamente los corazones más endurecidos. Es así que Dios no puede contradecirse, ni destruir con una mano lo que con la otra conserva; luego no puede conceder á todos lo que sólo concede á algunos; no puede convertir en regla la excepcion; y esto, no ciertamente porque le falte poder, sino porque no cabe en su justicia ni en su sabiduría: que es ni más ni ménos lo que dice el Sr. Donoso en estas palabras: «Cuando digo que Dios no »puede hacer tal cosa, quiero sencillamente expresar una cosa que ni la ha he»cho, ni la hace, ni la hará nunca.»

Dios da á cada uno todo lo que necesita para convertirse si quiere; luego, cuando un pecador no se convierte no puede culpar á nadie más que á sí mismo. Fuera de duda está que Dios quiere salvarle; pues no murió Jesucristo por algunos, sino por todos los hombres; si pues Dios no le salva, es porque no puede; y Dios no puede porque el pecador no quiere, y segun la ley establecida por Dios, es menester que uno quiera salvarse para ser salvo. Cuando despues del juicio el pecador se vea condenado al infierno, no solamente conocerá que su condenacion es justa, sino tambien confesará sin tanta dificultad como el Señor Gaduel, que Dios *no ha podido usar con él misericordia*, por incompatibilidad de la divina justicia y las leyes establecidas por la divina sabiduría para fijar el órden que rige en el mundo de los séres inteligentes y libres. Tal es el sentido de la carta de Donoso, y esto es lo que el Sr. Gaduel, tan ducho en la lengua teológica, se complace en llamar *fatalismo en Dios en órden á la justicia vindicativa;* fatalismo que, como acabamos de ver, consiste en sostener que Dios no puede contradecir á las leyes por él mismo establecidas, y que su voluntad es inmutable.

(1) El autor habla aquí de todo lo que no es el mal moral. *

(2) Véanse los comentarios del Sr. Gaduel sobre este pasaje: «Ciertamente, »dice, hay que prestar grande atencion y leer con sumo cuidado todo este pasaje »para no hallar en sus palabras el fatalismo más exorbitante, el fatalismo en Dios »mismo; porque si *todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede necesaria»mente;* si *Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario;* si *lo »voluntario y lo necesario, cosas tan diferentes para el hombre, no son en Dios*

Por lo que dijimos antes, se vé cuán grande es el error de aquellos que sin maravillarse de las misteriosas anologías y de las afinidades secretas que pone Dios entre los padres y sus hijos, se maravillan de esas mismas afinidades y de esas

---

»*sino una misma cosa*, ¿no procede concluir de aquí que *todo lo que Dios quiere*, »*lo quiere necesariamente?*»

No: lo que procede es precisamente todo lo contrario; pues, en primer lugar, Donoso aquí no habla de *todo lo que Dios quiere*, sino de lo que quiere para castigo del hombre; y despues dice, por una parte, que todo castigo impuesto por Dios, alcanza inevitablemente al culpable, pues la voluntad divina no puede nunca dejar de cumplirse; y por otra parte, que toda desgracia que acaece al hombre, áun las que parezcan efecto inevitable de una causa ciega y fatal, son en realidad obra de la libre determinacion de Dios, dueño soberano de todas las causas, cuyos efectos él rige como le place. El hombre padece la accion de las causas necesarias, porque no están en su poder, y su voluntad quiere muchas cosas en vano; pero con respecto á Dios no sucede así, pues no habiendo causa alguna que pueda sustraerse á su dominio, su voluntad siempre se cumple y nunca puede suceder que deje de cumplirse.—En este sentido dice Donoso que *lo voluntario*, es decir, las determinaciones libres de la voluntad, y *lo necesario*, es decir, la accion fatal de las causas físicas, *cosas diferentes para el hombre, son en Dios una misma cosa;* y que así es *Dios la ecuacion suprema entre lo voluntario y lo necesario*. Y áun el mismo Sr. Gaduel reconoce que su interpretacion es arbitraria, cuando despues de las palabras suyas que acabamos de citar, dice lo siguiente: «No creemos que tal haya sido el pensamiento del Sr. Donoso, quien al »poner á sus lectores en peligro de tamaño desbarro ha querido sin duda decir »que cuanto sucede por voluntad de Dios, sucede necesariamente *por consecuen-»cia de esta misma voluntad.*» El tal peligro de los lectores, ciertamente no nos parece grande, pues con sólo el texto á la vista, entenderán que en él no se dice otra cosa sino que *Dios quiere necesariamente cuanto quiere*, proposicion que puede tenerse por muy verdadera en el sentido que la explica Santo Tomás con las siguientes palabras: «Una cosa, dice (I. q. XIX. 3), puede ser necesaria de »dos maneras, á saber: absoluta ó hipotéticamente. Decimos que una cosa es ab-»solutamente necesaria, cuando implica correlacion en sus términos, es decir, »cuando en el sugeto se contiene la idea del predicado, como en estas proposicio-»nes: el hombre es animal, el número es par ó impar. Por donde se ve que, por »ejemplo, la proposicion *Sócrates está sentado*, no es absolutamente necesaria; »pero puede serlo hipotéticamente, porque supuesto que Sócrates esté sentado, no »puede ser que lo esté y no lo esté al mismo tiempo.

»Es absolutamente necesario que Dios quiera ciertas cosas; pero esto no es »verdad con respecto á todo lo que quiere. La voluntad divina se concierta nece-

analogías misteriosas puestas por Dios entre el rebelde Adan y sus míseros descendientes. No hay entendimiento que entienda, ni razon que alcance, ni imaginacion que imagine lo fuerte del vínculo y lo estrecho de la lazada puesta por el mismo Dios entre todos los hombres y ese hombre único, á

»sariamente con su bondad, que es su objeto propio. Por esto, Dios quiere nece»sariamente su bondad, así como el hombre quiere necesariamente su felicidad, »y áun así como toda facultad se concierta necesariamente con su objeto propio y »principal, por ejemplo, la vista con los colores. Respecto de las cosas que no son »él mismo, Dios las quiere en cuanto están ordenadas segun la divina bondad, »al último fin por ella prescrito. Pero quien quiere el fin, quiere necesaria»mente los medios necesarios para conseguirlo; así, por ejemplo, quien desea »vivir, quiere comer, y quien desea pasar el mar quiere una embarcacion; pero »no queremos necesariamente los medios sin los cuales podemos alcanzar el fin; »así, por ejemplo, el deseo de pasear no implica el deseo de tener caballo, por »cuanto se puede pasear á pié, etc. Mas la divina voluntad es perfecta y puede »subsistir sola, sin ninguna otra cosa, pues no hay cosa alguna que pueda acre»centar en nada su perfeccion; luego no es absolutamente necesario que Dios »quiera nada que no sea él mismo; pero lo es hipotéticamente en cuanto, supues»to que quiera una cosa, no puede dejar de quererla, como quiera que su volun»tad no puede mudarse: *supposito enim quod velit, non potest non velle, quie »non potest voluntas ejus mutari.*»

Al parecer el Sr. Gaduel, olvidando esta distincion explicada por Santo Tomás, dice que las determinaciones de Dios no son inmutables ni eternas: no que tal haya sido su ánimo; pero seguramente induce á sus lectores en peligro de cometer tamaño desbarro, cuando prosiguiendo su censura contra Donoso, les dice:

«No decimos que tal haya sido la intencion del Sr. Donoso: al poner á sus »lectores en riesgo de concebir tan enorme error, seguramente no ha pretendido »decir otra cosa sino que todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede ne»cesariamente *á consecuencia de esta voluntad.* Pero entonces el Sr. Donoso no »consigue huir de un error sino para caer en otro; porque no es cierto el que *todo »lo que Dios quiere, sucede necesariamente á consecuencia de su voluntad:* esto no »puede decirse más que de los efectos inmediatos de la voluntad divina, ó de los »producidos por la intervencion de las causas físicas; pues en cuanto á los actos »de los séres libres, como jamás Dios coarta su libertad, resulta que áun aquello »que más absolutamente quiere obrar por medio de estos agentes, sucede sin duda »*infalible*, pero no *necesariemente:* distincion importantísima, si se ha de conci»liar el libre albedrío con la presciencia divina, con la Providencia, con la pre»destinacion, y las gracias eficaces del órden más alto. Leclerc de Beauberon, ex-

un tiempo mismo unidad y coleccion, singular y plural, individuo y especie, que muere y que sobrevive, que es real y simbólico, figura y esencia, cuerpo y sombra; que nos tuvo á todos en sí y que está en todos nosotros: pavorosa esfinge que bajo cada nuevo punto de vista ofrece un nuevo misterio. Y así como el hombre no puede alcanzar ni con su razon, ni con su imaginacion, ni con su entendimiento lo que hay en su naturaleza de singularmente complejo y de misteriosamente oscuro, no puede tampoco alcanzar, aunque ponga en juego todas las potencias de su alma, la distancia inmensa que hay entre nuestros pecados y el pecado de aquel hombre, único como él por su profundísima malicia y por su grandeza incomparable. Despues de Adan nadie ha pecado como Adan, y nadie pecará como él en toda la prolongacion de los tiempos. Participando el pecado de la naturaleza del pecador, fué uno y vario á un tiempo mismo; porque fué un

---

»plicando á Santo Tomás, dice *(De homine lapso et reparato*, Sect. II, l. 3, art. 1).»
»*La gracia eficaz determina infaliblemente á la voluntad; y sin embargo, á causa*
»*de la naturaleza de la voluntad, que está en posesion de la indiferencia activa*
»*para escoger entre cosas opuestas, entre obrar y no obrar, entre obrar bien ó*
»*mal, la gracia eficaz no lleva consigo la necesidad, sino que deja intacta la*
»*libertad.*»

Necesario viene de *necesidad:* hablando con rigor etimológico, una cosa no sucede *necesariamente* sino cuando es efecto de una causa *necesitante*, es decir, que no deja libertad al agente para obrar de otro modo. De aquí la distincion á que alude el Sr. Gaduel, y que de ninguna manera es una sutileza vana, como pudiera parecer á primera vista. Pero ni la lengua española, ni la francesa, toman aquella expresion en su sentido rigorosamente propio; y así decimos que una cosa sucede *necesariamente*, siempre que no puede dejar de suceder, prescindiendo de como sucede, ó sea de la accion *libre* ó de la *necesidad* de la causa que la produce. En otros términos: no es lo mismo decir *esto sucederá necesariamente*, que decir *esto sucederá de un modo necesario*, ó sea *por efecto de una causa necesitante*. El adverbio *necesariamente* no recae aquí sino sobre el efecto final, y expresa que este no puede menos de realizarse, mientras que los términos *causa necesitante, manera necesaria*, recaen sobre el modo como obra la causa, y determinan la naturaleza de esta.

solo pecado en realidad, y todos los pecados en potencia; con él puso Adan mancha en lo que ya no puede ponerla ningun hombre, en el puro albor de su inocencia purísima: poniendo unos pecados sobre otros, los que pecamos ahora no hacemos otra cosa sino poner manchas sobre manchas; solo á Adan le fué dado oscurecer el ampo de la nieve: con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal más grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relacion, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se templa en algun modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado. Esta, sin duda, debe de ser la razon de por qué la fealdad física parece que disminuye siempre con los años: la vejez no es cosa que sienta mal á la fealdad, como la fealdad pierde lo que tiene de repugnante cuando se armoniza con las arrugas. Nada por el contrario es más triste de ver, y nada más horrible de imaginar, que la vejez puesta en la cara de un ángel, ó la fealdad junta con la primavera de la vida. Las mujeres que habiendo sido hermosas conservan siendo viejas rastro de lo que fueron, me han parecido siempre horribles; hay algo en mí que me da voces y me dice: ¿Quién ha sido el gran culpable que juntó por primera vez las cosas que hizo Dios para que estuvieran separadas? No: Dios no ha hecho la hermosura para la vejez, ni la vejez para la hermosura. Luzbel es el único entre los ángeles, y Adan entre los hombres, que juntaron todo lo que hay de decrépito y de feo, con todo lo que habia de resplandeciente y hermoso.

CAPITULO II.

DE CÓMO SACA DIOS EL BIEN DE LA TRASMISION DE LA CULPA Y DE LA PENA, Y DE LA ACCION PURIFICANTE DEL DOLOR LIBREMENTE ACEPTADO.

La razon, que se subleva contra la pena y la culpa que se nos trasmiten, acepta sin repugnancia, aunque con dolor, lo que nos fué trasmitido, si pierde su nombre propio para tomar el de desgracia inevitable. Y sin embargo, no es cosa árdua demostrar de una manera evidente que esa desgracia no podia convertirse en ventura sino con la condicion de ser una pena; de donde resultará por consecuencia forzosa, que en su definitivo resultado es ménos aceptable la solucion racionalista que la solucion dogmática.

No considerando nuestra actual corrupcion sino como un efecto físico y necesario de la corrupcion primitiva, y debiendo durar el efecto tanto como su causa, es claro que no habiendo modo ninguno de hacer que desaparezca la causa, no le hay tampoco de hacer que desaparezca el efecto. Siendo la corrupcion primitiva, causa de nuestra corrupcion actual, un hecho consumado, nuestra corrupcion actual es un hecho definitivo, que nos constituye en una desgracia perpétua.

Considerando, por otra parte, que no puede darse ninguna manera de union entre lo corrompido y lo incorruptible, síguese de aquí que por la explicacion racionalista se hace imposible de todo punto la union del hombre con Dios, no solo en el tiempo presente, sino tambien en el venidero. En efecto, si la corrupcion humana es indeleble y perpétua, y si Dios es eternamente incorruptible, entre la incorruptibilidad de Dios y la corrupcion perpétua del hombre hay una invencible repugnancia y una contradiccion absoluta. El hombre, pues, por este sistema, queda apartado de Dios perpétuamente.

Y no se me arguya diciendo que el hombre pudo ser redimido; porque cabalmente la consecuencia lógica de este sistema es la imposibilidad de la redencion humana. Para la desgracia no se da redencion, sino en cuanto es concebida como una pena que viene detrás de un pecado: suprimido el pecado, procede la supresion de la pena; y con la supresion del pecado y de la pena, se hace irremediable la desgracia.

Por este sistema, es de todo punto inexplicable el libre albedrío del hombre: en efecto, si el hombre nace en el apartamiento necesario de Dios, si vive en el apartamiento necesario de Dios, y si muere en el apartamiento necesario de Dios, ¿qué significa y qué es el libre albedrío del hombre?

Si no hay trasmision de la culpa y de la pena, luego al punto viene al suelo el dogma de la redencion y el de la libertad humana, y con ellos todos los otros juntamente; porque si el hombre no es libre, no tiene el principado de la tierra; si no tiene el principado de la tierra, la tierra no se une á Dios por el hombre; y si no se une á Dios por el hombre, no se une á Dios de manera ninguna. El hombre mismo, si no tiene libertad, no se aparta de Dios de una manera para volver á Dios en otra forma; se aparta de él absolutamente: Dios no le alcanza, ni con su bondad, ni con su justicia, ni con su misericordia; todas las armonías de la

creacion se desvanecen, todos los vínculos se rompen, el caos está en todas las cosas, todas las cosas en el caos: por lo que hace á Dios, deja de ser el Dios católico, el Dios vivo: Dios está en lo alto, las criaturas en lo bajo, y ni las criaturas se cuidan de Dios, ni Dios se cuida de las criaturas.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la divina consonancia de los dogmas católicos como en esa trabazon admirable que todos tienen entre sí, la cual es tan maravillosa y tan íntima, que la razon humana no puede concebir otra mayor, viéndose puesta en la tremenda alternativa de aceptarlos todos juntos ó de negarlos todos juntamente. Lo cual consiste en que no contiene cada uno de ellos una verdad diferente, sino una misma verdad, correspondiendo exactamente el número de los dogmas al número de sus aspectos.

Ni hemos apurado todavía las consecuencias que se seguirian forzosamente de considerar la lamentable desgracia del hombre caido, haciendo abstraccion absoluta de la pena. En efecto, si su desgracia no es al mismo tiempo que una desgracia, una pena; si es solo un efecto inevitable de una causa necesaria, queda sin explicacion ninguna lo poco que conservó Adan y que conservamos nosotros del estado primitivo; siendo digno de notarse, en contradiccion con lo que á primera vista parece, que no es la justicia, sino por el contrario la misericordia la que más resplandece en aquella solemne condenacion que siguió inmediatamente al pecado. En efecto, si Dios se hubiera abstenido de intervenir con su condenacion en esta tremenda catástrofe; si viendo al hombre apartado de sí, le hubiera vuelto la espalda, y hubiera entrado en su tranquilo reposo; ó para decirlo todo de una vez, si en vez de condenarle, le hubiera dejado entregado á las inevitables consecuencias de su voluntaria desunion y de su voluntario apartamiento, su caida hubiera sido irremediable, y su perdicion infalible. Para que su desastre pudie-

ra tener remedio, era necesario que Dios se acercara al hombre de alguna manera, volviéndosele á unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada. La pena fué el nuevo vínculo de union entre el Criador y su criatura, y en ella se juntaron misteriosamente la misericordia y la justicia: la misericordia porque es vínculo, la justicia porque es pena.

Quitando á los padecimientos y á los dolores lo que tienen de pena, no se les quita solo lo que tienen de lazada entre el Criador y la criatura, sino que se les quita tambien lo que en su accion sobre el hombre tienen de expiatorio y de purificante. Si el dolor no es una pena, es un mal sin mezcla de bien ninguno; si es una pena, el dolor, que es un mal bajo el punto de vista de su orígen, que es el pecado, es un gran bien bajo el punto de vista de la purificacion de los pecadores. La universalidad del pecado es causa necesitante de la universalidad de la purificacion, la cual á su vez exige que el dolor sea universal, para que todo el género humano se purifique en sus misteriosas aguas. Esto sirve para explicar por qué padecen todos los nacidos, hasta que mueren, desde que nacen. El dolor es compañero inseparable de la vida en este valle oscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos y humedecido con nuestras lágrimas. Todo hombre es un sér doliente, y todo lo que no es dolor le es extraño: si pone los ojos en lo pasado, siente pesar al verlo desvanecido; si los pone en lo presente, siente congoja porque lo pasado fué mejor; si los pone en lo venidero, siente turbacion porque lo venidero todo es misterios y sombras. Por poco que considere, advierte que lo pasado, lo presente y lo venidero es todo, y que el todo no es nada: lo pasado ya pasó, lo presente va pasando, lo venidero no es. Los menesterosos van cargados de fatigas, los abastecidos padecen harturas, los potentes soberbias, los ociosos tédio, envidias los bajos, los altos desdenes. Los conquistado-

res que van empujando á las gentes, van empujados por las furias, y no atropellan á los otros sino porque van huyendo de sí mismos. La lujuria consume con sus impúdicos ardores las carnes del mozo; la ambicion toma al mozo, hecho hombre, de manos de la lujuria, y le abrasa con otras llamas y le mete en otras hogueras; la avaricia le coge cuando la lujuria no le quiere y cuando la ambicion le abandona; ella le dá una vida artificial que llama el insomnio; los viejos avaros no viven sino porque no duermen: su vida no es otra cosa sino la falta de sueño.

Pasea toda la tierra en ancho y en largo, vuelve los ojos atrás, tiéndelos adelante, devora los espacios y recorre los tiempos, y ninguna otra cosa hallarás en los dominios de los hombres sino esto que ves aqui: un dolor que no remite, y una lamentacion que nunca acaba. Y ese dolor, aceptado voluntariamente, es la medida de toda grandeza; porque no hay grandeza sin sacrificio, y el sacrificio no es otra cosa sino el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes, son aquellos que, siendo traspados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor, con su cuchillo. Los que la Iglesia llama santos, son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y los de la carne juntamente. Santos son los que estrechados por la avaricia dieron de mano á todos los tesoros del mundo; los que solicitados por la gula fueron sóbrios; los que abrasados por la lujuria aceptaron santamente el combate y fueron castos; los que entrando en batalla con pensamientos sucios fueron limpios; los que se levantaron tan altos por la humildad que vencieron á su soberbia; los que sintiéndose tristes por el bien ajeno, de tal manera se esforzaron, que convirtieron en santa alegría su torpe tristeza; los que dieron en tierra con la ambicion que los levantaba á las nubes; los que siendo perezosos se tornaron diligentes; los que viéndose abatidos por los pesares dieron á sus pesares libelo de re-

pudio y se levantaron á la alegría espiritual por un esfuerzo generoso; los que enamorados de sí, renunciaron á su propio amor por el amor de los otros, ofreciendo por ellos su vida con heróico desprendimiento en perfectísimo holocausto.

El género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razon se observa que en todos los tiempos, en todas las zonas y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje á los grandes infortunios. Edipo es más grande en el dia de su infortunio que en los tiempos de su gloria; el mundo ignoraria su nombre, si el rayo de la cólera divina no le hubiera derrocado de su trono. La melancólica belleza que resplandece en la fisonomía de Germánico, le viene del infortunio que le alcanzó en la primavera de la vida, y de aquella bella muerte que murió lejos de la amada pátria y de los aires de Roma. Mario, que no es más que un hombre cruel cuando es levantado por la victoria, es un hombre sublime cuando cae en el cieno de las lagunas desde su escollo eminente. Mitrídates nos parece más grande que Pompeyo, y Aníbal más grande que Scipion. El hombre, sin saber cómo, se inclina siempre del lado del vencido: el infortunio le parece más bello que la victoria. Sócrates es ménos grande por la vida que vivió, que por la muerte que le dieron; la inmortalidad no le viene de haber sabido vivir, sino de haber muerto heróicamente: él debe ménos á la filosofía que á la cicuta (1). El género humano se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido á César morir como los demás hombres mueren: su gloria era tan grande, que merecia ser coronada con un gran infortunio. Morir tranquilamente en su lecho, investido con la potestad soberana,

(1) El autor aquí se limita á consignar los hechos, tales como los narra la historia. *

es cosa permitida apenas á Cromwel. Napoleon debió morir de otra manera: debió morir vencido en Waterlóo: proscripto por la Europa, debió ser puesto en un sepulcro fabricado por Dios para él desde el principio de los tiempos: un ancho foso debia separarle del mundo, y en ese foso anchísimo debia caber el Océano.

El dolor pone una cierta manera de igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos: por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambicion, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da lo que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse más inclinado á compasion, ni el altivo sin encontrarse más humilde, ni el voluptuoso sin hacerse más casto: el violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor que entró de esa gran fragua de los dolores; los más salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron: quién entró impío y sale religioso, quién avaro y sale limosnero, quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas, quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hay un no sé qué de fortificante y de viril y de profundo, que es orígen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza á descender con un progreso á un

mismo tiempo rápido y contínuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va á la infamia. Su heroismo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierden su vitalidad y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste á su voz, pérfida á un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye despavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica á los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

Cuando esto sucede, ó sucumbe miserablemente ó sale de allí de todo punto trasformado: el niño que por allí pasa, no llega á mozo, al mozo le nacen canas, y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoista y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le poneis en lugar humilde, irá á caer de las manos de la justicia en las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estremecereis de terror al verle soltar las riendas á sus apetitos voraces y á sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar á los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas á los piés de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aquellos monstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con tí-

tulo de Emperadores. La Francia rindió culto á un tiempo mismo á la prostitucion y á la muerte: á la prostitucion en sus templos y en sus altares, á la muerte en sus plazas y en sus cadalsos.

Hay, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hay algo en el dolor de purificante y de divino. No vaya á creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites, siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal á que por el pecado quedamos todos sujetos; á donde quiera que tienda su vista ó enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estátua muda y llorosa, que siempre tiene delante. El dolor tiene de comun con la Divinidad, que es para nosotros á manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hácia el centro, y cuando corremos hácia la circunferencia; y correr y gravitar hácia él, es correr y gravitar hácia Dios, hácia el cual corremos con todos nuestros pasos, y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemente, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdon y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor que es pena, y por la resignacion y el sacrificio al dolor que es medicina. ¿Pues qué locura es la de los hijos de Adan, que no pudiendo huir del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

Por lo dicho se ve cuán maravilloso es Dios en todos sus designios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el órden del desórden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad hu-

mana procede la disonancia del pecado, del pecado la degradacion de la especie, de la degradacion de la especie procede el dolor, y el dolor es á un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida, y una pena en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable; lo que tiene de pena, eso mismo tiene de redimible: estando la gracia en la redencion, la gracia está en la pena. El acto más tremendo de la justicia de Dios viene á ser de este modo el acto más grande de su misericordia: por él puede el hombre, ayudado de Dios, levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptacion voluntaria; y esa aceptacion sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable. Toda negacion de esta doctrina deja en pié el desórden introducido en la humanidad por el pecado; como quiera que conduce necesariamente y á un tiempo mismo á la negacion de algunos de los atributos esenciales de Dios y á la negacion radical de la libertad humana.

Si considerada la cuestion bajo este punto de vista, interesa al órden universal de la creacion, del mismo modo y por las mismas razones la relativa á la prevaricacion humana y á la angélica, considerada bajo un punto de vista más restricto, interesa de una manera directa y fundamental al órden especial puesto por Dios en los varios elementos que componen la naturaleza humana. La aceptacion voluntaria del dolor no produce aquellos grandes prodigios de que hablamos, sino porque tiene la prodigiosa virtud de cambiar toda la economía de nuestro sér radicalmente. Por ella queda domada la rebelion de la carne, la cual vuelve á someterse á la voluntad; por ella queda vencida la voluntad, la cual vuelve á someterse al yugo del entendimiento; por ella se suprime la rebeldía del entendimiento, el cual se sujeta al imperio de los deberes; por el cumplimiento del deber vuelve el hombre al culto y á la obediencia de Dios, de que

se apartó por el pecado. Todos estos prodigios obra el que, revolviéndose heróicamente contra sí mismo con un ímpetu generoso, hace fuerza á su carne para que se sujete á su voluntad, y á su voluntad para que se sujete á su entendimiento, y á su entendimiento para que entienda en Dios y por Dios, unido á Dios por el vínculo de los deberes.

No es esta ocasion de exponer con cuáles condiciones y cuáles ayudas puede la voluntad humana levantarse á esfuerzo tan sobrenatural y tan alto. Lo que nos importa ahora, es consignar aquí el hecho evidente de que sin ese levantamiento por parte de la voluntad, manifestado en la aceptacion voluntaria del dolor, no puede ser restaurada aquella soberana armonía y aquel concierto prodigioso que puso Dios en el hombre y en todas sus potencias.

CAPITULO III.

DOGMA DE LA SOLIDARIDAD.—CONTRADICCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL.

Cada uno de los dogmas católicos es una maravilla fecunda en maravillas. El entendimiento humano pasa de unos á otros como de una proposicion evidente á otra proposicion evidente, como de un principio á su legítima consecuencia, unidos entre sí por la lazada de una ilacion rigorosa. Y cada nuevo dogma nos descubre un nuevo mundo, y en cada nuevo mundo se tiende la vista por nuevos y más anchos horizontes, y á la vista de esos anchísimos horizontes el espíritu queda absorto con el resplandor de tantas y tan grandes magnificencias.

Los dogmas católicos explican por su universalidad todos los hechos universales; y estos mismos hechos, á su vez, explican los dogmas católicos: de esta manera, lo que es vario se explica por lo que es uno, y lo que es uno por lo que es vario; el contenido por el continente, y el continente por el contenido. El dogma de la sabiduría y de la providencia de Dios explica el órden y el maravilloso concierto de las cosas creadas; y por ese mismo órden y concierto vamos á parar á la explicacion del dogma católico. El dogma

de la libertad humana sirve para explicar la prevaricacion primitiva; y esa misma prevaricacion, atestiguada por todas las tradiciones, sirve de demostracion de aquel dogma. La prevaricacion adámica, á un mismo tiempo dogma divino y hecho tradicional, explica cumplidamente los grandes desórdenes que alteran la belleza y la armonía de las cosas; y esos mismos desórdenes, en sus manifestaciones evidentes, son una demostracion perpétua de la prevaricacion adámica. El dogma enseña que el mal es una negacion, y el bien una afirmacion; y la razon nos dice que no hay mal que no se resuelva en la negacion de una afirmacion divina. El dogma proclama que el mal es modal, y el bien sustancial; y los hechos demuestran que no hay mal que no se resuelva en cierta manera viciosa y desordenada de ser, y que no hay sustancia que no sea relativamente perfecta. El dogma afirma que Dios saca el bien universal del mal universal, y un órden perfectísimo del desórden absoluto; y ya hemos visto de qué manera todas las cosas van á Dios, aunque vayan á él por caminos diferentes, viniendo á constituir por su union con Dios el órden universal y supremo.

Pasando del órden universal al órden humano, la conexion y armonía, por una parte, de los dogmas entre sí, y por otra, de los dogmas con los hechos, no es ménos evidente. El dogma que enseña la corrupcion simultánea en Adan del individuo y de la especie, nos explica la trasmision, por vía de generacion, de la culpa y de los efectos del pecado; y la naturaleza antitética, contradictoria y desordenada del hombre, que todos vemos, nos lleva como por la mano, de induccion en induccion, primero al dogma de una corrupcion general de toda la especie humana, despues al dogma de una corrupcion trasmitida por la sangre, y por último al dogma de la prevaricacion primitiva; el cual enlazándose con el de la libertad dada al hombre y con el de la Providencia que le dió aquella libertad, viene á ser como el

punto de conjuncion de los dogmas que sirven para explicar el órden y el concierto especial en que fueron puestas las cosas humanas, con aquellos otros más universales y más altos, que sirven para explicar el peso, número y medida en que fueron criadas por el Criador todas las criaturas.

Siguiendo ahora en la exposicion de los dogmas relativos al órden humano, veremos salir de ellos, como de copiosísima fuente, aquellas leyes generales de la humanidad que nos dejan atónitos por su sabiduría y como pasmados por su grandeza.

Del dogma de la concentracion de la naturaleza humana en Adan, unido al dogma de la trasmision de esa misma naturaleza á todos los hombres, procede, como una consecuencia de su principio, el dogma de la unidad sustancial del género humano. Siendo el género humano uno, debe ser al mismo tiempo vario, segun aquella ley, la más universal de todas las leyes, á un mismo tiempo física y moral, humana y divina, en virtud de la cual todo lo que es uno se descompone en lo que es vario, y todo lo que es vario se resuelve en lo que es uno. El género humano es uno por la sustancia que le constituye, y es vario por las personas que le componen; de donde se sigue que es uno y vario al mismo tiempo. De la misma manera, cada uno de los individuos que componen la humanidad, estando separado de los demás por lo que le constituye individuo, y junto con ellos por lo que le constituye individuo de la especie, es decir, por la sustancia, viene á ser, como el género humano, uno y vario á un mismo tiempo. El dogma del pecado actual es correlativo al dogma de la variedad en la especie; el del pecado original y el de la imputacion es correlativo al que enseña la unidad sustancial del género humano; y como consecuencia de uno y de otro, viene el dogma segun el cual el hombre está sujeto á una responsabilidad que le es propia, y á otra responsabilidad que le es comun con los demás hombres.

Esa responsabilidad en comun, á que llaman *solidaridad*, es una de las más bellas y augustas revelaciones del dogma católico. Por la solidaridad el hombre, levantado á mayor dignidad y á más altas esferas, deja de ser un átomo en el espacio y un minuto en el tiempo; y anteviviéndose y sobreviviéndose á sí mismo, se prolonga hasta donde los tiempos se prolongan, y se dilata hasta donde se dilatan los espacios. Por ella se afirma, y hasta cierto punto se crea la humanidad, con cuya palabra, que carecia de sentido en las sociedades antiguas, se significa la unidad sustancial de la naturaleza humana, y el estrecho parentesco que tienen entre sí unos con otros todos los hombres.

Desde luego se echa de ver que lo que por este dogma gana la naturaleza humana en lo grandioso, eso gana el hombre en lo nobilísimo; al revés de lo que sucede con la teoría comunista de la solidaridad, de que hablaremos más adelante; segun esa teoría, la humanidad no es solidaria, en el sentido de que es el vasto conjunto de todos los hombres solidarios entre sí porque por la naturaleza son unos, sino en el sentido de que es una unidad orgánica y viviente, que absorbe á todos los hombres, los cuales en vez de constituirla la sirven. Por el dogma católico, la misma dignidad á que es levantada la especie, alcanza á los individuos. El Catolicismo no levanta por un lado su altísimo nivel para abatirle por otro, ni ha descubierto los títulos nobiliarios de la humanidad para humillar al hombre; sino que la una y el otro se levantan juntamente á las divinas grandezas y á las divinas alturas. Cuando poniendo mis ojos en lo que soy, me considero en comunicacion con el primero y con el último de los hombres; y cuando poniéndolos en lo que obro, veo á mi accion sobrevivirme y ser causa, en su perpétua prolongacion, de otras y de otras acciones que á su vez se sobreviven y se multiplican hasta el fin de los tiempos; cuando pienso que todas esas acciones juntas, que en mi accion

tienen su orígen, toman un cuerpo y una voz, y que alzando esa voz que toman, me aclaman no solo por lo que hice, sino por lo que hicieron otros á causa de mí, digno de galardon ó digno de muerte; cuando todas estas cosas considero, yo de mí sé decir que me derribo en espíritu ante el acatamiento de Dios, sin acabar de comprender y de medir toda la inmensidad de mi grandeza.

¿Quién, sino Dios, pudo levantar tan concertadamente y por igual el nivel de todas las cosas? Cuando el hombre quiere levantar algo, no lo hace nunca sin deprimir aquello que no levanta: en las esferas religiosas, no sabe levantarse á sí propio sin deprimir á Dios, ni levantar á Dios sin deprimirse á sí propio; en las esferas políticas, no acierta á rendir culto á la libertad, sin negar á la autoridad su culto y su homenaje; en las esferas sociales, no sabe otra cosa sino sacrificar la sociedad al individuo ó los individuos á la sociedad, como acabamos de ver, fluctuando perpétuamente entre el despotismo comunista ó la anarquía proudhoniana. Si alguna vez ha intentado mantenerlo todo en su propio nivel, poniendo en las cosas cierta manera de paz y de justicia, luego al punto la balanza en que las pesa ha rodado por tierra, hecha fragmentos, como si hubiera una irremediable falta de proporcion entre la pesadumbre de esa balanza y la flaqueza del hombre. No parece sino que Dios, al consagrarle rey en los dominios de las ciencias, sustrajo á su potestad y á su jurisdiccion una sola: la ciencia del equilibrio.

Esto serviria para explicar la impotencia absoluta á que todos los partidos equilibristas aparecen condenados en la historia; y por qué el gran problema de la conciliacion de los derechos del Estado con los individuales, y del órden con la libertad, es todavía un problema, viniendo como viene planteado desde que tuvieron principio las primeras asociaciones. El hombe no puede mantener en equilibrio las cosas sino manteniéndolas en su sér, ni mantenerlas en su sér

sino absteniéndose de poner en ellas su mano. Puestas todas y bien asentadas por Dios en sus firmísimos asientos, toda mudanza en su manera de estar asentadas y puestas es necesariamente un desquilibrio. Los únicos pueblos que han sido á un tiempo mismo respetuosos y libres, los únicos gobiernos que han sido á un tiempo mismo mesurados y fuertes, son aquellos en que no se ve la mano del hombre, y en que las instituciones se vienen formando con aquella lenta y progresiva vegetacion con que crece todo lo que es estable en los dominios del tiempo y de la historia.

Esa gran potestad que por excepcion ha sido negada al hombre, no sin altísimo consejo, reside en Dios de una manera especial y privativa. Por eso, todo lo que sale de su mano, sale de ella en un equilibrio perfecto, y todo lo que se está en donde lo puso Dios, se mantiene perfectamente equilibrado. Sin acudir á ejemplos extraños á la cuestion, nos bastará la cuestion misma que venimos planteando y resolviendo, para dejar esta verdad puesta fuera de toda duda.

La ley de la solidaridad es tan universal, que se manifiesta en todas las asociaciones humanas; y esto hasta tal punto, que el hombre cuantas veces se asocia, tantas cae bajo la jurisdiccion de esa ley inexorable. Por sus ascendientes, está en union solidaria con el tiempo pasado; por el tracto sucesivo de sus propias acciones y por su descendencia, entra en comunion con los tiempos futuros; como individuo de una sociedad doméstica, cae bajo la ley de la solidaridad de la familia; como sacerdote ó magistrado, está en comunion de derechos y de deberes, de méritos y de prevaricaciones, con la magistratura ó con el sacerdocio; como miembro de la asociacion política, cae bajo la ley de la solidaridad nacional; y por último, en calidad de hombre, le alcanza la ley de la solidaridad humana. Y sin embargo, siendo responsable por tantos conceptos, conserva íntegra,

intacta su responsabilidad personal, que ninguna otra disminuye, que ninguna otra restringe, que ninguna otra absorbe: él puede ser santo siendo individuo de una familia pecadora, incorrupto é incorruptible siendo miembro de una sociedad corrompida, prevaricador siendo miembro de una magistratura intachable, y réprobo siendo miembro de un sacerdocio santísimo. Y al revés, esa potestad suprema que le ha sido conferida de sustraerse á la solidaridad por un esfuerzo de su voluntad soberana, en nada altera el principio de que, por punto general y dejada la libertad á salvo, el hombre es lo que son la familia en que nace, y la sociedad en que vive y en que respira.

Esta ha sido, en toda la prolongacion de los tiempos históricos, la creencia universal de todas las gentes, las cuales, áun despues de perdida la huella de las divinas tradiciones, tuvieron noticia de esta ley de la solidaridad. Si bien no levantaron el espíritu á la contemplacion de toda su grandeza, conocieron aquella ley por instinto, pero ignoraron de todo punto en dónde tenia sus hondas raíces y sus anchísimos fundamentos. No siendo conocido el dogma de la unidad del género humano sino solo del pueblo de Dios, los otros no podian tener idea de la humanidad una y solidaria; empero si no podian hacer aplicacion de esta ley al género humano, que no conocian, la reconocieron y áun la exageraron en todas las asociaciones políticas y domésticas.

La idea de la trasmision misteriosa, por la sangre, no solo de las cualidades físicas, sino tambien de aquellas otras que están en el alma exclusivamnnte, basta por sí sola para explicar casi todas las instituciones de los antiguos, así las domésticas como las políticas y sociales. Esa idea es la idea misma de la solidaridad; como quiera que todo lo que se trasmite á muchos en comun, constituye la unidad de aquellos á quienes se trasmite; y que afirmar de muchos que están en comunion entre sí, es lo mismo que afirmar de ellos

que son solidarios. Cuando la idea de la trasmision hereditaria de las cualidades físicas y morales prevalece en un pueblo, sus instituciones son forzosamente aristocráticas; por esta razon, todos los pueblos antiguos, en los cuales lo que tiene de exclusivo esa idea cuando se aplica á ciertos grupos sociales, no estaba templado por lo que tiene de general y de democrático, si puede decirse así, cuando se aplica á todos los hombres, se constituyeron aristocráticamente: las razas más gloriosas sojuzgaban y reducian á servidumbre á las razas inferiores; entre las familias que componian los grupos constitutivos de una raza, tomaba el poder aquella que contaba los más gloriosos ascendientes. Los héroes, antes de venir á las manos, levantaban hasta las nubes la gloria de su esclarecido linaje. Las ciudades fundaban su derecho á la dominacion en sus árboles genealógicos. Aristóteles creia, con toda la antigüedad, que unos hombres nacian con el derecho de mandar y con las cualidades propias para el mando, y que recibian aquel derecho y estas cualidades juntamente por trasmision hereditaria: correlativa á esta comun creencia era la creencia comun de que habia entre las gentes razas malditas y desheredadas, incapaces de trasmitir por la generacion ninguna cualidad y ningun derecho, y condenadas por tanto á legítima y perpétua servidumbre. La democracia de Atenas no era otra cosa sino una aristocracia insolente y tumultuosa, servida por esclavizadas muchedumbres. La *Iliada* de Homero, monumento enciclopédico de la sabiduría pagana, es el libro de las genealogías de los dioses y de los héroes: considerada bajo este punto de vista, no es otra cosa sino el más expléndido de todos los nobiliarios.

Esta idea de la solidaridad no tuvo entre los antiguos de desastrosa, sino lo que tuvo de incompleta: las varias solidaridades sociales, políticas y domésticas, no estando subordinadas gerárquicamente entre sí por la solidaridad humana, que á todas las ordena y las limita porque las abarca á to-

das, no podian producir otra cosa sino guerras, turbaciones, incendios y desastres. Bajo el imperio de la solidaridad pagana, el género humano se constituyó en estado de guerra universal y permanente; por eso, la antigüedad no ofrece á la vista otro espectáculo sino el de gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos, y razas por razas, y familias por familias, y ciudades por ciudades. Los dioses combaten con los dioses, los hombres con los hombres, y no pocas veces se lanzan unos contra otros en son de guerra, y vienen á las manos con estrépito los hombres y los dioses inmortales. Dentro de los muros de una misma ciudad no hay asociacion ninguna solidaria que no aspire á ejercer, primero sobre sus individuos y despues sobre las otras, una accion dominadora y absorbente. En la asociacion doméstica, la personalidad del hijo es absorbida por la personalidad del padre, y la de la mujer por el hombre: el hijo se convierte en cosa; la mujer, sujeta á perpétua tutela, cae en perpétua infamia; y el padre, señor del hijo y de la mujer, cambia su potestad en tiranía. Sobre la tiranía del padre está la tiranía del Estado, que absorbe en una comun absorcion á la mujer, al hijo y al padre, aniquilando de hecho la sociedad doméstica. Hasta el patriotismo no es entre los antiguos otra cosa sino la declaracion de guerra hecha por una casta constituida en nacion á todo el género humano.

Viniendo ahora de las edades pasadas á las presentes, veremos, por una parte, la perpetuidad de la idea contenida en el dogma, y por otra, la perpetuidad de sus estragos siempre que se desvía en todo ó en parte del dogma católico.

La escuela liberal y racionalista niega y concede la solidaridad á un mismo tiempo, siendo siempre absurda, así cuando la concede como cuando la niega. En primer lugar, niega la solidaridad humana en el órden religioso y en el político: la niega en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision hereditaria de la pena y de la culpa, funda-

mento exclusivo de este dogma; la niega en el órden político, proclamando máximas que contradicen la solidaridad de los pueblos. Entre ellas merecen una mencion especial la que consiste en proclamar el principio de no intervencion, y aquella otra, que la es correlativa, segun la cual cada uno debe mirar por sí y ninguno debe salir de su casa para cuidar de la ajena. Estas máximas idénticas entre sí no son otra cosa sino el egoismo pagano sin la virilidad de sus odios. Un pueblo adoctrinado por las doctrinas enervantes de esta escuela llamará á los otros extraños, porque no tiene fuerza para llamarlos enemigos.

La escuela liberal y racionalista niega la solidaridad familiar, por cuanto proclama el principio de la aptitud legal de todos los hombres para obtener todos los destinos públicos y todas las dignidades del Estado, lo cual es negar la accion de los ascendientes sobre sus descendientes, y la comunicacion de las calidades de los primeros á los segundos por trasmision hereditaria. Pero al mismo tiempo que niega esa trasmision, la reconoce de dos maneras diferentes: la primera, proclamando la perpétua identidad de las naciones; y la segunda, proclamando el principio hereditario en la monarquía. El principio de la identidad nacional, ó no significa nada, ó significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talentos y de aptitudes entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las presentes y las futuras; y esta misma comunidad es de todo punto inexplicable, si no se la considera como el resultado de nuestra trasmision hereditaria. Por otra parte, la monarquía hereditaria, considerada como institucion fundamental del Estado, es una institucion contradictoria y absurda allí en donde se niega el principio de la virtud de trasmision de la sangre, que es el principio constitutivo de todas las aristocracias históricas. Por último, la escuela liberal y racionalista, en su materialismo repugnante, da á la

riqueza que se comunica, la virtud que niega á la sangre que se trasmite. El mando de los ricos la parece más legítimo que el mando de los nobles.

Vienen en pos de esta escuela efímera y contradictoria las escuelas socialistas, las cuales, concediéndola todos sus principios, la niegan todas sus consecuencias. Las escuelas socialistas toman de la racionalista y liberal la negacion de la solidaridad humana en el órden político y en el órden religioso: negándola en el órden religioso, niegan la trasmision de la culpa y de la pena, y además la pena y la culpa; negándola en el órden político, toman de la escuela socialista y liberal el principio de la igual aptitud de todos los hombres para obtener los destinos y las dignidades del Estado; pasando empero más adelante, demuestran á la escuela liberal que ese principio lleva consigo en buena lógica la supresion de la monarquía hereditaria, y que esta supresion lleva tras sí la supresion de la monarquía, que no siendo hereditaria, es una institucion inútil y embarazosa. En seguida demuestran, sin grande esfuerzo de razon, que, supuesta la igualdad nativa del hombre, esa igualdad lleva consigo la supresion de todas las distinciones aristocráticas, y por consiguiente la supresion del censo electoral, en el cual no se puede reconocer esa virtud misteriosa de conferir los atributos soberanos, habiéndosele negado á la sangre, sin una contradiccion evidente. Los pueblos, segun los socialistas, no han salido de la servidumbre de los Faraones para caer en la de los asirios y babilonios, ni están tan desnudos de derecho y de fuerza, que vayan á dar consigo en las manos de los ricos rapaces, despues de haber salido de las manos de los nobles insolentes. Ni les parece ménos absurdo negar la solidaridad de la familia para venir á reconocer en seguida que una nacion es solidaria. Aceptado por ellos el primero de estos principios, niegan absolutamente el segundo como contradictorio del primero; y así como proclaman la perfecta

igualdad de todos los hombres, proclaman tambien la igualdad perfecta de todos los pueblos.

De aquí se deducen las siguientes consecuencias: Siendo los hombres perfectamente iguales entre sí, es una cosa absurda repartirlos en grupos, como quiera que esa manera de reparticion no tiene otro fundamento sino la solidaridad de esos mismos grupos, solidaridad que viene negada por las escuelas liberales como orígen perpétuo de la desigualdad entre los hombres. Siendo esto así, lo que en buena lógica procede, es la disolucion de la familia: de tal manera procede esta disolucion del conjunto de los principios y de las teorías liberales, que sin ella aquellos principios no pueden realizarse en las asociaciones políticas. En vano proclamareis la idea de la igualdad; esa idea no tomará cuerpo mientras la familia esté en pié. La familia es un árbol de este nombre, que en su fecundidad prodigiosa produce perpétuamente la idea nobiliaria.

Pero la supresion de la familia lleva consigo la supresion de la propiedad como consecuencia forzosa. El hombre, considerado en sí, no puede ser propietario de la tierra, y no puede serlo por una razon muy sencilla: la propiedad de una cosa no se concibe sin que haya cierta manera de proporcion entre el propietario y su cosa; y entre la tierra y el hombre no hay proporcion de ninguna especie. Para demostrarlo cumplidamente, bastará observar que el hombre es un sér transitorio, y la tierra una cosa que nunca muere y nunca pasa. Siendo esto así, es una cosa contraria á la razon que la tierra caiga en la propiedad de los hombres, considerados individualmente. La institucion de la propiedad es absurda sin la institucion de la familia; en ella ó en otra que se la asemeje, como los institutos religiosos, está la razon de su existencia. La tierra, cosa que nunca muere, no puede caer sino en la propiedad de una asociacion religiosa ó familiar que nunca pasa: luego, suprimida implícitamente la asocia-

cion doméstica, y explícitamente la asociacion religiosa, á lo ménos la monástica, por la escuela liberal, procede la supresion de la propiedad de la tierra, como consecuencia lógica de sus principios. Esta supresion de tal manera va embebida en los principios de la escuela liberal, que ha comenzado siempre el período de su dominacion por apoderarse de los bienes de la Iglesia, por la supresion de los institutos religiosos y por la de los mayorazgos, sin advertir que apoderándose de los unos y suprimiendo los otros, bajo el punto de vista de sus principios, hacia poco; bajo el punto de vista de sus intereses, en calidad de propietaria, hacia demasiado. La escuela liberal, que de todo tiene ménos de docta, no ha comprendido jamás que siendo necesario, para que la tierra sea susceptible de apropiacion, que caiga en manos de quien pueda conservar su propiedad perpétuamente, la supresion de los mayorazgos y la expropiacion de la Iglesia con la cláusula de que no pueda adquirir, es lo mismo que condenar la propiedad con una condenacion irrevocable. Esa escuela no ha comprendido jamás que la tierra, hablando en rigor lógico, no puede ser objeto de apropiacion individual, sino social, y que no puede serlo, por lo mismo, sino bajo la forma monástica ó bajo la forma familiar del mayorazgo; las cuales, bajo el punto de vista de la perpetuidad, vienen á ser una misma forma, como quiera que una y otra subsisten perpétuamente. La desamortizacion eclesiástica y civil, proclamada por el liberalismo en tumulto, traerá consigo en un tiempo más ó ménos próximo, pero no muy lejano si atendemos al paso que llevan las cosas, la expropiacion universal. Entonces sabrá lo que ahora ignora: que la propiedad no tiene razon de existir sino estando en manos muertas, como quiera que la tierra, perpétua de suyo, no puede ser materia de apropiacion para los vivos que pasan, sino para esos muertos que siempre viven.

Cuando los socialistas, despues de haber negado la fa-

milia como consecuencia implícita de los principios de la escuela liberal, y la facultad de adquirir en la Iglesia, principio reconocido así por los liberales como por los socialistas, niegan la propiedad como consecuencia última de todos estos principios, no hacen otra cosa sino poner término dichoso á la obra comenzada cándidamente por los doctores liberales. Por último, cuando despues de haber suprimido la propiedad individual, el comunismo proclama al Estado propietario universal y absoluto de todas las tierras, aunque es evidentemente absurdo por otros conceptos, no lo es si se le considera bajo nuestro actual punto de vista. Para convencerse de ello, basta considerar que, una vez consumada la disolucion de la familia en nombre de los principios de la escuela liberal, la cuestion de la propiedad viene agitándose entre los individuos y el Estado únicamente. Ahora bien: planteada la cuestion en estos términos, es una cosa puesta fuera de toda duda que los títulos del Estado son superiores á los de los individuos, como quiera que el primero es por su naturaleza perpétuo, y que los segundos no pueden perpetuarse fuera de la familia.

De la perfecta igualdad de todos los pueblos, deducida lógicamente de los principios de la escuela liberal, sacan los socialistas, ó saco yo en nombre suyo, las siguientes consecuencias. Así como de la perfecta igualdad de todas las familias que componen el Estado, saca la escuela liberal por consecuencia lógica la no existencia de la solidaridad en la sociedad doméstica, del mismo modo, y por la misma razon de la perfecta igualdad de todos los pueblos en el seno de la humanidad, resulta la negacion de la solidaridad política. No siendo solidaria la nacion, es fuerza negarla todo aquello que se niega lógicamente de la familia, en la suposicion de que no es solidaria. De la familia no solidaria se niega, lo primero, aquel vínculo secretísimo y misterioso que la enlaza en el tiempo con los tiempos pasados y con los tiempos

futuros; y como consecuencia de esta negacion, se niega de ella, la segundo, que tengan su derecho imprescriptible á participar de las glorias de sus ascendientes, y la virtud de comunicar á sus descendientes algun reflejo de su gloria. Arguyendo por identidad de razon, es fuerza negar de una nacion no solidaria lo que no siendo solidaria se niega de la familia; de donde se sigue que es fuerza negar de ella, por una parte, que tenga nada que ver con el tiempo pasado y con el venidero; y por otra, que tenga el derecho de reivindicar una parte de las glorias pasadas y el de atribuirse una parte de las glorias futuras. Lo que se niega de la familia, da por resultado lógico la destruccion en el hombre de aquel apego al hogar que constituye la dicha de la asociacion doméstica; por identidad de razon, lo que se niega de la nacion, da por resultado forzoso la destruccion radical de aquel amor á su pátria, que levantando al hombre sobre sí mismo, le impulsa á acometer con intrépido arrojo las empresas más heróicas.

Por donde se ve que de estas negaciones se sacan para la sociedad doméstica y para la política estas consecuencias: la solucion de continuidad de la gloria; la supresion del amor de la familia, y del patriotismo, que es el amor de la pátria; y por último la disolucion de la sociedad doméstica y de la sociedad política, las cuales ni pueden existir, ni pueden concebirse sin ese enlace de los tiempos, sin la comunion de la gloria, y sin estar asentadas en aquellos grandes amores.

Las escuelas socialistas, que si bien son más lógicas que la escuela liberal, no lo son tanto como á primera vista parece, no van de consecuencia en consecuencia hasta nuestra última conclusion, que es, sin embargo, supuestas sus premisas, no solo procedente, sino de todo punto necesaria; la prueba de que lo es, está en que los socialistas, apremiados por la lógica, lo que no quieren ser en teórica, eso mismo son en la práctica. En la teórica son todavía france-

ses, italianos, alemanes; en la práctica son ciudadanos del mundo, y como el mundo, su pátria no tiene fronteras. ¡Insensatos! Ellos ignoran que donde no hay fronteras, no hay pátria; y que donde no hay pátria no hay hombres, aunque haya por ventura socialistas.

Entre los partìdos que contienden por la dominacion, al más lógico le corresponde de derecho la victoria: este, que es un principio verdadero, es á un mismo tiempo un hecho universal y constante. Humanamente hablando, el Catolicismo debe sus triunfos á su lógica; si Dios no le llevara por la mano, su lógica le bastaria para caminar triunfante hasta los últimos remates de la tierra. Esto aparecerá más claro en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO; CONTRADICCIONES SOCIALISTAS.

Si hay una verdad demostrada en nuestro último capítulo, esa verdad consiste en afirmar que la escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van á parar á las consecuencias socialistas, y que las escuelas socialistas no han hecho otra cosa sino sacar las consecuencias que están contenidas en las premisas liberales: esas dos escuelas no se distinguen entre sí por las ideas, sino por el arrojo. Viniendo planteada de esa manera entre ellas la cuestion, es claro que la victoria toca de derecho á la más arrojada; y la más arrojada es, sin ningun género de duda, la que, no parándose en la mitad del camino, acepta con los principios sus consecuencias. Siendo esto así, dicho se está, y de nuestro anterior capítulo aparece suficientemente demostrado, que el socialismo lleva lo mejor de la batalla, y que en definitiva suyas son las palmas de este combate.

De la fuerza de lógica, de que ha hecho muestra y parada en sus contiendas con la escuela liberal, se ha seguido para la escuela socialista cierto renombre de lógica y consecuente, que si bien está hasta cierto punto justificado, está

lejos de estarlo suficientemente. En ser más lógica que la más ilógica y contradictoria de todas las escuelas, la socialista no hace mucho, y áun apenas hace algo; para ser merecedora de su renombre, está obligada á más; por una parte, está obligada á demostrar que no solo es lógica y consecuente de una manera relativa, sino de una manera absoluta, y despues, que es lógica y consecuente de una manera absoluta en la verdad; porque si solo lo fuera en el error, la lógica y la consecuencia en el error no es más que una manera especial de ser ilógica é inconsecuente. No hay consecuencia ni lógica verdadera sino en la verdad absoluta.

Ahora bien: el socialismo falta á estas dos condiciones: por una parte, es contradictorio, porque no es uno, como se demuestra por la variedad de sus escuelas, símbolo de la variedad de sus doctrinas; por otra parte, no es consecuente, negándose á aceptar, á semejanza de la escuela liberal, aunque no en el mismo grado, todas las consecuencias de sus propios principios; y por último, sus principios son falsos, y sus consecuencias absurdas.

Que no acepta todas las consecuencias de sus propios principios, lo vimos ya en el capítulo anterior, cuando observamos que siendo una consecuencia lógica de su negacion de toda solidaridad la disolucion de la sociedad política, se contentaba con aceptar la disolucion de la sociedad doméstica. Hay quien cree que el socialismo se perderá porque pide é invoca mucho; yo soy de sentir que sucederá al revés, y que le vendrá su pérdida porque pide é invoca muy poco. En efecto, lo que procedia en buena lógica, en el caso presente, era comenzar por pedir que los pueblos á cada generacion mudasen de nombre. En el sistema solidario concibo muy bien que sea uno el nombre nacional, siendo una la nacion en toda la prolongacion de la historia. Que se llame Francia la nacion gobernada por Luis Felipe y por Clodoveo, es cosa concebible, y no solo concebible, sino natural,

y no solo natural, sino necesaria, supuesto el sistema que sostiene la solidaridad francesa, y la comunion de glorias y de desastres entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las generaciones presentes y las futuras. Pero eso mismo, que en el sistema de la solidaridad es concebible, natural y necesario, es absurdo, inconcebible y contrario á la naturaleza de las cosas mismas en el sistema que á cada generacion corta el raudal de la gloria y el hilo del tiempo. En este sistema hay tantas familias y tantos pueblos como generaciones, y la lógica exige en este caso que, siguiendo los nombres representativos las vicisitudes de las cosas representadas, á cada mudanza de generacion corresponda una mudanza idéntica en los nombres de pueblos y de familias. Que lo absurdo compite aquí con lo grotesco, no habrá nadie que lo niegue; pero que lo grotesco y lo absurdo sean rigorosamente lógicos, no habrá nadie que pueda ponerlo en duda: y cabalmente esas son las dos cosas que nos convenia demostrar con una demostracion invencible. Es necesario que el socialismo escoja libremente la muerte de que ha de morir, escogiendo entre lo ilógico y lo absurdo.

Las escuelas socialistas demostraron sin grande esfuerzo, contra la escuela liberal, que una vez negada la solidaridad familiar, la política y la religiosa, no cabia aceptar la solidaridad nacional ni la monárquica; y que al revés, era de todo punto necesario suprimir en el derecho público nacional la institucion de la monarquía, y en el derecho público internacional las diferencias constitutivas de los pueblos. Pero esas mismas escuelas socialistas, por una contradiccion de que la escuela liberal, contradictoria y absurda como es, no ha dado ejemplo, reconocen en seguida la más alta, la más universal y la más inconcebible, humanamente hablando, de todas las solidaridades, es decir, la solidaridad humana. La divisa de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, como patrimonio comun de todos los hombres, ó no significa

nada, ó significa que todos los hombres son solidarios. El reconocimiento de esa solidaridad, separada de las otras y del dogma religioso que nos la enseña y nos la explica, es un acto de fé tan sobrenatural y robusto, que yo mismo no le concibo, acostumbrado como estoy á creer lo que no comprendo, siendo católico.

Creer en la igualdad de todos los hombres, viéndolos á todos desiguales; creer en la libertad, viendo instituida en todas partes la servidumbre; creer que todos los hombres son hermanos, enseñándome la historia que todos son enemigos; creer que hay un acervo comun de infortunios y de glorias para todos los nacidos, cuando no acierto á ver sino glorias é infortunios individuales; creer que yo me refiero á la humanidad, cuando sé que refiero la humanidad á mí; creer que esa misma humanidad es mi centro, cuando yo me hago centro de todo; y por último, creer que debo creer estas cosas, cuando se me afirma por los que me las proponen como objeto de mi fé, que no debo creer sino á mi razon, que contradice todas esas cosas que me son propuestas, es un despropósito tan estupendo, una aberracion tan inconcebible, que á su presencia quedo como desfallecido y atónito.

Mi asombro crece de punto cuando observo que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la familiar, lo cual es afirmar que los enemigos son hermanos, y que los hermanos no deben serlo; que los mismos que afirman la solidaridad humana, son los que poco antes negaron la política, lo cual es afirmar que nada tengo de comun con los propios, y que todo me es comun con los extraños; que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la religion, siendo así que la primera no puede ser explicada sin la segunda; y de todo deduzco por legítima consecuencia, que las escuelas socialistas son á un tiempo mismo ilógicas y absurdas: ilógicas, porque despues de haber de-

mostrado contra la escuela liberal que no valia aceptar unas solidaridades y dejar otras, vienen á caer en el mismo error, aceptando una sola entre todas, y desechándolas todas ménos una; absurdas, porque cabalmente la única que me proponen, no es punto de razon, sino de fé, y porque esta propuesta me viene de los que niegan la fé y proclaman el derecho imprescriptible de la razon al imperio y á la soberanía.

Las escuelas socialistas caerian en asombro y estupor, si poniendo sus dogmas en tela de juicio, nos viniese la idea de exigirlas una respuesta categórica á esta categórica pregunta: ¿De dónde sacais que los hombres son solidarios entre sí, hermanos, iguales y libres? Y sin embargo, esta pregunta, que procede aún contra el Catolicismo, que está obligado á responder á todo lo que se le pregunta, procede, sobre todo, contra la más racionalista de todas las escuelas. Esas fórmulas abstractas no han sido sacadas ciertamente de la historia. Si la historia viene en apoyo de algun sistema filosófico, no es ciertamente en apoyo del que proclama la solidaridad, la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, sino más bien de aquel articulado virilmente por Hobes, segun el cual la guerra universal, incesante, simultánea, es el estado natural y primitivo del hombre.

El hombre nace apenas, y no parece sino que viene al mundo por la virtud misteriosa de un conjuro maléfico, y cargado con el peso de una condenacion inexorable. Todas las cosas ponen sus manos en él, y él revuelve su mano airada contra todas las cosas. La primera brisa que le toca, y el primer rayo de luz que le hiere, es la primera declaracion de guerra de las cosas exteriores. Todas sus fuerzas vitales se rebelan contra la presion dolorosa, y su existencia toda se concentra en un gemido: los más no pasan de ahí, porque en ese punto y hora les toma la muerte; los pocos que por ventura resisten, comienzan á andar el camino de

su dolorosa pasion, y despues de guerras contínuas y de varios sucesos van á parar á la última catástrofe, desfallecidos con esfuerzos y quebrantados con dolores. La tierra se les muestra avara y dura, les pide su sudor, que es la vida, y en cambio de la vida que les toma, apenas saca una gota de agua de sus fuentes para templar su sed, y algun manjar de sus cuevas para aplacar su hambre. No les prolonga la vida para que vivan, sino para que vuelvan á sudar. Los tiranos no prolongan la vida de sus siervos, sino porque la vida es necesaria para prolongar su servicio. Donde quiera que los hombres se juntan, los flacos caen en la tiranía de los fuertes.

Una mujer, insigne por su ingénio, queriendo dar muestra de ingeniosa, se puso un dia á pensar sobre cuál seria por su extrañeza la paradoja más grande, y ninguna otra encontró mayor, entre las paradojas posibles, que la de afirmar con aplomo que la esclavitud era cosa moderna, y la libertad cosa antigua. Si ella llegó á creérsela á fuerza de repetírsela, no lo sabré yo decir: en lo que no cabe ningun género de duda, es en que el mundo se la creyó, y lo que es más, en que era muy digno de creérsela. Por lo que hace á la igualdad, no se sabe, aunque esto es posible (¿qué cosa no es posible á un filósofo racionalista?) si esta idea trae su filiacion histórica y filosófica de la division del género humano en castas, de las cuales, las unas tienen por oficio propio mandar, y las otras servir, y todas romper en guerras y rebeliones. La idea de la fraternidad procede sin duda ninguna de esos larguísimos períodos de paz y de bonanza que forman la trama de oro de la historia; y en cuanto á la idea de la solidaridad ¿quién no ve su procedencia? ¿Hay quien ignore, por ventura, que los romanos, en quienes viene á resumirse toda la antigüedad, llamaban á los extranjeros y á los enemigos con un mismo nombre, que era sin duda simbólico de la solidaridad humana?

Si esas ideas no pueden venirnos de la historia, que las condena y las desmiente en todas sus páginas llenas de lamentos y escritas con sangre, nos han de venir, ó de sucesos acaecidos en aquella época primitiva que precede á todos los tiempos históricos, ó derechamente de la razon pura. En cuanto á esta última procedencia, me contentaré con afirmar, sin temor de ser contradicho, que la razon pura no se ejercita sino en cosas de pura razon; y que tratándose aquí de averiguar cuáles son los elementos constitutivos de la naturaleza humana, no se trata de un negocio de pura razon, sino de un hecho que, existiendo con respecto á nosotros en calidad de hecho oscuro, debe ser mejor observado para que bañado de luz, mude lo que tiene de oscuro en lo que debe tener de esclarecido. Por lo que hace á esa época primitiva que precede á todos los tiempos históricos, es claro que no podemos conocerla si no nos es revelada. Esto supuesto, yo me creo autorizado á formular de esta manera mi pregunta: Si lo que afirmais no lo teneis de la razon, que lo ignora, ni de la historia que conoceis, que lo contradice, ni de una época anterior á los tiempos históricos, que os es desconocida, porque caminais en el supuesto de que no ha sido revelada, ¿de dónde lo teneis? Y si no lo teneis de nadie, ¿por qué lo afirmais? Shakespeare ha dicho lo que son vuestras teorías: son palabras, palabras y nada más que palabras... pero palabras, añado yo, que dan la muerte al que las dice y al que las escucha.

Esta poderosa virtud las viene de que no son palabras racionalistas, las cuales no tienen en sí ninguna virtud, sino palabras católicas, las cuales tienen el privilegio de dar la vida y quitarla, de matar á los vivos y de resucitar á los muertos. Esas palabras no se pronuncian nunca vanamente, y siempre infunden terror; porque ninguno sabe si van á dar la muerte ó la vida, aunque saben todos cuán grande es su omnipotencia. Un dia, cuando las últimas sombras de

la tarde se dilataban por las aguas serenas y apacibles, entró el Señor en una barca frágil, seguido de sus discípulos; y como el Señor hubiera cerrado sus ojos vencidos del sueño, un torbellino impetuoso levantó las ondas; y viéndose á punto de zozobrar los discípulos, oraron; y el Señor abrió los ojos, y pronunció algunas palabras que escucharon con reverencia la mar y los vientos: la mar quedó quieta, y el viento callado; volviéndose entonces á sus discípulos, puso en sus oidos otras palabras, y sus discípulos se llenaron de súbito y grande terror: *et timuerunt timore magno*. La tempestad les habia sido ménos terrífica é imponente que la palabra salvadora. Otro dia, como se presentaran al Señor dos hombres atormentados de los demonios, y como implorasen su gracia, el Señor dijo á los demonios: *Salid*; y los demonios obedeciendo á su voz, dejaron libres á los hombres, y buscaron asilo en unos animales inmundos, los cuales se arrojaron á la mar, que los sepultó en sus aguas. Los que pastoreaban el ganado, llenos de pavor por la virtud de la palabra divina, huyeron; y comunicado el terror á las gentes de aquellos contornos, fueron todas al Señor y le rogaron que se alejara de sus términos. *Pastores autem fugerunt, et venientes in civitatem, nuntiaverunt omnia, et de eis qui demonia habuerant: et ecce tota civitas exit obviam Jesu: et viso eo rogaverunt ut transiret á finibus eorum* (S. Math., c. 8.°, vers. 33, 34.) La omnipotencia de la palabra divina era más temible para las gentes, que los maleficios de los espíritus infernales.

Cuando oigo pronunciar una palabra divina, es decir, católica, luego al punto vuelvo los ojos al derredor para ver lo que sucede, cierto como estoy de que ha de suceder algo, y de que eso que ha de suceder, ha de ser forzosamente un milagro de la divina justicia, ó un prodigio de la divina misericordia. Si es la Iglesia la que la pronuncia, aguardo la salvacion; si el que la pronuncia es otro, aguardo la

muerte. Preguntad al mundo por qué está lleno de terror y de espanto; por qué los aires están llenos de lúgubres y siniestros rumores; por qué las sociedades están todas turbadas y suspensas como quien sueña que le va á faltar el pié, y que allí donde le va á faltar, está un abismo. Preguntar al mundo esto, es lo mismo que preguntar por qué tiembla el que ve entrar á un malvado ó á un demente con una vela encendida en un almacen de pólvora, sin conocer el uno y conociendo el otro demasiado la virtud de la pólvora y la virtud de la llama. Lo que ha salvado al mundo hasta aquí, es que la Iglesia fué en los tiempos antiguos bastante poderosa para extirpar las herejías, las cuales consistiendo principalmente en enseñar una doctrina diferente de la de la Iglesia con las palabras de que la Iglesia se sirve, hubieran llevado al mundo mucho tiempo há á su última catástrofe, si no hubieran sido extirpadas. El verdadero peligro para las sociedades humanas comenzó en el dia en que la gran herejía del siglo XVI obtuvo el derecho de ciudadanía en Europa. Desde entónces no hay revolucion ninguna que no lleve consigo para la sociedad un peligro de muerte. Consiste esto en que, fundadas todas ellas en la herejía protestante, son fundamentalmente heréticas; véase, si no, cómo todas vienen dando razon de sí y legitimándose á sí propias con palabras y máximas tomadas del Evangelio: el *sanculotismo* de la primera revolucion de Francia buscaba en la desnudez humilde del manso Cordero su antecedente histórico y sus títulos de nobleza; ni faltó quien reconociese al Mesías en Marat, ni quien llamara á Robespierre su apóstol. De la revolucion de 1830 brotó la doctrina sansimoniana, cuyas extravagancias místicas componian no sé qué evangelio corregido y depurado. De la revolucion de 1848 brotaron con ímpetu en copioso raudal, expresadas en palabras evangélicas, todas las doctrinas socialistas. Nada de esto habian visto los hombres antes del siglo XVI. No quiero decir con

esto que el mundo católico no hubiera padecido ya grandes dolencias, ni que las sociedades antiguas no hubieran padecido grandes vaivenes y mudanzas; lo único que quiero decir es que ni estos vaivenes bastaban para derribar á la sociedad por el suelo, ni aquellas dolencias para quitarla la vida. Hoy todo sucede al revés: una batalla perdida por la sociedad en las calles de París basta por sí sola para derribar por el suelo á la sociedad europea como herida súbitamente de un rayo: *é cadde come corpo morto cade.*

¿Quién no vé en las revoluciones modernas, comparadas con las antiguas, una fuerza de destruccion invencible, que no siendo divina, es forzosamente satánica? Antes de dejar este asunto, me parece cosa oportuna hacer aquí una observacion importante, que abandonaré á la meditacion de mis lectores. De dos pláticas del ángel de las tineblas tenemos noticia exacta: la primera la tuvo con Eva en el paraiso, la segunda con el Señor en el desierto. En la primera habló palabras de Dios, desfiguradas á su modo: en la segunda citó la Escritura, interpretada á su manera. ¿Seria temerario creer que así como la palabra de Dios, tomada en su sentido verdadero, es la única que tiene el poder de dar la vida, es la única tambien que, siendo desfigurada, tiene el poder de dar la muerte? Si esto fuera así, quedaria suficientemente explicado por qué las revoluciones modernas, en las que se desfigura más ó ménos la palabra de Dios, tienen esa virtud destructora.

Volviendo ahora á las contradicciones socialistas, diré que no basta haber negado, una despues de otra, la solidaridad religiosa, la doméstica y la política, si, como acabo de demostrar, no se niega tambien la humana, y con ella la libertad, la igualdad y la fraternidad; principios todos que solo en ella tienen á un mismo tiempo su razon y su orígen: y como negados estos fundamentos de todas las doctrinas socialistas, el edificio todo viene abajo, síguese de aquí que

el socialismo no puede ser consecuente si, comenzando por la negacion del Catolicismo, no concluye por la negacion de sí propio. Yo sé que al profesar los socialistas el dogma de la solidaridad humana, no por eso profesan en este punto la doctrina católica. Sé que entre el uno y el otro dogma hay una diferencia esencial, velada apenas con la identidad del nombre. La humanidad, que para los católicos no existe sino en los individuos que la constituyen, existe para los socialistas individual y concretamente: de donde resulta que cuando socialistas y católicos afirman que la humanidad es solidaria, aunque parece que afirman una misma cosa, afirman en realidad dos cosas diferentes. Esto no obstante, la contradiccion socialista salta á los ojos, y es una cosa puesta fuera de toda duda. Aunque la humanidad sea la inteligencia universal, servida por grupos especiales que llevan el nombre de pueblos y de familias, la lógica exige que todos ellos obedezcan en ella y por ella á su misma ley, y que los grupos sean solidarios si es ella solidaria. De aquí la necesidad de negar la solidaridad humana, ó de afirmarla á un tiempo mismo en los individuos, en la familia y en el Estado. Ahora bien: si hay una cosa evidente, es que el socialismo es incompatible con aquella negacion radical y con esta afirmacion absoluta. Negar la solidaridad humana es negarle, y afirmar la solidaridad de los grupos sociales es negarle de otra manera. El mundo no puede sujetarse á la ley socialista sin renunciar antes al imperio de la lógica.

Por aquí se verá cuán lejos están de merecer el título de consecuentes sus más afamados doctores, y sobre todo, el que entre los que componen su apostolado goza de más renombre y mayor fama. Mr. Proudhon, en sus contiendas con aquellos partidarios del nuevo Evangelio que están por la expropiacion de todos los derechos individuales y por la concentracion en el Estado de todos los derechos domésticos, civiles, políticos, sociales y religiosos, no ha necesitado de

gran esfuerzo para demostrar que el comunismo, es decir, el gubernamentalismo elevado á su última potencia, era una cosa extravagante y absurda bajo el punto de vista de los principios que son comunes á los nuevos sectarios. En efecto, el comunismo, concibiendo el Estado como una unidad absoluta que concentra en sí todos los derechos y absorbe á todos los individuos, viene á concebirle como alta y poderosamente solidario; como quiera que unidad y solidaridad son una misma cosa, considerada bajo dos puntos de vista diferentes. El Catolicismo, depositario del dogma de la solidaridad, la deriva siempre de la unidad, que la hace posible y necesaria. Ahora bien: como cabalmente el punto de partida del socialismo es la negacion de ese dogma, es claro que el comunismo se contradice á sí propio, cuando le niega en la teoría y le reconoce en la práctica, cuando le niega en sus principios y le afirma en sus aplicaciones. Si la negacion de la solidaridad familiar lleva consigo la negacion de la familia, la negacion de la solidaridad política lleva consigo la negacion de todo gobierno. Esa negacion procede igualmente de la nocion que los socialistas se forman de la igualdad y de la libertad comunes á todos los hombres; como quiera que esa igualdad y esa libertad no pueden ser concebidas como limitadas por un gobierno, sino como limitadas naturalmente por la libre accion y reaccion de unos individuos en otros. La consecuencia está, pues, de parte de Mr. Proudhon, cuando dice en sus *Confesiones de un revolucionario*: «Todos los hombres son iguales y libres: la sociedad es, »pues, así por su naturaleza como por la funcion á que está »destinada, *autonómica,* que tanto quiere decir como ingo»bernable. Siendo la esfera de la actividad de cada ciudada»no el resultado, por una parte, de la division natural del »trabajo, y por otra, de la eleccion que hace de una profe»sion; y estando constituidas las funciones sociales de tal »manera que produzcan un efecto armónico, el órden viene

»á ser el resultado de la libre accion de todos; de donde »saco la negacion absoluta del gobierno: todo el que pone »en mí su mano para gobernarme, es un tirano y un usur»pador; yo le declaro mi enemigo.»

Pero si Mr. Proudhon es consecuente negando el gobierno, no lo es sino á medias cuando señala esta negacion como la última de las negaciones que van envueltas en las doctrinas socialistas. Con la familia, está negada la solidaridad doméstica; con el gobierno, está negada la solidaridad política; pero allí mismo donde niega estas dos solidaridades, por una contradiccion inconcebible afirma la humana, que las sirve á todas de fundamento. Ya demostramos cumplidamente antes, que afirmar la igualdad y la libertad, y afirmar la solidaridad humana, era afirmar una misma cosa. Ni pára aquí la contradiccion, porque al mismo tiempo que afirma la igualdad y la libertad en las *Confesiones de un revolucionario,* niega la fraternidad en el cap. 6 de su libro sobre las *Contradicciones económicas,* por estas palabras: «¿De »fraternidad me hablais? Seremos hermanos si formais en »ello empeño, con tal, empero, que yo sea el hermano ma»yor, y que vengais todos despues de mí, y con esta condi»cion: que la sociedad, nuestra madre comun, honre mi »primogenitura y mis servicios, dándome porcion doblada. »Me decís que atendereis á mis necesidades proporcional»mente á mis recursos, y yo pretendo al revés, que aten»dais á ellas proporcionalmente á mi trabajo; de lo contra»rio, dejo de trabajar.»

Por donde se vé que la contradiccion es doble: porque si, por una parte, hay contradiccion en afirmar la solidaridad humana cuando se niega la doméstica y la política, por otra hay contradiccion mayor en negar la fraternidad cuando se proclama el principio de la libertad y de la igualdad entre los hombres. La igualdad, la libertad y la fraternidad son principios que se suponen mútuamente, y que se resuel-

ven los unos en los otros; así como la solidaridad humana, la política y la doméstica son dogmas que se resuelven los unos en los otros, y que se suponen mútuamente. Tomar unos y dejar otros, es tomar lo que se deja y dejar lo que se toma; es negar lo que se afirma y afirmar lo que se niega, á un tiempo mismo.

Por lo que hace á la cuestion relativa al gobierno, la negacion de todo gobierno por parte de Mr. Proudhon no es más que una negacion aparente. Si la idea del gobierno no es contradictoria con la idea socialista, no habia para qué negarla; y si hay contradiccion entre esas dos ideas, es una inconsecuencia insigne proclamar en otra forma al gobierno que viene negado. Ahora bien: Mr. Proudhon, que niega el gobierno, símbolo de la unidad y de la solidaridad política, viene á reconocerle de otra manera y en otra forma, cuando reconoce y proclama en las palabras siguentes la unidad y la solidaridad social: «Solo la sociedad, es decir, el sér »colectivo, puede seguir su inclinacion y abandonarse á su »libre albedrío, sin temor de un error absoluto é inmediato. »La razon superior que está en ella y que va desprendién- »dose de ella poco á poco por las manifestaciones de la mu- »chedumbre y la reflexion de los individuos, la pone siem- »pre en definitiva en el buen camino. El filósofo es incapaz »de descubrir la verdad por intuicion; y si por ventura se »propone dirigir la sociedad, corre un gran riesgo de poner »sus propias ideas, ineficaces é insuficientes siempre, en »lugar de las leyes eternas del órden, y de llevar de esta »manera la sociedad á los abismos. El filósofo necesita algo »que le guie. ¿Cuál puede ser este algo sino la ley del pro- »greso, y aquella lógica que reside como en su centro en la »misma humanidad?» *(Confessions d'un révolutionnaire.)*

Aquí se suponen tres cosas: la unidad, la solidaridad, y en definitiva la infalibilidad social; cabalmente las mismas tres cosas que el comunismo afirma ó supone en el Estado: y se

niegan otras, la capacidad y la competencia de los individuos para gobernar á las naciones; lo mismo que en ellos niega el comunismo cabalmente. De donde se sigue que entre proudhonianos y comunistas se va á parar á un mismo término por diferentes caminos: unos y otros afirman el gobierno, y con él la unidad, la solidaridad de las sociedades humanas. El gobierno es para los unos y para los otros infalible, es decir, omnipotente; y siéndolo, excluye toda idea de libertad en los individuos, los cuales, puestos bajo la jurisdiccion de un gobierno omnipotente é infalible, no pueden ser otra cosa sino esclavos. Que el gobierno resida en el Estado, símbolo de la unidad política, ó en la sociedad, considerada como un sér solidario, siempre resultará que el gobierno es la condensacion de todos los derechos sociales, así en la primera como en la segunda de estas suposiciones; de donde se sigue para el individuo, considerado aisladamente, la más completa servidumbre.

M. Proudhon hace, pues, todo lo contrario de lo que dice, y es todo lo contrario de lo que parece: proclama la libertad y la igualdad, y constituye la tiranía; niega la solidaridad, y la supone; se llama á sí propio anarquista, y tiene sed y hambre de gobierno. Es tímido, y parece arrojado: el arrojo está en sus frases, la timidez en sus ideas. Parece dogmático, y es escéptico: es escéptico en la sustancia, y dogmático en la forma. Anuncia solemnemente que va á proclamar verdades peregrinas y nuevas, y no hace otra cosa sino ser el eco de antiguos y desacreditados errores.

Aquel apotegma suyo de que *la propiedad es el robo*, ha cautivado á los franceses por su originalidad y por su ingenio. Bueno será que sepan nuestros vecinos que ese apotegma es antiquísimo de este lado de los Pirineos. Desde Viriato hasta nuestros dias, todos los ladrones que salen al camino, al poner la boca de su trabuco en el pecho del caminante, le llaman *ladron*, y como á ladron le

quitan lo que tiene. Mr. Proudhon no ha hecho otra cosa sino robar á los bandoleros españoles su apotegma, como ellos roban al caminante su bolsa. Del mismo modo que se da en espectáculo á las gentes como original cuando es plagiario, siendo el apóstol de lo pasado, se llama el profeta de lo futuro. Su principal artificio está en expresar la idea que afirma con la palabra que la contradice. Todos llaman despotismo al despotismo; Mr. Proudhon le llamará anarquía; y cuando ha puesto á la cosa afirmada su nombre contradictorio, con el nombre hace guerra á sus amigos, y con la cosa á sus contrarios: con la dictadura comunista, que está en el fondo de su sistema, infunde espanto al capital; con la palabra anarquía ahuyenta y hace huir á sus amigos los comunistas; y cuando, volviendo los ojos por todos lados, ve á los unos sin fuerza para huir y á los otros puestos en vergonzosa fuga, suelta la carcajada. Otro de sus artificios está en tomar de cada sistema lo que, no siendo bastante para confundirse con aquellos que le sostienen, basta para excitar la cólera de los que le contradicen; en él hay páginas que pudieran suscribir todos los partidarios del órden; esas páginas van dirigidas á todos los hombres turbulentos; otras que pudieran suscribir los más fanáticos demócratas; esas van dirigidas á los amigos del órden; en algunas hace ostentacion del ateismo más inmundo, y al escribirlas tiene presentes á los católicos; otras por fin, pudieran ser aceptadas por el católico más ferviente, y esas son las que destina á regalar los oidos de los materialistas y ateos. El bien supremo de ese hombre es obligar á todos á que levanten la mano contra él, y levantar él su mano contra todos. Cuando ha afirmado de sí que tiene por enemigo á todo el que quiere gobernarle, no ha revelado sino la mitad de su secreto; la otra mitad está en afirmar que es enemigo suyo todo el que le siga y todo el que le obedezca. Si el mundo se hiciera proudhoniano alguna vez, por hacer contraste al mundo dejaria de ser proud-

honiano; y si dejando de serlo él, dejara de serlo el mundo, se colgaria del primer árbol que encontrara en su camino. Yo no sé si despues de la desventura de no poder amar, que es la desventura satánica por excelencia, hay otra mayor que la de no querer ser amado, que es la desventura proudhoniana. Y sin embargo, ese hombre, asunto tremendo de la cólera divina, conserva allá, en lo más recóndito de su sér oscurecido y tenebroso, algo que es luz y es amor, algo que le distingue todavía de los espíritus infernales; aunque envuelto ya en sombras que se van rápidamente condensando, no es todo odio y tinieblas. Enemigo declarado de toda belleza literaria, como de toda belleza moral, sin saberlo y sin quererlo es bello, literaria y moralmente, en las pocas páginas que consagra á la suavidad modesta del pudor, á los limpios y castos amores, y á las armonías y á las magnificencias católicas. Su estilo entonces ó se levanta hasta su asunto, lleno de majestad y de pompa, ó toma la forma suave y apacible de los más frescos idilios.

Mr. Proudhon es inexplicable é inconcebible, considerado en sí aisladamente. Mr. Proudhon no es una persona, aunque lo parece; es una personificacion. Siendo contradictorio é ilógico, como lo es, el mundo le llama consecuente, porque él es una consecuencia; es la consecuencia de todas las ideas exóticas, de todos los principios contradictorios, de todas las premisas absurdas que el racionalismo moderno viene planteando de tres siglos á esta parte; y así como la consecuencia contiene á sus premisas y las premisas contienen su consecuencia, esos tres siglos contienen necesariamente á Mr. Proudhon, como Mr. Proudhon lleva en sí esos tres siglos necesariamente. Por esta razon, el exámen del uno y el exámen de los otros dan un mismo resultado; todas las contradicciones proudhonianas están en los tres siglos últimos, y en Mr. Proudhon están las contradicciones de los tres últi-

mos siglos: y las unas y las otras están en su estado de concentracion en la obra más notable, bajo cierto punto de vista, del siglo presente: en el *Sistema de las contradicciones económicas*. Entre ese libro y su autor, y los siglos racionalistas hay una identidad absoluta: la diferencia está solo en los nombres y en las formas; la cosa representada en comun toma aquí la forma de libro, allí la forma de hombre, y más allá la forma del tiempo. Esto sirve para explicar por qué Mr. Proudhon está condenado á no ser original nunca, y á parecerlo siempre. Está condenado á no ser original nunca, porque, supuestas las premisas, ¿qué cosa hay menos original que la consecuencia? Está condenado á parecerlo siempre, porque ¿qué hay que pueda parecer tan original como la concentracion de todas las contradicciones de tres siglos contradictorios en una sola persona?

Esto no quiere decir que Mr. Proudhon no vaya en pos de la originalidad verdadera. Mr. Proudhon quiere ser verdaderamente original cuando aspira á formular la síntesis de todas las antinomias, y á encontrar la suprema ecuacion de todas las contradicciones; pero aquí que es donde está la manifestacion de su personalidad individual, es cabalmente donde se descubre su impotencia. Su ecuacion no es más que el principio de una nueva serie de contradicciones, y su síntesis no es más que el principio de una nueva série de antinomias. Puesto entre la propiedad, que es la tésis, y el comunismo, que es la antítesis, busca la síntesis en la propiedad no hereditaria, sin ver que la propiedad no hereditaria no es propiedad, y por consiguiente que su síntesis no es síntesis, porque no suprime la contradiccion, sino una nueva manera de negar la tésis vencida y de afirmar la antítesis vencedora. Cuando para formular la síntesis que ha de comprender por un lado la autoridad, que es la tésis, y por otro la libertad, que es la antítesis, niega el gobierno y proclama la anarquía; si con esto quiere decir que no ha de ha-

ber gobierno ninguno, su síntesis no es otra cosa sino la negacion de la tésis, que es la autoridad, y la afirmacion de la antítesis, que es la libertad humana; y al revés, si lo que quiere decir es que el gobierno dictatorial y absoluto no ha de estar en el Estado, sino en la sociedad, en ese caso no hace otra cosa sino negar la antítesis y afirmar la tésis, negar la libertad y afirmar la omnipotencia comunista. En uno y en otro caso, ¿dónde está la conciliacion? ¿dónde está la síntesis? Mr. Proudhon no es fuerte sino cuando se contenta con ser la personificacion del racionalismo moderno, por su naturaleza absurdo y contradictorio; y no es débil sino cuando muestra su personalidad individual, cuando deja de ser una personificacion para convertirse en una persona.

Si despues de haberle examinado bajo varios de sus aspectos, se me preguntara cuál es el rasgo más dominante de su fisonomía espiritual, responderia á esta pregunta, que es el desprecio de Dios y de los hombres. Jamás hombre ninguno pecó tan gravemente contra la humanidad y contra el Espíritu Santo. Cuando resuena esa cuerda de su corazon, resuena siempre con elocuente y robusta resonancia. No es él el que habla entónces, no: es otro que está en él, que le tiene, que le posee y que le hace caer desfallecido en convulsiones epilépticas; es otro que es más que él, y que mantiene con él un diálogo perpétuo. Lo que dice algunas veces es tan extraño, y eso que dice lo dice de tan extraña manera, que el ánimo queda suspenso hasta el punto de no saber si el que habla es hombre ó es demonio, y si habla de véras ó se burla. Por lo que hace á él, si con su voluntad pudiera ordenar las cosas á su antojo, preferiria ser tenido por demonio á ser tenido por hombre. Hombre ó demonio, lo que aquí hay de cierto es que sobre sus hombros pesan con abrumadora pesadumbre tres siglos reprobados (1).

---

(1) En la tercera edicion (1852) de las *Confesiones de un revolucionario*, p. 180,

el Sr. Proudhon cita este pasaje, y no puede resistir á la tentacion de protestar que él no está endemoniado: «Tranquilícense, dice, mis lectores, y no teman respirar un infernal hedor al leerme.» Esto dice siempre el demonio á los que le escuchan. Tras esto aquel desdichado se compara con nuestro Señor Jesucristo, á quien «los jesuitas de Jerusalen decian que estaba endemoniado, *dæmonium habet.*» Aquí el diablo entrega la carta, y el hedor infernal se percibe con más fuerza. Acusa, en fin, al Sr. Donoso de querer achicharrarle: «Aquí hace lo que »él puede por encamisarme y echarme el sambenito; y en el primer auto de fé »gritará al verdugo: *atiza.*» Si hubiera habido para el Sr. Proudhon el menor peligro de ser quemado, á buen seguro que el diablo le hubiese empujado por el camino de blasfemias que aquel infeliz vomitó: ya él habria buscado otros medios para meter ruido; pues siempre supo juntar el desenfado con la prudencia. Por lo demás, esto es lo único que le ocurrió contestar al libro del Sr. Donoso; el diablo, su maestro, le sugirió que era más cómodo hablar de jesuitas, de encamisados y de autos de fé, que refutar esta irrefutable demostracion de lo inconsistente y lo absurdo de sus teorías.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

El más consecuente de los socialistas modernos, bajo el punto de vista de la cuestion que venimos ventilando, me parece ser Roberto Owen (1), cuando rompiendo en abierta y cínica rebelion contra todas las religiones, depositarias de los dogmas religiosos y morales, negó de un golpe el deber, negando no solo la responsabilidad colectiva, que constituye el dogma de la solidaridad, sino tambien la responsabilidad individual, que descansa en el dogma del libre albedrío del hombre. Negado el libre albedrío, Roberto Owen niega la

---

(1) Roberto Owen, nacido en Newton (1771), condado de Montgomery (Inglaterra), entró jóven en el comercio y se hizo considerablemente rico. Antes de formular su sistema habia tratado de aplicarlo á un establecimiento industrial, fundado por él en New-Lanark. En 1812 publicó sus *Nuevas perspectivas de la sociedad* (New-Views of Society.—Lóndres, I. t. en 8.°) A pesar de lo absurdo y lo inmoral de sus doctrinas, estuvo algun tiempo en boga. El primer ministro lord Liverpool le dispensó proteccion; algunos soberanos le dirigieron cartas autógrafas; el rey de Prusia le envió una medalla de oro, y los duques de Kent y Sussex, hermanos del rey, presidieron asambleas celebradas en su honor. Owen, embriagado con tales triunfos, se proclamó *favorito del universo*, y en 1818, con motivo del Congreso de Aquisgran, publicó un *Comunicado á los soberanos*. Pero pronto comenzó su decadencia, viéndose obligado en 1823 á huir de su país

trasmision de la culpa y la culpa misma. Hasta aquí no puede dudarse sino que hay lógica y consecuencia en todas estas deducciones; pero donde comienza la contradiccion y la extravagancia, es cuando Owen, negada la culpa y el libre albedrío, afirma y distingue el bien y el mal moral; y cuando afirmando y distinguiendo estas cosas, niega la pena, que es su consecuencia necesaria.

El hombre, segun Roberto Owen, obra en consecuencia de convicciones invencibles. Esas convicciones le vienen, por una parte, de su organizacion especial, y por otra, de las circunstancias que le rodean; y como él no es autor ni de aquella organizacion ni de estas circunstancias, síguese de aquí que así la primera como las segundas obran en él fatal y necesariamente. Todo esto es lógico y consecuente; pero por lo mismo es ilógico, contradictorio y absurdo afirmar el bien y el mal cuando se niega la libertad humana. El absurdo llega hasta lo inconcebible y lo monstruoso, cuando nuestro autor intenta fundar una sociedad y un gobierno en esta juxta-posicion de séres irresponsables. La idea del gobierno y la idea de la sociedad son correlativas á la de la libertad humana. Negada la una, procede la negacion de las otras juntamente; y cuando no se niegan ó se afirman todas á la vez, no se hace otra cosa sino afirmar y negar la misma cosa á un mismo tiempo. Yo no sé si hay en los anales hu-

---

y refugiarse en los Estados-Unidos: allí fundó en la Indiana una especie de colonia formada por todos los que deseaban seguir sus doctrinas, y le dió el nombre de *Nueva Armonía*. Este ensayo acabó de arruinarle, obligándole á regresar á Inglaterra en 1827. En 1848, creyendo ser aquella ocasion favorable, se trasladó á París, con esperanzas de que su sistema fuese adoptado por los socialistas, y áun por el mismo Gobierno provisional; pero no obtuvo ningun resultado. Roberto Owen publicó muchos artículos, opúsculos y escritos de todas clases. La obra en que principalmente expone su sistema, se intitula: *Revoluciones en la inteligencia y en la política de la raza humana* (Revolutions in the mind and practice of the human race, 1850.)

manos testimonio más insigne de ceguedad, de inconsecuencia y de locura que el que Owen da de sí cuando despues de haber negado la responsabilidad y la libertad individual, no satisfecho con la extravagancia de afirmar la sociedad y el gobierno, pasa todavía más adelante, y da consigo en la extravagancia inconcebible de recomendar la benevolencia, la justicia y el amor á los que, no siendo ni responsables ni libres, ni pueden amar, ni pueden ser justos ni benevolentes.

Los límites que me he impuesto á mí propio al emprender esta obra, me impiden pasar aquí tan adelante como fuera menester por el anchísimo campo de las contradicciones socialistas. Las expuestas bastan y áun sobran para dejar puesto fuera de toda duda el hecho incontrovertible de que el socialismo, bajo cualquier punto de vista que se le considere, es una torpe contradiccion, y que de sus escuelas contradictorias ninguna otra cosa puede salir sino el caos.

Su contradiccion es tan palpable, que no nos será difícil ponerla de bulto y como de relieve, áun en aquellos puntos en los que parece que todos estos sectarios andan unidos y conformes. Si hay alguna negacion que les sea comun, esta es ciertamente la negacion de la solidaridad familiar ó nobiliaria. Llegados aquí todos los doctores revolucionarios y socialistas, alzan la voz para negar esa mancomunidad de glorias y de infortunios, de méritos y de deméritos que el género humano ha reconocido como un hecho entre los ascendientes y sus descendientes, en todas las edades. Pues bien, esos mismos revolucionarios y socialistas afirman de sí en la práctica, sin saberlo, aquello mismo que vienen negando de los otros en la teórica. Cuando la revolucion francesa, sangrienta y desmelenada, puso debajo de sus pies todas las glorias nacionales; cuando embriagada con sus triunfos creyó estar cierta de su definitiva victoria, se apoderó de ella no sé qué orgullo aristocrático y de raza, que estaba en directa oposicion con todos sus dogmas. Entonces fué cuando

los revolucionarios más insignes, dándose en espectáculo á las gentes como los antiguos barones feudales, comenzaron á mostrarse escrupulosos y remisos en dar á los extraños carta de naturalizacion en su nobilísima familia. Mis lectores recordarán aquella pregunta famosa dirigida por los doctores de la nueva ley á los que se presentaban á ellos vestidos con el blanco ropaje de la candidatura: ¿Qué crímen habeis cometido? ¡Desventurado aquel que no habia cometido ninguno, porque jamás veria abiertas para él las puertas del Capitolio, en donde relampagueaban con tremenda majestad los semidioses revolucionarios! El género humano habia instituido la nobleza de la virtud; la Revolucion dejó instituida la del crímen.

Cuando despues de la revolucion de Febrero hemos visto á socialistas y republicanos dividirse en categorías, separadas unas de otras por abismos formidables; cuando los unos, con el título de republicanos *de la víspera*, han derramado el escarnio y el baldon sobre los otros que no habian sido republicanos sino *del dia siguiente*: cuando más afortunados, y por consiguiente más altivos que todos los demás, se han levantado algunos diciendo: toda la arrogancia es nuestra, porque el republicanismo es en nosotros familiar y nos viene con la sangre; ¿qué viene á ser esto sino proclamar, en pleno republicanismo, todas las preocupaciones nobiliarias?

Examinad bien una despues de otra todas sus escuelas; todas y cada una de por sí pugnan por constituirse en una familia y por buscar el ascendiente más noble. En este grupo familiar, el ascendiente es San Simon el nobilísimo; en aquel, Fourrier el ilustre; en el otro, Babeuf el patriota: en todos hay un jefe comun, un patrimonio comun, una gloria comun, un encargo comun; y todos los grupos y todas las familias, unidas entre sí por una estrecha solidaridad, buscan en las edades pasadas alguna personalidad tan noble,

tan alta, tan excelsa, que pueda servirlas á todas de vínculo y de centro. Los unos ponen los ojos en Platon, personificacion gloriosa de la sabiduría antigua; los más, levantando su loca ambicion hasta la altura de una blasfemia, los ponen en el Redentor del género humano; quizás le olvidaran por desvalido y por pobre, le desdeñaran por humilde; pero en su insolente orgullo no olvidan que, humilde y pobre y desvalido, era rey y sentia correr por sus venas la nobilísima sangre de los reyes. Por lo que hace á Mr. Proudhon, tipo perfecto del orgullo socialista, el cual es á su vez el tipo perfecto del orgullo humano, remontándose á edades más escondidas en alas de su soberbia, sube en busca de sus ascendientes hasta aquellos tiempos vecinos de la creacion que florecieron entre los hebreos las instituciones mosáicas. En ocasion más oportuna demostraré cumplidamente que por lo que hace á Mr. Proudhon, su nobleza es tan antigua y su estirpe tan ilustre, que para encontrar su cepa es necesario subir más todavía, hasta llegar á unos tiempos puestos fuera del ancho círculo de la historia, y á unos séres, en lo perfectísimos y altísimos, incomparablemente superiores á los hombres. Por ahora basta para mi propósito dejar aquí consignado que las escuelas socialistas están condenadas á la contradiccion y al absurdo, de una manera irrevocable; que cada uno de sus principios es contradictorio del que le precede y del que le sigue; que su conducta es la condenacion completa de todas sus teorías, y que sus teorías son la condenacion radical de su conducta.

Solo nos falta ahora formarnos una idea aproximada de lo que seria el edificio socialista sin esas faltas de proporcion que le afean y que le ponen fuera de todo género regular de arquitectura. Visto lo que es el socialismo actual en sus dogmas contradictorios, no parece fuera de propósito que examinemos aquí brevemente lo que ha de ser el socialismo venidero, cuando, por la virtud misteriosa que reside en toda

teoría, vaya perdiendo con la duracion lo que hay en él de contradictorio y de inconsecuente. El método aquí consiste en aceptar por punto de partida cualquiera de las proposiciones afirmadas en comun por todas las escuelas, y sacar de ella una en pos de otra las consecuencias que contiene.

La negacion fundamental del socialismo es la negacion del pecado, esa gran afirmacion, que es como el centro de las afirmaciones católicas. Esta negacion lleva consigo por via de consecuencia una série de negaciones, relativas unas al sér divino, otras al sér humano, y otras al sér social. Recorrer toda esa série seria cosa imposible y ajena además de nuestro propósito; lo que nos cumple solamente, es señalar las más fundamentales entre esas negaciones.

Los socialistas niegan el pecado y la posibilidad del pecado juntamente. Negado el hecho y la posibilidad del hecho, procede la negacion de la libertad humana, que no se concibe sin el pecado, ó por lo ménos sin la potestad en la naturaleza humana de convertirse de inocente en pecadora.

Negada la libertad, queda negada la responsabilidad del hombre. La negacion de la responsabilidad lleva consigo la negacion de la pena: negada esta, procede, por una parte, la negacion del gobierno divino, y por otra, la de los gobiernos humanos. Luego, por lo que hace á la cuestion del gobierno, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, queda negada la responsabilidad en comun: lo que se niega del individuo, no puede afirmarse de la especie, lo cual significa que no existe la responsabilidad humana; y como quiera que no puede afirmarse de algunos lo que, por una parte, se niega de cada uno de por sí, y por otra de todos, síguese de aquí que, una vez negada la responsabilidad del individuo y la de la especie, procede negar la responsabilidad de todas las aso-

ciaciones. Esto significa que no hay responsabilidad social, ni responsabilidad política, ni responsabilidad doméstica. Luego, por lo que hace á la cuestion de la responsabilidad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, la doméstica, la política y la humana, procede la negacion de la solidaridad en el individuo, en la familia, en el Estado y en la especie; como quiera que la solidaridad, ninguna otra cosa significa sino la responsabilidad en comun. Luego, por lo que hace á la solidaridad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la solidaridad en el hombre, en la familia, en el Estado y en la especie, es forzoso negar la unidad en la especie, en el Estado, en la familia y en el hombre; como quiera que la identidad entre la solidaridad y la unidad es tan completa, que lo que es uno no puede concebirse sino como siendo solidario, ni lo que es solidario sino como siendo uno. Luego, por lo que hace á la cuestion de la unidad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la unidad con una negacion absoluta, proceden las negaciones siguientes: la de la humanidad, la de la sociedad, la de la familia y la del hombre. En efecto, ninguna cosa existe sino con la condicion de ser una, y por lo mismo no puede afirmarse que la familia, la sociedad y la humanidad existen sino con la condicion de afirmar la unidad doméstica, la política y la humana; negadas estas tres unidades, procede la negacion de esas tres cosas. Afirmar su existencia y negar su unidad es contradecirse en los términos. Cada una de esas cosas ha de ser una, ó no ha de ser de ninguna manera: luego, si no son unas, no existen; su nombre mismo es absurdo, porque es un nombre que ni representa ni designa cosa ninguna.

Por lo que hace al hombre individual, procede su negacion de diferente manera. El hombre individual es el único

que puede existir hasta cierto punto sin ser uno y sin ser solidario: lo que se niega negando su unidad y solidaridad, es que en los diferentes momentos de su vida sea una misma persona. Si no hay un vínculo de union entre los tiempos pasados y los presentes, y entre los presentes y los futuros, lo que se sigue de aquí es que el hombre no existe sino en el momento presente; pero en esta suposicion, es claro que su existencia es más bien fenomenal que real. Si no vivo en lo pasado, porque pasó y porque no hay unidad entre lo presente y lo pasado; si no vivo en lo futuro, porque lo futuro no es, y porque cuando sea, ya no será lo presente; si no vivo sino en lo presente, y lo presente no existe, porque cuando se va á afirmar su existencia ya ha pasado, resulta de aquí que mi existencia es más bien teórica que práctica, porque en realidad si no existo en todos los tiempos, no existo en tiempo ninguno. Yo no concibo el tiempo sino en sus tres formas reunidas, y no puedo concebirle cuando las separo. ¿Qué es lo pasado sino una cosa que no es ya? ¿Qué es lo futuro sino una cosa que no existe todavía? ¿Y quién detiene á lo presente el tiempo necesario para afirmarle, despues de haber salido de lo futuro, y antes de convertirse en lo pasado? Luego afirmar la existencia del hombre, negada la unidad de los tiempos, no viene á ser otra cosa sino darle la existencia especulativa del punto matemático. Luego la negacion del pecado va á parar al nihilismo, así en cuanto á la existencia de la humanidad, de la sociedad y de la familia, como en cuanto á la existencia del hombre. Luego todas las doctrinas socialistas, ó para hablar con más exactitud, todas las racionalistas, van á parar forzosamente al nihilismo; y ninguna cosa hay más natural y más lógica, si bien se mira, sino que, no habiendo sino la nada fuera de Dios, los que se separan de Dios vayan á parar á la nada.

Esto supuesto, yo estoy autorizado para acusar al socia-

lismo presente de tímido y de contradictorio. Negar el Dios trino y uno para afirmar otro Dios; negar la humanidad bajo un aspecto, para venir á afirmarla bajo otro punto de vista; negar la sociedad con ciertas formas, para venir á afirmarla despues con formas diferentes; negar la familia por un lado, para afirmarla por otro; negar al hombre de cierta manera, para venir despues á afirmarle de una manera ó diferente ó contraria, todo esto es entrar por la senda de tímidas, contradictorias y cobardes transacciones. El socialismo presente es todavía un semi-catolicismo y nada más. Si los límites de esta obra me lo permitieran, no me seria difícil demostrar que en el más avanzado de sus doctores hay un número mayor de afirmaciones católicas que de negaciones socialistas, lo cual da por resultado un catolicismo absurdo y un socialismo contradictorio. Todo lo que sea afirmar un Dios, es ir á caer en las manos del Dios de los católicos; todo lo que sea afirmar la humanidad, es ir á parar á la humanidad una y solidaria del dogma cristiano; todo lo que sea afirmar la sociedad, es ir á dar consigo más tarde ó más temprano en la afirmacion católica sobre las instituciones sociales; todo lo que sea afirmar la familia, es ponerse en el caso de afirmar despues, de uno ó de otro modo, todo lo que el Catolicismo afirma y todo lo que el socialismo niega; por último, todo lo que sea afirmar al hombre de cualquiera manera, se resuelve en definitiva en la afirmacion de Adan, el hombre del Génesis. El Catolicismo es á la manera de aquellos formidables cilindros por donde no pasa la parte sin que despues pase el todo. Por ese cilindro formidable pasará sin dejar rastro de sí, si no muda de rumbo, el socialismo con todos sus pontífices y con todos sus doctores.

Mr. Proudhon, que no suele ser ridículo, es ridículo, sin embargo, cuando formulando la negacion del gobierno como la última de todas las negaciones, va pidiendo á las gentes en ademan cuasi augusto la primera de todas las palabras so-

cialistas, por la sublimidad de su audacia. Los socialistas en presencia de los católicos son como los griegos en presencia de los sacerdotes del Oriente: niños que parecen hombres. La negacion de todo gobierno, lejos de ser la última de las negaciones posibles, no es sino una negacion preliminar que los nihilistas futuros relegarán en el libro de sus prolegómenos. No pasando de ahí, Mr. Proudhon pasará como los demás por el cilindro católico; por ahí pasa todo, ménos la nada: es necesario, pues, ó afirmar la nada, ó pasar con todas sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda su alma y con todo su cuerpo por ese cilindro. Mientras que Mr. Proudhon no tome su partido valerosamente, me autoriza para que le acuse ante los racionalistas futuros como sospechoso de Catolicismo latente y de moderantismo disfrazado. Los socialistas que no prefieren llamarse sus herederos, se llaman á sí propios la antítesis del Catolicismo. El Catolicismo no es una tésis, y no siéndolo, no puede ser combatido por una antítesis; es una síntesis que lo abarca todo, que lo contiene todo y que lo explica todo; la cual no puede ser, no diré vencida, pero ni combatida siquiera sino por una sintésis de la misma especie, que á su manera abarque, contenga y explique todas las cosas. En la síntesis católica caben anchamente todas las tésis y todas las antítesis humanas. Ella lo trae y lo condensa todo en sí con la fuerza invencible de una virtud incomunicable. Los que piensan que están fuera del Catolicismo, están en él; porque él es como la atmósfera de las inteligencias: los socialistas, como los demás, despues de esfuerzos gigantescos para separarse de él, ninguna otra cosa han conseguido sino ser unos malos católicos (1).

---

(1) De toda esta demostracion de lo absurdo del socialismo, al Sr. Gaduel no le petó señalar otra frase de Donoso sino aquella en que dice que «*es menester afirmar la nada ó pasar con el alma y con todo el cuerpo por el cilindro de la fé.* Ni una sola palabra más por donde el lector pueda entender el sentido de esta

frase, pero en cambio muchas indicaciones para inducirle á creer que el Sr. Donoso niega toda distincion entre el órden natural y el sobrenatural, entre las verdades que la razon puede conocer con sus propias fuerzas, y las que no puede conocer sin la luz de la revelacion, y que segun el insigne publicista español, *sin la luz superior de la revelacion, la razon humana es radicalmente impotente para conocer ninguna verdad.* Nada hay en el texto de Donoso que autorice semejante censura, ni tan ilustre pensador podia ignorar lo que saben los niños de la escuela, que hay dos órdenes de verdades; pero sabia perfectamente lo que á la cuenta no sabe el Sr. Gaduel, y es que no por ser distintos esos dos órdenes, están separados, sino que entre ellos hay relacion y armonía.

La doctrina católica es *una;* en ella todas las verdades tienen entre sí trabazon y dependencia: la lógica obliga, por consiguiente, á todo el que admite una verdad católica, á admitir todas las demás, así como el que niega una de ellas, ha de negar, si quiere ser lógico, todas las demás verdades. Junto con esto, la doctrina católica es católica, ó sea *universal;* y por esto contiene toda verdad, sin que haya verdad alguna que de un modo ó de otro no se refiera á ella; luego si no se han de violar las leyes de la razon y de la lógica, es menester admitir la doctrina católica, ó negar toda verdad; ser católico ó escéptico, afirmar á Dios con cuanto él nos enseña, ó afirmar la nada.

La verdad sobrenatural está sobre la razon, la cual nunca podria con sólo sus propias fuerzas alcanzar esa verdad; pero la razon es el sugeto á quien esa verdad se revela, y el que entiende que esta revelacion existe, pues de otro modo no podria asentir á ella. Tambien es el sugeto á quien se demuestra la autoridad de la Iglesia, depositaria de la revelacion, pues que sin esto él no podria aceptarla. En resúmen, hay una verdadera y rigurosa demostracion de la verdad del catolicismo. Pero como quiera que el catolicismo se demuestre, precisamente por la razon ha de ser, la cual no puede negarlo sin negarse á sí misma; luego, decir que entre el catolicismo y el escepticismo hay un medio en que pueda estancarse el hombre sin agravio de la razon, es decir que el hombre puede, sin agravio de la razon, negar la verdad demostrada, ó que el catolicismo no tiene para el hombre demostracion suficiente.

Parece como que el Sr. Gaduel se representa el órden puramente natural como existente aparte y fuera del sobrenatural. Si así lo juzga, grandemente se equivoca. El estado de pura naturaleza no existe ni jamás ha existido: es una mera posibilidad. Lo natural y lo sobrenatural están en todas partes estrechamente unidos. La gracia supone la naturaleza, y Dios no da la primera sino para enderezar y perfeccionar la segunda. La naturaleza no supone de por sí la gracia; pero es de suyo capaz de recibirla, y en efecto, para esto ha sido formada: y para esto se la ofrece siempre tan estimable don: lo sobrenatural penetra enteramente todo el órden natural, llenando el mundo y la historia. El que niega lo sobrenatural se pone fuera de las condiciones para entender la historia, el mundo y el estado actual del hombre; pero como esta negacion no destruye la existencia de lo sobrenatural, su razon va á chocar contínuamente contra este escollo, no encontrando

por doquiera que vaya, sino indescifrables enigmas; de modo que por no escuchar la voz que podia guiarle, concluye por dar en el escepticismo. ¿Por qué rechaza lo sobrenatural? porque le parece contrario á la razon. Pero es así que lo sobrenatural está en todas partes; luego no hay nada aquí abajo en donde la sinrazon no aparezca, ó el absurdo no venga á confundir á la razon haciéndola dudar de sí misma. Sólo el catolicismo puede sacar de este abismo al hombre, porque sólo el catolicismo posee la verdad sobrenatural, con la cual todo se explica, y sin la cual no se explica nada. Todo hombre, pues, que sepa raciocinar, se ve en la alternativa de afirmar el catolicismo, ó de afirmar la nada.

A la misma conclusion se llega cuando se quiere percibir el vínculo que liga entre sí todas las verdades. Para proceder con órden, notemos ante todo que hay verdades necesarias y verdades contingentes; así, por ejemplo, el misterio de la Santísima Trinidad es una verdad necesaria, porque Dios es necesariamente lo que es; y el misterio de la Encarnacion, al contrario, es una verdad contingente, pues la Encarnacion ha sido efecto de la libre voluntad divina. Así tambien, que la criatura deba obedecer al Criador, es una verdad necesaria; pero que el hombre haya violado este deber, es una verdad contingente, etc., etc. Importa mucho esta distincion; pero tambien importa no perder de vista que toda verdad contingente supone otra verdad necesaria: la existencia de la criatura, por ejemplo, supone la existencia de Dios, y su poder de crear *ex nihilo;* la Encarnacion supone la Trinidad, etc., etc. Si, por otra parte, las verdades necesarias no suponen las contingentes, implican, sin embargo, la posibilidad de estas; la nocion de Dios implica la posibilidad de la creacion; la Trinidad implica la posibilidad de la Encarnacion, etc., etc. La verdad contingente no es más que una posibilidad realizada, y esta posibilidad es necesariamente realizable. De aquí se sigue que la negacion de la verdad contingente conduce á la negacion de la posibilidad que ella realiza, y por aquí á negar la verdad necesaria por quien existe dicha posibilidad. Despues ampliaremos este punto; mas por ahora quede asentado que entre las verdades necesarias del órden sobrenatural, y las verdades necesarias del órden natural, hay una íntima conexion, la cual no es menor entre las verdades contingentes de ambos órdenes, aunque son de diferente naturaleza.

Cuanto á las verdades necesarias, la cosa es evidente. La verdad es una; para negarlo hay que negar la unidad de Dios, de donde se sigue que en ella todo está unido y concertado. Por esto, negar una sola de las verdades necesarias, es negar implícitamente todas las demás, así como afirmar una sola de estas verdades es afirmar implícitamente la verdad toda entera; y así como las verdades contingentes no pueden existir si desaparecen las verdades necesarias, es manifiesto que la negacion de una sola verdad necesaria, sea del órden natural, sea del sobrenatural, contiene lógicamente la negacion de toda verdad, la afirmacion de la nada.

La limitada razon de la criatura no ve la verdad en su unidad, y es incapaz de percibir el nexo que une la parte que le es dado ver con la que su flaca vista no puede alcanzar. Síguese de aquí que ni el hombre, ni criatura alguna, pueden con sólo sus propias fuerzas elevarse del órden natural al sobrenatural; pero

no se sigue que entre los dos órdenes no haya género alguno de nexo, ni que cuando las verdades de órden superior son reveladas al hombre, pueda este negarlos sin atentar contra las de órden inferior. No conocer una verdad, y negarla cuando es conocida, son dos cosas diferentes. La negacion tiene consecuencias muy diversas de las de la simple ignorancia. El misterio de la Santísima Trinidad es una verdad necesaria que excede á la razon humana; la existencia de Dios, sér infinito y perfecto, es otra verdad necesaria que la razon alcanza y se demuestra; nosotros no vemos el nexo que une estas dos verdades, ni cómo se puede deducir la una de la otra, y sin embargo vemos con la claridad de la evidencia, que si ambas son verdades, se suponen mútuamente; de manera que ó Dios no es infinito y perfecto, ó tiene que ser uno en esencia y trino en personas; que siendo una esencia en tres personas, es necesariamente infinito y perfecto; que negar la primera verdad es negar la segunda, y recíprocamente; que no son, en una palabra, sino una sola y misma verdad; porque es evidente que nada puede faltar á la perfeccion del sér perfecto, y que todo cuanto le es esencial, es necesario á su perfeccion. ¿Y qué hay más esencial en Dios, segun el dogma católico, que la unidad de esencia junto con la trinidad de personas?

Pero si el nexo que no vemos entre las verdades necesarias del órden sobrenatural y las verdades necesarias del órden natural, existe realmente, síguese que cuando las primeras nos son reveladas, la luz de esta revelacion resplandece tambien en las segundas; y que por consecuencia necesaria no podemos rechazar esta luz sin disminuir en nosotros la fuerza de la luz natural, ni negar las verdades del órden superior sin negar implícitamente las de órden inferior que les corresponden. La historia del espíritu humano atestigua que esto es así. Comparad, por ejemplo, las teodiceas de los mayores sábios de la antigüedad con la teodicea católica, y vereis cómo con el conocimiento de la Santísima Trinidad se ha engrandecido, fortificado y rectificado el conocimiento natural de Dios y de sus atributos. No hay verdad alguna del órden natural que el cristianismo no haya ilustrado refulgentemente. Recorred tambien la historia de las herejías, y vereis cómo sus negaciones de verdades del órden sobrenatural, las conducen á negaciones correspondientes de la verdad natural. Las aberraciones de los gnósticos acerca de la Trinidad y de Dios, y las de Lutero y Calvino acerca del libre albedrío, por no citar otras, son tan contrarias á la fé como á la razon.

En cuanto á las verdades contingentes ó de hecho, que tienen su orígen en las libres determinaciones de la voluntad divina ó de las voluntades creadas, claro es que el lazo que las une entre sí, no puede ser un nexo lógico y necesario; pero como todas las voluntades creadas están bajo la dependencia de la voluntad divina, y como la voluntad divina es soberanamente sábia, soberanamente razonable, claro es tambien que tienen ellas en la unidad de los divinos designios su nexo y su unidad. Para el hombre, esta unidad es aún más visible que la otra; más claramente vemos, por ejemplo, cómo el misterio de la Encarnacion y de la Redencion se relacionan con el hombre caido en pecado, que cómo la Trinidad se contiene en la noción del sér perfecto é infinito. De aquí se sigue que la negacion

de las verdades contingentes del órden sobrenatural conduce á la negacion de las verdades contingentes del órden natural. Si, por ejemplo, se niega la Redencion, párase muy luego en negar que el hombre necesite ser redimido, y por tanto que sea culpable y pecador. Y no solamente se niega el pecado en el órden de la gracia, sino tambien en el de naturaleza; y no pudiéndose justificar despues el hecho, niégase tambien su posibilidad, como efectivamente lo hacen hoy los socialistas. La *razon*, hasta en los momentos que desbarra, necesita persuadirse de que tiene *razon* y siempre busca *razones* para justificar sus errores; pero no encontrándose estas razones en el órden de verdades contingentes, menester es remontarse para hallarlas, al órden de las verdades necesarias. ¿Por qué negáis el hecho del pecado? El orgullo es la verdadera causa de esta negacion, pero no lo confesareis; para justificarla á vuestros propios ojos, es menester buscar una razon, es decir, algo universal que se aplique á todos los hombres lo mismo que á vosotros; algo necesario que el mismo Omnipotente no lo pueda mudar. Por esto, de la proposicion: *yo no he pecado*, deducís esta otra: *el hombre no puede pecar*. Pero negar la posibilidad del pecado, ya no es negar una verdad contingente del órden sobrenatural, sino negar una verdad necesaria del órden natural, á saber, la imperfeccion de la criatura; lo cual es negar toda distincion entre la Criatura y el Criador, es negar á Dios mismo. Tomad la verdad contingente que os plazca entre las del órden sobrenatural, y vereis cómo su negacion implica siempre la de una verdad correlativa del órden natural, así como esta conduce siempre á la negacion de una verdad necesaria del mismo órden, lo cual os inducirá á negar todas las verdades necesarias, ó sea toda verdad. Sin duda la razon humana es demasiado cobarde para llevar hasta tal punto su lógica, y su misma flaqueza la mueve á dividir inconsecuente la verdad, tomando y dejando parte de ella; pero el Sr. Donoso habla de lo que es lógicamente, no de lo que es en realidad. Por otra parte, al par que la inconsecuencia deja restos de verdad en el hombre que se entra por las vías del error, la lógica no deja tampoco de ejercer sobre él algun dominio, y de aquí que mientras permanece en el error, va disminuyendo aquellos restos de verdad con una accion latente, pero contínua é irresistible. La historia de todas las herejías, y principalmente la del protestantismo, están ahí para atestiguarlo. El Sr. Gaduel deberá, pues, reconocer que aunque la *razon humana* pueda *sin la luz superior de la revelacion*, conocer las verdades del órden natural, no puede rechazar impunemente la revelacion. Los que la rechazan no solamente se privan del beneficio inestimable que ella trae consigo, sino que tambien pierden ó alteran las verdades naturales en justo castigo de su soberbia. Hay más: la mera ausencia de la verdad revelada en el seno de las sociedades humanas, produce igual resultado: vedlo en las naciones idólatras á donde no ha llegado todavía la luz del cristianismo; tienen la luz de la razon, pero ¿qué hacen? ¿No desconocen horriblemente la misma verdad natural? ¿Y no se hallan en un estado tal de degradacion, del cual solamente la presencia de la Iglesia, depositaria de la revelacion, preserva en Europa áun á los mismos pueblos herejes ó descreidos? La experiencia, pues, demuestra que la verdad sobrenatural es necesaria

al hombre para la conservacion de la verdad natural. Las sociedades privadas de la primera ven disminuir poco á poco en ellas la segunda, mientras que su esplendor se aumenta en las que están alumbradas por la revelacion; y parece que á unas y á otras se pueden acomodar aquellas palabras de Jesucristo á los Apóstoles: *Vobis datum est nosse mysteria regni cœlorum: illis autem non est datum. Qui enim habet dabitur ei et abundabit: qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo.* (Matth. XIII, 11 y 12.)

Dispénsenos el lector lo largo de esta nota: nosotros le rogamos que considere que la *necesidad lógica* de admitir ó rechazar la verdad toda entera, de escoger entre el catolicismo y el escepticismo, es uno de los puntos fundamentales de la doctrina del Sr. Donoso, y uno de los que combate con más encarnizamiento la escuela de que el Sr. Gaduel se ha hecho intérprete.

CAPITULO VI.

DOGMAS CORRELATIVOS AL DE LA SOLIDARIDAD; LOS SACRIFICIOS SANGRIENTOS; TEORÍAS DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS ACERCA DE LA PENA DE MUERTE.

Así como el socialismo es un compuesto incoherente de tésis y de antítesis que se contradicen y se destruyen, la gran síntesis católica resuelve todas las cosas en la unidad, poniendo en todas ellas su soberana armonía. De sus dogmas puede afirmarse que sin dejar de ser varios son uno solo. De tal manera se resuelven los que anteceden en los que le siguen, y los que le siguen en los que le anteceden, que no puede averiguarse nunca cuál es el primero y cuál es el último en el gran círculo divino. Esa virtud que todos tienen de penetrarse los unos á los otros en lo más íntimo de sus esencias, hace que ninguno pueda ser afirmado ó negado de por sí, debiendo ser todos afirmados ó negados juntamente; y como en sus afirmaciones dogmáticas están apuradas todas las afirmaciones posibles, de aquí procede que contra el Catolicismo no se da afirmacion de ninguna especie, ni negacion que sea particular: contra su prodigiosa síntesis no cabe sino una negacion absoluta. Ahora bien: Dios que está de manifiesto en la palabra católica, ha dispuesto las cosas

de tal modo, que esa suprema negacion, lógicamente necesaria para hacer contraste á la palabra divina, sea de todo punto imposible; como quiera que para negarlo todo es necesario comenzar por negarse á sí mismo, y que el que se niega á sí mismo no puede pasar adelante ni negar despues cosa ninguna. Síguese de aquí que la palabra católica, siendo invencible, es eterna; desde el primer dia de la creacion viene dilatándose en los espacios y resonando en los tiempos con una fuerza inmensa de dilatacion y con una fuerza infinita de resonancia; su soberana virtud no se ha amenguado todavía, y cuando cesen los tiempos de correr y se recojan los espacios, esa palabra seguirá resonando eternamente en las eternas alturas. Todo en este bajo mundo va pasando: los hombres con sus ciencias, que no son sino ignorancia; los imperios con sus glorias, que no son sino humo; solo está quieta y en su sér esa palabra resonante, afirmándolo todo con una sola afirmacion que es siempre idéntica á sí misma. El dogma de la solidaridad, confundiéndose con el de la unidad, constituye con él un solo dogma; considerado en sí, se resuelve en dos que, como el de la solidaridad y el de la unidad, son uno mismo en la esencia y dos en sus manifestaciones. La solidaridad y la unidad de todos los hombres entre sí lleva consigo la idea de una responsabilidad en comun, y esta responsabilidad supone á su vez que los méritos y los crímenes de los unos pueden dañar y aprovechar á los otros. Cuando el daño es el que se comunica, el dogma conserva su nombre genérico de solidaridad; y le cambia por el de reversibilidad cuando lo que se comunica es el provecho. Así se dice que todos pecamos en Adan, porque todos somos con él solidarios; y que todos fuimos hechos salvos por Jesucristo, porque sus méritos nos son reversibles. Como se ve, la diferencia aquí está en los nombres solamente, y en nada altera la identidad de la cosa significada. Lo mismo sucede con los dogmas de la imputacion y de la sus-

titucion; los dos no son otra cosa sino aquellos dogmas mismos considerados en sus aplicaciones. En virtud del dogma de la imputacion, padecemos todos la pena de Adan, y por el de la sustitucion padeció el Señor por todos nosotros. Pero, como se ve aquí, no se trata sino de un dogma sustancialmente. El principio en virtud del cual fuimos todos hechos salvos en el Señor, es idéntico á aquel por el cual fuimos todos en Adan culpables y penados. Ese principio de solidaridad con el que se explican los dos grandes misterios de nuestra redencion y de la trasmision de la culpa, es á su vez explicado por esa misma trasmision y por la redencion humana. Sin la solidaridad no podeis ni concebir siquiera una humanidad prevaricadora y redimida: y por otro lado es evidente que si la humanidad no ha sido ni redimida por Jesucristo, ni prevaricadora en Adan, no puede ser concebida como siendo una y solidaria.

Como por este dogma, junto con el de la prevaricacion adámica, se nos revela la verdadera naturaleza del hombre, no ha permitido Dios que cayera de todo punto en el olvido de las gentes. Esto sirve para explicar por qué todos los pueblos del mundo vienen dando de él clarísimos testimonios, y por qué esos testimonios están consignados con una consignacion elocuentísima en la historia. No hay pueblo tan civilizado ni tribu tan inculta, que no haya creido estas cosas: que los pecados de algunos pueden atraer las iras de Dios sobre las cabezas de todos, y que todos pueden ser hechos salvos de la pena y de la culpa trasmitida, por el ofrecimiento de una víctima en perfectísimo holocausto. Por los pecados de Adan condena Dios al género humano, y le salva por los méritos de su amantísimo Hijo. Noé, inspirado por Dios, condena en Canaan á toda su raza; Dios bendice en Abraham, y luego en Isaac y luego en Jacob, á toda la raza hebrea. Unas veces salva á hijos culpables por los méritos de sus ascendientes, otras castiga hasta en su última

generacion los pecados de ascendientes culpables; y ninguna de estas cosas, que la razon tiene por increibles, ha causado ni extrañeza ni repugnancia al género humano, que las ha creido con una fe firmísima y robusta. Edipo es pecador, y los dioses derraman sobre Tébas la copa de su enojo: Edipo es asunto de la cólera divina, y los beneficios de su expiacion son reversibles á Tébas. En el dia más grande y solemne de la creacion, cuando el mismo Dios hecho hombre iba á proclamar con su muerte la verdad de todos estos dogmas, quiso que antes fueran proclamados y confesados por el mismo pueblo deicida, el cual, clamando con un clamor sobrenatural y con bramido siniestro, dejó caer estos tremendos vocablos: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» No parece sino que Dios permitió que se condensaran aquí juntamente los tiempos y los dogmas: en un mismo dia el mismo pueblo, dándole muerte, imputa á *uno* y castiga en él los pecados de todos, y pide la aplicacion del mismo dogma á sí propio declarando á sus hijos solidarios de sus pecados. En ese mismo dia en que eso se proclama por todo un pueblo, el mismo Dios proclama el mismo dogma haciéndose solidario del hombre; y el de la reversibilidad pidiendo al Padre, en premio de su dolor, el perdon de sus enemigos; y el de la sustitucion muriendo por ellos; y el de la redencion, consecuencia de todos los otros siendo el pecador redimido, porque el sustituto que en virtud del dogma de la solidaridad padeció muerte, en virtud del de la reversibilidad fué aceptado.

Todos esos dogmas proclamados en un mismo dia por un pueblo y por un Dios, y cumplidos, despues de ser proclamados, en la persona de un Dios y en las generaciones de un pueblo, vienen proclamándose y cumpliéndose, aunque imperfectamente, desde el principio del mundo, y fueron simbolizados en una institucion antes de ser cumplidos en una persona.

La institucion que los simboliza, es la de los sacrificios sangrientos. Esa institucion misteriosa y, humanamente hablando, inconcebible, es un hecho tan universal y constante, que existe en todos los pueblos y en todas las regiones. De manera que entre las instituciones sociales, la más universal es cabalmente la más inconcebible y la que parece más absurda; siendo cosa digna de notarse aquí que esa universalidad es un atributo comun á la institucion en que aquellos dogmas están simbolizados, á la persona en que fueron cumplidos, y á los mismos dogmas que fueron simbolizados en aquella institucion y cumplidos en aquella persona. La imaginacion misma no alcanza á fingir ni otros dogmas, ni otra persona, ni otra institucion más universales. Aquellos dogmas contienen todas las leyes por las que se gobiernan las cosas humanas; aquella persona contiene á la Divinidad y á la humanidad juntas en uno; y aquella institucion es por un lado conmemorativa de lo que aquellos dogmas contienen de universal, por otro simbólica de aquella persona única en quien está la universalidad por excelencia, mientras que por otra parte, considerada en sí misma, se dilata hasta los remates del mundo y vence los términos de la historia.

Abel es el primer hombre que ofreció á Dios un sacrificio sangriento despues de la gran tragedia paradisiaca, y ese sacrificio, por lo que tenia de sangriento, fué acepto á los ojos de Dios, que apartó de sí con enojo el de Cain, consistente en frutos de la tierra. Y lo que aquí hay de singular y de misterioso es, que el que derrama la sangre en sacrificio expiatorio, toma ódio á la sangre y muere por no derramar la del mismo que le mata, mientras que el que rehusa derramarla como signo de expiacion, se aficiona á ella hasta el punto de derramar la sangre de su hermano. ¿En qué consiste que, derramada de un modo, quita las manchas, y derramada del otro modo, las pone? ¿En qué consiste que la derraman todos, aunque de diferente manera?

Desde aquella primera efusion de sangre, la sangre no dejó de correr, y no corrió nunca sin condenar á unos y sin purificar á otros, conservando siempre entera su virtud condenatoria y su virtud purificante. Todos los hombres que vinieron despues de Abel el justo y de Cain el fratricida, se acercaron más ó ménos á uno de esos dos tipos de aquellas dos ciudades que se gobiernan por leyes contrarias y por gobernadores diferentes, por nombre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo; las cuales no son contrarias entre sí porque en una se derrame sangre y en otra no, sino porque en la una la derrama el amor y en la otra la venganza: en la una es ofrecida al hombre, y en la otra á Dios, en sacrificio expiatorio y en aceptable holocausto.

El género humano, en el que no ha dejado de soplar de todo punto el viento de las tradiciones bíblicas, ha creido siempre con una fé invencible estas tres cosas: Que es fuerza que la sangre sea derramada; que derramada de un modo, purifica, y de otro, enloquece. De estas verdades da clarísimos testimonios toda la historia, llena con la relacion de historias crueles, de conquistas sangrientas, de trastornos y asolamientos de ciudades famosas, de muertes atrocísimas, de víctimas puras puestas en altares humeantes, de hermanos levantados contra hermanos, y ricos contra pobres, y padres contra hijos, siendo la tierra toda á manera de lago que ni los vientos orean, ni seca el sol con sus inmensos ardores. No las atestiguan con ménos claridad los sacrificios sangrientos ofrecidos á Dios en todos los altares levantados en la tierra; y por último, la legislacion de todos los pueblos por la que el que quita la vida ajena está excomulgado y pierde la suya saliendo de la comunion de los vivientes. En la tragedia de *Orestes*, pone Eurípides en boca de Apolo estas palabras «No es Elena culpable de la guerra de Troya; su belleza no fué sino el instrumento de que se valieron los dioses para encender la guerra entre dos pue-

blos, y hacer correr la sangre que habia de purificar la tierra manchada con la multitud de los delitos.» Por donde se ve que el poeta, eco á un tiempo mismo de las tradiciones populares y de las tradiciones humanas, da á la sangre una secreta virtud de purificacion, que está en ella de una manera escondida por una causa misteriosa.

Descansando el sacrificio en la suposicion de la existencia de esa causa y de aquella virtud, es claro que la sangre ha debido adquirir esta virtud bajo el imperio de aquella causa, en una época anterior á la de los sacrificios sangrientos; y como estos sacrificios vienen instituidos desde el tiempo de Abel, es una cosa puesta fuera de toda duda que la causa y la virtud de que tratamos son anteriores á Abel, y contemporáneas de un gran suceso paradisiaco, en donde esa virtud y su causa han de tener principio necesariamente. Ese gran suceso es la prevaricacion adámica. Culpable la carne en Adan, y en la carne de Adan la carne de toda la especie, para que la pena tuviese proporcion con la culpa, era menester que cayera en la carne como la culpa misma; de aquí la necesidad de la efusion perpétua de la sangre humana. A la culpa de Adan se habia seguido, sin embargo, la promesa de un Redentor; y esa promesa, poniendo al Redentor en lugar del culpable, fué poderosa para suspender la sentencia condenatoria hasta que el que habia de venir fuera venido. Esto sirve para explicar por qué Abel, depositario por Adan á un mismo tiempo de la sentencia condenatoria y de la suspension hasta que fuera llegado el sustituto que habia de padecer la pena por el culpable, instituyó el único sacrificio que podia ser acepto á los ojos de Dios: el sacrificio conmemorativo y simbólico.

El sacrificio de Abel fué tan perfecto que contuvo en sí por una manera prodigiosa todos los dogmas católicos: por lo que tuvo de sacrificio en general, fué un acto de reconocimiento y de adoracion hacia el Dios omnipotente y soberano; por lo

que tuvo de sacrificio sangriento, fué la proclamacion del dogma de la prevaricacion adámica y del de la libertad del prevaricador, que sin el libre albedrío no hubiera sido culpable; y del de la trasmision de la culpa y de la pena, sin la cual solo Adan hubiera debido darse en sacrificio; y del de la solidaridad, sin el cual no hubiera tenido Abel el pecado por herencia. Al propio tiempo fué con respecto á Dios el reconocimiento de su justicia y del cuidado que tiene de las cosas humanas. Considerado bajo el punto de vista de las víctimas ofrecidas al Señor, fué á un tiempo mismo una conmemoracion de la promesa que acompañó á la pena del verdadero culpable, y de la reversibilidad en virtud de la cual los penados por la culpa de Adan habian de ser hechos salvos por los méritos de otro, y de la sustitucion en virtud de la cual uno que habia de venir se habia de ofrecer en sacrificio por todo el género humano; por último, consistiendo las víctimas en corderos primogénitos y sin mancha, el sacrificio de Abel fué simbólico del sacrificio verdadero, en el cual aquel Cordero mansísimo y purísimo, Hijo único del Padre, se habia de ofrecer en santísimo holocausto por los delitos del mundo. De esta manera el Catolicismo todo, que explica y contiene todas las cosas, por un milagro de condensacion está explicado y contenido en el primer sacrificio sangriento ofrecido á Dios por un hombre. ¿Qué virtud es esa que está en la Religion católica, que la hace dilatarse y condensarse con una dilatacion y con una condensacion infinitas? ¿Qué cosas son esas que en su inmensa variedad caben todas en un símbolo? ¿Y qué símbolo es ese tan comprensivo y perfecto que contiene tantas y tales cosas? Tan altas consonancias y armonías, perfecciones tan soberanas y hermosas están de tal manera sobre el hombre, que se adelantan no solo á todo lo que entendemos, sino tambien á todo lo que deseamos y á todo lo que fingimos.

Pasando la tradicion de padres á hijos, vino á suceder

que fué borrándose y oscureciéndose poco á poco en la memoria y en el entendimiento de los hombres. Dios no permitió en su infinita sabiduría que dejaran de resonar de todo punto en la tierra aquellos grandes ecos de las tradiciones bíblicas; pero en medio del tumulto de los pueblos, precipitados los unos sobre los otros, y todos á los pies de los ídolos, esos ecos fueron alterándose y debilitándose hasta perder su magnífica resonancia y convertirse en sonidos vagos, intermitentes y confusos. Entonces fué cuando de la idea vaga de una culpa primitiva radicada en la sangre, sacaron los hombres la consecuencia de que era necesario ofrecer á Dios en sacrificio la sangre misma del hombre. El sacrificio dejó de ser simbólico para ser real; y como quiera que en la intencion divina no estaba dar eficacia y virtud sino al sacrificio del Redentor solamente, de aquí fué que los sacrificios humanos carecieron de virtud y de eficacia. Aun así y todo, aquellos sacrificios imperfectos é ineficaces contenian en sí virtualmente, por un lado el dogma del pecado original, el de su trasmision y el de la solidaridad, y por otro el de la reversibilidad y el de la sustitucion, aunque no acertaron á simbolizar ni la sustitucion verdadera, ni el verdadero sustituto.

Cuando los antiguos buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducian al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacara la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo. Acertaban en afirmar que la justicia divina debia ser aplacada, que no podia serlo sino por el derramamiento de sangre, que uno podia satisfacer la deuda de todos, que la víctima redentora habia de ser inocente. En todas estas cosas acertaban, como quiera que todas ellas no son otra cosa sino la afirmacion implícita de los grandes dogmas católicos. El error estuvo exclusivamente en creer que podia haber un hombre inocente y justificado, hasta tal punto y de tal ma-

nera que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo, en calidad de víctima redentora. Este solo error, este solo olvido de un dogma católico convirtió al mundo en un lago de sangre: á falta de otros, hubiera bastado por sí solo para impedir el advenimiento de toda civilizacion verdadera. La barbarie, y la barbarie feroz y sangrienta, es la consecuencia legítima, necesaria, del olvido de cualquier dogma cristiano.

El error que acabo de señalar, no lo era sino en un solo concepto y bajo cierto punto de vista: la sangre del hombre no puede ser expiatoria del pecado original, que es el pecado de la especie, el pecado humano por excelencia; puede ser y es, sin embargo, expiatoria de ciertos pecados individuales, de donde se sigue, no solo la legitimidad, sino tambien la necesidad y la conveniencia de la pena de muerte. La universalidad de su institucion atestigua la universalidad de la creencia del género humano en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierto modo, y en su virtud expiatoria cuando de ese modo se derrama. *Sine sanguine non fit remissio.* (Hebr. 9, 22.) Sin la sangre derramada por el Redentor, no se hubiera extinguido nunca aquella deuda comun que contrajo con Dios en Adan todo el género humano. En donde quiera que la pena de muerte ha sido abolida, la sociedad ha destilado sangre por todos sus poros. A su supresion en la Sajonia Real se siguió aquella grande y encarnizada batalla de mayo, que puso al Estado en trance de muerte, hasta el punto de verse en el caso de acudir para su remedio á una intervencion extranjera. El solo principio de su supresion, proclamado en Francfort en nombre de la patria comun, puso las cosas alemanas en mayor desórden y desconcierto que en ningun otro periodo de su turbulentísima historia. A su supresion por el gobierno provisional de la república francesa se siguieron aquellas tremendas jornadas de junio, que vivirán eternamente

con todo su horror en la memoria de los hombres; á aquellas hubieran seguido otras con pavorosa y rápida sucesion, si una víctima santa y acepta no se hubiera puesto entre las iras de Dios y los delitos de aquel gobierno culpable y de aquella ciudad pecadora. Hasta dónde pudo llegar la virtud de aquella sangre augusta é inocente, nadie lo sabrá decir y nadie lo sabe; empero, humanamente hablando, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la sangre volverá á correr en vena abundosa, por lo ménos hasta que la Francia entre otra vez bajo la jurisdiccion de aquella ley providencial que ningun pueblo desechó jamás impunemente.

No pondré término á este capítulo sin hacer aquí una reflexion que me parece de la mayor importancia: si tales efectos ha producido la supresion de la pena de muerte en los delitos políticos, ¿hasta dónde llegarian sus estragos si la supresion se extendiera á los delitos comunes? Ahora bien: si hay para mí una cosa evidente, es que la supresion de la una lleva consigo la supresion de la otra en un tiempo más ó ménos lejano (1), así como me parece cosa puesta fuera de toda duda que, suprimida la pena de muerte en ambos conceptos, procede la supresion de toda penalidad humana. Suprimir la pena mayor en los delitos que atacan la seguridad del Estado, y con ella la de los individuos que le componen, y conservarla en los delitos que se perpetran contra los particulares solamente, me parece una inconsecuencia monstruosa, que no puede resistir por largo tiempo á la evolucion

---

(1) Quien recuerde las discusiones de la Asamblea legislativa de la república francesa en 1848, verá cómo de hecho fué aplicada esta doctrina por algunos diputados que varias veces propusieron abolir la pena capital aun para los reos de asesinato y parricidio. Y si bien es verdad que el buen sentido de la mayoría se opuso á semejante absurdo, no es ménos evidente que este buen sentido no caminaba muy de acuerdo con el rigor lógico de las doctrinas admitidas entonces respecto á los delitos políticos. *

lógica y consecuente de los acontecimientos humanos. Por otra parte, suprimir como excesiva la pena de muerte en en unos y en otros, viene á ser lo mismo que suprimir todo género de penalidad para los delitos inferiores; como quiera que una vez aplicada á los primeros una pena que no sea la de muerte, cualquiera otra que se aplique á los segundos, ha de faltar á las reglas de la buena proporcion, y ha de ser combatida como opresiva é injusta.

Si la supresion de la pena de muerte en los delitos políticos se funda en la negacion del delito político, y si esta negacion se saca de la falibilidad del Estado en estas materias, es claro que todo sistema de penalidad viene al suelo; porque la falibilidad en las cosas políticas supone la falibilidad en todas las cosas morales, y la falibilidad en las unas y en las otras lleva consigo la incompetencia radical del Estado para calificar ninguna accion humana de delito. Ahora bien: como esa falibilidad es un hecho, síguese de ahí que en esta materia de la penalidad todos los gobiernos son incompetentes, porque todos son falibles.

Solo puede acusar de delito el que puede acusar de pecado, y solo puede imponer penas por el uno el que puede imponerlas por el otro. Los gobiernos no son competentes para imponer una pena al hombre sino en calidad de delegados de Dios, ni la ley humana tiene fuerza sino cuando es el comentario de la ley divina. La negacion de Dios y de su ley, por parte de los gobiernos, viene á ser la negacion de sí propios. Negar la ley divina y afirmar la humana, afirmar el delito y negar el pecado, negar á Dios y afirmar un gobierno cualquiera, es afirmar aquello mismo que se niega y negar aquello mismo que se afirma, es caer en una contradiccion palpable y evidente. Entónces sucede que comienza á soplar el cierzo de las revoluciones, el cual no tarda mucho en restaurar el imperio de la lógica, que preside á la evolucion de los sucesos, suprimiendo con una afirmacion abso-

luta é inexorable ó con una negacion absoluta y perentoria las contradicciones humanas.

El ateismo de la ley y del Estado, ó lo que en definitiva viene á ser lo mismo expresado de una manera diferente, la secularizacion completa del Estado y de la ley, es teoría que no se compone bien con la de la penalidad, viniendo la una del hombre en su estado de apartamiento de Dios, y la otra de Dios en su estado de union con el hombre.

No parece sino que los gobiernos conocen por medio de un instinto infalible que solo en nombre de Dios pueden ser justos y fuertes. Así sucede que cuando comienzan á secularizarse ó á apartarse de Dios, luego al punto aflojan en la penalidad, como si sintieran que se les disminuye su derecho. Las teorías laxas de los criminalistas modernos son contemporáneas de la decadencia religiosa, y su predominio en los códigos es contemporáneo de la secularizacion completa de las potestades políticas. Desde entónces acá el criminal se ha ido trasformando á nuestros ojos lentamente, hasta el punto de parecer á los hijos objeto de lástima el mismo que era asunto de horror para sus padres. El que ayer era llamado criminal, hoy pierde su nombre en el de escéntrico ó en el de loco. Los racionalistas modernos llaman al crímen desventura: dia vendrá en que el gobierno pase á los desventurados, y entonces no habrá otro crímen sino la inocencia. A las teorías sobre la penalidad de las monarquías absolutas en sus tiempos decadentes se siguieron las de las escuelas liberales, que trajeron las cosas al punto y trance en que hoy las vemos: tras las escuelas liberales vienen las socialistas con su teoría de las insurrecciones santas y de los delitos heróicos: ni serán estas las últimas, porque allá en los lejanos horizontes comienzan á despuntar nuevas y más sangrientas auroras. El nuevo evangelio del mundo se está escribiendo quizás en un presidio. El mundo no tendrá sino lo que merece cuando sea evangelizado por los nuevos apóstoles.

Los mismos que han hecho creer á las gentes que la tierra puede ser un paraiso, las han hecho creer más fácilmente que la tierra ha de ser un paraiso sin sangre. El mal no está en la ilusion; está en que cabalmente en el punto y hora en que la ilusion llegara á ser creida de todos, la sangre brotaria hasta de las rocas duras, y la tierra se trasformaría en infierno. En este oscuro y bajo suelo, el hombre no puede aspirar á una ventura imposible, sin ser tan desventurado que pierda la poca dicha que alcanza.

CAPITULO VII.

RECAPITULACION. — INEFICACIA DE TODAS LAS SOLUCIONES PROPUESTAS: NECESIDAD DE UNA SOLUCION MAS ALTA.

Hasta aquí hemos visto de qué manera la libertad del hombre y la del ángel, con la facultad de escoger entre el bien y el mal, que constituye su imperfeccion y su peligro, era una cosa no solo justificada, sino tambien conveniente. Vimos tambien cómo del ejercicio de esa libertad constituida salió el mal con el pecado, el cual alteró profundísimamente el órden puesto por Dios en todas las cosas, y la manera convenientísima de ser de todas las criaturas. Pasando más adelante, despues de habernos dado cuenta de los desórdenes de la creacion, nos propusimos demostrar y demostramos, á nuestro entender cumplidamente, que así como al ángel y al hombre, dotados del libre albedrío, les fué dada la tremenda potestad de sacar el mal del bien y de inficionar todas las cosas, el uno con su rebelion, el otro con su desobediencia, y ambos con su pecado, Dios, para hacer contraste á esta libertad perturbadora, se reservó la potestad de sacar el bien del mal y el órden del desórden, usando de ella larga y convenientemente, hasta el punto de

poner las cosas en un sér más concertado y perfecto que el que hubieran alcanzado sin los ángeles rebeldes y sin los hombres pecadores. No siendo posible evitar el mal sin suprimir la libertad angélica y la humana, que eran un gran bien, Dios en su infinita sabiduría hizo de modo que el mal, sin ser suprimido, fué trasformado hasta el punto de servir, en su mano omnipotente, de instrumento de mayores conveniencias y de más altas perfecciones.

Para demostrar lo que á nuestro propósito cumplia, observamos que el fin general de las cosas era manifestar todas á su manera las perfecciones altísimas de Dios, y ser como centellas de su hermosura y magníficos reflejos de su gloria. Consideradas bajo el punto de vista de este fin universal, no nos fué difícil demostrar que de la obediencia humana y de la rebelion angélica se siguieron bienes incomparables, y que así la una como la otra sirvieron para que las criaturas, que antes reflejaban solamente la divina bondad y la divina magnificencia, reflejaran tambien toda la sublimidad de su misericordia y toda la grandeza de su justicia. El órden no fué universal y absoluto sino cuando las criaturas tuvieron en sí todos estos espléndidos reflejos (1).

---

(1) El Sr. Gaduel cita este último párrafo, y después dice:

«Con que es decir que sin el pecado y sus terribles consecuencias, el órden no »hubiera sido universal y absoluto, ni las criaturas habrian reflejado con bastan»te esplendor las perfecciones divinas! Es así que Dios quiere el órden esencial»mente; es así que era conveniente, necesario quizás en concepto del Sr. Donoso, »que el órden fuese universal y absoluto, y que la creacion reflejase más perfec»tamente los atributos divinos; luego... la conclusion se adivina al instante.» (*Ami de la Religion*, núm. del 8 de Enero de 1853.)

El Sr. Donoso acaba de decir (al principio del capítulo) que en el orígen de todas las oosas Dios las habia establecido con un órden especial, y habia dado á cada una el modo de ser que le convenia en el más alto grado; que el órden no ha sido alterado más que por la culpa; que el pecado es obra del libre albedrío en el ángel y en el hombre; que siendo el libre albedrío un gran bien, Dios no ha querido que ni el ángel ni el hombre careciesen de él, pero que ha sabido repa-

De los problemas relativos al órden universal de las cosas, pasamos á los que se refieren al órden general de las cosas humanas: discurriendo por este anchísimo campo, vimos propagarse el mal en la humanidad con el pecado; allí vimos de qué manera la humanidad estuvo en Adan, y cómo la especie fué en el individuo pecadora. Así como el pe-

---

rar el desórden causado por el mal uso que de él hicieron „sirviéndose áun del mal mismo para establecer un órden más armónico y perfecto. Y despues de este resúmen de su doctrina en que establece netamente que el pecado no ha sido necesario, pues no designa como causa suya más que el libre albedrío, el Sr. Gaduel sale y le acusa de enseñar que el pecado ha sido necesario y necesariamente querido por Dios. ¿Y porqué? Por haber añadido el Sr. Donoso que del mal obrado por el hombre, saca Dios el bien; que del mismo desórden ha sabido sacar la infinita sabiduría un órden más *concertado y perfecto;* en otros términos, un órden que manifiesta más perfectamente las divinas perfecciones. ¿Pero podrá negar el Sr. Gaduel que esto sea así? ¿No dice él mismo con la Santa Iglesia, que la *reparacion de nuestra naturaleza ha sido más admirable que su creacion?* Y si esto no puede negarlo, forzoso le es confesar que el órden anterior al pecado no era el más perfecto, y que si era *universal y absoluto*, en el sentido en que todas las cosas estaban en órden, segun lo afirma explícitamente Donoso («*El pecado »alteró profundisimamente el órden puesto por Dios en todas las cosas, y la ma»nera convenientisima de ser de todas las criaturas,*») no era este sentido el único en que se podia interpretar el pasaje censurado, de tal manera que en él se niegue la posibilidad de un órden más perfecto, y que manifieste más completamente las perfecciones divinas.

Pero, dirá el Sr. Gaduel, no siendo posible este órden más perfecto sino por el pecado, al querer ese órden, síguese que Dios ha querido tambien el pecado. Si esta objecion valiese algo, valdria no solamente contra Donoso, sino contra la misma doctrina católica, segun la cual el órden posterior al pecado es más perfecto que el anterior á él; y de *hecho* ha sido menester el pecado para realizar este órden *tal como es*. Pero la objecion carece de toda fuerza: no pudiendo Dios querer ni hacer el mal, y no pudiendo el mal provenir sino de la libre voluntad de la criatura inteligente, síguese que la realizacion de un órden de cosas tan perfecto como se le quiera suponer, que tuviese por condicion *sine qua non* el pecado, sería necesariamente un hecho contingente por su naturaleza. Aun admitiendo que este órden fuera en sí el más perfecto de todos los órdenes posibles, Dios no lo podria querer con una voluntad primera y antecedente á la prevision del pecado, pues querer así aquel órden, sería querer su condicion, que es el pecado; y suponer semejante voluntad en Dios, es negar en él toda perfeccion y todo

cado, considerado en sí mismo, fué poderoso para turbar el órden del universo, lo fué tambien y con mayor razon para poner en desórden todas las cosas humanas. Para la inteligencia de lo que antes dijimos y de lo que diremos despues,

---

órden, lo cual es tanto como negarle á él mismo. Pero lo que Dios no puede querer con una voluntad necesaria que se dicte fatalmente á la criatura, lo puede querer con voluntad libre y por prevision de las determinaciones libres de la criatura. El órden más perfecto realizado por Dios despues del pecado, y que manifiesta más completamente los atributos divinos, no ha sido, pues, necesario, ni por parte del hombre, que ha pecado libremente, ni tampoco por parte de Dios, que ántes de la prevision del pecado no podia quererlo, y que despues del pecado seguia siendo dueño de disponer como le pluguiese de la criatura culpable. Pero si este órden no era necesario, era ciertamente *convenientísimo*, sin que sea forzoso tomar esta palabra, digámoslo de pasada, en su sentido vulgar, sino en el sentido propio que la usa la ciencia teológica, es decir, de una armonía de relaciones y proporciones que satisface plenamente á la inteligencia. Pues bien, Donoso no habla más que de *conveniencia*; y la única conclusion que se puede sacar legítimamente de su doctrina es que no era necesario, sino muy conveniente que Dios creara al ángel y al hombre con el libre albedrío que les dió, si bien preveia el mal uso que de él habian de hacer; que era *conveniente*, en una palabra, que Dios dejase al ángel y al hombre la libertad del mal, pues podia sacar del mal, obra del ángel y del hombre, un bien mayor y un órden más perfecto.

Para conocer cuán lejos está el Sr. Donoso del error que le imputa el Señor Gaduel, basta fijarse en un pasaje del capítulo VIII, donde dice que aunque el hombre no hubiera pecado, se habria cumplido de todos modos el órden establecido por Dios, como cosa por Dios querida con voluntad absoluta; pero queriendo tambien Dios dejar al hombre libre, quiso, no con voluntad absoluta, sino con voluntad relativa, el medio de cumplir su voluntad absoluta: en otros términos: el órden querido por Dios, que se realizó á pesar del pecado, se habria realizado tambien, aunque de otro modo, si no hubiese pecado el hombre. Hé aquí el texto de Donoso: «*La libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento »de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la rea»lizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto... Sin lo que habia en »su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de »relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, »por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de »contingente y necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberanía de Dios y »la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia*

conviene advertir aquí que, así como el fin universal de las cosas es manifestar las perfecciones divinas, el fin particular del hombre es conservar su union con Dios, lugar de su alegría y de su descanso: el pecado desordenó las cosas humanas, apartando al hombre de esa union, que constituye su

---

»*de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no* »*seria de cierta manera.*»

Así, pues, el Sr. Donoso dice formalmente que el pecado no fué un hecho *necesario*, sino *contingente* y todo él dependiente de la libre voluntad del hombre, y que el plan divino, el órden *universal* y *absoluto*, se habria cumplido áun cuando el hombre no hubiese pecado. El Sr. Gaduel deja que sus lectores ignoren todo esto, y les sugiere, con ayuda de un *puede ser*, que *segun las ideas del Señor Donoso*, el plan divino hacia *necesaria* la culpa y sus formidables consecuencias!

Con las palabras *órden universal* y *absoluto* no quiere el Sr. Donoso expresar un órden que se dicte fatalmente á Dios, y que Dios dicte despues fatalmente á las criaturas; todo el *Ensayo* protesta contra este grosero error, pues en todo él se proclaman la libertad de alberío en el hombre y la soberana libertad de Dios. Con aquellas palabras Donoso entiende un órden libremente querido por Dios en consecuencia de libres determinaciones de la criatura infaliblemente previstas, y dice que el órden querido de hecho por Dios, no es universal ni absoluto bajo estas condiciones, sino cuando es realizado plenamente por Dios segun su voluntad. Así, pues, habiendo creado libremente al hombre, y decretado libremente que su fin sería estar unido con Dios, el órden exige que esta union se logre, y no será universal y absoluto sino cuando este fin sea logrado plenamente. Pero como quiera que la realizacion de este fin dependa juntamente de la libertad del hombre y de la soberana voluntad de Dios, es indudable que la manera de realizarse será diferente, segun que el hombre peque ó no, y segun el medio libremente escogido por Dios para asegurar aquella realizacion en ambas hipótesis. Esto es lo que expone el Sr. Donoso en el pasaje del capítulo siguiente que acabamos de copiar, en aquel otro donde muestra que el medio libremente escogido por Dios para la deificacion del hombre despues del pecado, ha sido la redencion por la Encarnacion del Verbo, y por tanto que el órden no ha sido universal y absoluto, sino por virtud y obra de este inefable misterio. En el mismo citado pasaje, añade el Sr. Donoso, refutando á Proudhon, que la Encarnacion era *convenientísima*, pero no *necesaria*, previniendo así la acusacion del Sr. Gaduel, y advirtiéndole que el órden *universal* y *absoluto* no es tal sino porque Dios lo ha querido, y por ser el escogido por Dios para realizarlo; y por consiguiente, que esos vocablos no implican ningun género de fatalidad.

(Véase en el lib. II, cap. VII, las notas de las páginas 196, 198, 203 y 211.)

fin especial: y desde ese momento el problema, por lo que hace á la humanidad, consiste en averiguar de qué manera el mal puede ser vencido en sus efectos y en su causa: en sus efectos, es decir, en la corrupcion del indivíduo y de la especie con todas sus consecuencias; en su causa, es decir, en el pecado.

Dios, que es simplicísimo en sus obras porque es perfectísimo en su esencia, vence al mal en su causa y en sus efectos por la secreta virtud de una sola trasformacion; pero esta tan radical y portentosa, que por ella todo lo que era mal se muda en bien, y todo lo que era imperfeccion, en perfeccion soberana. Hasta aquí hemos venido exponiendo la manera y forma con que Dios trasforma en instrumentos del bien los efectos mismos del mal y del pecado. Procediendo todos ellos de una corrupcion primitiva del indivíduo y de la especie, no son otra cosa en la especie ni en el indivíduo, considerados en sí, sino una desgracia lamentable: quien dice desgracia, dice efecto necesario; y si la causa de donde el efecto se sigue es de aquellas que obran de una manera constante, quien dice desgracia, tanto quiere decir como desgracia, por su naturaleza, invencible. Imponiendo la desgracia como una pena, Dios hizo posible su trasformacion, por medio de su aceptacion voluntaria por parte del hombre. Cuando el hombre ayudado de Dios aceptó heróicamente como una pena justa su desgracia, su desgracia no cambió de naturaleza, considerada en sí misma, lo cual sería imposible de todo punto; pero adquirió una nueva y extraña virtud, la virtud expiatoria y purificante. Conservando siempre su invencible identidad, produce efectos que naturalmente no están en ella, siempre que se combina de una manera sobrenatural con la aceptacion voluntaria. Esta doctrina consoladora y sublime nos viene á un tiempo mismo de Dios, de la razon y de la historia, constituyendo una verdad racional, histórica y dogmática.

El dogma de la trasmision de la culpa y de la pena, y el de la accion purificante de la última siendo libremente aceptada, nos llevó como por la mano al exámen de las leyes orgánicas de la humanidad, por las cuales se explican cumplidamente todas sus evoluciones históricas y todos sus movimientos. El conjunto de esas leyes constituye el órden humano, y de tal manera le constituye, que no puede ser ni imaginado de otra manera.

Despues de haber expuesto las soluciones católicas sobre estos problemas altísimos y temerosos, de los cuales unos son relativos al órden universal y otros al órden humano, propusimos las soluciones inventadas por la escuela liberal y por los socialistas modernos, y demostramos, por una parte, las sublimes armonías y consonancias de los dogmas católicos, y por otra las extravagantes contradicciones de las escuelas racionalistas. La impotencia radical de la razon para hallar la solucion conveniente de estos problemas fundamentales, sirve para explicar la incoherencia y la contradiccion que se observan en las soluciones humanas; y esas contradicciones incoherentes sirven á su vez para demostrar la imposibilidad absoluta en que está el hombre abandonado á sí mismo, de remontarse con sus propias alas á aquellas encumbradas y serenas alturas en donde puso Dios las leyes secretísimas de todas las cosas. De este exámen, hasta cierto punto prolijo si se atiende á los estrechos límites de esta obra, resulta demostrado hasta la evidencia: lo primero, que toda negacion de un dogma católico lleva consigo la negacion de todos los otros dogmas; y al revés, que la afirmacion de uno solo lleva consigo la afirmacion de todos los dogmas catolicos; lo cual es una demostracion invencible de que el Catolicismo es una inmensa síntesis, puesta fuera de las leyes del espacio y del tiempo: lo segundo, que ninguna escuela racionalista niega todos los dogmas católicos á la vez; de donde se sigue que todas están condenadas á la in-

consecuencia y al absurdo: y lo tercero, que no es posible salir del absurdo y de la inconsecuencia sin aceptar todas las afirmaciones católicas con una aceptacion absoluta, ó negarlas todas con una negacion tan radical que vaya á parar al nihilismo.

Por último, despues de haber examinado cada uno de por sí aquellos dogmas que se refieren al órden universal y al órden humano, consideramos su armonioso y magnífico conjunto en la institucion de los sacrificios sangrientos, la cual trae su orígen de aquella primera edad que siguió inmediatamente á la gran catástrofe paradisíaca. Allí vimos que esa institucion misteriosa es, por un lado, la conmemoracion de aquella gran tragedia y de la promesa de un redentor, hecha por Dios á nuestros primeros padres; por otro, la encarnacion de los dogmas de la solidaridad, de la reversibilidad, de la imputacion y de la sustitucion; y por último, el símbolo perfectísimo del sacrificio futuro, tal como le habíamos de ver realizado en la plenitud de los tiempos. Puestas en olvido entre las gentes las tradiciones bíblicas, el mundo olvidó el significado propio de aquella institucion religiosa, que vino corrompiéndose por todas partes: por su corrupcion se explica la institucion universal de los sacrificios humanos, los cuales dan testimonio á la verdad de la tradicion, si bien se apartan de ella en aquellos puntos en que habia caido en olvido de las gentes. Con este motivo expusimos el grande error y la grande enseñanza que están juntos en esa institucion, que á primera vista parece inexplicable por lo que tiene de profundamente misteriosa. Su grande error está en atribuir al hombre la virtud expiatoria del que le habia de sustituir cuando se hubieran cumplido los tiempos, segun la voz de las antiguas profecías y de las antiguas tradiciones; su grande enseñanza está en atribuir á la sangre derramada en cierta forma la virtud de aplacar de cierto modo y hasta cierto punto la cólera divina. Por el encadenamiento y la

conexion de estas deducciones, fuimos á parar al exámen de la pena de muerte, universalmente instituida en toda la tierra como una profesion de fé de la virtud que está en la sangre, hecha en todos los tiempos por todo el género humano. Con este motivo, interrogamos á las escuelas racionalistas sobre esta materia escabrosa; y en este punto, como en todos los demás, sus respuestas y sus soluciones nos parecieron contradictorias y absurdas. Llevándolas de contradiccion en contradiccion, las pusimos en el caso de escoger entre la aceptacion de la pena de muerte para los delitos políticos como para los comunes, ó la negacion radical y absoluta á un tiempo mismo del delito y de la pena.

Llegados á este punto de la discusion, solo nos falta, para ponerla un término dichoso, acercarnos con santo terror y con muda y extática reverencia al misterio de los misterios, al sacrificio de los sacrificios, al dogma de los dogmas. Hasta aquí hemos visto, por una parte, las maravillas del órden divino, por otra la armonía del órden universal, y por último, la altísima conveniencia del órden humano: ahora nos cumple subir á cumbre más alta, á la que domina y señorea todas las cumbres católicas. Allí está asentado en toda su majestad, misericordiosa á un mismo tiempo y tremenda, terribilísima y mansísima, Aquel que habia de venir, y que vino, y que viniendo, lo trajo todo á sí, y lo unió en sí con fortísima y amorosísima lazada. Él es la solucion de todos los problemas, el asunto de todas las profecías, el figurado en todas las figuras, el fin de todos los dogmas, la confluencia del órden divino, del universal y del humano; la llave de todos los secretos, la luz de todos los enigmas, el prometido por Dios, el deseado de los patriarcas, el aguardado de las gentes, el padre de todos los afligidos, el reverenciado de los coros de las naciones y de los coros angélicos, *alfa* y *omega* de todas las cosas.

El órden universal está en que todo se ordene armonio-

samente para aquel fin supremo que impuso Dios á la universalidad de las cosas. El supremo fin de las cosas consiste en la manifestacion exterior de las divinas perfecciones. Todas las criaturas cantan la bondad y la magnificencia y la omnipotencia de Dios. Los justificados ensalzan su misericordia, los réprobos su justicia. ¿Cuál criatura, entre las criadas, celebra su amor de una manera tan especial como los réprobos su justicia y los justificados su misericordia? Y siendo esto así, ¿no se echa de ver claramente la altísima conveniencia de que en el universo, formado para manifestar las divinas perfecciones, se levantara una voz universal ensalzando el divino amor, ese último toque de las perfecciones divinas?

El órden humano está en la union del hombre con Dios: esa union no puede realizarse, en nuestra condicion actual y en nuestro actual apartamiento, sin un esfuerzo gigantesco para levantarnos hasta él. ¿Pero quién pide esfuerzo al que es débil, y quién manda levantarse y subir hasta la cumbre altísima de un monte al que está caido en el valle y lleva sobre sus hombros el peso de su pecado? Sé que la aceptacion heróica y voluntaria de mi dolor y de mi cruz me levantaria sobre mí mismo. ¿Pero cómo he de amar lo que naturalmente aborrezco, y cómo he de aborrecer lo que naturalmente amo, y esto voluntariamente? Me mandan amar á Dios, y siento discurrir por mis venas el amor corrosivo de mi carne. Me mandan andar, y estoy reducido á prisiones. Con mi pecado no puedo merecer, y no puedo apartarme del pecado, que me tiene asido si no me le quitan. Ninguno puede quitármele si no tiene hácia mí un infinito amor, anterior á todo merecimiento; y nadie me ama con ese amor infinito. Soy el ludibrio de Dios y la fábula del universo; en vano discurriré por todo el cerco de la tierra; que adonde quiera que vaya, irá conmigo mi desventura: y en vano pondré los ojos en ese cielo de metal, que jamás hirió mi frente con un rayo de esperanza.

Si todo esto es así, es claro que el edificio católico que venimos levantando laboriosamente, viene al suelo, falto de aquella espléndida cúpula que le habia de servir de remate y de áncora. Nueva torre de Babel, levantada por el orgullo y fabricada sobre arenas frágiles y movedizas, será juguete del temporal y escarnio de los vientos; el órden humano, el órden universal no son otra cosa sino palabras resonantes; y todos aquellos temerosos problemas que traen á la humanidad pensativa y contristada, quedan en pie y envueltos en su oscuridad invencible, á pesar del vano aparato de las soluciones católicas; mejor trabadas entre sí que las soluciones de las escuelas racionalistas, su trabazon no es tan perfecta, sin embargo, que pueda resistir al empuje de la razon humana. Si el Catolicismo no dice más, ni enseña más, ni contiene más que lo que va dicho, contenido y enseñado en aquellas soluciones, el Catolicismo no es más que un sistema filosófico, que siendo más acabado que los sistemas anteriores, segun todas las probabilidades será menos perfecto que los sistemas futuros. Aun hoy dia puede acusársele ya de impotencia notoria para resolver los grandes problemas que se refieren á Dios, al universo y al hombre; Dios no es perfecto, si no ama de una manera infinita; el órden no existe en el universo, si no hay en él nada que manifieste ese amor; y en cuanto al hombre, el desórden en que está puesto es tan invencible, que no puede salvarse no siendo amado infinitamente.

Y no se diga que Dios es infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, y que el amor va supuesto y como escondido en su infinita bondad y en su infinita misericordia; porque el amor es de por sí cosa tan principal, que cuando existe, á todas las otras las domina y señorea. El amor no es contenido, es continente; se declara, no se esconde: tal es su condicion, que no pueda estar en ninguna parte sin que parezca que está solo y que todo lo avasalla; él lleva de

suyo no ordenarse á ningun fin, y ordenar á sí todas las cosas. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece; y para ser infinito el amor, ha de parecer una infinita locura.

Hay una voz que está en mi corazon y que es mi mismo corazon, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conocer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él: y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar, y padecer desmayos de amor, y estar desmayado así perpétuamente. Nadie me llame á sí si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas si la voz que escucho es voz de amor, héme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adónde va, ni á qué parte me lleva; porque adonde quiera que me lleve y adonde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor, y nuestro amor él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quien amar de esta manera, y aun por eso me deshago y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir por otras regiones y para subir á otras alturas?

CAPITULO VIII.

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS Y DE LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

De dos problemas dijimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el órden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricacion primitiva, la cual le sirvió de ocasion para manifestar dos de sus más grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante sin embargo; convenia además, para que en las cosas de la creacion, y especialmente en las humanas, hubiera aquel órden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricacion fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquiera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pié, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene más á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á un mismo tiempo potentísima y clementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable con-

dicion, que pudieran transformarse en instrumento de su propia salvacion las consecuencias de su pecado. Borrar el pecado y fortificar al pecador hasta el punto que pudiera levantarse libre y meritoriamente estando caido: este es el gran problema que es necesario resolver, aun despues de resueltos todos los otros, si el Catolicismo ha de ser otra cosa que uno de los muchos sistemas laboriosamente imperfectos que vienen dando testimonio de la profunda y radical impotencia de la razon humana.

El Catolicismo resuelve estos dos grandes problemas por el más alto é inefable é incomprensible y glorioso de todos sus misterios: en ese altísimo misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia; y sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones, el cual manda con imperio, á un tiempo mismo, á su misericordia ser misericordiosa, á su justicia ser justa, á su bondad ser buena, á su sabiduría ser sabia, y á su omnipotencia ser omnipotente. Porque Dios no es ni ompotencia, ni sabiduría, ni bondad, ni justicia, ni misericordia: Dios es amor, y nada más que amor; pero ese amor es de suyo omnipotente, sapientísimo, buenísimo, justísimo y misericordiosísimo.

El amor fué el que mandó á su misericordia dar al hombre prevaricador y caido la esperanza, con aquella divina promesa de un futuro redentor, que vendria al mundo para tomar en sí y para vencer al pecado. El amor fué el que le prometió en el paraiso, el que le envió á la tierra, y el que vino: el amor fué el que tomó carne humana, y vivió vida de hombre mortal, y murió muerte de cruz, y resucitó despues en su carne y en su gloria. En el amor y por el amor somos salvados todos los que somos pecadores.

El gloriosísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de

Dios es el único título de nobleza que tiene el género humano. Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida mesura con que proceden en este negocio. Tomando al hombre despeñado ya por su culpa de aquel primitivo estado en que le puso Dios, de justicia original y de gracia santificante; examinado por dentro en su constitucion orgánica, imperfectísima y contradictoria; y cuando se consideran la ceguedad de su entendimiento, la flaqueza de su voluntad, los torpes arrebatos de su carne, el ardor de sus concupiscencias y la perversidad de sus inclinaciones, no acierto á concebir ni á explicar esa parsimonia de vilipendios y esa mesura en los desdenes. Si Dios no ha tomado la naturaleza humana; si tomándola en sí, no la ha levantado hasta sí; y si levantándola hasta sí, no ha dejado en ella un rastro luminoso de su nobleza divina, es fuerza confesar que para expresar la vileza humana faltan vocablos en los idiomas de las gentes. Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linaje humano, el reptil que piso con mis pies, seria á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun así y todo, el punto de fé que más abruma con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, y que quiero alcanzar y no alcanzo. En vano aparto los ojos llenos de espanto y de horror de los anales del crímen, para ponerlos en esferas más altas y en regiones más serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias; porque mi conciencia levanta su voz y me dice que todas esas heróicas virtudes se resuelven en vicios heróicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego ó en una ambicion in-

sensata (1). El género humano aparece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los piés de sus héroes, que son sus ídolos; y los héroes, como ídolos, que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele. Ninguno puede negar esa revelacion y afirmar su propia nobleza. ¿De dónde sabe que es noble, si Dios no se lo ha dicho? Una cosa excede mi razon y me confunde: que haya quien piense que se necesita una fé menos robusta para creer en el incomprensible misterio de la dignidad humana, que para creer en el misterio adorable de un Dios hecho hombre, por la virtud del Espíritu Santo, en las entrañas de una vírgen. Esto prueba que el hombre vive siempre sujeto á la fé; y que cuando parece que deja la fé por su propia razon, no hace más sino dejar la fé de lo que es divinamente miste-

---

(1) «No me pararé á demostrar, dice sobre estas palabras el Sr. Gaduel, »que la proposicion que llama *vicios* á las *virtudes naturales de los infieles*, »ha sido condenada por la Iglesia.» (*L'Ami de la Religion*, n.° 8 de Enero de 1853.)

La proposicion de Bayo á que acaba de referirse el Sr. Gaduel, es la siguiente: «*Omnia opera infidelium sunt peccata, et philosophorum virtutes sunt vitia.*» Esta proposicion es universal, y se aplica á todos los actos de los infieles, cualesquiera que sean, y se entiende, no solamente de las falsas virtudes de los filósofos, sino tambien de aquellas que son en sí mismas verdaderas virtudes, bastando la ausencia de la fé, para que segun Bayo, la virtud más verdadera sea un vicio; pero el Sr. Donoso no dice nada semejante; en primer lugar, no habla para nada, ni de *infieles* ni de *filósofos*, sino de «*los que el mundo llama héroes.*» No dice el *mundo pagano*, sino *el mundo*, y no hay duda que el Sr. Gaduel no ignora el sentido de esta expresion. En segundo lugar, no habla de todos los actos de los infieles, sino de aquellas acciones «*de que están llenas las historias,*» es decir, de las batallas, conquistas, etc., que no tienen gran relacion con las virtudes de los filósofos. En fin, no habla de verdaderas virtudes, sino de aquellas que el mundo tiene por tales y que él tiene como falsas, porque «*se resuelven en un orgullo ciego ó en una ambicion insensata.*» Su apreciacion se refiere únicamente á hechos particulares, y no sostiene ninguna conclusion dogmática; ¿qué relacion puede, pues, tener con la absurda herejía de Bayo?

rioso, por la fé de lo que es misteriosamente absurdo (1).

La encarnacion del Hijo de Dios fué convenientísima, no solamente en calidad de manifestacion soberana de su infinito amor, en el cual está la perfeccion, si puede decirse así, de las divinas perfecciones, sino tambien en virtud de otras profundas y altísimas consecuencias. El órden supremo de las cosas no puede concebirse, si las cosas todas no se resuelven en la unidad absoluta. Ahora bien, sin aquel prodigioso misterio, la creacion era doble y el universo un dualismo, símbolo de un antagonismo perpétuo, contradictorio del órden. De un lado estaba Dios, tésis universal; y de

---

(1) El Sr. Gaduel extracta algunos trozos de este pasaje, y despues exclama indignado: «¿No es indigno de un hombre, y sobre todo de un cristiano, lanzar »ese cartel de desprecio contra la humanidad entera? Y si apenas pudiera tole»rarse semejante lenguaje tratándose de los más odiosos malhechores ¿puede »consentirse que se le aplique á todo el género humano, teniéndole por tan vil y »despreciable que no lo es más el reptil que se huella con la planta?» (*Ami de la Religion*, n.° del 8 de Enero de 1853.)

El Sr. Gaduel continúa en este tono en una página entera, y bien podia haberse ahorrado tanta elocuencia si hubiese querido considerar que el Sr. Donoso no habla del hombre tal como es, sino tal como le presentan los racionalistas; da á conocer el desprecio que hacen del hombre, y dice que no lo extraña, pues comienzan por despojar al hombre de lo que constituye su grandeza; y que áun es de admirar cómo no pasan más adelante, despues de reducir al hombre á tan lamentable estado. Tal es el sentido de este pasaje, y cualquiera que sepa leer lo conocerá.

El Sr. Gaduel concluye así: «Digamos, en fin, que esta gran criatura, llamada »el hombre, hasta en el abismo en que habia caido con las llagas que se habia »abierto, pareció todavía tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el »mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á ménos poner sus divinos piés en »aquel abismo para levantarle, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para »curarlas con ella. La naturaleza humana, caida y todo, es al cabo nuestra propia »naturaleza; ese sér derribado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nos»otros mismos. Tengamos algun respeto á ese sér que ha movido al mismo Dios »á compasion, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado »tanto.»

El Sr. Gaduel olvida que en la hipótesis racionalista, Dios nada tiene que ver

otro las criaturas, su universal antítesis. El órden supremo exigia una síntesis tan poderosa y tan ancha, que bastara á conciliar por medio de la union la tésis y la antítesis del Criador y las criaturas. Que esta es una de las leyes fundamentales del órden universal, se ve claro cuando se considera que ese mismo misterio, que en Dios nos causa maravilla, sin admirarnos está patente en el hombre. El hombre, considerado bajo este punto de vista, no es otra cosa sino una síntesis, compuesta de una esencia incorpórea, que es la tésis, y de una antítesis, que es su sustancia corpórea. El mismo sér que, considerado como un compuesto de espíritu y de materia, es una síntesis, no es más que una antítesis que es necesario reducir á la unidad por medio de una síntesis superior, juntamente con la tésis que le contradice, cuando se le considera en calidad de criatura. La ley de la reduccion de

---

con el hombre; que no le tiene ni estima, ni lástima, y que nunca ha bajado á la tierra para curarle sus heridas. Pues bien, Donoso parte de esta hipótesis para deducir de ella el absurdo. ¿Qué sería del hombre si Dios no le hubiese querido rescatar, es decir, si le hubiera dejado en el mundo á merced del pecado y de todas las miserias y corrupciones que en esta hipótesis se habrian seguido, sin poner á su alcance ningun remedio, sin darle socorro alguno, en poder del demonio, y sin más esperanza que la muerte y el infierno? Cuanto á la doctrina del Señor Donoso sobre la naturaleza degradada, debia conocerla el Sr. Gaduel, pues se halla expuesta con mucha claridad en la misma obra que él ha examinado con tanta diligencia. Podemos recordarle en particular el capítulo cuarto del libro segundo, donde se sostiene que la naturaleza humana, es no sólo buena en sí misma, sino perfecta y excelente; que no afectando la culpa, ni pudiendo afectar á las esencias de las cosas, esta naturaleza sigue siendo perfecta y excelente, á pesar del pecado; y que no se puede sostener lo contrario sin caer en maniqueismo ó en un fatalismo que hace á Dios autor del mal. ¿Qué más puede pedir el Sr. Gaduel? Que vuelva á leer, al final del capítulo siguiente á este, el pasaje en que el Sr. Donoso dice que el *secreto de la naturaleza contradictoria del hombre* nos ha sido revelado en el misterio de la Encarnacion, y añade que este secreto consiste en que «*por un lado es altísima y excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza.*» ¿Cómo puede el Sr. Gaduel, despues de leer esto, acusar al Sr. Donoso de no ver nada bueno en la naturaleza humana?

la variedad en la unidad, ó lo que es lo mismo, de todas las tésis con sus antítesis en una síntesis suprema, es una ley visible é indeclinable. La dificultad aquí está solo en hallar esa suprema síntesis. Estando de un lado Dios, y de otro todas las cosas criadas, es una cosa evidente que aquí la síntesis conciliadora no puede buscarse fuera de estos términos, fuera de los cuales no hay nada que se pueda imaginar, siendo como son universales y absolutos. La síntesis, pues, habia de encontrarse en las criaturas ó en Dios, en la antítesis ó en la tésis, ó bien en una y en otra simultánea ó sucesivamente.

Si el hombre hubiera permanecido quieto en aquel estado excelente y en aquella condicion nobilísima en que fué puesto por Dios, la variedad hubiera ido á perderse en la unidad, y la antítesis creada se hubiera unido con la tésis creadora en una suprema síntesis por la deificacion del hombre. A esta deificacion futura fué dispuesto por Dios cuando le adornó con la justicia original y con la gracia santificante. El hombre, en uso de su libertad soberana, se despojó de aquella gracia y renunció á aquella justicia; y despojándose de la una y renunciando á la otra, puso impedimento á la divina voluntad, renunciando á su deificacion voluntariamente. Empero la libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la realizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto. La reduccion de la variedad en la unidad; eso era lo que habia de absoluto en la voluntad divina : la reduccion por medio exclusivo de la deificacion del hombre; eso es lo que habia en ella de relativo y contingente; lo cual quiere decir, que Dios quiso el fin con una voluntad absoluta, y el medio de alcanzar ese fin con una voluntad relativa; y en esto, como en todo, resplandece la sabiduría de Dios con un resplandor inefable. En efecto; sin lo que habia en su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de

relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de contingente y de necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberanía de Dios y la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no sería de cierta manera.

Entonces sucedió que el órden universal, querido por Dios con una voluntad absoluta, hubo de realizarse por la humanizacion inmediata de Dios, no pudiendo realizarse por la deificacion inmediata del hombre, la cual fué de todo punto imposible, primero, con una imposibilidad relativa á causa de su voluntad, y despues con una imposibilidad absoluta á causa de su pecado.

Ya en otra ocasion me propuse demostrar, y demostré cumplidamente, cuán grande es el alcance y la universalidad de las soluciones divinas, las cuales, al revés de lo que se observa en las humanas, no suprimen un obstáculo para ir á dar en otro mayor, ni resuelven una dificultad para caer en otra más grande, ni esclarecen un problema bajo un punto de vista para dejarle más oscuro que antes, mirándodole por otro lado; sino que, por el contrario, suprimen de una vez todos los obstáculos, resuelven á un tiempo mismo todas las dificultades, y esclarecen todos los problemas de un solo golpe, con un esclarecimiento simplicísimo. Y esto que se observa en todas las divinas soluciones, se observa más particularmente todavía en esta que tratamos relativa al misterio adorable de la Encarnacion del Hijo de Dios; porque al propio tiempo que fué el medio soberano de reducirlo todo á la unidad, condicion divina del órden en el universo, fué tambien un medio maravilloso de restaurar el órden en la humanidad caida. La imposibilidad radical en que quedó el hombre de volver por sí solo á la amistad y gracia de Dios, despues del pecado, está confesada por aquellos

mismos que niegan el Catolicismo en la mayor parte de sus dogmas. Mr. Proudhon, el hombre más docto de las escuelas socialistas, no vacila en afirmar que, supuesto el pecado, la redencion del hombre por los méritos y trabajos de Dios era de todo punto necesaria; como quiera que el hombre pecador no podia ser de otra manera redimido. Por lo que hace á los católicos, no vamos tan allá, afirmando solamente que esta manera de redencion, sin ser necesaria ni la única posible, es sin embargo adorable y convenientísima.

Por aquí se ve que Dios se dió traza para vencer con una misma industria, así el obstáculo que se oponia á la realizacion del órden universal, como el que impedia el órden humano. Haciéndose hombre sin dejar de ser Dios, unió sintéticamente á Dios y al hombre; y como en el hombre estaban ya sintéticamente unidas la esencia espiritual y la sustancia corpórea, resultó de aquí que Dios hecho hombre reunió en sí, por una altísima manera, por un lado las sustancias corpóreas y las esencias espirituales, y por otro, al Criador de todo con todas sus criaturas. Al propio tiempo, padeciendo y muriendo voluntariamente por el hombre, echó sobre sí, quitándoselo á él, aquel pecado primitivo por el cual padeció corrupcion y fué condenada á muerte en Adan toda su raza.

Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece, al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenacion en Adan, nada más razonable y conveniente sino que todo él se salvara en otro Adan más perfecto: habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad, que fué ley de justicia, nada más razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad, que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los

méritos de un sustituto. Nada más ajustado á la ley de razon sino que, siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuimos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque aun suponiendo por vía de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra, que la completa y explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad; porque es insigne mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso calificada locura.

Restablecido el órden en el universo por la union de todas las cosas en Dios, y el órden en la humanidad en cuanto estaba impedido por el pecado, solo falta para restablecer el segundo completamente, por una parte poner al hombre en estado de levantarse sobre sí mismo hasta el punto de aceptar las tribulaciones con una aceptacion voluntaria, y por otra dar á esa aceptacion una virtud meritoria. A ambas cosas ocurrió Dios con este divino misterio, en sus consecuencias fecundísimo, y en sí mismo admirable. La sangre preciosísima derramada en el Calvario, no solo borró nuestra culpa y satisfizo nuestra pena, sino que por su inestimable valor nos puso, siéndonos aplicada, en estado de merecer galardones; por ella se nos dieron dos gracias juntamente: la que consiste en aceptar la tribulacion, y aquella en virtud de la cual la aceptacion, alegremente aceptada en el Señor y por el Señor, adquiere una virtud meritoria. En esto consiste la suma de la Religion católica: en creer con firmísima fé que naturalmente nada podemos, y que lo podemos todo en aquel y por aquel que nos fortifica. Todos los otros dog-

mas sin este son puras abstracciones, desnudas de toda virtud y eficacia. El Dios católico no es un Dios abstracto, ni un Dios muerto; es un Dios vivo y personal, que obra perpétuamente fuera de nosotros y en nosotros: que al mismo tiempo que está en nosotros contenido, nos circunda y nos contiene. El misterio que nos mereció la gracia, sin la cual andamos como perdidos y en tinieblas, es el misterio por excelencia; todos los otros son adorables, encumbrados y altísimos; este solo es el encumbrado, porque sobre él no hay ninguna cumbre; el altísimo, porque sobre él no hay ninguna altura; y porque sobre él no hay nada digno de adoracion, el adorable.

El dia eternamente alegre y eternamente lloroso en que el Hijo de Dios hecho hombre fué puesto en una cruz, todas las cosas á la vez entraron en órden, y en ese órden divino la cruz se levantó sobre todas las cosas criadas. De ellas, unas manifestaban la bondad de Dios, otras su misericordia, otras su justicia. Solo la cruz fué el símbolo de su amor y la prenda de su gracia. Por ella confesaron los confesores, y fueron castas las vírgenes, y vivieron vida angélica los padres del yermo, y fueron los mártires testigos firmes que pusieron sus vidas al cuchillo con varonil y constantísimo semblante. Del sacrificio de la cruz procedieron aquellas portentosas energías con que los flacos asombraron á los fuertes, con que los proscriptos y desarmados subieron al Capitolio, con que unos pobres pescadores vencieron al mundo. Por la cruz alcanzan victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la piden, y amparo todos los desamparados, y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran. Desde que se levantó la cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aún vive aquí por la tribulacion, está ya allí por la esperanza.

CAPITULO IX.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Este es aquel único sacrificio de inestimable valor, á que se refieren como á su fin todos los otros de que hacen mérito las historias y las fábulas de todas las gentes. Este es aquel que querian significar, así el pueblo judío como los pueblos gentiles en sus sangrientos holocaustos, y que figuró Abel de una manera cumplida y aceptable cuando ofreció á Dios los primogénitos y más limpios entre todos sus corderos. El verdadero altar habia de ser una cruz, y la verdadera víctima un Dios, y el verdadero sacerdote ese mismo Dios, á un mismo tiempo Dios y hombre, pontífice augusto, sacerdote perpétuo, víctima perpétua y santa, el cual vino á cumplir en la plenitud de los tiempos lo que prometió á Adan en los tiempos paradisíacos, fiel cumplidor de su promesa y guardador de su palabra; porque así como no amenaza en vano, no promete tampoco vanamente. Amenazó al hombre libre con el desheredamiento, y desheredó al hombre libre y culpable; le prometió luego un Redentor, y vino él mismo á redimirle.

Con su presencia se esclarecen todos los misterios, se

explican todos los dogmas y se cumplen todas las leyes. Para que se cumpla la de la solidaridad, toma en sí todos los dolores humanos; para que la de la reversibilidad se cumpla, derrama por el mundo en copioso raudal todas las gracias divinas, alcanzadas con su pasion y con su muerte: Dios en él se hace hombre de una manera tan perfecta, que sobre él vienen impetuosas todas las iras de Dios; y el hombre se hace en él tan perfecto y tan divino, que en él caen sobre el hombre todas las divinas misericordias, como en lluvia delgada y apacible. Para que el dolor fuera santísimo, padeciendo santificó el dolor; y para que su aceptacion fuera meritoria, le aceptó con una aceptacion voluntaria. ¿Quién seria fuerte para ofrecer á Dios su voluntad en holocausto, si él no hubiera hecho entera dejacion de la suya para hacer la de su santísimo Padre? ¿Quién hubiera podido subir hasta la cumbre de la humildad, si el pacientísimo y humildísimo Cordero no hubiera subido antes por secretos caminos á esa aspérrima cumbre? ¿Y quién, remontando aun más su vuelo, hubiera podido encumbrar montes bravos sobre montes bravos, hasta llegar al altísimo del divino amor, si él no los hubiera encumbrado todos uno por uno, dejando enrojecidas sus laderas con la púrpura de su sangre, y dando á sus zarzas en despojos sus blanquísimos y purísimos bellones, afrenta de la nieve? ¿Quién sino él hubiera podido enseñar á los hombres, que al otro lado de esas abruptas y gigantescas montañas, con sus cumbres al cielo y sus valles al abismo, caen praderas alegres y tendidas, donde son benignos los aires, puros los cielos, mansas y limpias las aguas, suavísimos todos los rumores, verdes todos los campos, inefables todas las armonías, perpétuas todas las frescuras; donde la vida es verdadera vida que nunca acaba, y el placer verdadero placer que nunca cesa, y el amor verdadero amor que nunca se estingue; donde hay perpétuo descanso sin ocio, reposo perpétuo sin fatiga, y donde se confunden por

una altísima manera lo que tiene de dulce la posesion y lo que hay de bello en la esperanza?

El Hijo de Dios, hecho hombre y puesto por el hombre en una cruz, es á un mismo tiempo la realizacion de todas las cosas perfectas, representadas en todos los símbolos, y figuradas en todas las figuras, y la figura y el símbolo universal de todas las perfecciones. El Hijo de Dios hecho hombre, así como es Dios y hombre á un tiempo mismo, es la idealidad y la realidad juntas en uno. La razon natural nos dice, y la experiencia diaria nos enseña que el hombre no puede llegar en ningun arte ni en ninguna cosa á aquella perfeccion relativa á que le es dado subir, si no tiene delante de los ojos un modelo acabado de una perfeccion más alta. Para que el pueblo de Atenas adquiriera aquel instinto admirable para descubrir con una mirada simplicísima lo que en las obras del ingenio habia de literariamente bello ó de artísticamente sublime, y lo que habia de bellamente heróico en las acciones humanas, fué de todo punto necesario que tuviera siempre delante de sus ojos las estátuas de sus prodigiosos artistas, los versos de sus sublimes poetas, y las acciones heróicas de sus grandes capitanes. El pueblo de Atenas, tal como fué, supone necesariamente sus artistas, sus poetas y sus capitanes, tales como habian sido; y estos á su vez no llegaron á tan atrevidas alturas sin poner los ojos en alturas más eminentes. Todos los capitanes griegos alcanzaron á donde alcanzaron, porque pusieron los ojos en Aquiles, puesto en la cumbre altísima de la gloria. Todos aquellos grandes artistas y aquellos eminentísimos poetas no fueron grandes y eminentes, sino porque tenian puestos los ojos en la *Iliada* y en la *Odisea*, tipos inmortales de la belleza artística y literaria. Los unos y los otros no hubieran existido jamás sin poner la vista en Homero, magnífica personificacion de la Grecia artística, literaria y heróica.

Esta ley en virtud de la cual todo lo que hay en las mu-

chedumbres está de una manera más perfecta en una aristocracia, y de una manera incomparablemente más perfecta y más alta en una persona, es tan universal, que puede ser considerada en razon como ley de la historía. Esta ley está sujeta á su vez á ciertas condiciones indeclinables como ella misma, y necesarias. Así, por ejemplo, es condicion indeclinable de todas esas personificaciones heróicas que pertenezcan á un tiempo mismo á la asociacion especial que personifican, y á otra general y superior á la que en ellas viene personificada. Aquiles, Alejandro, César, Napoleon, así como Homero, Virgilio y Dante, son todos á un tiempo mismo ciudadanos de dos ciudades diferentes, de las cuales una es local y otra general, una es inferior y otra superior: en la superior viven juntos con cierta manera de igualdad, en la inferior domina cada uno de ellos con un imperio absoluto; en la superior son ciudadanos, en la inferior emperadores. Esa ciudad superior, en la que todos tienen un derecho igual de ciudadanía, se llama la humanidad; y la inferior en que imperan, se llama aquí Paris, allí Atenas, y allá Roma.

Ahora bien, así como los pueblos, esas ciudades inferiores, se condensan en una persona en la cual están como de relieve y de una manera especial sus perfecciones y virtudes, de la misma manera fué cosa convenientísima que esa ley universal de la personificacion típica se cumpliera con respecto á aquella ciudad superior que lleva por nombre el género humano. Las excelencias de esta ciudad, excelente sobre todas, llevaban consigo la conveniencia de una personificacion superior á las demás personificaciones, así como ella misma era superior á todas las otras ciudades, y debia ser por lo tanto altísima, excelentísima y perfectísima. Ni bastaba esto solo; porque para que se cumpliera la ley en todos sus puntos, era conveniente que la persona en quien se condensara la humanidad, reuniera en su unidad personal dos naturalezas diferentes: por la una habia de ser hombre, y

por la otra habia de ser Dios; porque Dios solo es superior al hombre. Y no se diga que para el cumplimiento de esta ley hubiera bastado la encarnacion de un ángel; como quiera que considerado el hombre como compuesto de un alma espiritual y de una sustancia corpórea, participa á un tiempo mismo de la naturaleza física y de la angélica, siendo como la confluencia de todas las cosas creadas. Esto supuesto, es evidente que la persona que habia de condensar así la naturaleza humana, habia de condensar en sí toda la creacion: de donde se sigue que siendo, en cuanto hombre, todo lo creado, habia de ser Dios para ser al mismo tiempo otra cosa. Por último, para que la ley que venimos exponiendo se cumpliera del todo, era menester que la misma persona que en la ciudad inferior dominaba con imperio, fuera como ciudadano y nada más en la ciudad más perfecta; por eso el Dios hecho hombre es único en el imperio de todas las cosas creadas, mientras que en el tabernáculo habitado por la divina esencia es la persona del Hijo, en todo igual á la persona del Padre y á la del Espíritu Santo.

Grande seria el error de los que creyeran que tengo por invencible esta argumentacion y por perfectas estas analogías. Suponer que el hombre puede ver claro en estos hondos misterios, es insigne ceguedad; y el solo propósito de apartar los velos divinos que los cubren, me parece necia arrogancia, desatino y locura. No hay rayo de luz tan poderoso que baste á iluminar lo que Dios escondió en el impenetrable tabernáculo que está defendido por las divinas tinieblas. Mi propósito aquí es solamente demostrar, con una demostracion vigorosa, que lejos de ser increible lo que Dios nos manda creer, es no solo creible, sino tambien razonable. Yo creo que la demostracion puede llevarse hasta los límites de la evidencia, siempre que se reduzca á poner en claro esta verdad: que todo el que deja la fé, va á parar al absurdo; y que las tinieblas divinas son ménos oscuras que las

tinieblas humanas. No hay dogma ni misterio católico que no reuna en sí estas dos condiciones necesarias para que sea razonable una creencia, conviene á saber: la primera, explicarlo todo satisfactoriamente siendo aceptados; la segunda, ser ellos mismos explicables y comprensibles hasta cierto punto. No hay hombre ninguno de sana razon y de recta voluntad que no se dé á sí mismo el testimonio, por una parte, de su impotencia radical para llegar por sí hasta el descubrimiento de las verdades reveladas, y por otra, de su maravillosa aptitud para explicar todas esas verdades de una manera relativamente satisfactoria. Esto serviria para demostrar que la razon no ha sido dada al hombre para descubrir la verdad, sino para explicársela á sí mismo cuando se la muestran, y para verla cuando se la ponen delante. Tan grande es su miseria, y su indigencia intelectual tan lamentable, que hoy dia es y no está cierto todavía de la primera cosa que hubiera debido averiguar, si en el plan divino hubiera entrado que pudiera averiguar por sí alguna cosa. Dígaseme, sino, si hay algun hombre que haya llegado á averiguar con certeza qué cosa es su razon, para qué la tiene, de qué le sirve, y hasta dónde alcanza; y como veo, por una parte, que esta es la letra A de este alfabeto, y por otra, que van ya corriendo seis mil años desde que comenzó á balbucirla, sin que haya acertado á pronunciarla, me creo autorizado para afirmar que ese alfabeto no ha sido hecho para ser deletreado por el hombre, ni el hombre para deletrear en ese alfabeto.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que era cosa excelentísima y convenientísima que la humanidad entera tuviera delante un modelo universal de universal é infinita perfeccion, así como las varias asociaciones políticas han tenido siempre uno, de donde han sacado, como de su fuente, aquellas dotes y excelencias especiales en que se han aventajado á las demás en los períodos gloriosos de su histo-

ria. A falta de otras razones, esta bastaria por sí sola para explicar el gran misterio que tratamos, como quiera que solo Dios podia servir de acabado ejemplar y de modelo perfectísimo á todas las gentes y naciones. Su presencia entre los hombres, su doctrina maravillosa, su vida santísima, sus tribulaciones sin cuento, su pasion llena de ignominia y oprobios, y su cruelísima muerte, que todo lo acaba y lo corona, son las únicas cosas que pueden explicar la altura prodigiosa á que subió el nivel de las virtudes humanas. En las sociedades que caen al otro lado de la cruz hubo héroes, en la gran sociedad católica ha habido santos; y los héroes paganos son á los santos del Catolicismo, guardada la debida proporcion y con las reservas convenientes, lo que las varias personificaciones de los pueblos á la personificacion absoluta de la humanidad en la persona de un Dios hecho hombre por el amor de los hombres. Entre esas varias personificaciones y esta personificacion absoluta hay una distancia infinita, entre los héroes y los santos una distancia inconmensurable; ninguna cosa más natural sino que, siendo infinita la primera, fuera inconmensurable la segunda.

Eran los héroes hombres que con la ayuda de una pasion carnal, elevada hasta su última potencia, obraban cosas extraordinarias. Los santos son hombres que, habiendo dado de mano á todas las pasiones carnales, ponen el constantísimo pecho, exentos de toda ayuda carnal, á la impetuosa corriente de todos los dolores. Los héroes, poniendo en una exaltacion febril todas sus fuerzas propias, acometian con ellas á los que les hacian oposicion y contraste. Los santos comenzaron siempre por hacer dejacion de sus propias fuerzas; y estando así desamparados y desnudos, entraron en batalla á un mismo tiempo consigo mismos y con todas las potencias humanas é infernales. Proponíanse los héroes alcanzar gloria y muy alta, claro renombre entre las gentes. Miraron los santos como cosa de ménos valer el vano decir de

las generaciones humanas, pusieron en olvido el cuidado de su nombre y de su gloria, y dejada á un lado como cosa vil su propia voluntad, lo pusieron todo y se pusieron á sí mismos en manos de Dios, teniendo por cosa gloriosísima y excelentísima tomar la librea de siervos suyos. Eso fueron los héroes, y eso fueron los santos: á unos y otros les salió al revés de lo que pensaban: porque los héroes que pensaron henchir la tierra, cuan grande es, con la gloria de su nombre, han caido en profundísimo olvido entre las muchedumbres; mientras que los santos, que solo ponian los ojos en el cielo, son honrados y reverenciados aquí abajo por pueblos, emperadores, pontífices y reyes. ¡Cuán grande es Dios en sus obras, y cuán maravilloso en sus designios! Piensa el hombre que él es el que va, y es Dios el que le lleva. Piensa que va á dar á un valle, y sin saber cómo, se encuentra en un monte. Este piensa que gana la gloria, y cae en el olvido; aquel busca en el olvido refugio y descanso, y se halla de súbito como ensordecido con el clamor de las gentes que cantan su gloria. Todo lo sacrificaron los unos á su nombre, y nadie se llama como ellos: su nombre acabó con ellos mismos. Sus nombres fueron la primera cosa que pusieron los otros como ofrenda en el altar de su sacrificio, y esto hasta el punto de borrarlos de su propia memoria: pues bien, esos nombres que ellos olvidaron y escarnecieron, van pasando de padres á hijos, y de generacion en generacion, como una gloriosísima reliquia y una riquísima herencia. No hay católico ninguno que no se llame como un santo. Así se cumple todos los dias aquella divina palabra que anunció la humillacion de los soberbios y la exaltacion de los humildes.

Así como entre Dios hecho hombre y los reyes de la humana inteligencia hay una distancia infinita, y entre los héroes y los santos una distancia inconmensurable, entre las muchedumbres católicas y las gentiles, y entre los que capitanean y guian á las unas y á las otras, hay una inmensa

distancia; como quiera que todas las copias se ordenan á sus modelos. La divinidad con su presencia produce la santidad; la santidad de los más eminentes es á su vez causa, por un lado, de la virtud de los medianos, y por otro, del buen sentido de los menores. Por eso se observa que no hay pueblo ninguno que no tenga buen sentido siendo católico, ni gentil que tenga lo que se llama el buen sentido, es decir, aquella sana razon que ve cada cosa como es en sí y en su propio lugar, con una simple mirada. Lo cual no causará maravilla al que considere que, siendo el Catolicismo el órden absoluto, la verdad infinita y la perfeccion suma, solo en él y por él se ven las cosas en sus esencias íntimas, y en el lugar que ocupan, y en la importancia que tienen, y en la maravillosa ordenacion en que vienen ordenadas. Sin el Catolicismo no hay buen sentido en los menores, ni virtud en los medianos, ni santidad en los eminentes; porque el buen sentido, la virtud y la santidad en la tierra suponen un Dios hecho hombre, ocupado en enseñar la santidad á las almas heróicas, la virtud á las firmes, y en enderezar la razon de las descaminadas muchedumbres envueltas en tinieblas y sombras de muerte.

Ese maestro divino es aquel ordenador universal que sirve de centro á todas las cosas: por esta razon, por cualquier lado que se le mire, y por cualquier aspecto que se le considere, se le ve siempre en el centro. Considerado como Dios y como hombre á un tiempo mismo, es aquel punto céntrico en que se juntan en uno la esencia criadora y las sustancias creadas. Considerado solamente como Dios, hijo de Dios, es la segunda persona, es decir, el centro de las tres personas divinas. Considerado solamente como hombre, es aquel punto central en que se condensa con misteriosa condensacion la naturaleza humana. Considerado como Redentor, es aquella persona central sobre la cual vienen á un tiempo mismo todas las divinas gracias y todos los divinos

rigores. La Redencion es la gran síntesis en la que se concilian y se juntan la divina justicia y la divina misericordia. Considerado á un tiempo mismo como Señor de cielos y tierra, y como nacido en un pesebre, y viviendo vida desnuda, y padeciendo muerte de cruz, es aquel punto central en que se juntan para conciliarse en una síntesis superior todas las tésis y todas las antítesis, en su perpétua contradiccion y en su variedad infinita. Él es el indigentísimo y el opulentísimo, el siervo y el rey, el esclavo y el señor; está desnudo y vestido con vestiduras resplandecientes, obedece á los hombres y manda á los astros; no tiene pan para aplacar su hambre, ni agua para templar su sed, y manda á las rocas que revienten y á los panes que se multipliquen, para que viva el pueblo y para que tengan hartura las muchedumbres. Los hombres le afrentan y los serafines le adoran; en un mismo instante, obedientísimo y potentísimo, muere porque le mandan morir, y manda al velo del templo que se rompa, á los sepulcros que se abran, á los muertos que resuciten, al Buen Ladron que le siga, á la naturaleza toda que pierda el sentido, y al sol que encoja sus rayos. Viene en medio de los tiempos, anda en medio de sus discípulos, nace en el punto central de dos grandes mares y de tres inmensos continentes. Es ciudadano de una nacion que guarda el justo medio entre las del todo independientes y las del todo sujetas; se llama á sí propio el camino, y todo camino es centro; se llama la verdad, y la verdad ocupa el medio de las cosas; es la vida, y la vida, que es lo presente, es el medio entre lo pasado y lo futuro; pasa la vida entre los aplausos y los vituperios, y muere entre dos ladrones.

Y por eso fué á un tiempo mismo escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Los unos y los otros tenian naturalmente una idea de la tésis divina y de la antítesis humana; pensaban empero, y en esto, humanamente hablando, no iban fuera de camino, que esa tésis y esa antítesis eran

inconciliables y de todo punto contradictorias: el entendimiento humano no podia levantarse hasta su conciliacion por medio de una síntesis suprema. El mundo hàbia visto siempre ricos y pobres; pero no podia concebir como posible la union en una persona, de la indigencia mayor y de la opulencia suma. Pero eso mismo que parece absurdo á la razon, parece á esa misma razon convenientísimo cuando la persona en que esas cosas se juntan es una persona divina, la cual, ó no habia de ser ni habia de venir, ó habia de ser y habia de venir de esa manera. Su venida fué la señal de la conciliacion universal de todas las cosas, y de la paz universal entre todos los hombres: los pobres y los ricos, los humildes y los potentes, los venturosos y los atribulados, todos fueron unos en él, y solo en él fueron unos; porque solo él era á un mismo tiempo opulentísimo é indigentísimo, potentísimo y humildísimo, venturosísimo y atribuladísimo. Esta es aquella fraternidad pacífica que él enseñó á los que abrieron sus entendimientos y sus oidos á su divina palabra. Esta es aquella fraternidad evangélica que vienen predicando unos despues de otros, con perpétua é incansable predicacion, todos los doctores católicos. Negad á nuestro Señor Jesucristo, y luego al punto comienzan los bandos y las parcialidades, y los grandos tumultos, y las soberbias rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pendones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de ventura, las aristocracias contra los reyes, las muchedumbres contra las aristocracias; y unas con otras, como dos inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, las alteradas y bárbaras muchedumbres.

La verdadera humanidad no está en ningun hombre: estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su naturaleza contradictoria; porque por un lado es altísima y

excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza. Por un lado es tan excelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué desde el principio y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los patriarcas en silencio, denunciada á voces por los profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una vírgen, y el Espíritu Santo la formó por su propia virtud en sus virginales entrañas; y Dios entró en ella y la unió á sí perpétuamente; y unida perpétuamente á Dios aquella humanidad sacratísima, fué celebrada en su nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los reyes; y cuando Dios junto con esta humanidad quiso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vió venir sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decia:—Este es mi Hijo muy amado en quien me agradé siempre;—y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró, sanando á los dolientes, consolando á los afligidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondidas y anunciando las venideras, que causó espanto y puso en admiracion á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios; porque aquella humanidad fué vista de todos, hoy muerta y tres dias despues gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo calladamente los aires, se la vió subir á lo alto como á una divina aurora.

Y esta misma humanidad, por un lado gloriosísima, era, por otro, ejemplar de toda bajeza, como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la sustitucion la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles; por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los

cielos su alegría; por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas; por eso anda, como si fuera pecador, entre los pecadores, siendo el santo de los santos: aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, más allá discurre con el avaro. A Judas da un ósculo de paz, y á un ladron le ofrece su paraiso; y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se cuajan en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padeceres, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto baña el sol, y en cuanto se dilata la tierra, no hubo hombre ninguno puesto en tan grande orfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discípulos uno le vende, otro le niega, y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron sangre; su rostro fué luego herido con bofetadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio, y su frente coronada con una punzante corona; cargó con su propia cruz, y se derribó en el suelo muchas veces, y subió la ladera del Gólgota seguido de delirantes muchedumbres que iban llenando los aires de vociferaciones siniestras. Cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de él, y los ángeles que le servian por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados: hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas meneando la cabeza le decian: Si eres el Hijo de Dios, desciende de esa cruz.

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Cómo no habian de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo

y locura? Y sin embargo, aquel hombre, puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asalto con el esfuerzo de unos pobres pescadores, como él desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por él mudaron los hombres sus vidas, por él dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su cruz, y salieron de las ciudades, y poblaron los desiertos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á sus carnes castigos atroces, trayéndola siempre sujeta: y á más de esto creyeron con firmísima fé, poco despues de su muerte, cosas estupendas é increibles; porque creyeron que aquel que habia sido crucificado, era hijo único de Dios, y Dios; que habia sido concebido en el seno de una vírgen por obra del Espíritu Santo; que era señor de cielos y tierra el mismo que habia nacido en un pesebre, y habia sido envuelto en humildísimos pañales; que muerto ya, bajó al infierno y se llevó consigo las almas limpias y puras de los antiguos patriarcas; que tomó despues su propio cuerpo, y le sacó glorioso del sepulcro, y se le llevó por los aires, trasfigurado ya y resplandeciente; que la mujer que le habia llevado en sus entrañas era, al mismo tiempo que madre amorosa, inmaculada vírgen que fué arrebatada por los ángeles al cielo, que fué aclamada allí, por las falanges angélicas y por edicto soberano, reina de la creacion, madre de los desamparados, intercesora de los justos, abogada de los pecadores, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo; que todas las cosas visibles son de ménos valer y dignas solo de menosprecio al lado de las secretas é invisibles; que no hay otro bien sino el que está en padecer trabajos, y en aceptar dolores, y en arrostrar angustias, y en vivir en perpétua tribulacion y congoja, ni otro mal sino el placer y el pecado; que el agua del bautismo purifica, que la confesion de la culpa levanta, que el pan y el vino se

convierten en Dios, que Dios está en nosotros, y fuera de nosotros en todas partes; que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, que ninguno nace sin su ordenacion, y que no cae ninguno sin su permiso ó sin su mandato; que si el hombre piensa su pensamiento, él es el que se le pone delante; que si su voluntad se inclina, él es el que la mueve; que él es el que le fortifica cuando se esfuerza, y que tropieza y cae si llega á faltarle su ayuda; que los muertos resucitan y vienen á juicio; que hay cielo y hay infierno, penas eternas y gloria perdurable; que todo esto habia de ser creido por el mundo, contra el poder todo del mundo; y que esta maravillosa doctrina se habia de abrir paso invencible contra la voluntad y á pesar del gran poderío de príncipes, reyes y emperadores; que por ella habian de dar su sangre y padecer tormentos falanjes infinitas de confesores ilustres, de doctores insignes, de vírgenes delicadas y púdicas, y de mártires gloriosos; que la locura del Calvario habia de ser tan contagiosa, que habia de enloquecer á las gentes en cuanto mira el sol, y en cuanto alcanza todo el orbe de la tierra.

Todas estas cosas increibles fueron creidas por los hombres, cuando tuvo fin aquella gran tragedia de las tres horas que se representó en el Gólgota, con miedo del sol y con temblor de la tierra en todos sus miembros. Así tuvo cumplido efecto aquella palabra que pronunció Dios por Osea, diciendo: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* (C. 11, vers. 4.) Los hombres han caido en esa celada del amor, que les tendió el Hijo del Dios vivo, blanda y amorosamente. El hombre es de tal condicion, que se rebela contra la omnipotencia, se alza contra la justicia, y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo, y como penetrado en amor hasta en la medula de sus huesos, si por ventura oye la voz dolorida y lastimera de aquel que muere por él, y que muriendo le ama. *¿Por qué me persigues?* Esta es

aquella voz, temerosa á un tiempo mismo y amante, que suena de contínuo en los oidos de los pecadores: y ese acento de queja dulcísima, amorosa y suave, es el que va derecho al alma, y la trasforma y la muda y la convierte toda á Dios, y la obliga á buscarle por los poblados y por los desiertos, por los montes bravos y por las tierras llanas, por los campos agostados y por los verjeles. Aquella voz es la que enciende al alma en el casto amor del esposo, y la que la lleva como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embriagantes perfumes, como la sed lleva al ciervo á los hermosos manantiales de aguas vivas. Dios vino al mundo para poner fuego á la tierra, y la tierra comenzó á humear y luego á arder por todos sus cuatro costados, y de dia en dia se han ido dilatando por todas las regiones las llamas poderosas de esos divinos incendios. El amor explica lo inexplicable, y el hombre cree por el amor lo que parece increible, y obra lo que parecia imposible de obrarse: porque con el amor, todo es hacedero y todo es llano.

Cuando aquellos de los apóstoles que vieron al Señor antes de padecer, trasfigurado y vestido de blanquísimas vestiduras, más resplandecientes que el sol y más blancas y puras que el ampo de la nieve, dijeron, como extáticos y absortos: Quedémonos aquí,—aún no tenian idea del divino amor, ni de sus inefables deleites; por eso el gran Apóstol, maestro ya en este gran arte del amor, dijo despues: Solo una cosa quiero entender, que es Jesucristo; y ese, crucificado; que fué tanto como decir: Quiero saberlo todo, y para saberlo todo, quiero saber á Jesucristo solamente; porque solo en él están juntos todos los saberes, y unidas entre sí todas las cosas. Y añadió despues: *Y ese, crucificado;* y no dijo: *y ese, trasfigurado y glorioso;* porque poco importa conocerle en su omnipotencia, asistiendo con el pensamiento á la obra maravillosa de la creacion universal, ni basta conocerle en su gloria cuando está su faz resplandeciendo con una luz in-

creada, y cuando las potestades del cielo se derriban absortas ante el acatamiento divino; ni satisface del todo verle pronunciar los fallos de su justicia inapelables, rodeado de ángeles y serafines, ni el alma queda del todo satisfecha cuando asiste á las altas maravillas de su infinita misericordia. El Apóstol, con una sed que nada aplaca, y con un hambre sin hartura, y con un deseo invencible, quiere más, y pide más, y lleva más alto el atrevido pensamiento, porque no se contenta sino con saber á Cristo crucificado, es decir, como él desea más ser sabido; de la manera más alta y excelente que la razon puede concebir, y la imaginacion imaginar, y desear el más altivo y levantado deseo; porque eso es conocerle en el acto de su amor incomprensible é infinito. Eso es lo que quiere significar el Apóstol cuando dice: Ninguna cosa quiero saber sino á Jesucristo; y ese, crucificado.

A ese solo quisieron saber los pocos bienaventurados que tomaron su cruz y fueron poniendo el pié atentamente en donde vieron el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas. A ese solo quisieron saber aquellos padres del yermo que convirtieron los desiertos desnudos en pensiles del paraiso. A ese solo quisieron saber aquellas vírgenes castas, milagro de fortaleza, que, puestas todas las concupiscencias á sus pies, le tomaron por esposo y le consagraron sus limpios y virginales pensamientos. A ese solo quisieron saber todos los que, convertidos en fuentes sus ojos, han recibido las tribulaciones con alegría de corazon, y se han encumbrado con pié firme en el áspero monte de la penitencia.

Entre las maravillas de la creacion, el alma en caridad es la más maravillosamente admirable, no solo porque su estado es el más subido y excelente que en este bajo suelo se puede entender, sino tambien porque ella va declarando á voces los prodigios obrados por el amor divino, el cual no fué solo poderoso para borrar nuestro pecado, y con él el desórden

y la causa de todo desórden, sino tambien para inclinarnos á desear libremente aquella misma deificacion que desechamos antes, y para hacer que pudiéramos conseguir aquello que deseamos, aceptando la ayuda de la gracia que merecimos en el Señor y por el Señor, cuando para merecérnosla y para que la mereciéramos derramó su sangre en el Calvario. Todas estas cosas significan aquellas palabras memorables que Jesucristo pronunció al tiempo de espirar, cuando dijo: *Todo se ha consumado*; que fué tanto como decir: Acabé con el amor lo que no pude ni con mi justicia, ni con mi misericordia, ni con mi sabiduría, ni con mi omnipotencia; porque borré el pecado, que hacia sombra á la Majestad divina y á la belleza humana, y saqué á la humanidad de su vergonzoso cautiverio, y dí al hombre la potestad que con la culpa habia perdido de salvarse. Ya puede bajar mi espíritu á fortificar al hombre, á embellecer al hombre, á deificar al hombre; porque le he traido á mí, y le he unido á mí con potentísima y amorosísima lazada.

Cuando aquella palabra memorable fué pronunciada por el Hijo de Dios al espirar en la cruz, todas las cosas quedaron maravillosamente ordenadas, y ordenadamente perfectas.

Cada uno de los dogmas contenidos, así en este libro como en el anterior, es una ley del mundo moral; cada una de esas leyes es de suyo incontrastable y perpétua; todas juntas componen el código de las leyes constitutivas del órden moral en la humanidad y en el universo; las cuales unidas á las físicas, á que están sujetas las materiales, forman la ley suprema del órden, por la que se rigen y gobiernan todas las cosas criadas.

De tal manera y hasta tal punto es necesario que todas las cosas estén en un órden perfectísimo, que el hombre, desordenándolo todo, no puede concebir el desórden; por eso no hay ninguna revolucion que, al derribar por el suelo las instituciones antiguas, no las derribe en calidad de absurdas y de perturbadoras; y que, al sustituirlas con otras de invencion individual, no afirme de ellas que constituyen un órden excelente. Esta es la significacion de aquella frase consagrada entre los revolucionarios de todos los tiempos, cuando llaman á la perturbacion que santifican *un nuevo órden de cosas*. Hasta Mr. Proudhon, el más atrevido de todos, no defiende su *anarquía* sino en calidad de expresion racional del órden perfecto, es decir, absoluto.

De la necesidad perpétua del órden se sigue la necesidad perpétua de las leyes así físicas como morales que le constituyen; por esa razon, todas ellas fueron creadas y proclamadas solemnemente por Dios desde el principio de los tiempos. Al sacar al mundo de la nada, al formar al hombre del barro de la tierra, al sacar á la mujer de su costado, al constituir la primera familia, quiso Dios declarar de una vez para siempre las leyes físicas y morales que constituyen el órden en la humanidad y en el universo, sustrayéndolas de la jurisdiccion del hombre, y poniéndolas fuera del alcance de

sus locas especulaciones y de sus vanos antojos. Hasta los dogmas de la Encarnacion del Hijo de Dios y de la redencion del género humano, que no habian de ser cumplidos sino en la plenitud de los tiempos, fueron revelados por Dios en la edad paradisiaca, cuando hizo á nuestros primeros padres aquella misericordiosa promesa con que vino á templar el rigor de su justicia.

El mundo ha negado esas leyes vanamente: aspirando á rescatarse de su yugo por su negacion, ninguna otra cosa ha conseguido, sino hacer su yugo más pesado por medio de las catástrofes, las cuales se proporcionan siempre á las negaciones: siendo esta misma ley de proporcion una de las constitutivas del órden.

Libre y extendido campo dejó Dios á las opiniones humanas; anchos fueron los dominios que sujetó al imperio y al libre albedrío del hombre, á quien fué dado señorearse del mar y de la tierra, rebelarse contra su Criador, mover guerra á los cielos, entrar en tratos y alianzas con los espíritus infernales, ensordecer al mundo con el rumor de las batallas, abrasar las ciudades con incendios y discordias, estremecerlas con las tremendas sacudidas de las revoluciones, cerrar el entendimiento á la verdad y los ojos á la luz, y abrir el entendimiento al error y complacerse en las tinieblas; fundar imperios y asolarlos, levantar y allanar repúblicas, cansarse de repúblicas, imperios y monarquías; dejar aquello que quiso, volver á lo que dejó, afirmarlo todo, hasta lo absurdo; negarlo todo, hasta la evidencia; decir *no hay Dios*, y *soy Dios*; proclamarse independiente de todas las potestades, y adorar al astro que le ilumina, al tirano que le oprime, al reptil que se arrastra por el suelo, al huracan que viene rebramando, al rayo que cae, al nublado que le lleva, á la nube que pasa.

Todo esto y mucho más le fué dado al hombre; pero mientras que todas estas cosas le fueron dadas, los astros

cursan perpétuamente y con perpétua cadencia en giros concertados, y las estaciones se mueven unas en pos de otras en armoniosos círculos, sin alcanzarse y sin confundirse jamás; y la tierra se viste hoy de yerbas, de árboles y de mieses, como lo hizo siempre desde que recibió de lo alto la virtud de fructificar; y todas las cosas físicas cumplen hoy, como cumplieron ayer y como cumplirán mañana, los divinos mandamientos, moviéndose en perpétua paz y concordia, sin traspasar un punto las leyes de su potentísimo Hacedor, que con mano soberana concierta sus pasos, refrena sus ímpetus y da rienda á su curso.

Todo aquello y mucho más le fué dado al hombre; pero mientras que todas aquellas cosas le fueron dadas, no pudo tanto que á su pecado no siguiera el castigo, y á su delito la pena, y á su primera transgresion la muerte, y la condenacion á su endurecimiento, y á su libertad la justicia, y á su arrepentimiento la misericordia, y á los escándalos la reparacion, y á las rebeldías las catástrofes.

Al hombre le ha sido dado poner á sus pies la sociedad desgarrada con sus discordias, echar por tierra los muros más firmes, entrar á saco las ciudades más opulentas, derribar con estrépito los imperios más extendidos y nombrados, hundir en espantosa ruina las civilizaciones más altas, envolviendo sus resplandores en la densa nube de la barbarie. Lo que no le ha sido dado, es suspender por un solo dia, por una sola hora, por un solo instante, el cumplimiento infalible de las leyes fundamentales del mundo físico y del moral, constitutivas del órden en la humanidad y en el universo; lo que no ha visto ni verá el mundo, es que el hombre que huye del órden por la puerta del pecado, no vuelva á entrar en él por la de la pena, esa mensajera de Dios, que alcanza á todos con sus mensajes.

FIN DEL ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO.

APÉNDICES.

I.

Carta dirigida por el Sr. Donoso al UNIVERS.

Sr. Director del *Univers*.

PARIS 23 de Enero de 1853.

Muy señor mio: Tengo entendido que un periódico religioso de esta capital ha publicado acerca de mis escritos algunos artículos, que por varias razones no he podido leer: mis ordinarias ocupaciones son tantas y tan graves, que el escaso tiempo que puedo destinar á la lectura, no lo consagro sino á los grandes maestros. Por otra parte, tampoco me asalta la desdichada idea de entrar en polémicas con nadie, y mucho ménos con persona que me es de todo punto desconocida. Me basta, sin embargo, saber que se me acusa de haber cometido gran número de herejías, para declarar, como declaro, que desde ahora para siempre condeno todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en los otros ó en mí, la santa Iglesia católica, de la cual tengo á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.

Quiero que conste que para hacer esta declaracion, no necesito que llegue á hablar la Iglesia misma, pues me basta que un sólo hombre me acuse de error en materia grave. A semejante acusacion se me hallará pronto siempre á responder con aquella declaracion, y esto sin pararme ántes á averiguar si el que me acusa es seglar ó *eclesiástico*, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante ó sábio.

Con este motivo tengo el honor de reiterar á usted la sincera amistad que le profesa su seguro y afectísimo servidor

JUAN DONOSO CORTÉS.

II.

Correspondencia entre el Sr. Donoso y el Presbitero señor Gaduel.

Sr. Marqués de Valdegamas.

PARIS 3 de Febrero de 1853.

La carta que últimamente ha dirigido usted al *Univers* con motivo de la crítica que me he creido en la obligacion de consagrar á su ENSAYO SOBRE EL CATO-

LICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO, me decido á tomarme la libertad de escribirle.

Desde luego, señor Marqués, me apresuro á reiterar á usted que no pueden ser mayores de lo que son mi respeto, mi aprecio y mi verdadera caridad hácia su honorable persona; superiores á estos afectos no son en mí sino el respeto, el aprecio y amor que debemos todos profesar á la verdad, nuestro bien comun y el supremo.

En mis artículos acerca de la obra de usted, he reiterado con instancia estos sentimientos, y la carta que acaba usted de publicar me confirma en ellos. En esta carta dice usted que no ha leido ni podria leer mi escrito á causa de sus graves é importantes ocupaciones; lo siento, porque de este modo le será imposible apreciar debidamente mi trabajo; y tanto por esta razon, como por otras muy delicadas, me creo dispensado de dar á usted explicacion ninguna acerca de él. Por otra parte, ya usted dice, sin creerse obligado á examinar si su libro contiene ó no los graves y numerosos errores que yo y algunas otras personas le imputamos con razon ó sin ella, que le *basta saber que se le acusa de haber cometido gran número de herejías para declarar, como declara, que desde ahora y para siempre condena todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en otros ó en usted, la Santa Iglesia católica, de la cual tiene á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.*

Siendo usted como es, una persona de fé y de virtud tan conocidas, nadie seguramente extrañará verle tan sumiso; y si algun dia sus ocupaciones le permiten pasar la vista por mis artículos, en ellos verá que siempre he tenido por indudables esas dichosas disposiciones de su corazon, como una y otra vez lo digo con sinceridad no ménos indudable.

Permítame usted, sin embargo, señor Marqués, que le diga aquí toda mi opinion en este punto. Yo creo, y usted, pensando piadosamente, creerá tambien como yo, que en materia de fé y de doctrina católica, es la verdad una cosa demasiado grave y sagrada, para que un escritor religioso á quien se hace cargo de haber públicamente enseñado, aunque sea de buena fé, errores graves, crea cumplir con una simple y vaga declaracion de sumision á la Iglesia. Cualquiera que este escritor sea, eclesiástico ó seglar, como usted dice, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante ó sábio, está en el deber de examinar ó hacer que otros examinen si su libro contiene ó no los errores que se le imputan; y en caso afirmativo, está en el deber de reconocerlos y de suprimirlos, para evitar el riesgo que causan.

Ciertamente, señor Marqués, no tengo el honor de que usted me conozca, y áun del público soy bien poco conocido; pero en todo caso nunca me daria esto derecho á confiar de tal modo en mí, que pretendiera el que por mi sola palabra confesara usted y se retractara de los errores que he creido ver y he señalado en sus escritos. Pero permítame usted decirle que cuando un hombre á quien no se conoce, pero que es un eclesiástico ocupado toda su vida en enseñar la Religion, indica en un libro errores que tiene por importantes; cuando cita los textos en

que estos errores constan, y al pié de los textos pone por añadidura las verdades católicas que estima atacadas, ¿no le parece á usted que hay alguna razon para pensar sériamente en el asunto? Mi inquietud creo que deberia excitar la de usted, y yo en su lugar concebiria algunas dudas, y trataria de ver si para ante el público y mis lectores estaba ó no en el caso de hacer algo más que una simple y vaga declaracion, insuficiente para que los lectores de usted se precavan.

No quiero ser aquí juez contra usted, ni creo tampoco que puede usted serlo de sí mismo; pero superiores eclesiásticos tiene usted á quien respeta, y que de seguro le estiman; para no remontarse mucho, tiene usted por de pronto un Obispo ó un Arzobispo de quien es diocesano; ¿por qué no somete usted su libro al juicio de ellos? Si yo me he engañado, pronto estoy á dar á usted satisfacciones públicas; pero si los jueces de doctrina hallan en los escritos de usted los mismos errores que yo he encontrado, usted veria el medio de repararlos en la forma y medida que la prudencia de sus superiores le indicase, ó que le aconsejasen á usted su fé y su virtud. La misma obligacion creo que tiene el señor Luis Veuillot, como editor y propagador del libro de usted inserto en una *Biblioteca Nueva de la Religion*, destinada á un gran número de lectores. Ni por parte de uno ni por parte de otro hay en esto nada que repugne á la sinceridad, á la rectitud y modestia de un católico.

En cuanto á los artículos publicados por el señor Veuillot en el *Univers* con motivo de mi crítica, tengo, Sr. Marqués, el íntimo convencimiento dé que un hombre del carácter y gravedad de usted, ninguna parte ha tenido en aquel modo de tratar lo que hay más sagrado en la tierra: la verdad de la doctrina cristiana y la enseñanza teológica. Pero siento de todos modos que tenga usted la desgracia de ser defendido con semejantes armas. Con el uso malhadado que en ocasiones hace aquel periodista del talento que Dios le habia dado para emplearlo mejor, compromete muchas veces hasta las mejores causas, por el modo con que las defiende, tan poco digno de ellas, y no ménos indigno, lo digo con pena, de su fé y de su corazon.

¡Cuán distantes se hallan de esta manera de escribir, los pensamientos y el estilo de usted, señor Marqués! Yo he leido sus *discursos* y su Ensayo con grandísima atencion; y entre muchas cosas verdaderamente admirables que en ellos he encontrado, he tenido el disgusto de hallar tambien muchos errores gravemente perjudiciales á la verdad, si bien jamás ha escrito usted una sola palabra que tienda á burlarse de la discusion de las verdades más sagradas. Ese tono zumbon, que San Pablo llamaba *scurrilitas quæ ad rem non pertinet*, son en verdad cosas tan extrañas á la dignísima persona de usted, como siempre lo fueron á la gravedad distintiva de la noble y sensata nacion española á que usted pertenece, y que tan distinguidamente representa entre nosotros.

En Francia solemos ser más ligeros; pero en cosas de religion al ménos no lo habíamos sido nunca hasta que el autor de las *Provinciales* y Voltaire iniciaron aquí aquella mala escuela, cuyo triste lenguaje no debieran jamás imitar los verdaderos católicos.

Permítame usted, señor Marqués, decirle, para concluir, que sea cualquiera el resultado de la presente controversia, no habiéndose en nada menoscabado la caridad cristiana de mi corazon, tambien usted por su parte se dignará perdonar el disgusto que involuntariamente, y obligado sólo por mi amor á la verdad, haya podido causar á una persona que respeto, y á quien siempre respetaré profundamente.

Dígnese usted por tanto, señor Marqués, aceptar el homenaje de la sincera y especial estimacion que le profesa su humildísimo y obedientísimo servidor

El Presbítero P. Gaduel,

Vicario general y antiguo profesor de Teologia.

Al Presbitero Sr. P. Gaduel, Vicario general y antiguo profesor de Teologia.

Paris 4 de Febrero de 1853.

Muy señor mio: Acabo de recibir la carta fecha de ayer que se ha servido usted dirigirme, y que en un todo me ha parecido digna y conveniente. Tiene usted mil razones en decir que no basta una protesta general tratándose de errores particularmente señalados; por esto me propongo someter á la autoridad competente, tanto mi libro como las críticas que de él se han hecho, y sujetarme en todo al juicio de la Iglesia.

Yo hubiera leido con el mayor gusto los artículos de usted, si en vez de dirigirse al público, hubiera tenido por conveniente hacerlo directamente á mí; pero cuando se mezcla al público en un asunto, tengo por costumbre dejar yo ya de intervenir en él; porque cuando el público es espectador, toda discusion degenera en polémica, y yo he creido siempre y continúo creyendo, que toda polémica es esencialmente contraria á la caridad. En mi carta últimamente publicada por el *Univers*, no he tenido por conveniente anunciar lo que me propongo respecto á mi libro, primero porque me reservo escoger el momento oportuno, y despues porque siempre que me dirijo al público, lo hago para decirle únicamente lo que á la sazon estimo necesario.

Antes de terminar esta carta, debo hacer á usted una observacion respecto á la traduccion francesa de mi libro: esta ha sido hecha sin duda por persona que no ha conocido bastante la importancia de las palabras, pues aunque yo no la he leido, no teniendo, como no tengo por costumbre releer mis escritos, sé, por ejemplo, que en un pasaje donde el original llama á Dios sustancia *infinita*, el traductor ha puesto *indefinida*. Ya usted comprenderá que con esta manera inexacta de verter mi pensamiento, no es difícil hacerme decir lo contrario precisamente de lo que he querido.

Con esta ocasion, tengo el honor de ofrecerme de usted afectísimo y seguro servidor q. s. m. b.

El Marqués de Valdegamas.

Al mismo Sr. P. Gaduel.

París 7 de Febrero de 1853.

Muy señor mio: En el *Univers* de hoy acabo de ver que en uno de los números últimos del *Ami de la Religion* se publica la carta que me hizo usted el honor de dirigirme con fecha 3 del corriente. Yo habia creido que esta carta era un documento puramente personal y privado; pero, segun parece, no es así.

Comprendo perfectamente el asunto, señor Gaduel; comprendo que á usted le importen las polémicas públicas; pero usted á su vez se dignará permitirme que yo piense de otro modo en este asunto. Por otra parte, estoy muy lejos de negar el derecho de usted á entregar al público sus cartas, áun cuando se hayan destinado á un uso puramente privado: lo único que me extraña, y no sin razon, como usted comprenderá, es que desde el primer momento no se haya servido decirme que aquella su carta no era más que un duplicado de su correspondencia con un periódico: en este caso, esté usted seguro de que yo no hubiera respondido á ella, ni áun la habria leido, como no he leido los artículos de usted últimamente publicados. Para obrar así me habrian guiado dos consideraciones: la primera es, como ya ántes de ahora he dicho á usted, el profundo convencimiento que tengo de la inutilidad, cuando no del peligro que consigo lleva toda polémica: la segunda es que, si me gustan muy poco los periodistas que se meten á obispos ó sacerdotes, todavía me gustan mucho ménos los obispos ó los presbíteros que se meten á periodistas, como por desgracia hay muchos en nuestros tiempos.

Una sola palabra más para concluir, señor Gaduel. Por privada y confidencial tuve la carta que se sirvió usted escribirme, y en este concepto respondí á ella: si usted ha tenido por conveniente cambiar el carácter de esta correspondencia en la parte de que puede disponer, yo por la mia insisto en no autorizar la publicacion ni de esta carta ni de la que he escrito á usted antes de ayer. El motivo de esta insistencia no es, como usted será el primero en conocer, que yo tenga inconveniente alguno por lo que á mí respecta en la publicacion de aquellos escritos; sino únicamente porque no estimo oportuno cambiar la índole de las relaciones que por iniciativa de usted han podido existir un momento entre nosotros, y las cuales, por otra parte, no tienen ya valor alguno desde el momento de tomar la forma que usted les ha dado.

Con este motivo, etc.

El Marqués de Valdegamas.

III.

Carta del Sr. Donoso al Sumo Pontífice.

SANTÍSIMO PADRE:

La obra que he publicado con el título de Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, ha sido objeto de una crítica del abate Gaduel, Vicario general de Orleans, que pretende haber encontrado en ella graves errores dogmáticos. Aunque sus artículos publicados en el periódico que se imprime en esta capital con el título de el *Ami de la Religion* me parecen poco dignos de aprecio, y aunque la reputacion teológica de su autor no es una reputacion bien asentada, me ha parecido no sólo conveniente, sino tambien necesario someter este negocio á la decision suprema de Vuestra Santidad, única autoridad en la tierra cuyas sentencias son oráculos, y cuyos oráculos son infalibles. Para la debida instruccion de este asunto, tengo la honra de acompañar á esta humilde exposicion el libro incriminado, señalado con el núm. 1; los números del *Ami de la Religion* que contienen la crítica del abate Gaduel, señalados con el núm. 2; los números del periódico intitulado el *Univers* en que sus redactores intentan responder á la argumentacion de mi censor, los cuales van señalados con el núm. 3. No habiendo hecho el *Univers* sino comenzar su trabajo, tendré la honra de elevar, por vía de apéndice, al conocimiento de Vuestra Santidad los artículos que publique en adelante.

En este grave negocio hay dos cuestiones: la relativa al fondo y la relativa á la forma: la primera consiste en averiguar si he caido ó no en error grave: la segunda consiste en averiguar si mi impugnador me ha guardado, no sólo los respetos que un cristiano debe á otro cristiano, sino tambien los que son debidos á la posicion que ocupo en la sociedad, y á la dignidad que tengo del Estado.

Sobre la primera cuestion nada tengo que decir, sino que desde ahora me someto humildemente á la decision de Vuestra Santidad, prometiendo como prometo corregir lo que Vuestra Santidad estime que debe ser corregido, retractar lo que Vuestra Santidad estime que debe ser retractado, y explicar lo que Vuestra Santidad estime que necesite de explicaciones.

Sobre la segunda cuestion creo de mi deber someter á la sabiduría de Vuestra Santidad algunas consideraciones que me parecen importantes.

Considerada en general, la opinion de los que creen que la primera advertencia dada al que yerra debe darse en secreto, me parece la más segura y la más conforme á la caridad cristiana. La conveniencia del secreto sube de punto hasta trasformarse en deber, cuando por un lado el que advierte es un sacerdote, que tiene mayor obligacion que los demás de ser caritativo, y cuando por otro la persona á quien se dirige la advertencia está constituida en alta dignidad, de tal manera que, con el menoscabo de su reputacion, pueda trascender y trascienda á intereses públicos de la mayor importancia. En este caso precisamente nos halla-

mos mi impugnador y yo: mi impugnador, porque es un sacerdote, y yo porque represento en el extranjero el catolicismo y la honra de una nacion que es católica y honrada ántes que todo.

El abate Gaduel no ha creido, sin embargo, que estaba en el caso de guardar conmigo consideracion de ninguna especie, y en vez de dirigirse á mí secretamente, se ha dirigido al público, amigo siempre de escándalos, y siempre inclinado á empañar las reputaciones más limpias. Este proceder es tanto ménos disculpable, cuanto que mi censor debia saber que atacaba á un hombre que no podia defenderse. En la posicion que ocupo, una polémica de suyo larga, y sobre materias teológicas, hubiera sido un verdadero escándalo, ó cuando ménos una cosa inaudita. ¿Quién ha visto jamás á un embajador rompiendo lanzas en presencia del público con un sacerdote sobre materias de dogma? El público se hubiera burlado de mí, y yo no hubiera podido responder sino con mi confusion á sus sarcasmos. La posicion en que un sacerdote me ha colocado es, pues, la siguiente: la de que se burlen de mí las gentes si respondo, ó la de perder mi reputacion si le dejo sin respuesta. Ni se diga que el deseo de atajar los estragos de mi obra ha podido inducir al abate Gaduel á dirigirse al público en derechura: una obra que ha corrido libremente por el mundo católico, sin que una voz católica se haya levantado contra ella, que ha sido traducida al italiano é impresa en Foligno con la aprobacion de un Asistente de la Inquisicion y del Reverendo Obispo de aquella diócesis, no podia producir esos grandes é irremediables estragos, que bastarian apenas para justificar su conducta: por otra parte ¿quién no ve que la vía reservada no excluye nunca la pública? Antes bien sirve para justificarla, cuando el que yerra se muestra pertinaz en el error, y cuando el que peca se muestra impenitente en su pecado.

Pero lo que hay de más trascendental, y sobre lo que tengo la honra de llamar más especialmente la soberana atencion de Vuestra Santidad, es la conducta observada por el Reverendo Obispo de Orleans en este asunto. De público se sabe en París que este turbulento y belicoso Prelado es el instigador de estos desmanes. Y aunque esto no se supiera de público, claro está que un Vicario general no puede publicar sobre materia tan grave, sino lo que le inspira ó lo que le consiente su Prelado. Alto dignatario de la Iglesia, el Reverendo Obispo estaba en la obligacion de guardar y de hacer guardar á sus súbditos los respetos debidos á los altos dignatarios del Estado; así como los altos dignatarios del Estado están en la estrecha é imprescindible obligacion de guardar por su parte, y de hacer guardar á los que de ellos dependen por la suya, los respetos debidos á los altos dignatarios de la Iglesia. La responsabilidad en estos casos no se detiene nunca en la persona que ofende, y sube siempre hasta el inmediato superior gerárquico que ha inspirado ó que ha consentido la injuria.

La injuria que se me ha hecho no lo es solamente porque se ha prescindido con respecto á mí de los deberes que impone la caridad cristiana: lo es además, y sobre todo, porque en esta ocasion se han vulnerado en mi persona los fueros diplomáticos. Ante la Iglesia, considerada como censora suprema de doctrinas, no

se da fuero: el Prelado como el Embajador, y el Embajador como el Rey, están sujetos sin excepcion á su inapelable censura: el derecho omnímodo de censura que reside por divina institucion en la Iglesia, produce en los particulares el derecho omnímodo de denunciar ante la Iglesia las doctrinas censurables: contra este derecho de los particulares no se da tampoco fuero ninguno: el Obispo como el Embajador, y el Embajador como el Rey, están sometidos á él, como lo están, y porque lo están á la censura. Pero allí donde no hay ni denuncia de particular, ni censura de la Iglesia, el fuero se levanta para proteger la reputacion del Embajador, que no es una propiedad personal, sino una propiedad del Estado que representa, contra las agresiones y los ultrajes. Cuando aquellas agresiones carecen de importancia, cuando estos ultrajes son leves, pueden constituir cuando más una falta sencilla de respeto que arguye contra la educacion del ofensor, más bien que contra la dignidad del ofendido: de los ultrajes y de las agresiones de esta especie están llenos los artículos escritos por el abate Gaduel, que el Reverendo Obispo de Orleans ha consentido ó inspirado; pero no son estos de los que me quejo yo, ni son ellos los que han puesto la pluma en mi mano para elevar hasta el trono augusto de Vuestra Santidad la expresion de mi afliccion profundísima. Lo que me aflige, es que se me haya presentado á los ojos de la Europa como envenenador de las almas y como propagador de enormes errores, mil veces condenados por la Iglesia: que para demostrar esta tésis se hayan sacado de su lugar frases que sólo en su lugar tienen su explicacion conveniente, por lo que las precede y lo que las sigue, y por el espíritu general de la obra: que para censurarme se haya prescindido del original español, y se haya contentado el censor, como si se tratara de cosa leve, con una traduccion inexacta: que haya buscado el error hasta en las erratas de imprenta; y por último, que el *Ami de la Religion*, desmintiendo su título, y con escándalo de todos los hombres piadosos, se haya negado, aunque fué requerido para ello por el *Univers*, á insertar un artículo del periódico italiano *L'Armonia*, del que resulta que mi obra se ha publicado en Foligno con la aprobacion de un Asistente de la Inquisicion y del Ordinario. Estas son las agresiones y estos los ultrages de que me quejo, como infiriendo agravio, no sólo á mi persona, sino tambien y más principalmente á mi dignidad de representante de la reina católica.

A no haber consultado sino mi propio interés, hubiera acudido al Gobierno imperial en demanda de proteccion contra los ultrajes de tan grave naturaleza; pero sobre mi interés está el de la Iglesia, que venero y que amo sobre todo, y el interés de la Iglesia consiste en que todo lo que la concierne directa ó indirectamente, por la calidad de las personas ó por la naturaleza de las cosas, encuentre una solucion en la Iglesia misma.

Por esta razon, dejando á un lado vías que si son seguras pueden ser peligrosas, acudo hoy reverente y humildemente á Vuestra Santidad, que es el Padre comun de todos los fieles, y en particular mi Padre muy amado, en queja en primer lugar contra el abate Gaduel, y principalmente y sobre todo contra el Reverendo Obispo de Orleans, por lo que el primero ha hecho con respecto á mí, y por

lo que con respecto á mí el segundo ha autorizado ó consentido: y en segundo lugar, contra el *Ami de la Religion* por los artículos que contra mí ha publicado, y principalmente por haberse negado á publicar, aunque para ello fué requerido, el artículo ya citado de *L'Armonia*, como una reparacion de mi honor injustamente vulnerado. A Vuestra Santidad toca exclusivamente decidir cuál sea la reparacion que se me debe, y si, como parece natural, ha de ser tan pública como el agravio.

Dejando ya á un lado lo que á mí toca, voy á tomarme la libertad, si Vuestra Santidad me lo permite, de llamar su soberana atencion sobre algunos puntos que interesan grandemente á la Iglesia en general, y en particular á la Iglesia de Francia.

El gran peligro de la Iglesia de Francia está, por una parte, en el espíritu de galicanismo, y por otra, en el espíritu democrático. Los redactores del periódico intitulado el *Univers* han consagrado su vida á combatir esas dos grandes corrientes, y esas dos grandes tendencias: si el galicanismo y el democraticismo no lo han invadido todo, se debe esto principalmente á la incesante predicacion, por parte de ese periódico, de aquellos grandes principios del órden social que sirven de fundamento á un tiempo mismo á la autoridad política y á la autoridad religiosa. Su silencio sería una calamidad; y por eso mismo hay organizada una conspiracion permanente para imponerle silencio. No seré yo el que afirme que ese periódico no ha caido nunca en falta: los defectos y las faltas son inherentes á todos los hombres, y señaladamente á los que escriben en los periódicos: tampoco afirmaré que no ha faltado nunca á la caridad; á ella faltan alguna vez todos los hombres, y señaladamente los que tienen por oficio combatir en un perpétuo combate; pero si no puedo afirmar ninguna de estas cosas, afirmo sin temor de ser desmentido por los hechos, que en definitiva y todo bien considerado, el bien prevalece en este periódico de tal manera sobre el mal, que entre el mal que puede hacer alguna vez, y el bien que produce siempre, no hay comparacion posible. Su conservacion interesa juntamente á la Iglesia y á la Francia.

Con este motivo, me parece oportuno llamar reverentemente la atencion de Vuestra Santidad hácia un punto de una importancia mayor, y de una trascendencia suma. En el último decreto condenatorio lanzado contra este periódico por el muy Reverendo Arzobispo de París encuentro una disposicion que si se llevara á cabo, produciria una verdadera revolucion en la Iglesia católica. Fundándose aquel Prelado en que los periódicos de París se imprimen y se publican en su diócesis, los pone de tal manera debajo de su jurisdiccion exclusiva, que impide absolutamente su acceso á los demás Prelados de Francia. Ahora bien, como Dios ha querido que la Francia tenga el imperio de las doctrinas en la Europa, que París tenga el imperio de las doctrinas en Francia, y que en París tengan el imperio de las doctrinas los periódicos, resultaría de la pretension exorbitante del muy Reverendo Arzobispo que con la direccion de los periódicos de su diócesis, puesta exclusivamente en sus manos, ejercería de hecho, con menoscabo de la supremacía doctrinal de la Santa Sede, el principado doctrinal de París, de la Francia y de la Europa. Yo quiero suponer, y supongo de buen grado,

y áun afirmo, que el Reverendísimo Azrobispo no se ha puesto á considerar la gravedad de lo que pretende. Él mismo retrocedería lleno de horror, si se le hiciera ver que lo que reclama para sí es el Pontificado, como quiera que el Pontificado reside esencialmente en la dictadura de la enseñanza, y la dictadura de la enseñanza en el principado de las doctrinas.

El último punto grave sobre el que tendré la honra de llamar la soberana atencion de Vuestra Santidad, es el relativo, por una parte, á las invasiones de los periódicos religiosos en los dominios de la Iglesia, y por otra á las invasiones de los Prelados en los dominios de los periódicos. En estos tiempos de confusion de todas las cosas humanas, y de supresion de todas las fronteras morales, no es cosa rara, aunque es sobremanera dolorosa, ver de vez en cuando á un periodista convertido en Obispo, y á un Prelado convertido en periodista. De estas extralimitaciones, las de los periódicos son las ménos peligrosas y las más inevitables: son las más inevitables, porque un periódico es un nuevo agente introducido en la civilizacion, sin que la civilizacion actual haya tenido tiempo todavía de señalarle su esfera y de perfeccionar sus contornos: un periódico lo es todo, precisamente porque no es nada: no puede tratar de política sin que parezca que gobierna al Estado, ni de moral sin que parezca que ejerce el ministerio de la predicacion, ni de religion sin que parezca que dirige á la Iglesia y, sin embargo, parece todo lo que no es, y no es nada de lo que parece. Si sus extralimitaciones son las más inevitables, son por fortuna las ménos peligrosas: en política no lo son, sino cuando en el Estado no hay un verdadero gobierno que ponga en su lugar al periódico que se extralimita, por la mano de sus tribunales: en las materias religiosas no lo son, sino allí donde no hay Prelados que arrojen fuera del templo al periódico que ha invadido el Santuario. Las más dolorosas de estas extralimitaciones son sin duda ninguna las de los Prelados en los dominios de los periódicos. Cuando los Prelados invaden esos dominios y se convierten en periodistas, todo es confusion en el Estado y en la Iglesia. Los Prelados toman entonces de los periódicos las pasiones que les son extrañas, y dejan en ellos en cambio la dignidad que les es propia; sus pastorales están escritas en estilo de libelos, y algunas veces de libelos infamatorios; en vez de ordenar disputan, en vez de enseñar controvierten, y aspiran la pasion en vez de imponer silencio á las pasiones. De todos los síntomas alarmantes de la Iglesia de Francia, este es el más alarmante y el más doloroso. El mal me parece exigir un pronto remedio; y para que Vuestra Santidad en su sabiduría pueda poner el que conviene, me ha parecido oportuno descubrir aquí su gravedad, como testigo que soy de sus estragos.

Si me he excedido en estas ligeras indicaciones, ruego humildemente á Vuestra Santidad que se digne perdonarme en gracia del celo en que ardo por la prosperidad y por la gloria de la Iglesia que Vuestra Santidad gobierna santa y dichosamente. Puesto con reverencia á los sagrados piés de Vuestra Santidad, implora y aguarda su apostólica bendicion, su humildísimo hijo

El Marqués de Valdegamas.

París 24 de Febrero de 1853.

IV.

Respuesta de Su Santidad.

Dilecto Filio Nobili Viro Marchioni de Valdegamas.

Lutetiam Parisiorum.

Pius PP. IX.

Dilecte Fili Nobilis Vir Salutem et Apostolicam Benedictionem. Benigno prorsus animo Litteras Tuas accepimus quas ad Nos IV Kalendas Martii scribere, Dilecte Fili Nobilis Vir, voluisti. In quibus legendis eximium tui pro sanctissima religione studium, ac filialis erga Nos et Supremam Dignitatem Nostram devotionis et obsequii vim ac magnitudinem omni ex parte recognovimus. Quæ quidem tui et animi et nominis insignia decora nunc tibi majorem in modum gratulari voluimus, Dilecte Fili Nobilis Vir, etsi ad pleniorem perfectioremque gravissimi negotii, de quo tuæ eædem Litteræ agunt, cognitionem, adhuc lectione careamus ejus tui operis quod huc ad Nos vix hesterna die perlatum est. Bonorum omnium largitorem Dominum suppliciter obsecramus ut te cœlestis gratiæ suæ præsidio muniat ac tueatur, cujus auspicem, simulque præcipuæ qua ipsum te prosequimur caritatis Nostræ pignus esse volumus Apostolicam Benedictionem, quam Nobilitati tuæ intimo paterni cordis affectu peramanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum die 23 Martii Anni 1853, Pontificatus Nostri Anno VII.

Pius PP. IX.

V.

Articulo de la ARMONIA, citado en la preinserta carta del Sr. Donoso al Sumo Pontifice.

LA TEOLOGÍA Y LA POLÍTICA.

A los que un dia y otro nos están repitiendo: «Hombres del Santuario, tratad enhorabuena de teología; pero no os metais en política,» hemos respondido en el mismo tono: «Hombres políticos, dejad una vez de tocar á la teología, y nosotros dejaremos de tratar de política.» Pero nada: los políticos han continuado impertérritos en su camino, y obstinados en espigar el campo de la teología, desperdiciando el grano por supuesto, y recogiendo sólo la cizaña: nosotros en consecuencia hemos tenido que continuar nuestras alegaciones, demostrándoles que les es imposible tratar tan mal como lo hacen de teología, sin venir á parar en una política falsa.

En su ceguedad, no ven que separar la política de la teología viene á ser tanto como dividir al hombre en dos partes, separando su cuerpo del espíritu que lo anima: como ellos en verdad no buscaban tampoco sino la materia, no han alcanzado á ver el espíritu; y al cabo la materia que ha quedado entre sus manos, no ha sido más que un cadáver. La política no es más ni ménos que una parte de la moral; y del propio modo que no hay moral sin Dios, tampoco hay política sin teología. Las políticas ateas son una de las mil barbaridades de nuestra época actual, como resultado que son de una de las más nécias é impías máximas que brotaron de aquel abismo infernal llamado la gloriosa revolucion de 1789.

Al cabo de medio siglo de debates, los políticos al fin han abierto los ojos y han visto «con gran extrañeza que en el fondo de la política se hallaba siempre la teología.» Estas palabras, caidas por decirlo así, de la pluma de Proudhon en sus *Confesiones de un Revolucionario*, forman el texto que sirve de asunto y de punto de partida al Sr. Donoso Cortés en su Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo.

El autor comienza por demostrar que la sociedad ha estado siempre bajo el imperio de la teología: las teologías paganas no contenian sino una parte más ó menos grande de verdades mezcladas con innumerables errores, y las sociedades paganas no duraron sino lo que duraron en su seno las verdades que daban fuerza y vida á su política; pero se hundieron desde el punto que prevalecieron los errores contrarios á estas verdades. La sociedad católica, única que posee la verdad sin mezcla de error alguno y hasta sin posibilidad de errar, como conservada que es por Dios mismo, no puede perecer; lo cual no quiere en manera alguna decir que por el hecho sólo de ser católica, no pueda ya perecer una nacion; sino que la sociedad católica no podrá jamás ser aniquilada, á la manera que lo han sido las de Asiria, de Persia, de Grecia, de Roma y tantas otras de las que apenas viven el nombre histórico y algunas ruinas. Nunca podrá decirse de la sociedad católica: Ya no existe.

Tal es el asunto del libro primero del Ensayo. Prosiguiendo el exámen de su tésis, entra luego el autor á investigar las razones intrínsecas de esta diferencia, y plantea los *problemas relativos al órden general*, que son el asunto del libro segundo, y los *problemas relativos al órden en la humanidad*, que lo son del libro tercero y último. Imposible seria resumir en pocas palabras las *soluciones* que el autor da á estos problemas, y por eso no lo intentaremos nosotros. Toda esta gran lucha que constituye lo que nosotros llamamos el mundo, no es sino el resultado de la desgraciada facultad de pecar, triste patrimonio de las criaturas racionales: partiendo de aquí el Sr. Donoso, trata del libre albedrío y del abuso que de él hizo el hombre con su pecado, demostrando cómo la teoría católica es la única que mantiene intactos los derechos de Dios y los derechos del hombre, ó lo que es lo mismo, la Providencia divina y la libertad humana; mientras que siempre claudican por uno de estos dos lados todas las soluciones dadas á aquellos problemas por el maniqueismo prudhoniano, por el liberalismo y por el socialismo.

El pecado del primer hombre explica el desórden que reina en el mundo; y por consiguiente, la permanencia de este desórden no puede explicarse sin la permanencia de la culpa, la cual á su vez no puede tampoco ser explicada sino por la trasmision. De aquí resulta el dogma de la reversibilidad; la cual puede tener cabida para el bien como para el mal; de donde nace el pensamiento del sacrificio, el cual conduce á tratar de la Redencion y de la Encarnacion del Hijo de Dios, que es el término de la obra del ilustre escritor.

La simple enunciacion de estas materias, nos disculpa de no dar una idea más extensa del libro; pero no de invitar á nuestros lectores á que recorran aquellas páginas escritas con todo el ardor de un hombre que alzado en alas de su fé, se remonta más alto de cuanto puede concebir la inteligencia, y con aquella profundidad de expresiones, propia de quien medita y entreve mucho más allá de cuanto pueden expresar voces humanas.

Al tratar estas cuestiones tan elevadas y profundas, el autor sigue felizmente las huellas de otro gran escritor, el conde José de Maistre, á quien el Sr. Donoso hace recordar por el estilo, por el carácter grande y majestuoso que distinguen á aquella escuela. Cuadros hay pintados de una pincelada, inspirados por el sentimiento, y tan valientemente trazados, que uno sólo de ellos vale por mil de esas pálidas miniaturas tan del gusto de ciertos maestros. La pluma del filósofo español parece haber sido inspirada por las *Veladas de San Petersburgo* y el tratado sobre los *sacrificios* del filósofo sardo.

Aquí terminaríamos nuestra reseña, si las censuras recientemente dirigidas contra el Ensayo por un sábio teólogo francés, no nos obligasen á añadir algunas palabras. De ningun modo pretendemos empeñar un debate con aquel crítico, estando, como estamos, muy resueltos á no entablar polémicas con nuestros amigos, mientras tengamos enemigos al frente de nosotros. Séanos lícito, sin embargo, presentar algunas observaciones, más bien para tranquilizar á nuestros lectores por lo que respecta á las doctrinas del Sr. Donoso, que para responder á las críticas del Sr. Gaduel.

En primer lugar, es preciso tener en cuenta que el estilo y la manera de nuestro autor y de su escuela no se prestan á las exigencias de los que quisieran pesar minuciosamente cada palabra, y reducirlo todo á la exactitud teológica de un tratado elemental de esta ciencia. Si hubieran de ser medidas por este compás las obras del conde de Maistre ¿cuánto y cuánto no se hallaria que notar en ellas? Este género de escritos salen de la pluma de sus autores

Come torrente che alta vena preme.

No dicen ni la centésima parte de lo que el autor ve y siente al escribir: no se detienen ante ningun obstáculo, sino que van al descubierto allí adonde su ardor los arrastra, difundiéndose, por decirlo así, donde quiera que ven misterios y paradojas, como quien sabe que la sabiduría, ó lo que es lo mismo, la ciencia de las causas, no está en la superficie, y que sólo el ignorante es quien jamás encuentra misterios y paradojas en el camino de la ciencia. Puede decirse de es-

tos escritores místicos, que necesitan ser gustados, más bien que comprendidos.

Por otra parte, y áun prescindiendo de las anteriores observaciones, estamos lejos de creer fundadas las observaciones del Sr. Gaduel. Parécenos que en ciertos pasajes no ha entendido el asunto de que se trata; en otros, aislando el miembro de una frase de su contexto general, ha dejado una crudeza de expresiones que realmente las da el carácter de un error manifiesto, cuando precisamente deberia verse todo lo que precede y lo que sigue para dar la idea exacta y verdadera del sentido que el autor ha querido expresar. Si el sábio crítico francés quisiera aplicar á cualquiera de las obras de San Agustin el trabajo anatómico que ha aplicado á las del Sr. Donoso, es seguro que el santo doctor quedaria muy mal parado. Sin que sea visto que examinemos todas las censuras del señor Gaduel, allá va un ejemplo en comprobacion de cuanto decimos.

Grave cargo formula contra el Sr. Donoso por haber dicho: «Sólo Dios es »criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor »de todo lo que sucede, segun se ve por estas palabras del Eclesiástico: *Bona et »mala, vita et mors, paupertas et honestas a Deo sunt.* Por eso dice San Basilio, »que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana.»—El Sr. Gaduel haciendo justicia y todo á las intenciones católicas del Sr. Donoso, dice que «las líneas citadas EXPRESAN *(sic)* el fatalismo neto, pues que al hacer á »Dios *autor de todo lo que sucede*, le hacen por consecuencia inevitable, autor »del pecado.»

Ahora bien, el Sr. Donoso, en todo el período á que corresponde el pasaje tan vituperado por su crítico, y en los inmediatos trata de mostrar que «las cosas del »órden natural, las del órden sobrenatural, y las que por salir del órden comun, »natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes »entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen »todas algo, y áun mucho de comun, que consiste en su dependencia de la vo»luntad divina.»—Y esto lo dice con el fin de manifestar que los milagros, lejos de ser una cosa absurda para Dios, le son cosas comunes é iguales á todos los demás actos de la Providencia; por ejemplo: el que las fuentes corran, el que los árboles fructifiquen, etc., son hechos que atestiguan la omnipotente voluntad de Dios, por las mismas razones y del propio modo que la atestigua la resurreccion de Lázaro, etc.—En todo este capítulo no hay una sola palabra que se refiera al *mal moral*. El autor, además, habla en el mismísimo sentido del Eclesiástico y de San Mateo, que ciertamente no son autoridades sospechosas. Por consiguiente, aquellas palabras que segun el Sr. Gaduel EXPRESAN el fatalismo neto, y que hacen á Dios autor del pecado, no son más ni ménos, bien leido y bien entendido lo que quiere decir y lo que dice el Sr. Donoso, no son más ni ménos que una simplicísima verdad cristiana.

Lo que decimos de esta parte de las críticas del Sr. Gaduel, pudiéramos decirlo de todas las demás, que poco más ó ménos pecan por el mismo lado. Y no se crea por esto que pretendemos justificar todas y cada una de las expresiones del Sr. Donoso, de ninguna manera; el mismo ilustre escritor tendria nuestros

elogios por exagerados y falsos. Sabemos bien que los escritos de la índole del Ensayo no se prestan al rigorismo que la ciencia teológica impone con razon al escritor de teología, y considerado así el negocio, nada hay que echar en cara al Sr. Donoso; pero si el texto no consiente, sin perder algo de su fuerza, la escrupulosa exactitud de los términos teológicos, conveniente y áun necesario parece acompañarlo de algunas notas que oportunamente explicando lo que puede ser ambiguo para el vulgo de los lectores, quiten toda ocasion á interpretaciones erradas. Nadie, en verdad, mejor que el mismo Sr. Donoso pudiera haber hecho esto, y nosotros sentimos que no haya pensado en ello, ó que no lo haya creido necesario.

Por esto creemos que la traduccion italiana recientemente publicada en Foligno, es más apropiada á lo que necesita el comun de los lectores, pues entre otras ventajas tiene la de estar adornada con algunas notitas, destinadas no tanto á explicar el texto como á recordar á los lectores el fin que el autor va prosiguiendo, que es el que determina el sentido recto de sus palabras, dándoles otro distinto del que pudiera atribuírseles si se las tomara aisladamente.

Por lo demás, como al cabo nuestra opinion es poca cosa para contrabalancear la del Sr. Gaduel, podrian siempre y de todos modos los lectores tener escrúpulo de leer el Ensayo: por esta razon, y para desvanecer en el ánimo de todo el mundo hasta la sombra del menor escrúpulo, creemos deber añadir que la mencionada traduccion italiana ha sido impresa en Foligno con la autorizacion de dos revisores, uno del Santo Oficio y otro del señor Obispo de aquella ciudad. Aunque la revision de estos censores no sea garantía infalible de que no hay en el libro error alguno, éslo, sin embargo, muy sobrada para tranquilizar la conciencia de cuantos quieran leerle.

VI.

Articulo critico publicado por la Revista romana titulada la CIVILTA CATOLICA, en su número correspondiente al 16 de Abril de 1853.

El nombre del Marqués de Valdegamas es muy conocido por los católicos, y debe ser estimado por nuestros lectores, que ya ántes de ahora han tenido ocasion de admirar su elevado ingenio y sus nobles doctrinas. Hoy tenemos suma complacencia en volver á hablar de este escritor con motivo de la preciosa obra suya que anunciamos (el Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo), escrita primitivamente en español, traducida luego al francés, y recientemente publicada en italiano. La reseña que de aquella obra nos proponemos hacer, viene tanto más á propósito, cuanto que recientemente acaba en Francia de dar ocasion á graves críticas, publicadas en un ilustrado periódico por el presbítero P. Gaduel, Vicario general del Sr. Obispo de Orleans.

Para decir en pocas palabras lo que es aquel libro, y de qué manera corres-

ponden á su título las materias en él tratadas, bastará citar la frase del Sr. Proudhon, que le sirve como de introito: *Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.*—Dios es la única explicacion cumplida de lo natural y de lo sobrenatural: sólo la teología da perfecto complemento á todas las ciencias: sólo la religion católica puede dar solucion adecuada á los problemas que incesantemente surgen de la política; la Iglesia sola puede salvar á la sociedad agonizante de las garras de la anarquía: en vano los liberales y socialistas se devanarán los sesos inventando instituciones y teorías para ocurrir á todas las necesidades de la humanidad: si el liberalismo y el socialismo triunfan, la sociedad está muerta, y extinguida toda esperanza de una regeneracion dichosa. Tales son los asuntos de aquel libro, los cuales todos constituyen un tema tan vasto cuanto admirablemente apropiado á las necesidades de los presentes tiempos. El valeroso escritor, sin arredrarse ante las dificultades de su propósito, lo contempla desde lo alto, mide su anchura, lo recorre con pié firme y seguro, derramando en torno de sí torrentes de luz que hacen accesibles, áun á los más vulgares entendimientos, las cuestiones más recónditas y abstrusas.

La obra está dividida en tres libros: en el primero, despues de haber demostrado «cómo en toda gran cuestion política va siempre envuelta una gran cuestion teológica,» describe con grandes pinceladas y fuerte colorido la restauracion consumada en el mundo, en el Estado y en la familia por obra de la teología católica; y con este motivo, investigando el principio intrínseco de la fecundidad que tantos bienes ha producido en la sociedad católica, lo encuentra consignado en la ley de gracia y de amor: gracia suavísima y omnipotente, que misteriosamente atrae los humanos corazones, ligándolos con Dios y entre sí mismos; gracia sobrenatural y secretísima, única que puede explicar de lleno el triunfo de la virtud sobre el vicio, de la verdad sobre el error, de la doctrina de Jesucristo sobre el mundo corrompido y perverso.

En el segundo libro entra de frente el escritor á tratar la vastísima y árdua cuestion del cómo y el por qué hallamos el mal en todos los órdenes del universo; y para dilucidarla expone, en primer lugar, la teoría de la verdadera libertad, considerada como perfeccion, ó sea como medio de alcanzarla; recorre despues las fases que esta libertad tuvo en el cielo y en la tierra; narra el abuso que de ella hicieron los ángeles y el hombre, y las inmediatas consecuencias que le acompañaron; combate el moderno maniqueismo del socialista Proudhon, y demuestra cómo, segun la doctrina católica, se concilian con armonía perfecta la providencia de Dios y la libertad del hombre. Partiendo de aquí para recorrer el campo de la naturaleza y el de la historia, describe las secretas analogías que existen entre las perturbaciones físicas y las morales, derivadas todas de la culpa; y emprendiendo con este motivo una extensa y razonada narracion del acto maravilloso que comenzó en el cielo y acabó en el Paraiso terrenal, enseña cómo Dios sacó del mal el bien, el órden del desórden, de la prevaricacion la gloria; y con razon entonces exclama: «Cuanto más se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto más

»resplandece la soberana conveniencia y la perfectísima conexion y la maravi-»llosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si »bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.»

En pos de la solucion católica examina las soluciones propuestas por las escuelas liberal y socialista. Los liberales hacen consistir el mal de la sociedad en el gobierno monárquico bajo el influjo de la idea católica, ó en la anarquía, fruto del socialismo: en esto sólo y en las tentativas de los que alguno de aquellos fines se proponen, ven únicamente el desórden los liberales; de donde resulta, para ellos, que la sociedad será feliz y bienaventurada, desapareciendo de la tierra el mal, cuando el gobierno de los pueblos pase á manos de los filósofos y de la clase media. Los socialistas, en cambio, sostienen que el hombre es por su naturaleza sano y perfecto, y que el mal le viene de Dios, de las leyes y del gobierno; y por consiguiente, que la edad de oro anunciada por los poetas y esperada por las naciones comenzará en el mundo cuando se destruyan la creencia en Dios, el imperio de la razon sobre los sentidos, y el dominio de los gobernantes sobre el pueblo, es decir, cuando las embrutecidas muchedumbres sean para sí mismas su propio Dios, su propia regla y su propio rey. Estas monstruosas aberraciones se hallan expuestas y combatidas en el resto del Ensayo con una lógica severa y contundente, y con tanta luz de raciocinio, tal grandeza y novedad de conceptos, que su lectura convence, persuade, conmueve y deleita á un tiempo mismo. Si tristes deben ser para toda alma recta las infernales blasfemias que los socialistas, y especialmente el ciudadano Proudhon su primado, lanzan contra Dios, llamándole con inaudito cinismo *tonteria y miedo, hipocresia y mentira, tiranía y miseria*, aspirando como á reducirlo á cenizas con sus rayos; suaves como rocío en el desierto, y risueñas como el sol despues de la tempestad son las hermosas palabras que la fuerza de la verdad arranca de aquel alma rebelde, y que con grande oportunidad pone el Sr. Donoso despues de las mencionadas blasfemias, como para serenar el ánimo de sus lectores.—«¡Ah, cuánto más pru-»dente se ha mostrado el catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos, san-»simonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el conocimiento de la »sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nuestra vida no es sino una pe-»regrinacion, y que toda perfeccion cumplida nos es negada en este mundo; y »porque sabe esto, se contenta con preludiar en la tierra una educacion que sólo »puede acabarse en el cielo. Por su parte, el hombre que ha ido creciendo bajo »los auspicios de la religion, satisfecho con saber hacer y obtener lo que basta »para la vida del tiempo, no será nunca un obstáculo para las potestades de la »tierra: ántes preferiria él el martirio. ¡Oh religion amada! ¿Por cuál extravío »inconcebible de razon, sucede que los que más te necesitan, esos son cabalmen-»te los que más te desconocen?»—¡Oh verdad, diremos nosotros, oh grande y excelsa reina de las inteligencias! ¿cómo es posible que un hombre pueda verte tan radiante y bella, que te admire de este modo, y que despues te venda?

Demostrada la conveniencia de la doctrina católica en lo relativo á explicar el orígen del mal, se propone el Sr. Donoso en el libro tercero de su obra otro pro-

blema, á saber: por qué se perpetúa en el mundo el mal, originado de una culpa primitiva, y cómo es que del primer padre se trasmite á sus últimos descendientes. Con este motivo el autor examina, siguiendo las enseñanzas de la revelacion, el grande y misterioso dogma de la solidaridad y de la trasmision de la culpa y de la pena, demostrando su racionalidad, sus necesarias relaciones con hechos más conspícuos, y su consonancia con las leyes universales de la naturaleza: hablando, en consecuencia, del dolor, é investigando su naturaleza íntima, hace ver cómo Dios, desnaturalizándolo en cierto modo, lo trasforma de mal en bien, y de castigo que era lo convierte en remedio de virtud incomparable. De esta manera se explica y armoniza, para un cristiano, la perpetuidad de la culpa y de la pena.

La escuela liberal, en cambio, niega la solidaridad humana en el órden religioso, como la niega en el político: en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision de la culpa y de la pena; en el órden político, proclamando la no intervencion, destruyendo la nobleza, y defendiendo el derecho igual de todos á las altas dignidades del Estado. Pero mientras esta escuela niega la solidaridad por un lado, se ve por otro obligada á confesarla en el hecho de reconocer la identidad de las naciones, el derecho hereditario en la monarquía, y la trasmision de las riquezas con la sangre; como si el poder de los ricos fuera más sagrado y legítimo que el de los nobles.

Las mismas contradicciones echa el autor en cara justamente á la escuela socialista: esta arguye contra los liberales, que una vez negada la solidaridad en la familia, en la política y en la religion, no debe ser afirmada en la nacion ó en la monarquía. Pero hé aquí que á su vez esta misma escuela socialista, despues de haber negado todas estas solidaridades, viene á proclamar la solidaridad humana. El célebre dogma de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, ó no significa nada ó significa que todos los hombres son solidarios entre sí. Ahora bien, ¿cómo puede ser que los vínculos del nacimiento, del Estado, de la religion, no liguen á los hombres entre sí, y que en cambio la humanidad entera sea una sociedad de *hermanos igualmente partícipes* de una *libertad* comun?

El socialismo además es contradictorio, porque contradictorias son entre sí las doctrinas proclamadas por sus varias escuelas; y el Sr. Donoso lo demuestra delineando los varios círculos que en breve tiempo ha recorrido el socialismo. Por donde quiera que se la mire, esta teoría es la mayor de las contradicciones, pues que por todas partes va á parar á un absoluto nihilismo. Negacion absoluta del hombre, de la familia, de la sociedad, de la humanidad, de Dios: tales son las fases en que se mueve la hipótesis socialista, y en las que el ilustre escritor la persigue con irresistible lógica en todo el discurso del capítulo quinto del libro tercero.

En el resto de la obra viene oponiendo á la solidaridad de la culpa y de la caida, la solidaridad de la reparacion y del mérito. Investigando con este motivo las tradiciones de los pueblos, é ilustrándolas con la luz de las enseñanzas católicas, demuestra la virtud expiatoria del sacrificio, inexplicable de todo punto por

los principios socialistas y liberales. La Redencion, centro de todos los misterios y fuente de todas las soluciones, se presenta aquí con toda su majestad á los ojos del piadoso escritor, el cual pone de manifiesto su conveniencia respecto á Dios, al hombre y al órden universal; demuestra cómo en el sacrificio del Hombre-Dios se lava la culpa, queda vencido el mundo y todas las cosas restauradas, cumpliendo de esta manera la demostracion de su tema, á saber: que los problemas fundamentales del hombre y de la sociedad no pueden ser verdaderamente explicados sino por la revelacion y por la Iglesia.

Basta este sucinto análisis para creernos dispensados de insistir en las alabanzas del Sr. Marqués de Valdegamas y de su libro, en el cual no se sabe qué admirar más, si la gran elocuencia del estilo, lo ordenado de sus varias materias la lucidez y sublimidad de los pensamientos, ó el vigor de la argumentacion, la vivacidad de la polémica, la profundidad de la doctrina, la pureza de la fé, la nobleza, en fin, de afectos siempre elevados, generosos, exquisitamente católicos, prenda especial de aquella nacion española, de la cual es el Sr. Donoso tan expléndido ornamento.

A pesar de todas estas excelencias, la obra del ilustre publicista ha sido blanco de graves censuras, que le han impulsado á hacer la franca profesion de fé publicada últimamente por el *Univers* en forma de carta. No puede fácilmente reducirse á los estrechos límites de una Revista el exámen detenido y minucioso de aquellas censuras, ni tampoco nosotros pretendemos erigirnos en jueces de este litigio, donde si bien aparece quizás de una parte cierta falta de exactitud y propiedad en el lenguaje técnico, no ha escaseado en cambio, de otra parte, la acerbidad de las formas y las exageraciones á que conduce la extremada concitacion de los ánimos. Para dar aquí una idea bastante clara de los errores imputados al filósofo español, y decir lo conveniente á los lectores de su libro á fin de que puedan recorrerlo *inoffenso pede,* nos ceñiremos á los seis puntos capitales señalados por el crítico Sr. Gaduel, é indicaremos los motivos que el Sr. Donoso ha tenido para estampar proposiciones al parecer inexactas y extremadas en su significacion más obvia.

1.° Las primeras censuras se refieren al concepto de Dios, cuya suprema libertad aparece como disminuida por el Sr. Donoso á fuerza de exaltar la divina sabiduría y el divino poder. 2.° Viene en seguida el misterio de la Santísima Trinidad, para cuya exposicion usa el autor de un lenguaje figurado y de tal cual comparacion sacada de los Santos Padres; pero no dotada de aquella rigorosa exactitud que se exige en una disputa escolástica. 3.° La nocion de la libertad, por la cual el autor entiende frecuentemente la libertad perfecta, tal como existe en Dios y en los santos, que es la que salva al hombre de la servidumbre del pecado. 4.° La doctrina del pecado original, con la que el autor, queriendo mostrar los secretísimos fines del Criador en la permision de la culpa, da lugar á creer que sin ella no habria el mundo manifestado con esplendor suficiente las infinitas perfecciones de Dios. 5.° Los efectos de esta misma culpa, ó sea del pecado, sobre la voluntad y sobre el entendimiento, efectos al parecer extremados

por el autor con decir hiperbólicamente que toda accion humana va acompañada del remordimiento, y toda nocion va oscurecida por la incertidumbre. 6.° Los motivos de credibilidad en nuestra fé, cuya eficacia parece atenuada por el autor en el hecho de presentarlos hasta como obstáculos para la propagacion del Evangelio; todo con el fin de magnificar el poder de aquella gracia interior que sabe vencer todas las dificultades de la razon enferma y de los sentidos.

Dos consideraciones solas creemos que basten para que debidamente se comprenda cómo un católico tan sincero y tan ilustrado pueda haber escrito proposiciones al parecer tan aventuradas, y cómo por el hecho sólo de emplear un lenguaje fuera del órden comun, puede haber hecho creer á alguien que no sólo con la palabra sino tambien con el entendimiento, se aleja de las doctrinas comunmente recibidas.

En primer lugar, el Marqués de Valdegamas, dotado de elevada inteligencia, de vasta comprension, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero, y enemigo de aquella perplejidad é incertidumbre, que si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reaccion consiguiente, la necesidad de estimularse á sí propio, vigorizando su innata propension á la certeza, á la afirmacion, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que llaman libertad á la licencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error; y en vez de atenerse á las distinciones necesarias en una discusion propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario, y estrecharle hasta derribarlo al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatia, ó negaban á Dios, ó si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la creacion, pues que todo lo explicaban por la sola intervencion de la naturaleza y del hombre: Donoso, en consecuencia, afirmó que solamente en Dios y en la Sabiduría reguladora de los séres y de los sucesos, estaba la explicacion del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo á quien se dirigia desecha la creencia en los impenetrables misterios de nuestra fé; y en consecuencia, Donoso quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano más augusto de la revelacion, al Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original y el enflaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, Donoso se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencia del hombre, les dijo:—«No sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside más que en los santos;»—es decir, en los que auxiliados por la gracia, se sustraen á la posibilidad de pecar. Por último, para los espíri-

tus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y las profecías, pareciéndolos piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para estos dijo Donoso, generalizando su frase: «Que Nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina ni por las profecías ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»—Y hé aquí cómo la vivacidad de la lucha pudo empeñarle en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

Pero tambien puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reaccion, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es extraño que hayan creido imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad, pues que ello al cabo las almas, obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precision de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El conde José de Maistre, que bajo muchos respectos puede compararse al Marqués de Valdegamas, fué tambien tachado, no sin fundamento, de algun extravío en aquel punto: y, sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposicion aventurada y un tanto paradógica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al génio volteriano y liberalesco, siendo, en resúmen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seglares tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos: ¿pero á cuántos es dado hacerlo así, donde la discusion requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y expedita? A estas razones, que en primer lugar explican las exageraciones de estilo del Sr. Donoso, puede agregarse otra no ménos exacta, que explica la impropiedad de algunas de las fórmulas que emplea. Todo el mundo sabe que los antiguos Padres, bien que perfectamente concordes en puntos de fé siempre que discurrian acerca de las verdades divinas y humanas, no siempre usaron de un mismo lenguaje para expresar las mismas verdades, y que unas mismas palabras tenian en un escritor un sentido y otro en otro: razon de esta variedad podia ser, ora la diferencia de los tiempos y de los pueblos en que vivieron, ora la diversidad de escuelas filosóficas que ellos ó sus adversarios frecuentaban, ora, en fin, que á medida que el dogma se iba explicando, era necesario emplear nuevas locuciones que cada cual inventaba para acomodarlas á las necesidades y á las circunstancias. Poco á poco los Concilios con sus definiciones, fueron uniformando el lenguaje científico de la Iglesia, y en seguida los doctores y maestros lo redujeron á una exactitud casi geométrica. Desde este punto ya fué cosa tácitamente convenida entre los católicos, el que ninguno usase las voces científicas en un sentido distinto del aceptado universalmente por las escuelas, y que si alguno contraviniere á esta regla, no lo hiciese nunca sin razon muy poderosa, ni sin advertirlo debidamente á los lectores; determinacion por cierto altamente juiciosa y oportuna para impedir, ó cuando ménos disminuir en gran manera las cuestiones de palabras donde hay pleno

acuerdo en las ideas. Por esta misma razon piensan los sábios que para leer con provecho á los Santos Padres, conviene estudiar préviamente á los doctores que han enseñado en las escuelas. «La *Suma* de Santo Tomás, escribe el doctísimo Gerdil, es una obra maestra de método, de órden y de raciocinio, y el abate Duguet opina que se la debe leer antes de comenzar la lectura de los Santos Padres: en ella se tratan las materias más árduas con toda la claridad de que son capaces, y con las expresiones más adecuadas para determinar bien fijamente la doctrina é impedir que los entendimientos traspasen el justo límite. Si algunos de los doctores que florecieron siglos despues, se hubieran atenido al lenguaje consagrado por el uso comun de las escuelas, no habrian ciertamente sobrevenido muchas disputas intempestivas que causaron no poco daño á la religion.»—(Gerdil, *Opere;* Roma, 1806; t. I, pág. 252.) Pues bien, en nuestro concepto la falta de estos estudios escolásticos, á los cuales en verdad muy difícilmente puede sujetarse un seglar, diplomático y publicista, ha sido la causa de aquellas locuciones impropias que se encuentran en el Ensayo, y de las cuales, por otra parte, rara vez se eximen aún los escritos de muchos que han frecuentado las escuelas. El Marqués de Valdegamas, por lo que de sus escritos y de una carta suya aparece, aunque no ha cursado estos estudios escolásticos extraños á su estado y condicion, se ha nutrido con la lectura de los Santos Padres, y convirtiéndosele este pasto en jugo y sangre propia, ha hecho que en sus escritos se trasfundan aquellas locuciones, aquellos tropos y aquellos símiles usados por los Santos Padres en aquellos tiempos que el lenguaje teológico no habia alcanzado aún la unidad y fijeza que despues llegó á tener. De cualquier manera, no creemos escedernos asegurando que de todas ó casi todas las expresiones censuradas por el crítico del Sr. Donoso, se pueden encontrar ó idénticas ó equivalentes en los escritos de los más célebres entre los antiguos doctores: deben, sin embargo, exceptuarse de la generalidad de este juicio las poquísimas relativas al sexto tema de las censuras mencionadas.

Para probar nuestros asertos, citaremos aquí por vía de ejemplo aquel pasaje que el Sr. Gaduel, no llegando hasta declararlo *herético*, califica de absolutamente *falso* y con tendencias al *luteranismo*, al *calvinismo*, al *bayanismo* y al *jansenismo*. Trata en este pasaje el Sr. Donoso de la libertad, y examinando su esencia íntima, la define de este modo:

«Viniendo á la tremenda cuestion que es asunto de este capítulo, y que procuraré encerrar en los límites más estrechos, diré que la nocion que se tiene generalmente del libre albedrío, es de todo punto falsa. El libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habrian de seguirse de ello forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hombre y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa al hombre consiste en que sería ménos libre cuanto fuera más perfecto, como quiera que no puede crecer en perfeccion sin sujetarse al imperio de lo que le solicita al bien...»—En segundo lugar, se seguiria que,

«para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el bien y el »mal, entre la santidad y el pecado.»

Por estas palabras se ve cómo el autor impugna aquella preocupacion vulgar que pone la libertad en la posibilidad de pecar ó de obrar rectamente: y en esto en verdad nada asevera de extraño, pues lejos de eso no hace sino reproducir lo mismo que ya San Agustin habia dicho contra Juliano: *Sed ut de hac re vana sapias, fallit te definitio tua, qua in superiori prosecutione, cui jam respondimus, sicut sæpe et alibi facis, liberum arbitrium definisti. Dixisti enim:* LIBERUM ARBITRIUM NON EST ALIUD QUAM POSSIBILITAS PECCANDI ET NON PECCANDI. *Qua definitione primum ipsi Deo liberum arbitrium abstulisti... Deinde ipsi sancti in regno ejus liberum arbitrium perdituri sunt, ubi peccare non poterunt.* (S. AUGUSTINI, Op. imp. lib. VI, núm. 10.) Lo mismo observaba el beato Anselmo en su diálogo acerca del libre albedrío. Respondiendo allí el maestro á la pregunta de su discípulo, dice: *Libertatem arbitrii non puto esse potentiam peccandi et non peccandi.* ¿Por qué razon dice esto el maestro? Por las mismas que da el Sr. Donoso Cortés: *Si hoc ejus esset definitio, nec Deus nec angelus, qui peccare nequeunt, liberum haberent arbitrium, quod nefas est dicere... Liberior voluntas est quæ á rectitudine non peccandi declinare nequit quam quæ illam potest desserere.* (S. ANSELMI, diálog. *De lib. arb.*, cap. I.)

Elevándose luego el Sr. Donoso al concepto universal y primario de la libertad, dice que esta no consiste en la facultad de escoger (es decir, entre el bien y mal, como anteriormente ha anunciado, y lo repite más abajo), como *en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender:* de lo cual infiere que: «Si la libertad consiste en la facultad de entender y querer, la libertad perfecta »consistirá en entender y querer perfectamente; y como sólo Dios entiende y quie»re con toda perfeccion, se sigue de aquí una ilacion forzosa, que sólo Dios es »perfectamente libre.» Y termina por esta conclusion: «La facultad de escoger »otorgada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la liber»tad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el »error, de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del ti»rano Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ócio esa fa»cultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo, *si esto fuera posible*, con »el perpétuo desuso... Por eso ningun dichoso la tiene; ni Dios, ni sus santos, »ni los coros de sus ángeles.»

Ahora bien, en todo este discurso, entendido como se debe, y no mirado con malos ojos, nada vemos sino una doctrina completamente ortodoxa pura. Que el libre albedrío no es una facultad distinta de la voluntad, lo afirma San Juan Damasceno. (*De fide orth.*, lib. III, cap. XIV.) *Liberum arbitrium nihil aliud est quam voluntas:* y lo mismo concede Santo Tomás. Que la posibilidad de pecar es una imperfeccion que el hombre debe atenuar en sí mismo, absteniéndose de los actos que de ella proceden, es tambien cosa tan evidente como la impecabilidad de Dios y de los santos.

Pero si estas opiniones, preguntará el Sr. Gaduel, van de acuerdo con el co-

mun de los doctores, ¿por qué el Sr. Donoso se viene con la pretension de que combate un error vulgar? Muy sencillamente: porque el Sr. Donoso en todo este libro no se propone combatir á las escuelas católicas, sino á los liberales y socialistas, ninguno de los cuales seguramente sospechará que en estas materias tiene ideas singularmente equivocadas. ¿Qué más? Pocas líneas ántes de entrar en materia, lo primero que protesta el Sr. Donoso, es que sigue á los maestros católicos tan ignorados ó tan olvidados por sus adversarios: «Cuestiones, dice, son »estas que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes docto»res, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen fuerza »para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fácil y humilde»mente aquellos doctores santos en las edades católicas:» verdad que el señor Donoso pone todavía más de manifiesto al combatir en pos de este error, aquel otro consistente en la manera con que algunos confunden la nocion de la libertad con la de una independencia absoluta: confusion que por cierto no existe en el campo de las escuelas ortodoxas, siendo por consiguiente necesario, si se ha de obrar de buena fé, examinar la clase de adversarios contra quienes argumenta el Sr. Donoso. Añádase á esto que no andaria seguramente muy errado el que afirmase que son muy raros los católicos no eruditos en escolástica, que no consideren tambien como esencial de la libertad la facultad de escoger entre el bien y el mal, confundiendo de este modo un hecho universal del hombre durante la vida terrena con los requisitos esenciales de una perfeccion que conviene á todos los séres inteligentes.

Pero añade el docto crítico del Sr. Donoso: «Si la libertad no es una potencia »distinta de la voluntad, la libertad se concilia fácilmente entonces con la gracia »necesitante de Lutero, Calvino, Bayo y Jansenio.» Para esta objecion hay varias soluciones; pero la más sencilla y categórica es la que da el mismo Sr. Donoso, *verbis amplissimis*, y que debia no haberse ocultado á las perspicaces miradas del Sr. Gaduel. Oigase lo que el Sr. Donoso dice: «Otros no alcanzan á compren»der de qué manera la gracia por la cual fuimos puestos en libertad y rescatados, »se aviene con esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion »misteriosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo punto er»rados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el hombre, »obrando el primero y cooperando el segundo. Y áun por esta razon no suele dar »Dios, por punto general, sino la *gracia que es suficiente* para mover la voluntad »con blandura. *Temeroso de oprimirla*, se contenta con llamarla hácia sí con »suavísimos reclamos. El hombre, por su parte, cuando accede al reclamo de la »gracia, acude con incomparable suavidad y complacencia; y cuando la voluntad »suavísima del hombre, que se complace en el llamamiento, se junta en uno con »la voluntad suavísima de Dios, que llamándole se complace, y que complacién»dose le llama, entonces sucede que de suficiente que era la gracia, se torna en »eficaz por el concurso de estas dos suavísimas voluntades.»—Con cuyas palabras el ilustre escritor, estableciendo un perfecto acuerdo entre la gracia y el libre albedrío, no hace sino exponer, de todos los sistemas católicos, el que más favorece

la libertad humana, y el que más dista por consiguiente de las opiniones condenadas en los herejes que se digna mencionar el Sr. Gaduel.

Pero insistirá quizás el Sr. Gaduel, preguntando: ¿el excluir de la libertad del hombre mortal la posibilidad de pecar, no es un enorme error que legítimamente se infiere de la doctrina expuesta por el Sr. Donoso acerca del libre albedrío? Tambien á esta objecion responde el mismo Sr. Donoso, diciendo, como dice, que *el hombre no seria libre, si no pudiera escoger el mal*, y que, sin la posibilidad de pecar, *la libertad humana seria inconcebible;* proposiciones ambas por cierto que precisamente contienen y áun cuasi exageran una doctrina diametralmente opuesta á la que el Sr. Gaduel le imputa en virtud de las anteriores definiciones.

¿Cuál puede ser en todo esto la falta cometida por el ilustre escritor á quien defendemos? Ya lo hemos dicho más arriba; su única falta, si tal puede en rigor llamarse, consiste en haber usado locuciones y frases agenas quizás á las usadas hoy dia en la enseñanza de las escuelas, y con las cuales el docto profesor de Orleans parece más familiarizado que con las antiguas.

Tales nos han parecido las razones de que un católico de tanta doctrina y tan sincera fé como el Sr. Marqués de Valdegamas no se haya ceñido en sus escritos á aquella rígida exactitud de vocablos, capaz de quitar á los adversarios todo pretexto racional de cavilosidades y censuras. Apresurémonos, empero, á decir que las afirmaciones del Sr. Marqués, si pueden parecer arriesgadas y peligrosas á quien las considere violentamente aisladas de su texto respectivo, y sin el correctivo de las frases que las explican y circunscriben; en cambio, considerado el conjunto de la obra, suenan bastante ménos mal, y no creemos que sean capaces de suscitar en un espíritu recto, ni escándalo ni errores. Lejos de esto, nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en áulas de seminario ó en sagrado recinto de cláustro, conozca tan de lleno como él la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en los misterios más escondidos y en las más delicadas cuestiones. Por otra parte, el ilustre filósofo, con docilidad tanto más admirable, cuanto ménos comun es en los grandes ingenios, ha entregado su obra al exámen de los jueces supremos, con ánimo resuelto de corregirla y enmendarla cómo y cuándo ellos se lo digan. Luego que esto haya sucedido, sin duda alguna el Ensayo sobre el Catolicismo será más caro y seguro para los católicos; pero cualquiera que sea el éxito, no nos parece temerario de nuestra parte el enunciar el deseo que concebimos desde que hubimos leido una obra, por tantas razones preciadísima; y es que para dar á la misma toda la perfeccion que requiere la importancia de su argumento, retocara el autor su estilo en algunos pasajes, y en otros templase, por decirlo así, la forma de la doctrina, de modo que la hiciese inexpugnable hasta para los más quisquillosos; para esos, decimos, que deleitándose en correr velos sobre las bellezas originales de los grandes escritores, van buscando por do quiera una fibra delicada que tocar, con una severidad que no pocas veces frisa en los términos de la injusticia.

¿Qué sería de tantos libros como diariamente se escriben por seglares, y espe-

cialmene en Francia, en defensa de las sanas doctrinas, si se hiciese empeño en hallarlos en falta? ¿Qué sería del mismo crítico, eclesiástico como es y maestro en la ciencia de Dios, si se quisiera escudriñar cada una de sus palabras, y pesar escrupulosamente cada una de sus proposiciones? Por nuestra parte, seguramente no recibiríamos como artículos de fé todo lo que él afirma en muchos pasajes de su crítica y respecto á las materias más espinosas, en las que los profesores suelen ordinariamente irse con más tiento que el Sr. Gaduel. Tal es, para no citar más que un ejemplo, lo que á propósito del misterio de la Santísima Trinidad aventura el sesudo crítico, cuando dice: *L'on dit bien la diversité des personnes divines; mais on ne doit pas dire la diversité divine.*—¿Quién ha enseñado al señor Gaduel que se puede decir *la diversidad de las personas divinas?* Esto pudiera pasar en un lego, que confunde la *diversidad* con la *distincion;* pero dicho por un perito en teología, que nos asegura haber *pasado toda su vida estudiando y enseñando* la religion, pudiera parecer indicio de herejía arriana. Y aun por eso advierte con gran prudencia el angélico Doctor que cuando se hable de las personas divinas, se tenga gran cuidado de no decir *diversidad* ni *diferencia. Ad evitandum igitur errorem Arii, vitare debemus in divinis nomen diversitatis et differentiæ, ne tollatur unitas essentiæ. (Sum. Theol.*, p. I, q. 31, a. 2.)

No decimos esto con ánimo de censurar al docto eclesiástico que ha tomado á cargo examinar el libro del Marqués de Valdegamas, sino sólo para que vea que todos esos deslices de locuciones impropias ó aventuradas son harto perdonables en un pobre seglar, cuando así se les escapan á teólogos de profesion. Para terminar, no ocultaremos, que mucho más recomendable que las censuras del señor Gaduel, nos ha parecido la obra del traductor italiano, ó de quien quiera que sea el que acaba de publicarla en Foligno, acompañándola de notitas marginales con las que, ora templando las formas aventuradas del lenguaje original, ora rectificando el sentido de algunas proposiciones ambiguas, ó ya esclareciendo algunas oscuras, se desvanece en muchos puntos para los lectores todo riesgo fundado de dar una mala interpretacion al texto. De esta manera, el libro del Marqués de Valdegamas, tal como en la edicion italiana aparece, si no iguala al original español en la magnificencia del estilo, le sobrepuja en precision y en seguridad de doctrinas.

FIN DEL APÉNDICE.

ÍNDICE.

	Págs.
Cuatro palabras del Editor.	v
Libro I.—Capitulo I.—De cómo en toda cuestion política va envuelta siempre una gran cuestion teológica.	1
— Capítulo II.—De la Sociedad bajo el imperio de la Teología Católica.	19
— Capítulo III.—De la Sociedad bajo el imperio de la Iglesia Católica.	33
— Capítulo IV.—El catolicismo es amor.	55
— Capítulo V.—Que Nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina, ni por las profecías y milagros, sino á pesar de todas estas cosas.	67
— Capítulo VI.—Que Nuestro Señor Jesucristo ha triunfado del mundo por medios sobrenaturales.	79
— Capítulo VII.—Que la Iglesia Católica ha triunfado de la Sociedad á pesar de los mismos obstáculos y por los mismos medios sobrenaturales que dieron la victoria sobre el mundo á Nuestro Señor Jesucristo.	99
Libro II.—Problemas y soluciones relativas al órden general.—Capítulo I.—Del libre albedrío del hombre.	109
— Capítulo II.—Se da respuesta á algunas objeciones relativas á este dogma..	127
— Capítulo III.-Maniqueismo.-Maniqueismo Proudhoniano.	147
— Capítulo IV.—De cómo se salva por el catolicismo el dogma de la Providencia y el de la libertad, sin caer en la teoría de la rivalidad entre Dios y el hombre.	157

Págs.

— Capítulo V.—Secretas analogías entre las perturbaciones físicas y las morales, derivadas todas de la libertad humana. 171
— Capítulo VI.—De la prevaricacion angélica y la humana grandeza y enormidad del pecado. . . 183
— Capítulo VII.—De cómo Dios saca el bien de la prevaricacion angélica y de la humana. . . . 195
— Capítulo VIII.—Soluciones de la escuela liberal relativas á estos problemas. 215
— Capítulo IX.—Soluciones socialistas. 227
— Capítulo X. — Continuacion del mismo asunto: conclusion de este libro. 241
Libro III.—Problemas y soluciones relativas al órden en la humanidad. — Capítulo I.— Trasmision de la culpa, dogma de la imputacion. 259
— Capítulo II.—De cómo saca Dios el bien de la trasmision de la culpa y de la pena, y de la accion purificante del dolor libremente aceptado. 279
— Capítulo III.—Dogma de la solidaridad.—Contradicciones de la escuela liberal. 291
— Capítulo IV.—Continuacion del mismo asunto: contradicciones socialistas. 307
— Capítulo V.—Continuacion del mismo asunto. . 327
— Capítulo VI.—Dogmas correlativos al de la solidaridad, los sacrificios sangrientos, teorías de las escuelas racionalistas acerca de la pena de muerte. 343
— Capítulo VII.—Recapitulacion.—Ineficacia de todas las soluciones propuestas; necesidad de una solucion más alta. 357
— Capítulo VIII.—De la Encarnacion del Hijo de Dios y de la redencion del género humano. . . 369
— Capítulo IX.—Continuacion del mismo asunto; conclusion de este libro. 381
— Apéndices. 403

WITHDRAWN

CATHOLIC THEOLOGICAL UNION
BX1753.D571943 C001
... ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBE
3 0311 00043 2802

1943
TITLE ENSAYO SOBRE ET CATO-
LICISMO, EL LIBERALISMO
Y EL SOCIALISMO

DATE DUE	BORROWER'S NAME
2/17/87	PROBLEM BOOK

7419

38090

WHEN taking out this book, please write name and date on card and place card in CARD-DROP.

PLEASE see that this book is returned ON TIME: others may be waiting for it.

KINDLY refrain from defacing this book in any way, and also from leaving MARKERS of any kind between the pages.

3 0